



Aurelio Espinosa Pólit

**Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos,
Antonio de Bastidas y Juan Bautista Aguirre
siglos XVII y XVIII**

Índice

Advertencia

Padre Antonio Bastidas, S. I.

(1615-1681)

Aurelio Espinosa Pólit, S. I.

[Estudio]

I.- Su nacionalidad

II.- El ramillete

III.- Bastidas poeta

IV.- Documentos nuevos

V.- Interpretación de las cartas de Bastidas

VI.- Comparación con Domínguez Camargo

VII.- Estado actual de la alternativa:

Camargo-Bastidas

Selecciones

De Flores fúnebres

De Flores heroicas y líricas

De Flores sagradas

De Flores panegíricas

Apéndice. Jacinto de Evia

[Estudio]

Selecciones

Padre Juan Bautista Aguirre, S. I.

Gonzalo Zaldumbide

[Estudio]

I.- El mejor poeta de nuestro siglo XVIII

hallado en el Archivo de Juan María Gutiérrez

II.- Supervivencia literaria

III.- Datos biográficos

IV.- Los manuscritos

V.- El hallazgo

VI.- Addenda

Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX

por Juan María Gutiérrez

Notas y apuntes

puestos por Juan María Gutiérrez a la cabeza de su copia

Establecimiento del texto definitivo de las poesías de Aguirre

por el padre Aurelio Espinosa Pólit

Selecciones

Versos castellanos, obras juveniles, miscelánea

Prosa

Carta pastoral

Oratoria

Oración fúnebre

Apéndice

Filosofía

[Física]. Proemio

Disputa III

De la forma sustancial

Ontología o Metafísica

Disputa II

De las potencias espirituales del alma

Advertencia

El título de este libro: Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos, debe entenderse dando al calificativo primeros dos sentidos diferentes. Primero es Bastidas en la serie cronológica de poetas, y primero es Aguirre en el valor estético. Bastidas encabeza la lucida teoría de poetas nacidos en tierra ecuatoriana, y Aguirre conquista para nuestra patria un puesto de honor en la poesía americana de la época colonial. Ambos, religiosos de la Compañía de Jesús; ambos, educados en Quito, pero oriundos de la Costa; ambos, índices de nuestra cultura, el uno en el siglo XVII y el otro en el XVIII, dignos son de figurar juntos, como iniciadores y piedras miliarias de nuestra Literatura, en esta Biblioteca Mínima Ecuatoriana.

Padre Antonio Bastidas, S. I.
(1615-1681)

Aurelio Espinosa Pólit, S. I.

[Estudio]

I.- Su nacionalidad

Todas las Historias de la Literatura Ecuatoriana hasta el presente han considerado como el poeta más antiguo nacido en el suelo patrio al maestro Jacinto de Evia, a cuyo nombre salió a luz en Madrid, al apuntar el último cuarto del siglo XVII, un libro en 8.º mayor con el siguiente título: Ramillete de varias flores recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años por el Maestro Xacinto de Evia, natural de Guayaquil. En Madrid. En la imprenta de Nicolás de Xamares, mercader de libros, año de 16751.

Pero basta leer la primera frase del prólogo «A la juventud estudiosa», para venir en conocimiento de -20- que, más que autor, es Evia editor de las Poesías del padre Antonio Bastidas, su «Maestro de Mayores y Retórica», en el Seminario de San Luis, poesías a las que añadió, como para acompañarlas, las suyas propias, junto con algunas de un tercer poeta, el doctor Hernando Domínguez Camargo.

No se ha dado importancia entre nosotros a estos dos autores, por juzgarlos extranjeros: Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá, y Bastidas, según asevera en su Antología de poetas hispanoamericanos Menéndez y Pelayo, sevillano².

Esto último era un error. De escasa importancia para lectores españoles, este error resulta importantísimo para nosotros, pues de él depende la primacía de tiempo de Bastidas en la poesía ecuatoriana.

¿De dónde había sacado aquella procedencia andaluza Menéndez y Pelayo, siempre tan bien documentado? ¿Cómo le constaba que fuese Bastidas sevillano? No lo dice él, ni nadie lo ha sabido jamás. Pero fiados en la autoridad que confería al Maestro su pasmosa y ordinariamente segurísima erudición, todos lo han repetido en pos de él. Don Pablo Herrera y don Juan León Mera que escribieron antes de Menéndez y Pelayo, nada supieron ni dijeron de la nacionalidad de Bastidas. Los que escribieron después de él, copiaron el dato dócilmente: el padre Francisco Vásconez en su

Historia de la literatura ecuatoriana, 19193, don Isaac J. Barrera en las tres primeras ediciones de su Literatura ecuatoriana, 1924, 1926 y 19394, y todavía lo repiten en 1941 el padre José M. Vargas⁵ y en 1946 Jesús Vaquero Dávila⁶.

-21-

Pero hacía tiempo que había surgido en mí la primera duda, al hallar en el Libro del Noviciado de la Provincia Quitense el nombre del novicio Ant. de Bastidas. En el folio 81 vuelto, se leía: «El H^o Anto^o de Bastidas examinado a 22 de mayo de 1632 después de haver leydos los exámenes, Bulas y Constituciones de la Compa. de Jhs dixo ser cõteto de passar en todo lo que en ellas se cõtiene. 2da. vez examinado respõdio lo mismo. 3a. vez examinado respõdio lo mismo. 4a. vez examinado respõdio lo mismo. 5a. vez examinado respõdio lo mismo»⁷. No había duda, Antonio de Bastidas había hecho íntegramente sus dos años de noviciado en Quito. Pero ¿no podía ser un caso como el que se dio diez años después, en 1642, en la entrada al noviciado de los dos hermanos, Tomás y Lucas Majano, más tarde heroicos misioneros del Marañón, europeo el uno, americano el otro? Tomás era español; había nacido en La Mancha y «muy niño se había trasladado con sus padres a las Indias, estableciéndose en Guayaquil. De edad competente, vino a estudiar al Colegio de San Luis de Quito con su hermano menor Lucas, que ingresó como él en la Compañía»⁸. Pero Lucas ya era guayaquileño de nacimiento. ¿No podía ser Antonio Bastidas un sevillano que hubiese venido de niño con sus padres a las tierras de Quito?

Consulté la gran obra bibliográfica de los padres José Eugenio de Uriarte y Mariano Lecina, S. I., Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773, y no sin sorpresa hallé la siguiente ficha de Bastidas: «Bastidas Antonio.- Nació en Guayaquil (Ecuador) hacia el año 1615; entró en la Provincia de Quito el 14 de mayo de 1632, e hizo la profesión de cuatro votos el 25 de agosto de 1654. Después de haber enseñado humanidades, se -22- dedicó a los ministerios sagrados, especialmente a la predicación con los españoles. Murió en Santa Fe del Nuevo Reino de Granada el 1o. de diciembre de 1681»⁹.

Pero era preciso aquilatar y asegurar tan halagüeña noticia. Consultado el célebre americanista padre Constantino Bayle, residente en Madrid, sólo contestó: «No hay modo de averiguar acá la naturaleza de Bastidas: el Archivo de la Provincia no tiene datos sobre él. Acaso los Catálogos de Roma. Entre tanto y a falta de otras fuentes, fíese usted de Lecina-Uriarte, que son de fiar».

Estaban por entonces compilando su Antología de poetas ecuatorianos Augusto Arias y Antonio Montalvo. Les comuniqué el feliz hallazgo, y por primera vez figuró Antonio Bastidas como poeta ecuatoriano en una antología nuestra¹⁰. Arias apuntó el dato nuevo en la 2.^a edición de su Panorama de la literatura ecuatoriana¹¹, y don Isaac J. Barrera, atento a los más pequeños movimientos de la crítica y de la historia nacionales, anotó en la edición de 1944 de su Historia de la literatura ecuatoriana: «Investigaciones últimas parecen dar las probabilidades de que el Padre Bastidas es ecuatoriano, a pesar de haber afirmado Menéndez y Pelayo que era de Sevilla»¹². En la edición de 1953, modifica ya en la nota citada el término «probabilidades» por el de «seguridad».

A esta seguridad pude llegar consultando, en el Archivo General de la Compañía de Jesús en Roma, los datos correspondientes al Colegio de Cuenca en el Catalogo Trienal de la Provincia del Nuevo Reino y Quito del año 1642, datos que, traducidos del latín, dicen: «P. Antonio Bastidas. Guayaquileño de la diócesis -23- de Quito en las Indias. 27 años. Salud entera. 10 años de Compañía. Estudios: 3 años de Filosofía y 4 de Teología. Enseña gramática. No tiene títulos académicos ni grado de la Compañía»¹³.

Completó estos datos el padre archivero, José Teschitel, S. I., consultando todos los catálogos de la Provincia del Nuevo Reino y Quito entre los años 1610 y 1687, hasta formar el curriculum vitae íntegro, que es el siguiente, con el comprobante exacto de cada entrada:

Hacia 1615 nace en Guayaquil, diócesis de Quito en las Indias. 1632, 14 de mayo, entra en la Compañía en Quito. 1642, después de tres años de Filosofía y cuatro de Teología, sacerdote ya, enseña Gramática en el Colegio de Cuenca.

Desde entonces se ocupa en la enseñanza y en la predicación, primero en el territorio de la Audiencia de Quito (1642 a 1668), los diez años siguientes en Popayán (1668 a 1678), y finalmente en Santa Fe de Bogotá, donde fallece el 1.º de diciembre de 1681.

Estas referencias decisivas obtuve del padre Teschitel el 20 de octubre de 1947. Cinco meses antes, en carta de 23 de mayo, me había mandado de Guayaquil don Pedro Robles y Chambers otros datos, que, si no resolvían todavía de raíz el problema de la nacionalidad del padre Bastidas, daban calor humano a su figura, poniéndonos en contacto con su familia, establecida en Guayaquil cuando menos desde principios del siglo XVII.

He leído -dice- con detenimiento su pregunta sobre el jesuita Antonio Bastidas, y es muy honroso para mí tomar parte en un asunto de tanta trascendencia histórica.

El referido Padre fue tío de los hermanos Bastidas y Carranza, todos guayaquileños. Muy sensible -24- es para nosotros la falta del antiguo archivo de Santo Domingo que desapareció en los incendios que nos azotaron, salvándose tan solamente el de la Catedral, que principia en 1695. De manera que descartamos la posibilidad de encontrar su partida bautismal.

Pero si usted cree que es suficiente argumentación el que hubiese existido aquí la familia Bastidas, le manifestaré que el padre Antonio de Bastidas vivía en Guayaquil el 28 de mayo de 1649, en que firma como testigo una escritura de capellanía de su sobrino el maestro Jacinto de Bastidas y Carranza¹⁴.

Este último otorgó su testamento aquí, el 2 de enero de 1668. En él se da por «hijo legítimo de Jacinto de Bastidas, Escribano Público que fue del Número de esta ciudad y de doña María de Carranza, ya difuntos», e incluye la siguiente cláusula: «Ítem mando se le dé al Padre Antonio de Bastidas,

de la Compañía de Jesús, mi tío, cien pesos».

Como se ve el jesuita debe ser hermano del escribano Jacinto. Por lo demás, «desde 1600 se hallaba establecido aquí el escribano público don Miguel Jerónimo de Bastidas, tal vez padre del Escribano Jacinto y del Padre Antonio».

Cita luego don Pedro Robles y Chambers a una sobrina del Padre, doña Mariana Álvarez de Bastidas, hija de Gaspar Álvarez, y de doña Jerónima de Bastidas; a una hermana suya, doña Lorenza de San Basilio, priora del convento de Santa Clara de Quito, tía del presbítero Jacinto; a una hermana de éste, doña Leonor de Carranza y Bastidas, que tomó el hábito de religiosa en el convento de Santa Catalina de Quito; y a otro sobrino del Padre, don Nicolás de Bastidas y Carranza, todos oriundos de Guayaquil.

-25-

Del conjunto de estos datos surge clara y definida la figura del padre Antonio Bastidas, guayaquileño de nacimiento, con larga, honorable y piadosa familia en la ciudad. Admitido en la Compañía de Jesús a los 17 años, vivió en ella casi medio siglo, ocupado perpetuamente en dos ministerios, la enseñanza de letras humanas (que esto se entendía entonces por gramática) y la predicación. Un tiempo enseñó también Teología Moral. Nacido y formado en el Ecuador, pasó los 13 ó 14 últimos años de vida en Colombia, donde falleció. Las ciudades que gozaron de las labores docentes y apostólicas del padre Antonio Bastidas fueron Quito, Cuenca y Popayán. Sus restos mortales deben descansar en Bogotá.

Asegurada con rigor histórico la ecuatorianidad de Bastidas, queda evidenciado que a él corresponde la primacía que hasta ahora se había concedido a Evia. Pues aunque el Ramillete de 1675 lleva como nombre de autor el del Maestro Xacinto de Evia, en este libro, aun materialmente, mayor que el aporte de Evia, es el del padre Antonio Bastidas, cuyas composiciones necesariamente deben ser anteriores a las de su discípulo Evia. Éste nunca le nombra sino por el respetuoso apelativo de «mi Maestro», y expresamente declara, como veremos, que «el principal motivo de dar a luz las Flores poéticas del ramillete (fue) redimir esos poemas de su Maestro de las sombras del olvido». Si por «primer poeta ecuatoriano de la Colonia» se entiende, no el primer autor de quien se conserven algunos versos (que sería el padre Alonso de Peñafiel), sino el primero que haya dejado una obra poética impresa que ofrezca suficientes elementos de juicio, este primer poeta es el padre Antonio Bastidas de la Compañía de Jesús.

Esto es lo que puede afirmarse ya con absoluta certeza, mientras no aparezcan nuevas fuentes, ahora desconocidas, de documentación.

-[26]- -27-

II.- El ramillete

El título mismo del libro es significativo: Ramillete de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros abridores de sus años.

«Recogidas» ya insinúa la mezcla de composiciones propias y ajenas. Evia, por lo demás, está tan lejos de la menor intención de engañar a nadie, que desde las primeras líneas del prólogo «A la juventud estudiosa», con la

mayor claridad por dos veces especifica lo que en su libro corresponde al padre Bastidas: «Ofrezco -dice- a la juventud este Ramillete de varias flores poéticas, algunas cultivadas de mi ingenio, y otras que tenía recogidas del Muy Reverendo Padre Antonio Bastidas, de la sapientísima y nobilísima religión de la Compañía de Jesús, el tiempo que fue mi Maestro de Mayores y Retórica. Califícolas con tan ilustre epígrafe, no porque juzgue que sean de tal aseo y aliño que, por lo vistoso y galante de los poemas, le venga nacido -28- lo florido y honroso de este título, cuanto por haber sido los primeros partos en que desabrocharon los abriles tiernos de mis años y la amena primavera de la edad de mi maestro». Como, además de los versos propios y de los de Bastidas, incluye Evia una sección atribuida a Hernando Domínguez de Camargo, añade: «Llámole Ramillete por los varios y diversos asuntos y argumentos que recojo en este volumen de los jardines de tres floridos ingenios que en él propongo».

Y termina el Prólogo con una última declaración terminante: «He tomado este trabajo por ofrecer a la florida juventud los versos que pude recoger de mi Maestro, siendo su discípulo, y otros pocos que adquirí después que salí de su escuela, por darle este breve honor y gloria, y pagarle, siquiera esta vez reconocido, lo que debí tantas veces a su doctrina». Empieza la obra con la sección de Flores fúnebres. El exordio de esta parte, después de explicar con graves conceptos la conveniencia de esta prioridad, termina con la siguiente declaración: «Y porque este Poético Ramillete tenga la dichosa estrena que deseo, te advierto que estas primeras flores, con la traducción de la Rosa, son todas de mi Maestro, porque, ya que él me enseñó erudito, quiero que acredite con estos funestos lilios y delicadas rosas de su ingenio, las que después te ofrecerá el mío, que es gloria del discípulo honrarse con los aciertos del Maestro, y confesar ingenuo los logros de su enseñanza». Esto significa que son del padre Bastidas las 50 composiciones, que ocupan las páginas 8 a 61.

En la sección de Flores heroicas y líricas cita Evia primeramente 11 composiciones de Bastidas y las autentica luego con la siguiente declaración de una trascendencia que a nadie puede escapar: «Como el principal motivo de dar a luz las Flores poéticas de este Ramillete haya sido redimir estos poemas de mi Maestro de las sombras del olvido, por eso he atendido más al logro de los que aquí te dedico suyos que de -29- los propios míos». A continuación van 8 composiciones de Evia, las primeras que salen en el libro.

Al principio de cada sección hace el reparto minuciosamente exacto. Al llegar a las Flores amorosas escribe: «Todas son mías las flores que en este argumento del amor te ofrezco, y te puedo asegurar que más han sido por divertir el ingenio y por dar gusto a algunos amigos, que por empeños propios». Nada pues allí es de Bastidas, como tampoco en las Flores burlescas y satíricas.

Las cien últimas páginas del libro ocupa la Invectiva apologética, que está atribuida a Domínguez Camargo, así como una breve sección anterior con 5 composiciones, con lo que se plantea un grave problema de historia literaria todavía indeciso.

Pero el inventario del Ramillete, hecho con la guía exclusiva de las

declaraciones expresas de Evia, arroja el siguiente resultado. De las 406 páginas del libro, corresponden a Evia 119, a Camargo 109, a Bastidas 173, (a otros autores 9); y de las 180 composiciones poéticas más o menos largas que integran la obra, son de Camargo 5, de un jesuita innominado 7, de Evia 69, de Bastidas 99.

-[30]- -31-

III.- Bastidas poeta

Una vez que queda establecido que el título glorioso de primer poeta ecuatoriano corresponde al padre Antonio Bastidas, tiene él derecho indiscutible a especial atención y estudio.

Hace todavía poco tiempo, los prejuicios de la preceptiva pseudoclásica y de la romántica apartaban los ojos con desdén de las producciones poéticas del siglo XVII, dando a sus autores por «aventajados discípulos de la escuela culterana» en la cual «todo era extraviarse, andar en tinieblas y delirar siguiendo paso a paso la lamentable carrera de perdición de los poetas de la metrópoli»¹⁵. Ahora que las escuelas poéticas modernistas han revalidado lo que hay de plausible -32- y admirable, aun a vuelta de desviaciones e incongruencias, en la anhelante prosecución de la poesía pura que caracteriza al gongorismo, ya ningún crítico juicioso puede tratar de locuras las audacias líricas de los autores que figuran en el Ramillete.

Pero es preciso conservar la serenidad en la apreciación estética y no ver más de lo que hay -peligro en que fácilmente caen los que tratan de valorar un autor ignorado o preterido.

Hay, pues, que empezar confesando que no es Bastidas un poeta superior de inspiración y aliento propios, que revele una vida poética interna y que aporte algún latido nuevo a la lírica universal. Es, en su época y en su escuela, un buen artífice, versificador de ordinario impecable, fácil, suelto, ingenioso, adiestrado en las peculiaridades del habla y de la sintaxis gongorinas, capaz de adaptarse a los más arbitrarios requerimientos de Rengifo.

Quien quiera ver la frescura y gracia con que a veces se desliza por los diez escalones de la espinela, lea las dedicadas «A la flor de la temprana muerte del Príncipe Don Baltasar Carlos», glosando la conocida cuarteta:

Admirad, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer Lis de España fui,
hoy flor de ese cielo soy.

Con levedad de consumado artista, la va comentando verso por verso:

En el jardín español
tan agraciada me hallaron,
que las flores me juraron
(astros del prado) por sol.

-33-

Pero al primer arrebol
toda esa pompa perdí,
y así en aquello que fui
no admiréis la majestad;
antes bien la brevedad
admirad, flores, en mí.

Ayer en botón vistosa
fui de todos aplaudida,
que aún me apuntaba la vida.
Mas ¡ay, qué acción tan ociosa!
pues la muerte en que hoy estoy
me acuerda cuán breve soy,
en mí dejando enseñanza
en que advierta la esperanza
lo que va de ayer a hoy.

Qué breve vida, diréis,
tiene el Príncipe de España,
pues del hado a la guadaña,
morir tan en flor le veis,
pero ya no os admiréis,
responde Carlos, que así
mi vida toda adquirí,
que si hoy muerto he como flor,
se declara así mejor
que ayer Lis de España fui.

Sólo mi muerte temprana
ha sido para este suelo;
pero, mejorando vuelo,
flor vivo, eterna y lozana;
y si a mi primer mañana
tan otra me vi y estoy,

-34-

no siendo ayer lo que hoy,
fue porque ayer de este prado
fui flor, y en luz mejorado
hoy flor de ese cielo soy.

Sí, gracia y frescura perfectas, y hasta anticipación romántica, pues los célebres versos de Primavera mística y lunar de Arturo Borja:

Mayo en el huerto y en el cielo:
el cielo rosas como estrellas;
el huerto estrellas como rosas...

están en germen en el paréntesis de Bastidas, que a las flores llama «astros del prado».

Por desgracia, este tono no es habitual en él. Oscila más bien entre una tersura desvaída (que no se salva de ser prosa llana sino por la cadencia de los limpios octosílabos), y unos empeños gongorinos forzados (que, verso tras verso, alardean sin apearse una vez a la dicción directa).

Ejemplo de esta manera es el romance «A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo, en metáfora de un toro»:

De una elevada montaña
un arroyo baja altivo,
que agitado de sus ondas
es un toro cristalino.

Al coso llega de un valle,
donde en sonoros silbos
le azora el favonio alegre
entre las hojas de alisos.

Furioso cava la arena
y envuelto en blanco rocío,
al viento la esparce en nube,
por segar al viento mismo.

-35-

Festivo el vulgo de plantas
a trecho bien repartido,
si provoca su furor,
no menos burla sus bríos.

Armado todo de púas,

se le atreve un verde espino,
y al herirle con sus puntas,
el valle llena a bramidos.

Un alto sauce le llama
de un ramo a los breves giros,
y al embestirle furioso,
hurta la rama advertido.

Y así por ocho cuartetos más.

Sin embargo, en más de un caso, hay que reconocer en estas bravatas gongorinas rasgos de positiva potencia, tanto en la imagen como en lo ceñido y airoso de la dicción, como cuando llama al águila real:

galeón viviente que en hombros
del aire navega ufana
a impulsos de aliento propio,

o cuando califica a un álamo de

atalaya a la campaña,
robusta injuria del cierzo.

A vicio de la época hay que atribuir, en cambio, que se pierda con frecuencia Bastidas en mitologías recónditas, que obligan a recurrir a diccionarios especializados para descubrir lo que quiso significar. Como cuando hace decir a las religiosas de Santa Clara, hablando con su superiora:

Clicies firmes seremos de tus huellas [...]

heliotropo, la flor que se vuelve siempre del lado del sol; con lo que quiso Bastidas hacer decir a las monjas que en todo momento seguirían los ejemplos de su prelada...

En los certámenes que solían proponerse con ocasión de las muertes, casamientos o nacimientos que ocurrían en la familia real, da muestras Bastidas de habilidad ingeniosísima en los más apurados lances. Propuesta para ser glosada la siguiente copla:

Si de muerte tan sentida
sois vos, Átropos, la que
causa de tal dolor fue,
¿por qué nos dejáis con vida?,

y siendo regla del género que cada estrofa de la glosa termine con uno de los versos de la copla, se pregunta uno cómo podía concluir ninguna décima sensata con el segundo verso. Bastidas sale del paso interrogando a los otros dos Parcas, y concluyendo con una frase elíptica apropiadísima para significar el espanto y suspensión:

Ya pregunta enternecida
si Láquesis le robó,
o si Cloto le cortó
aquel estambre florido.
Pero ya que convencido
de que ésta ni aquélla fue,
de la tercera a la fe
fía, y la voz al hablar
le faltó, y al preguntar:
¿Sois vos, Átropos, la que...?

Semejantes certámenes daban pie para extraordinarias exhibiciones de destreza métrica, como en este soneto al nacimiento del Príncipe Don Felipe Próspero:

-37-

Floridas te destinan monarquías,
Invicto infante, los divinos cielos,
Luciente sol, siguiendo a tus abuelos,
Iluminas feliz sus sombras frías.

Próspero a rayos, aun cuando nacías,

Ocasionaste al sol lucidos celos,
Pues girando mejores paralelos,
Retiras cortos con mayores días.

Ocuparás, adulto la campaña
Sin que por sol lo Marte te confunda,
Por sol rayos, por Marte las victorias.

El nacimiento tuyo aplaude España,
Rayo te aplaude, pues en ti se funda
(H)Oy la mayor empresa de sus glorias.

Quien lea de corrida estos versos difícilmente sospechará que en el certamen se había propuesto el tema con dos trabas más que suficientes para dificultarlo: rimas forzadas y verso último obligado. A las que Bastidas añadió de su propio impulso una tercera: hacer el soneto acróstico, de suerte que las primeras letras de los catorce versos formasen el nombre: FILIPO PRÓSPERO. El resultado, como era de suponerse, no tiene valor poético; pero tiene sentido y relativa soltura, que no es pequeña hazaña.

Muchos ejemplos parecidos pudieran aducirse que ponen de manifiesto el dominio con que se mueve el joven maestro de Retórica en la palestra literaria. Pero ¿serán suficientes méritos para conferirle en propiedad el título de poeta?

Grave deficiencia, no sólo del castellano sino de todas las lenguas, resulta el no tener dos nombres diferenciados para los artífices del verso y para los dotados del don divino de la genuina poesía. A todos apellidamos poetas: pero los lógicos dirían que no es -38- ésta una denominación unívoca, sino solamente análoga, que se aplica a individuos de distinta especie. Intitulamos este párrafo: «Bastidas poeta»; pero honradamente confesamos que sólo lo es en sentido lato, no en el riguroso que constituye la rara prerrogativa de los genuinos inmortales.

Prueba definitiva de que no cabe considerar a Bastidas como a verdadero gran poeta, es el hecho de que en el centenar de composiciones que de él conserva el Ramillete, no hay una sola que proceda de un impulso lírico auténtico, respuesta a una necesidad íntima de expresión, ni nada que nos dé un atisbo siquiera de su alma, de su concepción de la vida, del arranque superior de sus personales anhelos. En su mayoría, son versos de compromiso, y, lo que es peor, versos de certámenes, con temas fijos en los que nada tiene que hacer la inspiración libre y genuina, sino sólo el ingenio, vencedor de trabas ideológicas o métricas.

De atenernos a la distinción específica entre literatura y poesía, propugnada cada día con más fundamento, habría que reconocer que nunca

llegó Bastidas a los dominios de la poesía verdadera, por falta de preocupaciones trascendentales, esfera propia de los grandes poetas, y aun de aquel fervor e ilusión creadora que busca, si no en los temas, al menos en el lenguaje, el encanto de la síntesis superior que expresa las relaciones íntimas de las cosas y acierta con sus recónditas esencias, caracterizándolas en un epíteto, en un apuesto, en una mera yuxtaposición reveladora.

Nada de esto hay que buscar en Bastidas, nada de lo que sólo brota de la intuición y califica el verdadero don poético en su gratuita pureza.

En cambio se le deben reconocer todos los méritos que constituyen al literato de profesión, dueño de una notable cultura adquirida y de una técnica que actúa tan fácil como segura. Le falta el don divino; pero -39- es un buen literato, gallarda muestra de la intelectualidad quiteña del siglo XVII, que en poco más de un siglo se había puesto a la altura de las viejas culturas europeas.

-[40]- -41-

IV.- Documentos nuevos

No habría más que añadir, si no tuviésemos más datos que los que se pueden sacar del Ramillete de flores varias.

Pero los padres Uriarte y Lecina en el artículo «Bastidas» de su magna obra ya citada: Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España, después de indicar lo que a nuestro primer poeta corresponde en el Ramillete, anotan como manuscritos suyos dos escritos: «A. Carta al Padre Pedro Bermudo en Madrid.- Popayán 16 Noviembre 1670. (B. Hist., Jesuit. leg. 43.) B. Carta al mismo sobre la impresión del Ramillete poético y la Inventiva apologética¹⁶ y compra de varias obras.- Popayán 5 Abril 1672. (Ibid.)».

-42-

La trascendencia de estas dos cartas, puesto que al menos una de ellas se refería a la obra impresa a nombre de Jacinto de Evia, era evidente: podía aclarar las relaciones entre el maestro y el discípulo en punto a la paternidad de la obra. Hice inmediatamente gestiones para lograr el texto de las cartas. No fue cosa tan fácil, pero al fin lo obtuve por medio del insigne americanista residente entonces en Madrid, padre Constantino Bayle, S. I. En carta de 28 de junio de 1546, me escribió cómo, después de penosa rebusca, había dado con ellas en el Archivo de la Academia de la Historia.

Hay que confesar que, aun sacadas en limpio, son ellas documentos de difícil interpretación; tanto que, a primera lectura resultan poco menos que ininteligibles. Mas, una vez entendidas, son una verdadera revelación, pues contienen una serie de datos insospechables, que obligan a revisar de raíz todo lo que hasta ahora se había tenido por cosa averiguada, no sólo acerca del Ramillete, sino inesperadamente acerca de las dos obras impresas a nombre del literato neogranadino, doctor Hernando Domínguez Camargo, cuya paternidad literaria jamás había sugerido la menor duda. Por tratarse de una cosa que podía tener positiva trascendencia, era indispensable asegurar ante todo la absoluta autenticidad de la

documentación, y para esto contar, no sólo con una transcripción manuscrita, por acreditada que fuese, como la que había obtenido del padre Bayle, sino con una reproducción fotográfica. Puso el mayor empeño en conseguírmela el querido amigo y renombrado investigador histórico don José Rumazo González, y me la proporcionó por medio del benemérito cónsul del Ecuador en Madrid, don Hipólito de Mozoncillo.

Empecemos dando a conocer estos documentos en un traslado de ortografía y puntuación modernizadas que las haga más inteligibles. Con este fin, además de completar las abreviaturas, de puntuar de acuerdo -43- con la lógica, de restituir a las palabras su ortografía corriente, he puesto en versalitas las palabras de particular importancia en las que estriban los argumentos; he dividido el texto en párrafos, numerados con una numeración seguida para las dos cartas, de modo que se los puede citar fácilmente en la argumentación.

De este modo quedará en claro la importancia singular de estos documentos, señalados por los padres Uriarte y Lecina, S. I., pero que se publican ahora por primera vez.

Después de la transcripción literal, discutiremos el significado y alcance de las cartas, y trataremos de sacar las conclusiones apropiadas.

PRIMERA CARTA

Pax Christi

1. Hállome notablemente agradecido en lo que V. R. ha obrado en el POEMA que he recibido ya impreso. Sólo un cajón pudo remetirme el P. Ribadeneira, Procurador de Sevilla. No se debió de poder más. Ahora le escribo acerca de los demás cajones que quedaron en su poder; que espero en Dios que estas cartas han de llegar antes que la armada salga para Indias.

2. Y como hasta este Junio de 670 que pasó, meses después de partida la armada de Cartagena, no había tenido carta de V. R. ni noticia de que se hubiesen recibido los DOS LIBROS que enviaba, perdí tan segura ocasión del P. Luis de Centellas, Procurador nuestro; porque, como son tan contingentes las cosas de la mar y tierra en tanta distancia, no me determiné a cosa (que hartó me ha pesado).

-44-

3. Pero infaliblemente en la armada que viene irá a España el socorro para UNA Y OTRA OBRA, y así tendré con tiempo en Cartagena el dinero en poder del P. Francisco Ximeno, Rector de aquel Colegio.

4. Mas, como conozco su actividad y puntualidad de V. R. y buen concepto que tiene de este su hijo, que no faltará a lo que se puede deber de DICHAS IMPRESIONES, confío que ya estarán dados a la estampa.

5. Pero, por si acaso no estuvieren impresos, puede V. R. ordenar se trabaje en ellos. Y ya que no se puedan imprimir LOS DOS, por lo menos la INVECTIVA APOLOGÉTICA, que es de menor volumen, se podrá ajustar para esta armada: que quisiera fuera en un tomito pequeño, del cuerpo de Contempto mundi (a que más me inclino), o del tomo de Flores historiales (como entonces le pedía).

6. Y si hubieren de venir en esta armada, se pueden enviar a Sevilla solos dos cajones de CADA OBRA y los tomos que en ellos solo cupieren, que de los demás yo avisaré después (que ésta escribo con

toda prisa por no perder este aviso).

7. Ya V. R. se vería con el P. Hernando Lavayen, y sabría la desgracia de haberle cogido el Inglés y despojádole de un cajón de cáscara de Loja, que llevaba más de ciento veinte libras largas; porque el H. Odiago me dijo que era el mejor regalo que podía enviar a V. R., por ser cosa tan estimada allá para cuartanas y tercianas. Y me ha pesado no llegase a sus manos, por ser una breve insinuación de mi afecto, que, por no aguardar a la flema de la armada y gozar de la seguridad del P. Hernando, lo eché a pique. La misma fortuna hubiera corrido el socorro de LAS IMPRESIONES, si el Padre se detiene algunos días más en esta ciudad, porque llegó muy poco después que se partió. Gracias a Dios por todo.

8. En esta armada no faltará algo con qué servir a V. R., que cierto lo deseo, porque conozco el beneficio, -45- pero soy desgraciado; y en las que vinieren después siempre tendré este reconocimiento con algún tributo, aunque V. R. no sea Procurador. Como también al P. Juan Cortés Osario; que me holgaré que, del dinero que remití, lo que reste de los trescientos patacones se le entregase, como se lo tenía prometido. Que siempre los cincuenta patacones fueron dedicados para Su R., aunque llegaran allá tan diminutos. Pero como murió el P. Felipe de Paz, que me aseguró que por lo menos 348 patacones sin costos algunos se los entregaría a V. R., por carta que me escribió de Cartagena; pero por la experiencia veo que con su muerte se atrasó todo.

9. He visto despacio en el POEMA las doctas enmiendas del P. Juan Cortés Osario, y me hallo sumamente agradecido, y lo seré en todas las armadas. Holgareme que en LAS OBRITAS que allá están las revea y mejore.

10. De LOS LIBROS que han quedado en la Procuraduría de esa Corte, conforme V. R. me avisa, escribo al P. Manuel de Villabona para que disponga de ellos, (que hartó me ha pesado haya dejado V. R. el oficio, en quien he hallado padre, amparo y amigo, que tan bien lo ha dispuesto todo).

11. Estimaré que V. R. me encomiende y dé a conocer a dicho Padre Procurador, y vea si debo aún algo de la imprenta de SAN IGNACIO, y avíseme para que se satisfaga todo. Que porque el P. Alonso de Pantoja me dijo que con los trescientos patacones había suficiente para el POEMA, no remití más en la ocasión, y también porque entonces no me hallaba a mano sino con esa cantidad, (pero pudiera haberse buscado).

12. Holgareme haya quedado contento el P. Juan Cortés Osorio, pues tan bien LO trabajó y tanto le debo; pero V. R. le diga que, si he andado corto en esta ocasión, me enmendaré en la que viene. Y que no deje de escribirme; como también V. R., y mandarme con llaneza como a hijo.

-46-

13. Nuestro Señor guarde a V. R. y dé mucha salud, como ha menester este su siervo, en cuyos Sacrificios etc.

Popayán y noviembre 16, 670.

D. V. R. hijo y siervo etc.

Antº. Bastidas

Mi Padre Pedro Bermudo.

14. (En el reverso) Al P. Pedro Bermudo de la Compañía de Jesús,
Procurador General de Indias en la Corte de Madrid, etc. Madrid.

SEGUNDA CARTA

Mi Padre Pedro Bermudo:

Pax Christi

15. Antes de recibir su segunda carta de V. R. de 30 de Noviembre de 1670, tenía respondido a la de 23 de Mayo de 69, el mismo año de 70. Días ha que habrá llegado a manos de V. R.; y (en) la presunción que entonces tuve de que quizás estarían impresos LOS DOS LIBROS, disponía su remisión y disposición. Pero ya por la segunda carta estoy desengañado que no se imprimieron y quedaron en poder del P. Procurador Manuel de Villabona.

16. Y me he alegrado por la dedicación del RAMILLETE POÉTICO, que entonces iba al Dr. Don Fernando -47- de Lomas por la amistad que habíamos profesado; pero cuando se lo hice saber, reconocí que tenía poco afecto, y lo principal - porque se ha declarado enemigo de la Compañía. De esto sabe muy bien el P. Hernando de Lavayen.

17. El caballero a quien le dedico ahora es amigo y muy afecto a nuestra Compañía. Va con ésta LA DEDICATORIA y EL RÓTULO para que se imprima con LA OBRA.

18. Lo mismo escribo al P. Juan Osorio Cortés, a quien pido mire y enmiende LA OBRA, y en ausencia de V. R. corra por su cuidado la imprenta, porque, asistiendo V. R. en Madrid, por solas sus manos ha de correr, porque salió la del POEMA muy a gusto.

19. Agradeciendo, como es razón, el sumo cuidado que V. R. puso en la impresión y remisión de los cajones, hasta ahora no ha pasado a Indias más que uno (que juzgo es el séptimo) que llegó a mis manos, pagándose en Cartagena con puntualidad los costos que hicieron de Sevilla a Indias.

20. Agora puede ser que el P. Procurador envíe otros. Ya se está poniendo el dinero en Cartagena para que se paguen los nuevos castos. Todo está muy ajustado, y reconozco lo mucho que suplió V. R. de su casa.

21. Procuraré mostrarme siempre agradecido, y hartos me pesa que el Inglés hubiese cogido el cajón de cáscara de Loja que remitía a V. R. con el P. Hernando de Lavayen. Ahora quise desquitarme con un buen regalo; pero la tardanza del dinero que me envió EL DISCÍPULO Y AMIGO POR CUYO CUIDADO SE IMPRIMEN ESTOS DOS LIBROS, pues

llegó

cuatro meses después que hubieron pasado los últimos mercaderes para Cartagena (que se previenen un año antes para la armada, por la distancia suma que hay de estas partes distantes a los puertos); -con que no va, y me hube de valer de unos 354 patacones -48- que tenía para UNA OBRILLA QUE QUERÍA SALIESE EN MI NOMBRE.

22. Con que he dejado ÉSTA, porque ESOS DOS TOMITOS no invernen por allá.

23. Con que, por no haber llegada a tiempo ese otro dinero, ahora sólo envío a V. R. 25 patacones para chocolate, y otros tantos al P. Juan Cortés. Que en la primera ocasión irá duplicada la parada; que el dinero está ya en mi poder, y ahora no hay quien le lleve, porque han bajado, como tengo dicho, todos los mercaderes, y estos despachos pasan por correos, que son unos pobres indios.
24. 300 patacones van: los 200 son para el RAMILLETE POÉTICO, los 100 para la INVECTIVA APOLOGÉTICA¹⁷.
25. ÉSTA ha de ser en folio de Contemptus mundi o Villacastín¹⁸. El RAMILLETE en octavo o folio de Arte de Antonio¹⁹; la letra mediana. No pido más de media imprenta o menos. Lo que alcanzare el dinero, (que conozco que no es sobrado), porque lo que estaba destinado para ella llegó tarde, como le digo.
26. En todo caso se abran las armas²⁰ de ese caballero a quien le dedico (ahí las envío al fin del rótulo impresas) cueste lo que costare; porque es muy galante, y, si ve que le honramos con esa niñería, nos regalará a todos (que Dios le ha dado mucho). Vengan en medio del mismo rótulo.
27. El Índice del POEMA, que se perdió, no va en la ocasión. Enviarelo cuando se hubiere de hacer nueva impresión, como se lo escribo al P. Juan Cortés Osorio.

-49-

28. Si se hubieren trocado los libros del POEMA DE SAN IGNACIO, se podrían remitir algunos a Sevilla. Al P. Villabona le escribí (no sé si habrá recibido la carta) que, si quería remitirlo a la Nueva España, los enviase, y, si saliese algo después de haberse costado, ayudase a LA IMPRESIÓN DE ESOS DOS TOMILLOS, o que hiciese lo que más gustase Su R. (no sé a lo que se habrá determinado); porque por estas provincias y partes del Pirú, con los que hay en Sevilla bastan.
29. Y si el P. Manuel de Villabona no hubiere querido admitir el partido, V. R. disponga de ellos, o bien para AYUDAR A ESAS IMPRESIONES, o bien para que se remitan a Sevilla trocados por tomos de otros autores, principalmente devotos, curiosos o de poesía, que por su cuidado de Su R. sé que tendrá todo muy buena salida.
30. En todo caso, sea media la imprenta, y con letra mediana, y en el tamaño que he dicho.
31. En llegando el dinero, se haga luego porque se puedan remitir la mitad de cada juego, y la otra mitad trocarlos, que en estos tomos pequeños se acomodará mejor su envío.
32. El amigo a quien dedico la INVECTIVA APOLOGÉTICA, le han dado el oficio de Comisario de Inquisición, y como ese título se estima por allá, envío de nuevo el rótulo, porque de esta suerte, y no de la otra, venga impreso.
33. Qué de impertinencias que le pido a V. R. Súframelas, que por allá no tengo persona que con tan buenos ojos mire MIS COSAS.
34. En nombre del impresor se pueden pedir las licencias, como se hizo en el tomo del POEMA, porque COMO SALEN EN NOMBRE DE

SECULARES

Y ES A GUSTO E INSTANCIA SUYA, Y ELLOS HACEN EL GASTO,
VAYA EN

NOMBRE DE SECULAR la agencia de la impresión. Excusado -50- me parece el aviso cuando V. R. está tan adelante en todo y sabe tan bien la carta de marear esos golfos.

35. Llámase el agente del señor Provisor a quien dedico el RAMILLETE POÉTICO Don Juan de Amezaga. V. R. le dé calor y ayuda, que está en pretensiones de alguna canonjía o dignidad de las Iglesias de Indias, que, cualquiera cosa que se hiciere por él, será agradecido, porque es muy galante en todo.

36. Nuestro Señor guarde a V. R. para alivio y consuelo de este su capellán y hijo suyo. Popayán y Abril 5 del 672.

De V. R. hijo etc.

Antº. Bastidas

37. (Al pie de la hoja) Libros.- P. Antonio Bastidas. 5 de Abril de 72. En Popayán. Envía 300 patacones para impresión de su RAMILLETE DE FLORES e INVECTIVA con varias advertencias y un regalo para el P. Cortés y para mí, y trueque a libricos de devoción de sus IMPRESOS.

-51-

V.- Interpretación de las cartas de Bastidas

Estas dos cartas que tenemos del padre Bastidas al padre Bermudo son por desgracia piezas descabaladas de una correspondencia más copiosa. Lo que de esta correspondencia se puede rastrear es lo siguiente.

Lo primero en ella sería una carta, hoy perdida, del padre Bastidas, anterior en uno o dos años a 1666, enviada junto con el manuscrito del Poema de San Ignacio, en la que sin duda explicaría la razón de la publicación de una obra que iba a figurar a nombre de un sacerdote secular, el doctor Hernando Domínguez Camargo, y encargaría tal vez al Padre Procurador que la hiciese revisar y corregir.

-52-

Mediarían luego probablemente algunas cartas, todas perdidas, hasta la publicación del poema en 1666.

El primer correo del padre Bermudo de que habla Bastidas es el de 23 de Mayo de 1669, que no ha llegado hasta nosotros.

Para esa fecha Bastidas había remitido ya a Madrid los manuscritos del Ramillete de flores y de la Inyectiva apologética, pidiendo que ésta se publicase aparte en un tomito pequeño.

Acuse de recibo de este envío de los manuscritos no tenía el padre Bastidas en junio de 1670.

Poco después le llegó un primer cajón con ejemplares del Poema de San Ignacio impreso.

Agradeciendo este envío, escribió la carta de 16 de noviembre de 1670 (primera de las que tenemos), en la que insta por la impresión del Ramillete y de la Inyectiva, y pide que los corrija el padre Juan Cortés Osario, como lo había hecho con el Poema.

Esta carta, contestación de Bastidas a la del padre Bermudo de 23 de mayo de 1669, se cruzó en el camino con otra del padre Bermudo de 30 de noviembre de 1670, que tampoco se ha conservado.

Por ésta se enteró Bastidas que aún no se empezaba la impresión del Ramillete. Lo aprovecha, al contestar el 5 de abril de 1672 (segunda carta de las que tenemos), para cambiar el padrino a quien iba a dedicar el libro; para escribir al padre Juan Cortés suplicándole lo mirase y enmendase; para enviar el dinero que había de gastarse en las impresiones, y hacer recomendaciones sobre la forma que se debía dar a la publicación, y la manera de expenderla.

Varias de estas recomendaciones no se cumplieron. Así, a pesar de repetidas instancias, la Inectiva quedó publicada junto con el Ramillete en un mismo tomo con paginación seguida, aunque con portada propia. Después de esto, nada sabemos ya, ni queda -53- medio alguno para adivinar lo que pudo ser el fin de esta comunicación epistolar entre el padre Bastidas y el padre Bermudo.

Para acertar con la recta interpretación de la misma, y consiguientemente con su alcance histórico, es preciso tener unos datos al menos sobre el corresponsal de nuestro poeta criollo.

El padre Pedro Bermudo era toledano, nacido en Puebla de Montalván en 1610. Ingresó en la Compañía en 1626, y por los años de 1670, cuando se escribía con el padre Bastidas, ejercía el oficio, entonces muy importante, de procurador general de las Indias Occidentales en Madrid. Más tarde fue procurador general de la Asistencia de España en Roma, donde era simultáneamente penitenciario de San Pedro. Hombre grave y piadoso, como lo prueban los cargos que le confiaron, de superior de la residencia de Navalcarnero y prepósito de la Casa Profesa de Madrid, atendía, no sólo de oficio, sino con singular esmero y caridad a los mil negocios que le encomendaban los Padres de todas las provincias de América. Las cartas del padre Bastidas respiran gratitud por la bondad y servicialidad del padre Bermudo.

También serán oportunos unos pocos rasgos acerca del padre Juan Cortés Osorio, que tuvo su intervención literaria tanto en el Poema de San Ignacio como en el Ramillete. Había nacido en Puebla de Sanabria (Zamora) en 1623. Jesuita desde 1637, enseñó Filosofía y Teología en diversos colegios de España, regentó la cátedra de prima en los Estudios Reales del Colegio Imperial de Madrid. Ejerció los cargos públicos de censor de libros, de visitador de bibliotecas y de ministro de la Junta de Calificadores del Consejo de S. M. de la Santa y General Inquisición, «habiéndose hecho no menos recomendable -dicen Uriarte y Lecina- por sus virtudes religiosas y celo del bien de la nación, que temible por su ingenio eminentemente -54- satírico»²¹. Se encuentran Pareceres suyos previos a las licencias del Consejo tanto en el Poema de San Ignacio de Domínguez Camargo como en el Ramillete de Evia, y también en otro de nuestros libros coloniales El Job de la Ley de Gracia por fray Felipe Colombo.

Conocidas las personas, es de suma importancia, definir exactamente el carácter de las dos cartas del padre Bastidas que debemos analizar. Son cartas de oficio, cartas de negocio. No son cartas literarias ni confidenciales. Tratan de asuntos de libros, pero no de su contenido ni de

nada referente a su valor literario, o a su autor o autores, sino a su edición, expendición y envío a Ultramar. Son rigurosamente cartas, si cabe decir, comerciales, y desgraciadamente cartas, como queda dicho, descabaladas, de una serie de la que faltan las del principio y las del fin. En las primeras se hallarían seguramente explicaciones iniciales sobre la naturaleza de las obras que el padre Bastidas trataba de hacer imprimir en España, y por ellas hubiéramos tenido resuelto sin lugar a dudas el problema trascendental de la paternidad de estas obras. Nada de esto tenemos en las cartas existentes. En ellas se habla de diversos libros como de cosa ya conocida y sobre la que no hay por qué dar más explicaciones. Todo procede por alusiones escuetas que dejan pendientes muchos interrogantes. La falta de las últimas cartas de la serie nos ha dejado sin datos acerca de los resultados de las gestiones de Bastidas, y particularmente de por qué no se hizo segunda edición del Poema de San Ignacio y de por qué no llegó a imprimirse la última obra, la que pensaba publicar con su propio nombre. De ésta no sabemos ni sobre qué tema versaría, aunque se puede conjeturar que sería algún escrito considerable, pues para su impresión tenía reservado 354 patacones, -55- siendo así que sólo había enviado 300 para la del Poema, libro de 406 páginas. Como en tantas otros asuntos históricos en que la documentación que se ha salvado del naufragio del tiempo es incompleta, no queda otro remedio que conformarse con aquella, irremediable cuanto dolorosa deficiencia, y sacar el mejor partido posible de los documentos existentes, analizándolos con sagacidad y sugiriendo cautelosamente las hipótesis más racionales en los puntos que quedan dudosos, con el fin de llegar a una interpretación de conjunto coherente, verosímil e imparcial.

Empecemos, pues, recogiendo, ordenando y concertando entre sí los datos que textualmente se leen en las dos cartas, puntualizando los párrafos de las mismas en que cada cosa se encuentra; y después vendrá el sacar las inferencias que de aquellos datos se desprendan.

Son cuatro las obras de las que en sus misivas al procurador de Indias habla el padre Bastidas: La primera, a la que va dando diferentes nombres: El Poema (números 1, 9, 18 y 27), San Ignacio (número 11), Poema de San Ignacio (número 28). La segunda, el Ramillete poético (números 16, 24, 25, 35 y 37). La tercera la Inectiva apologética (números 5, 24, 25, 32 y 37). La cuarta, cuyo título no da pero que llama una obrilla que quería saliese en mi nombre (número 21).

Las cuatro obras están, además, indicadas por alusión: el Poema de San Ignacio, cinco veces, en los números 10, 12, 19, 20 y 29; el Ramillete, diecinueve veces, en los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 15, 17, 18, 21, 22, 26, 28, 29, 30, 31, 34 y 37; la Inectiva, dieciséis veces, en los números 2, 3, 4, 5, 6, 7, 9, 15, 21, 22, 28, 29, 30, 31, 34 y 37; y una vez la obra sin título en el número 22.

Cronológicamente la prioridad de la impresión corresponde al Poema de San Ignacio, que salió a luz en 1666. Empecemos, sin embargo, por el Ramillete, que lleva el pie de imprenta de 1676 (y en algunos -56- ejemplares el de 1675). Ya advertimos que, contra el insistente pedido del padre Bastidas, quedó incluida la Inectiva apologética en el mismo volumen, aunque con portada propia.

Los datos concretos que acerca de estas dos obras, Ramillete de flores

varias e Inyectiva apologética, se entresacan de las dos cartas constan en los diez puntos siguientes

- 1.º Dice el padre Bastidas que, antes de 1670, había enviado a Madrid los originales para su impresión y ofrece mandar el dinero para este fin (números 2, 3, 4, 7);
 - 2.º En caso de no poder imprimirse sino una de las dos obras, prefiere que sea la Inyectiva (número 5), y especifica el formato y tipo para su impresión (números 5, 25, 30), como también para la del Ramillete (número 25);
 - 3.º Sugiere el modo de envío a América de ambas obras (número 6), y propone que se hagan permutas con parte de los ejemplares (número 31);
 - 4.º Al saber en 1672 que todavía no se empezaba la impresión, cambia la dedicatoria del Ramillete (números 15, 16, 17, 18), y ruega que tenga a bien el padre Juan Cortés Osorio revisarlo y enmendarlo (número 18);
 - 5.º Habla del discípulo y amigo que paga la impresión del Ramillete y de la Inyectiva, es decir de Jacinto de Evia, aunque sin nombrarlo (número 21);
 - 6.º Indica que en el Ramillete e Inyectiva empleó el dinero que tenía reservado para una obrilla que quería saliese en su nombre, y reparte aquella suma en 200 patacones para el Ramillete y 100 para la Inyectiva (números 22, 24);
- 57-
- 7.º Pide que en el rótulo del Ramillete se estampen las armas del nuevo padrino (número 25) y recomienda su agente (número 35);
 - 8.º Encarga que se empleen en la impresión del Ramillete y de la Inyectiva las ganancias que se sacaren de la obra anterior, es decir del Poema de San Ignacio (números 28, 29);
 - 9.º Afirma que todas tres obras (Poema, Ramillete e Inyectiva) salen en nombre de seculares, que esto es a gusto e instancia suya y que ellos hacen el gasto (número 34);
 - 10.º Finalmente el padre Bermudo, al sintetizar la carta, trata los dos libros como obras de Bastidas: Su Ramillete de Flores... Sus Impresos (número 37).

Pasando al Poema de San Ignacio, en ocho puntos puede resumirse lo que de él dicen las cartas:

- 1.º Escribe el padre Bastidas que, para noviembre de 1670, había recibido impreso el Poema, pero sólo un cajón, el séptimo, y agradece sus cuidados al padre Bermudo (números 1, 19);
 - 2.º Al estudiar en el Poema impreso las correcciones introducidas por el padre Cortés, se declara sumamente agradecido, y expresa el deseo de que el mismo Padre mejore también el Ramillete y la Inyectiva (números 9, 12, 18);
 - 3.º Dispone de los ejemplares del Poema que aún no han sido remitidos a América (números 10, 20);
 - 4.º Pregunta si algo queda debiendo por la impresión del Poema y ofrece pagar. No envió más de 300 patacones porque le dijeron que no era menester más (número 11);
- 58-
- 5.º Manda regalos para el padre Cortés que corrigió el Poema (números 12, 23);

6.º) Avisa que enviará el Índice del Poema, cuando se haga de él nueva impresión (número 27);

7.º) Propone se despachen ejemplares del Poema para venta en México, y determina que lo que se recaude sea aplicado a la impresión del Ramillete y de la Invectiva (números 28, 29);

8.º) Recuerda que para el Poema se pidieron las licencias en nombre del impresor, y sugiere que se haga lo mismo con el Ramillete y la Invectiva, para evitar dificultades (número 34).

Éstos son los puntos concretos contenidos en las dos cartas. ¿Cómo se los debe interpretar?, ¿qué conclusiones hay que sacar de ellos?

Supongamos a un lector que nada sepa de los libros impresos y sólo conozca estas cartas; la impresión espontánea que de ellas reciba será indudablemente de que está tratando el padre Bastidas de obras propias suyas. El modo de hablar, el modo de proceder, la omnímoda libertad con que dispone de todo, obviamente no se pueden referir sino a obras propias. Da órdenes acerca de las características de sus ediciones, acerca del formato y tipo, de la impresión y corrección de pruebas, de la repartición, venta o trueque de los volúmenes, de su embalaje y envío, de la aplicación del producto de la venta. Responde él de todos los gastos, los de la publicación y los de despacho a América. Más aún, señala y cambia a su talante las personas a quienes dedica las obras, escoge censor a quien se las deba entregar para que las revise, corrija y mejore, y esto en forma incondicional, de modo que las correcciones se incorporen a la obra sin ser estudiadas y aprobadas por el autor, haciendo con esto acto de propiedad, no sólo sobre las ediciones, sino también sobre el texto.

-59-

¿Qué más pudiera hacer con obras rigurosamente propias?

Pero, en franca contraposición con esta conclusión que parece evidente, se presenta el hecho desconcertante de que tres de las obras, que así trata Bastidas como enteramente propias, llevan en sus portadas nombres de autor distinto: el Ramillete, el de Evia; el Poema y la Invectiva, el de Domínguez Camargo.

Tenemos, pues, un contraste tan evidente como inexplicable. Quien sólo lea los títulos de las obras no puede ni sospechar que tenga que ver con ellas el padre Antonio Bastidas. Y quien sólo lea las cartas del mismo al padre Bermudo no puede ni sospechar que las obras de que habla en ellas sean de otro que del mismo padre Bastidas. La contradicción entre las portadas de los libros y el tenor de las cartas es manifiesta. Problema ineludible, que exige solución.

Dos soluciones extremas pueden concebirse, que se excluyen entre sí, basada la una en los impresos, y la otra en las cartas. Según la primera, las obras pertenecerían a los autores cuyos nombres figuran estampados en los rótulos, y el padre Bastidas sería tan sólo el agente encargado de la impresión. Según la otra, las tres obras pertenecerían en realidad a Bastidas, y los nombres de las portadas serían meramente nombres prestados para encubrir la identidad del autor verdadero.

En sí, ninguna de las dos soluciones tiene nada de imposible; pero ambas presentan sus puntos oscuros.

Estudiemos la hipótesis primera: Evia y Camargo, autores; Bastidas, editor. La dificultad principal contra ella es la ya indicada; el tenor de

las cartas y la convicción a que invenciblemente inducen de que Bastidas habla como autor.

A esto se puede responder que, en la correspondencia entre el padre Bastidas y el padre Bermudo, pudo -60- muy bien Bastidas explicar de una vez para siempre en la primera carta (que se ha perdido) el asunto de los autores y por qué se encargaba él de publicar aquellas obras ajenas. En este supuesto, se comprendería que en las cartas subsiguientes que poseemos, para mayor expedición y brevedad hable ya de las obras encargadas como de cosa propia sin más distinciones.

Esta explicación sería en sí misma satisfactoria, y se basa sobre una hipótesis verosímil. Sería en sí misma satisfactoria, porque, aunque históricamente no consta, cabe muy bien que se hubiese comprometido Bastidas a editar obras ajenas; y en particular, que, muerto Domínguez Camargo en 1659, hubiese tenido interés en salvar del olvido un poema dedicado a San Ignacio. Con esto quedaría explicado que, al editar una obra póstuma por la cual nada ya podía hacer el propio autor, se afanase él por sacarla con la mayor perfección y decoro, empeñándose, como hiciera por una producción propia, en hacerla corregir por un ingenio tan cotizado como el padre Cortés -cosa enteramente verosímil en el siglo XVII, en que no se miraban con los escrúpulos de ahora los derechos de autor.

Solución ingeniosa y posible, pero que no aclara del todo los hechos concretos. Porque, en primer lugar, no da cuenta de la diferencia entre el caso del Ramillete publicado a nombre de Evia, y el del Poema y de la Inectiva atribuidos a Domínguez Camargo -casos, sin embargo, bien distintos-. El Ramillete lleva en la portada el nombre de Jacinto de Evia; pero el mismo Evia en las primeras líneas de su prólogo se encarga de avisar que el intento primordial de la obra es dar a luz composiciones inéditas de su maestro, el padre Antonio Bastidas. En cambio, el Poema heroico San Ignacio y la Inectiva Apologética, se presentan como obras póstumas de Domínguez Camargo, editadas respectivamente por Antonio Navarro Navarrete y Atanasio Amescua Navarrete, y en -61- las que el padre Bastidas no entra para nada. Tanto que nadie hasta ahora había sospechado nunca que tuviese él conexión alguna con el Poema. La tiene, sin embargo, y decisiva, como consta de las cartas. Todo ello, en esta explicación, quedaría en el misterio.

En segundo lugar, no es esto lo único que queda en el misterio sino los cuatro hechos siguientes, que no son suposiciones, sino que taxativamente constan en las cartas y que, todos ellos, favorecen a la solución contraria, esto es, a la de Bastidas verdadero autor.

Primero, que, aunque distingue y contrapone Bastidas tres obras «que salen en nombre de seculares» (número 34), y una «que quería saliese en (su) nombre» (número 21), habla, sin embargo, de todas cuatro en tono absolutamente uniforme, igualando, las obras nominalmente ajenas a la confesadamente propia.

Segundo, que, poniéndose en la hipótesis de que el dinero enviado para costear juntamente la edición del Ramillete y la de la Inectiva no diese para ambas, pide que se dé la preferencia a esta segunda (número 5), (siendo así que el Ramillete contenía copiosa obra suya, y la Inectiva salía como totalmente ajena).

Tercero, que, no habiendo llegado a tiempo a manos de Bastidas el dinero

ofrecido por Evia para la impresión del Ramillete y de la Inyectiva, y urgiendo enviar fondos a España, mandó él los 354 patacones que tenía reservados para la obra que quería publicar con su propio nombre (números 21-22).

Preferir de este modo obras ajenas a las obras propias es cosa humanamente poco verosímil, que no puede presuponerse sin más ni afirmarse sin pruebas. En cambio, la explicación de todos tres hechos es enteramente natural si tan de Bastidas son las tres obras que salen con nombres ajenos como la cuarta que debía salir con el propio; y se comprende que no había para él mayor sacrificio ni en posponer el Ramillete (en parte al menos propio, a la Inyectiva aparentemente -62- ajena) ni a ambos, Ramillete e Inyectiva, la obrita que había de consagrar su nombre como escritor. En realidad en todos cuatro casos habría estado publicando lo suyo, y, por lo visto, más le importaba sin duda la publicación misma de las obras que no la satisfacción de leer el propio nombre en las portadas.

Queda por fin el cuarto hecho, que, mientras no reciba una refutación directa, parece el más adverso a la primera solución que estamos considerando (Bastidas mero agente editor de obras ajenas).

Reléase el párrafo antepenúltimo (número 34) de la segunda carta:

En nombre del impresor se pueden pedir las licencias, como se hizo en el tomo del POEMA, porque como SALEN EN NOMBRE DE SECULARES

Y ES

A GUSTO E INSTANCIA SUYA, Y ELLOS HACEN EL GASTO, vaya en nombre de secular la agencia de la impresión.

Basta ponderar los términos. En primer lugar, rigurosamente equipara Bastidas las tres obras, Poema, Ramillete e Inyectiva respecto de las licencias, que constituían el punto difícil de las impresiones; y dice que se debe proceder con los dos últimos libros como con el primero, a saber, (pedir las licencias en nombre del impresor). La razón para esto se desprende de lo que sigue: todos tres libros son presentados como de igual naturaleza.

Y ¿en qué consiste esta naturaleza, este rasgo común? En que salen en nombre de seculares. Nótese y adviértase la palabra, que no sufre equívoco. No dice Bastidas que las tres obras son de seculares, si no que salen en nombre de seculares. ¿No será esto una manera explícita de significar que en realidad eran suyas, y que solamente salían en nombre de seculares, no siendo de ellos, porque por justos respetos convenía que saliesen así en forma encubierta? Aclara Bastidas la anomalía del caso añadiendo que este -63- modo de publicación en que ellos, los seculares, prestan su nombre, es a gusto e instancia suya, y que, en prueba de ello, hacen ellos el gasto. Lo que se confirma por la contraposición con la obrilla que quería saliese en (su) nombre propio, para la cual el padre Bastidas había tenido reservados 354 patacones de otra procedencia. Hay, sin embargo, que reconocer que las locuciones «como... es a gusto e instancia suya, y ellos hacen el gasto», que se verifican exactamente en Jacinto de Evia respecto del Ramillete, resultan menos inteligibles

respecto de Hernando Domínguez Camargo, que era difunto al tiempo de la publicación, no sólo de la Inyectiva (1676), sino también del Poema (1666), pues había muerto en 1659.

Pero aquí tocamos a otra incógnita, que afecta por igual a las dos soluciones opuestas: la de las relaciones entre Bastidas y Camargo. Si el Poema heroico y la Inyectiva son de Camargo, ¿cómo llegaron los manuscritos póstumos a manos de Bastidas y por qué se encargó él de publicarlos? Si son del mismo Bastidas, ¿cómo se le ocurrió publicarlos con el nombre de Camargo?

Los datos históricos no responden. Bastidas era un jesuita guayaquileño, nacida hacia 1615, y entrado en la Compañía en Quito en 1632, al tiempo en que formaban una sola provincia indivisa el Nuevo Reino y Quito. Domínguez Camargo, natural de Santa Fe de Bogotá, nació en 1606, entró en la Compañía en 1621, hizo los primeros votos el 7 de mayo de 1623; pero para noviembre de 1636, ya sacerdote, había salido de la orden. Fue cura de Turmequé y luego de Tunja. Ha sido imposible averiguar con certeza si entre 1623 y 1636 estuvo en el Colegio de Quito. Lo daría a entender el célebre romance «A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo» publicado en el Ramillete (pues el Colegio de Quito tenía su casa de campo en el vecino Valle de los Chillos). -64- Pero precisamente se trata de verificar el origen auténtico de dicho romance.

Como Bastidas, nueve años más joven que Domínguez Camargo, entró en la Compañía en Quito el 14 de mayo de 1632, en caso de que Camargo hubiese vivido un tiempo en Quito, no es imposible que Bastidas, de novicio o de estudiante, le hubiese conocido personalmente; más aún, que hubiese sido discípulo suyo el último año que pasó Camargo en la Compañía. Pero esto es puramente hipotético, y más hipotético todavía que conservasen relaciones amistosas entre sí, las cuales de algún modo explicarían cualquiera de las dos posibilidades consideradas hasta aquí: o que las poesías de Camargo viniesen a parar a manos del jesuita quiteño, o que éste tomase el nombre de Camargo para publicar las suyas propias. Pero cualquier afirmación sería aventurada.

Lo cierto es, volviendo al argumento que quedó pendiente, que Bastidas en su segunda carta afirma que el Ramillete y la Inyectiva, al igual que anteriormente el Poema, salen en nombre de seculares; y el alcance obvio de este modo de hablar es que el salir en nombre de seculares es sola apariencia, que en realidad son obras suyas.

Y ¿por qué, si lo eran, había de usar de esta disimulación?, ¿por qué había de publicar obras propias con nombres ajenos?

Lo explica en la frase siguiente con hábil reticencia, pero con toda la deseable claridad. Porque concluye en el mismo párrafo: «Excusado me parece el aviso cuando V. R. está tan adelante en todo, y sabe tan bien la carta de marear esos golfos» (34). Que fue decir: Hubiera podido ahorrarme el aviso de que se pidiesen las licencias para estas dos obras nuevas (lo mismo que se hizo con el Poema de San Ignacio) a nombre de los seculares que figuran como autores. Vuestra reverencia sabe de sobra que la impresión de libros es mar peligroso en que fácilmente se naufraga, y como vuestra reverencia -65- está tan al tanto de estos riesgos y «sabe tan bien la carta de marear estos golfos», comprenderá por qué publico mis libros con nombre de seculares, y por qué le recuerdo que a nombre de

ellos agencie la impresión.

Efectivamente es cosa conocida cuán larga y enredosa era la tramitación para publicación de obras en la España del siglo XVII. Se requerían revisiones y licencias, tanto del ordinario como de los señores del Consejo, enredo y dificultad que se hacían mayores para obras provenientes de América, y que se agravaban más todavía para obras de religiosos, especialmente si versaban sobre asuntos literarios o sobre temas profanos. Todas estas dificultades se acumulaban en el caso de Bastidas, y se comprende que las quisiese sortear poniendo en la portada del Ramillete el nombre de Evia, y cediendo la paternidad del Poema de San Ignacio y de la Inectiva apologética (por la que muestra una predilección poco explicable) al difunto doctor don Hernando Domínguez Camargo. Así quedaría explicado en la primera hipótesis el hecho, al parecer anómalo, de que acudiese el padre Bastidas a nombres ficticios para publicar sus obras.

-[66]- -67-

VI.- Comparación con Domínguez Camargo

Hasta aquí hemos ponderado las razones que favorecen a esta primera hipótesis (Bastidas, autor verdadero, aunque encubierto, del Poema y de la Inectiva). Pasemos a exponer, dándoles toda su fuerza, las que se deben aducir en pro de la segunda (Bastidas, mero editor de obras de Domínguez Camargo).

Es inútil, en el estado en que están las cosas, pretender aducir pruebas documentales. Si se pudiese presentar un escrito cualquiera, manuscrito o impreso, que aludiese siquiera a la paternidad cierta de Camargo, toda discusión quedaría cortada. Pero a falta de documentación externa decisiva, sabido es que, para problemas como éste de paternidad literaria, queda todavía un arbitrio, arriesgado ciertamente, pero justificado y legítimo. Esta prueba es la de la crítica interna.

-68-

El reparo que se le suele oponer es el de su carácter inevitablemente subjetivo. Pero cabe disminuirlo, primero cuidando de que el factor subjetivo quede en sus límites propios e ineludibles (los que corresponden por su esencia misma a toda crítica literaria), y afianzando luego el dictamen sobre apreciaciones susceptibles de comprobación, por lo menos en sentido lato.

Planteado así el procedimiento, el problema es el siguiente. Dado que conocemos con certeza del padre Antonio Bastidas 99 composiciones suyas y más de 50 páginas de prosa poética contenidas en el Ramillete, juzgando por estas piezas ciertas que permiten formar concepto de su estilo, ¿es verosímil atribuirle la composición del Poema heroico San Ignacio de Loyola y de la Inectiva apologética?

Son dos cuestiones que deben tratarse separadamente.

Respecto del Poema heroico, ateniéndonos al juicio que merece Bastidas por las composiciones suyas del Ramillete, la sinceridad crítica obliga a contestar rotundamente: No, no cabe identificar al autor de los versos del Ramillete con el autor del Poema. Éste, desde sus primeras octavas está a cien codos por encima de cuanto se puede hallar en Bastidas. Escójase lo

mejor que de él se logre entresacar, y póngase al lado de las octavas con que arranca el Poema, y salta a la vista una diferencia, no de grado, sino de especie. Bastidas es un buen versificador; el autor del Poema es un poeta: poeta desde luego bravamente gongorino, pero que, con defectos y todo, se remonta a otra esfera, se mueve en otra atmósfera, se lanza, en vuelo de aletazos, violentos tal vez, pero nobles y seguros:

Si al de tu lira néctar armonioso,
dulces metros le debo, heroica ahora
en número me inspira más nervoso,
los que, Euterpe, le bebes a la aurora;

-69-

al clarín ya de acero numeroso
plumas le den del cisne, voz sonora:
que el vizcaíno Marte es tan guerrero
que aun melodías las querrá de acero.

Hay propiedad de entonación, energía estupenda en la concepción braquilógica del primer verso, perfecta eufonía verbal y gallarda soltura sintáctica. Todo ello se sostiene con holgura y dominio en las octavas siguientes, como se puede comprobar citando al menos la segunda, en que, apostrofando a Euterpe, le dice:

Para el dictamen tuyo soberano
bronces enrubie el sol con rayo oculto,
un mármol Pario y otro bruña ufano
en que rinda el cincel el ritmo culto;
sus diamantes la India dé a mi mano
con que escribir el título a su vulto;
y porque a siglo y siglo esté constante,
en cada letra gastaré un diamante.

Hojéese el grueso volumen, sin desanimarse ni impacientarse por las oscuridades y retorcimientos propios de la escuela, sin irritarse contra sus manifiestos, excesos y súbitas salidas de mal gusto, y se encontrarán joyas sembradas con pródiga abundancia y versos sueltos a granel de los que envidiarían los más altos poetas.

No es solamente una bizarría descriptiva, digna en todo del propio Góngora, la que en múltiples pasajes campea libérrima y redundante, como, por ejemplo, en esta primera octava de la pintura de la tempestad:

Picado el mar y de soberbia lleno,

cristalino caballo, se desboca,
y no cabiendo en su tendido seno,
con las manos y el pecho el cielo toca;

-70-

rompe furioso el diamantino freno,
y estrellando su frente en roca y roca,
espumas masca en la fragosa orilla
y escupe los bajeles de su silla.

Ni es solamente la despilfarrada abundancia de su caudal narrativo, ya en el estruendo guerrero de la defensa de Pamplona, ya en el delicado fluir de la aparición de la Virgen en Loyola, ya en la opulenta pintura de la aparición de la Storta con que concluye el Poema y de la que da idea la siguiente octava:

Los pies divinos y las manos bellas
en cuatro ostentan rúbricas hermosas,
purpúreas cuanto brillan cuatro estrellas,
lucientes cuanto tiñen cuatro rosas,
que sacando al rubí rojas centellas,
que dando al rosicler pompas hojosas,
o vergeles desatan de rubíes
o cometas descogen carmesíes.

Es el aliento sostenido sin desfallecimiento a través de las 1116 octavas del Poema, desiguales sin duda en valor estético, pero idénticas en garbo y entonación. Es la superación constante de un lenguaje altísimo, que, si con justicia se admiraría en un soneto o en una breve canción, no puede menos de pasmar en tan dilatado poema. Es la hondura humana estremecida que, a ratos al menos, se entrevé ya ante los escarmientos de la conciencia, ya ante los mentirosos halagos de la hermosura y la inminencia de su destrozo fatal a manos de la muerte, ya ante los misterios de los caminos del alma en su ascensión hacia Dios.

Nada parecido, repetimos, puede hallarse jamás en Bastidas, que nunca se eleva sobre el modesto mérito de una versificación correcta y fácil, salpicada de cuando en cuando de algún toque ingenioso y feliz.

-71-

Pero ¿es éste argumento decisivo? Lo podrá llegar a ser si las mismas distancias con las piezas de Bastidas guardan las seis composiciones atribuidas a Domínguez Camargo en el Ramillete.

Y hay que reconocer que sí las guardan, lo mismo en las cualidades que en los defectos.

Cualidades: El soneto «A Don Martín de Saavedra y Guzmán» empieza soberbiamente:

Tu espada con tu ingenio esclarecido,
tu sangre con tu dicha han fabricado
cuatro partes a un mundo rebelado
al tiránico imperio del olvido.

Y termina más soberbiamente todavía:

Mayor eres en ti que tu fortuna;
cuando eres más que tú, mejor te imitas.

El romance al arroyo de Chillo en metáfora de un potro es incontestablemente más fino, más ingenioso, más delicado, en una palabra más poético que el romance al mismo arroyo en metáfora de toro, imitado por Bastidas. Y da muestra de buen tino crítico Jacinto de Evia, que ha salvado a ambos del olvido, en dar la palma al primero.

Las octavas intituladas: «Al agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España», están llenas de rasgos ingeniosísimos, como el empezar calificando la península de Cartagena en estos términos:

Ésta, mal de la tierra descarnada
si con poca bisagra bien unida,
ésta, mal en las ondas embarcada,
si bien de sus impulsos repetida...

el llamarla:

Ésta de nuestra América pupila...

-72-
y también

Ésta, blanco pequeño de ambos mundos

de veleras saetas asestado
que, vencidos los mares iracundos,
a su puerto su proa han destinado...

Defectos: Los dos romances «A la muerte de Adonis» y «A la Pasión de Cristo» son, en cambio, un desbocamiento desaforado de gongorismo irrestricto, en los que, al lado de aciertos estimables o tolerables, hay rasgos de insufrible mal gusto: metáforas malsonantes como llamar al carcaj

... vientre de dardos veloces;

insulsas paronomasias como la de la siguiente cuarteta:

Y matar a una mujer
con hazaña tan enorme
más para escupida es
que para esculpida en bronce;

retorcimientos de dicción como:

Con el látex de las rosas
lácteos purpureó candores...

Éstos y otros semejantes son indudablemente aberraciones, y más si se multiplican cuarteta tras cuarteta, y en tema tan grave y compungido como la Pasión del Señor. Sin embargo, aún condenando resueltamente estos excesos, es imposible dejar de reconocer el derroche de ingenio, incesantemente renovado, y patente tanto en lo que aciertan como en lo que desatinan.

-73-

La impresión general que queda y que se impone es: Tenemos aquí a otro hombre que a Bastidas. Éste es más sensato, pero más corto; con menos caídas, pero con vuelo más rastrero.

La única cosa que a primera vista pudiera hacer dudar de la plena validez del argumento de crítica interna, sería la prosa que es tan discutible en los Certámenes de Bastidas como en la Inectiva apologética atribuida a Domínguez Camargo. Basta cotejar los dos títulos igualmente necios y sin gracia: «Acorde plectro -dice Bastidas-, canora cítara y resonante lira, a cuyo dulce contacto provoca a las mejores plumas de los más diestros Apolos, sonoros Orfeos y numerosos Anfiones...»; «Lucifer en romance de romance en tinieblas -dice Camargo-, paje de hacha de una noche culta, y se hace prólogo luciente, o proemio rutilante, o babadero corusco, o delantal luminoso, este primer razonamiento al Lector...».

Ambos escritos exhiben una prosa sistemáticamente rebuscada, que evita como pecado toda cláusula corriente y natural, que en cada línea solicita la atención con algo insólito y sorprendente, como si esto fuera norma necesaria para autorizarla.

Sin embargo, prolongando pacientemente la lectura de ambos escritos, es imposible no acabar por reconocer, que son sus extravagancias de dos géneros distintos, las de Bastidas puramente verbales, las de Camargo chispeantes e ingeniosas; las de Bastidas con manifiesto estudio y pulimiento, las de Camargo como brote de fuente incontenible; las de Bastidas, adorno sobrepuesto, las de Camargo sustancia viva de su sátira implacable.

La diferencia es menor que en el verso, pero es de todos modos sensible y no es posible desconocerla. Por lo mismo no es posible dejar de confesar que la crítica interna favorece indudablemente la dualidad -74- de autores, y, por tanto, la atribución del Poema heroico y de la Inectiva apologética al autor cuyo nombre llevan estampado en sus portadas, al doctor Hernando Domínguez Camargo.

-75-

VII.- Estado actual de la alternativa: Camargo-Bastidas

Las conclusiones, que ya es tiempo de sacar en limpio, desgraciadamente no podrán ser tan claras y decisivas como fuera de desear.

Acabamos de ver que con respecto a la paternidad del Poema heroico San Ignacio de Loyola, de las cinco poesías y de la Inectiva apologética incluidas en el Ramillete de Evia, la crítica interna se pronuncia a favor del doctor Hernando Domínguez Camargo. Pero la sola crítica interna nunca ha decidido dudas acerca de la paternidad de las obras en contra de documentos escritos.

Y hay que reconocer que las dificultades suscitadas por el tenor de las cartas del padre Bastidas al padre Bermudo, y que en su sentido obvio muestran -76- a Bastidas tratando aquellas obras como propias, no han sido refutadas.

Para que Domínguez Camargo pueda quedar en la pacífica posesión que respecto de las obras dichas ha tenido por espacio de casi tres siglos, serían precisos documentos nuevos, que descubriesen los manuscritos de ellas, y explicasen cómo fueron a parar a Quito y quedaron al cuidado del padre Bastidas.

Estos documentos hasta ahora no asoman. El 8 de marzo de 1956 di cuenta en

el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, del hallazgo de las dos cartas de Bastidas, de las que no habían tenido ni sospecha. Fue parecer de los miembros del Instituto que a todo trance debía rebuscarse en Tunja el testamento de Domínguez Camargo (del que el doctor Guillermo Hernández de Alba sólo cita unas líneas), que en este testamento puede constar alguna cláusula acerca del manuscrito del Poema; que también podía haber indicios de Bastidas en Popayán donde residió de 1668 a 1678; y finalmente que se pudiera también investigar en las «Licencias para imprimir» conservadas, desde el siglo XVI, en el Archivo Histórico Nacional de la Biblioteca Nacional de Madrid.

He comprobado que los archivos de Quito y de Roma no dan esperanzas de ningún documento nuevo. Y, sin embargo, serían necesarios documentos nuevos para zanjar definitivamente la cuestión suscitada en estas páginas, pues sin ellos seguirá flotando una duda que todos tenemos interés en disipar, Colombia para asegurar a su literatura colonial la posesión de Domínguez Camargo, y el Ecuador para poder cerrar definitivamente su juicio acerca del primero cronológicamente de sus poetas nativos, el padre Antonio Bastidas.

Si la documentación nueva que se pueda descubrir llegase a desmentir lo que parece discernir con positivo fundamento la crítica interna, y resultase de Bastidas el Poema heroico (obra de madurez en contraposición -77- a los ensayos juveniles del Ramillete), todo lo que queda dicho de la potencia poética de Camargo tendría que trasladarse a Bastidas, y la literatura ecuatoriana adquiriría una joya de discutidos pero altísimos quilates. Si en cambio aquellos datos nuevos confirman la paternidad de Domínguez Camargo respecto del Poema heroico: San Ignacio de Loyola, a Bastidas le queda el crédito de haberlo salvado del olvido con fino criterio estético y noble desinterés.

Selecciones

De Flores fúnebres

En el certamen que se hizo en Quito, adonde se pedía se glosase esta copla a la muerte de nuestra Reina Doña Isabel de Borbón.

Llorad lágrimas vertidas,
enjutos ojos serenos,
que a fe que no os cuesten menos
lloradas que detenidas.

Glosa

Si repetís el amor,
Filipo, de vuestra esposa,
acción es también forzosa
que repitáis el dolor:
que acreditan en rigor 5
quejas otra vez sentidas;
y pues honran repetidas,
sentid penas expresadas,
expresad ansias lloradas:
llorad lágrimas vertidas. 10

-82-

Lo que siente el corazón
fieles expresan los ojos,
si en cristalinos despojos
aquél muestra su pasión:
con que es cierta conclusión, 15
Filipo, que por lo menos,
si del corazón los senos
anega el dolor y el llanto,
no tengáis en tal quebranto
enjutos ojos serenos. 20

Pero si llorar flaqueza
indica en la Majestad;
¿cómo a aquesta poquedad
hoy se humilla vuestra Alteza?
Dirá alguno que es fineza 25
de vuestro amor a lo menos;
mas si a las lágrimas senos
ensancha vuestro dolor,
cáusaos fuerza superior,
que a fe que no os cuesten menos. 30

Y pues Isabel ya goza
aquel celeste dosel,
enjúguese el llanto fiel
en vuestra llama amorosa;
pero si aún la pena ansiosa 35
brota lágrimas sentidas,
no queden por reprimidas,

que es nube opuesta a su ardor,
y fecundarán mejor
lloradas, que detenidas. 40

-83-

Al mismo intento dióse en el certamen el asonante agudo, y que discurriese sobre el sentimiento de la ciudad de Quito, aludiendo a los dos montes que adornan el escudo de sus armas.

Romance

Pastores de aquestas cumbres,
que a Quito dan tanto honor,
¿dónde la rosada aurora
se esconde ya de Borbón?

Si registráis de esa altura 5
de la luz primer albor,
¿dónde los floridos rayos
de Isabel traspone el sol?

Sólo contemplo, pastores,
en lugar de su esplendor, 10
el silencio de la noche,
de sombras la confusión.

El gran luminar del día
la vez que se le atrevió
a competirle los rayos, 15
fue de su luz negro horror.

¿Cómo la tiniebla agora
ha tomado posesión

-84-

del imperio que regía
aquel su regio candor? 20

Pero si estatuas de mármol
os miro en tal suspensión,

el ocaso de la muerte
sin duda apagó su ardor.

Dan triste seña los montes, 25
gigantes de esta región,
en negros lutos que arrastran,
y las sombras les cortó.

Un arroyo, que en sus faldas
corrió en despeño veloz, 30
éxtasis de hielo, asiste
a asombros de su dolor.

Las flores, que a su cristal
copiaron su perfección,
tristes contemplan su muerte 35
en su robado color.

Los árboles que bebieron
la risa al salir el sol,
haciendo sus hojas ojos,
en llanto se convirtió. 40

Sólo el funesto ciprés
aviva más su verdor,
que hay quien se vista de gala
quizá, porque otro murió.

Pero qué triste contemplo 45
de aquella gruta el horror,
el honor de aquestos montes,
cabildo que les rigió.

No en repetidas querellas
hacen de sí ostentación: 50
que dolor que tiene labios,
mucho de pena perdió.

-85-

En lágrimas sólo vierten
convertido el corazón,
que amor que sale a los ojos, 55

es agigantado amor.

De negras bayetas cubren
los rostros ¡qué confusión!
al vasallo que hace cara,
como alevoso y traidor; 60

y aunque a la lengua no fían
alguna demostración,
sostituyen en las obras
desempeño, aunque menor.

Tanta luminaria ilustre, 65
tanto luciente blandón,
voces son, que de sus pechos
acuerdan llamas de amor,

si no es que sean los rayos,
que aquesta urna selló, 70
y a pesar de sus cenizas
muestran su lucido ardor,

o estrellas son a su pira,
que encienden tanto farol,
muy debido sentimiento, 75
pues de Isabel murió el sol.

Pirámides de estos montes
quisiera su compasión
erigir a las cenizas
y de Isabel al honor. 80

Más ilustre mauseolo,
más elevado panteón,
y más honoraria aguja
su fe y lealtad escogió.

Pues erigió de su pecho, 85
no sólo a la ostentación,
pero en amor y verdad
por pira su corazón.

-[86]- -87-

Al mismo asunto que el pasado romance.

[Romance]

Las dos cimas que coronan
de Quito el mayor blasón,
por eminentes gozaban
del alba el primer ardor,

dando en sus claros reflejos 5
al valle que le atendió,
ejecutorias de ilustre
con tan prevenido honor.

Pero qué presto llegaron
a ocaso tanto esplendor, 10
que ya es túmulo de sombras,
si teatro fue del sol.

Una atesada tiniebla
su bella luz les robó;
mas ¿qué mucho, si ya eclipse 15
padece el sol de Borbón?

A los montes su firmeza
les desquició tal dolor,
que en tal sentimiento al monte
no le valió su tesón. 20

Y si columnas del cielo
se vieron en su región,
pues vacilantes caducan,
el cielo también tembló.

-88-

Si atalayas de la aurora 25
fueron al primer albor,

ya pirámides de sombras
el horror las construyó.

La república de Ninfas,
de que su verdor pobló, 30
y Amadriades, que rigen
desde el árbol a la flor,

cabildo, que en paz segura
tanta planta gobernó,
en quebrantos de su pecho 35
mostraron su turbación.

Acentos vierten al aire,
que el eco fiel respondió;
que tan crecido quebranto,
aun al risco le dio voz. 40

Algún alivio su duelo
en sus acentos logró,
que divierte mucho el labio,
cuando le ayuda el clamor.

Qué poca dura que tuvo, 45
pues se lo ataja el dolor;
ya titubea el aliento,
ya su pena enmudeció.

Y aunque se embargó la lengua,
los ojos y el corazón 50
se ayudan, pues ellos vierten
lo que aquéste concibió.

Y a tan crecidos raudales
los acrecienta el amor,
que las flores de sus rostros 55
en tempestad inundó.

Y por ellas se desatan
con despeño tan veloz,
-89-
que al prado de su tristeza

hicieron información. 60

El lirio más apreciado
con tal nueva desmayó,
pues faltó la Flor de Lis
donde él copió su primor.

La rosa más encendida 65
en nieve trocó el color,
pues le faltó de Isabel
púrpura que le adornó.

Mustio el clavel se deshoja,
porque de su rojo humor 70
al prado en sangrientas letras
así mejor informó.

La corona del vergel
en la azucena cayó,
que es fuerza que otra se rinda, 75
si cayó la de Borbón.

El más lozano laurel
a aqueste golpe cedió,
que lo que el rayo no rinde
se sujetó a este rigor. 80

Pero ¿qué me admiro, cielos,
si de la guerra faltó
las palas que le ceñían
y al orbe dio admiración?

No hay planta en el bosque umbroso 85
ni en el jardín se halla flor,
a quien en raudal crecido
aqueste arroyo informó,

que no sienta, que no gima,
ya en el robado color, 90
ya en la deshecha belleza,
humillada su ambición.

-90-

Mas ¿qué mucho si Isabel
es sol que les alumbró,
es clavel, hermoso lirio 95
y azucena en su candor,

es la planta más lozana,
es la rosa en su arrebol,
de quien el prado y las flores
copiaron su perfección? 100

-91-

En otro certamen que se hizo en la mesma ciudad, pidieron se glosase la
copla siguiente:

Si de muerte tan sentida
sois vos, Átropos, la que
causa de tal dolor fue,
¿por qué nos dejáis con vida?

Glosa

Menos se rindió el valor
del gran Filipo al cuidado
de un imperio rebelado,
que de una muerte al dolor,
pues que llora ya el rigor 5
de la Parca, que atrevida
segó de Isabel la vida;
mas tal pena es alabada,
si es de vida tan llorada,
si de muerte tan sentida. 10

Ya pregunta enternecido
¿si Láquesis le robó,
o si Cloto le cortó
aquel estambre florido?

-92-

Pero ya que convencido 15
de que ésta ni aquélla fue,
de la tercera a la fe
fía, y la voz al hablar
le faltó, y al preguntar:
¿Sois vos, Átropos, la que...? 20

Y aunque el labio enmudeció,
pero ya el amor se alienta
a que corra por su cuenta,
lo que a la voz le faltó:
Átropos se convenció 25
de este delito, porque
en ella rastro se ve
de aquesta fatal herida,
pues su segur atrevida
causa de tal dolor fue. 30

Si la vida, corre a cuenta
del alma a la información,
y si le falta esta acción
queda del vivir exenta,
como Parca, pues, sangrienta 35
robando el alma, atrevida,
de Isabel esclarecida
a sus vasallos y al Rey,
siendo al morir de esta ley,
¿por qué nos dejáis con vida? 40

-93-

A la flor de la temprana muerte del Príncipe Don Baltasar Carlos.

Admirad, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer Lis de España fui,
hoy flor de ese cielo soy.

Glosa

En el jardín español
tan agraciada me hallaron,
que las flores me juraron
(astros del prado) por sol.
Pero al primer arbol 5
toda esa pompa perdí,
y así en aquello que fui
no admiréis la majestad;
antes bien la brevedad
admirad, flores, en mí. 10

Ayer en botón vistosa
fui de todos aplaudida,
que aún me apuntaba la vida,
y ya me aclamaban rosa.

-94-

Mas ¡ay, qué acción tan ociosa! 15
pues la muerte en que hoy estoy,
me acuerda cuán breve soy,
en mí dejando enseñanza
en que advierta la esperanza
lo que va de ayer a hoy. 20

Qué breve vida, diréis,
tiene el Príncipe de España,
pues del hado a la guadaña
morir tan en flor le veis.
Pero ya no os admiréis, 25
responde Carlos, que así
mi vida toda adquirí,
que si hoy muerto he como flor,
se declara así mejor
que ayer Lis de España fui. 30

Sólo mi muerte temprana
ha sido para este suelo;
pero, mejorando vuelo,
flor vivo, eterna y lozana;
y si a mi primer mañana, 35
tan otra me vi y estoy,
no siendo ayer lo que hoy,
fue porque ayer de este prado
fui flor, y en luz mejorado,
hoy flor de ese cielo soy. 40

Lamento general en la temprana muerte de Don Baltasar Carlos, Príncipe de España.

Canción

¡En qué tristeza, en qué silencio el prado
admira la armonía
de esa su vegetable monarquía!
-Pero en un punto a asombro se ha pasado...
El rápido cristal de aquella fuente, 5
que veloz se atropella en su corriente,
un éxtasi de hielo,
detuvo el curso y enfrenó su vuelo.
Con qué susto en su espejo ya las flores
contemplan sus horrores; 10
sin duda (dicen) que a su margen falta
hoy la corona, que mejor la esmalta,
que sólo a su raudal pudo esta pena
prender el curso, aprisionar su vena.

Con qué quebranto allí una casta rosa 15
desaliña su púrpura vistosa,
y sin tiento a pedazos por el suelo
siembra las galas que aseó el desvelo;
la azucena que al prado ilustra bella,
la luz apaga a su fragante estrella, 20
y deshojando aqueste y aquel rayo,
padece eclipse el campo a su desmayo;
-96-
la flor indiana, que se pule en oro,
su pompa descompone sin decoro,
y el pálido color, que antes la aseó, 25
con nuevo pasmo agora más la afea;
y si hoy ajan su aliño aquestas flores,
la flor les falta que les dio colores.

¡Oh qué pena, dolor, qué sentimiento!
Faltó al mundo sin duda el lucimiento, 30
faltó Carlos, faltó la flor lozana
al primer esplendor de su mañana:
que asustarse la fuente con el prado,
ceder breve las flores a su hado,
fue que todas murieron a su herida, 35

pues todas dependían de su vida:
y si monarca tierno las festeja,
si infante sol con rayos las bosqueja,
a su alentar peligren ya primero,
sea su infancia el término postrero; 40
pues hoy su sol fenece con la aurora,
muere su flor cuando el botón colora.

Endéchenle jardines y vergeles,
pues el carmín faltó de sus claveles,
y Flora toda en lágrimas bañada, 45
lamente en él su gloria profanada.
El bello Abril, el Mayo más florido
enlute la esmeralda del vestido,
pues si el verdor de Carlos se marchita,
su hermosa gala en vano solicita. 50
No pula ya la primavera flores,
pues que faltó la flor de sus primores,
y en las aguas que vierte en llanto tierno
no sea primavera, sea invierno;
que del Abril, jardín y primavera, 55
Carlos la gala fue, pero primera.

-97-

Este orbe todo se provoque a llanto,
elemento no falte a dolor tanto:
en la tierra el León ruja valiente,
finja el valor que alguna vez lo siente, 60
pues de España el cachorro generoso
al fatal golpe se rindió forzoso.
Gima ese mar, pues en su propio puerto,
al volar sus espumas, quedó yerto;
el aire sienta que a estrenar el vuelo 65
tira del Austria esta águila a su cielo,
piélago del olvido, sulco breve;
y aun hasta al fuego aquel dolor se atreve,
que si éste ansioso anhela la alta esfera,
a lo sublime Carlos se acelera. 70

Con más razón la aurora a esta mañana
el llanto vierta, que llorar el día
(en la pena parece que se ufana,
pues entonces se viste de alegría);
llore el ocaso, si de un astro infante; 75
y ese cielo no sólo vigilante
Argos lamente en esa noche oscura;
mas cuando Polifemo se apresura

con ese sol a su lucido oriente,
el sol de Carlos llore tan reciente: 80
pues los astros y el sol de luz son flores
al morir y vivir sus resplandores;
y aun por florida, tierna, aquesa pira
por llanto vierta llamas que respira.

Pasó Carlos en postas de un instante 85
su juventud graciosa y elegante;
y de jazmín exalación corriendo,
apenas de su vista dejó estruendo;
voló cometa sin dejar la huella,
de que antes fuese aun aparente estrella; 90
y si el cándido copo de su infancia,
-98-

Cloto en ampos trató con elegancia
en husos de marfil, en ruelas de oro,
todo eso fue debido a su decoro.
Mas ¿qué importa, si toda esa eminencia 95
de Átropos no resiste a la violencia,
y al morir en tu flor, en fin seguiste
de tu Isbela querida ocaso triste?

Mas ¿qué digo? Isabela fue el aurora,
que porque ilustres mejorado cielo 100
guía tu sol a rayos que atesora;
y en una vista al trasponerte el vuelo,
las luces todas, joven peregrino,
al resplandor registras ya divino.
No vistas más la púrpura sangrienta; 105
del eterno candor la gala ostenta;
entronice tu planta generosa,
peaña de los astros luminosa,
y tu madeja honore preeminente,
ya del iris lo vario y lo luciente, 110
beneficiando con eterno giro,
todos tus reinos hoy de ese zafiro.

Basta, canción, ¿por qué tan alta subes
que parece que atrás dejas las nubes?
Humilla el vuelo, y a este monumento 115
de nuestro Carlos mirarás atento;
que si rosas en él hoy esparciste
(profana ceremonia sea o triste)
las rosas bellas Carlos se ha llevado
y sólo del dolor nos ha dejado 120
las espinas, que a impulso repetido,

el pecho entre ellas se hallará oprimido.

-99-

A las venerables cenizas y gloriosos manes de doña Francisca de Santa Clara y de la Cueva, fundadora del ilustre convento de Santa Clara de la ciudad de Quito.

Discúrrese en su entrada a la religión, y en el mando que tuvo en ella.

Aprended, flores de mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer flor ajada fui,
y hoy luciente estrella soy.

Glosa

Flores que esmaltáis el prado
con tan distintos colores,
vano es el mayor cuidado
para excusar los rigores
que ya fulmina el arado. 5
Flor como vosotras fui,
pero este rigor hui,
por trasplantarme temprana;
y pues tal dicha se gana,
aprended, flores, de mí. 10

-100-

Era, cuando florecía
del siglo el prado lascivo,
menguada mi lozanía;
pero hoy el verdor más vivo
gozo en mayor valentía. 15
Y pues la que fui no soy,
de ayer al día en que estoy,
bien presume mi entereza
que se expresa en mi belleza,
lo que va de ayer a hoy. 20

Las flores que Primavera

copia en el jardín de Clara,
las presido por primera,
siendo su belleza rara
lo que me aplaude y venera. 25
Mas ya no se cree de mí
pompas que un tiempo aplaudí,
porque mi contraria suerte
está enseñando en mi muerte
que ayer flor ajada fui. 30

De la muerte el ímpio hielo
bien pudo ajar mi candor,
mas fue vano su desvelo,
que ya en mayor esplendor
soy pompa de aqueste cielo. 35
Porque en mi luz, desde hoy
tan otra y distinta estoy,
que, con cambio no pensado,
ayer fui flor de este prado,
y hoy luciente estrella soy. 40

-101-

Al mismo intento, sobre aquel lugar de los Cantares:

Columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceriæ, ostende, mihi
faciem tuam²².

(Cant. 2, v. 14)

Aludiendo a su clausura.

Décimas

Tu belleza apenas, Clara,
mira en retiro tu esposo,
cuando te pide amoroso
no se la niegues avara:
pero si bien se repara, 5
tu beldad fue siempre igual;
pues ¿qué tiene de especial,
que agora por verla aspira?
mas si se esconde y retira,

¡qué aliño más celestial! 10

En cárcel de reclusión
sobresales más vistosa,
cual la nacarada rosa
de espinas en la prisión:
que en tanto la perfección 15

-102-

conserva de su beldad,
cuanto con menos piedad
a la mano se defiende,
que aquello vive que ofende
gallarda su majestad. 20

Cuando tu cadáver yerto
ocupa la losa fría,
tu amante entonces porfía
por gozarte al descubierto.
¡Oh qué soberano acierto! 25
pues he llegado a advertir
que pudistes asistir
viva enterrada en tu cueva;
y así es bien que hoy se te deba
de ella en tu muerte salir. 30

De tu consorte en la ausencia,
cual paloma generosa,
la quiebra vives gustosa,
de tu cueva en la asistencia.
Mas luego que en la eminencia 35
de aquese empíreo sagrado
su reclamo has escuchado,
sigues su voz diligente;
porque ave tan eminente,
no pide menor sagrado. 40

-103-

Contienden las hijas que triunfantes viven en el cielo y las que militan
en la tierra, por su muerte y vida, sobre aquel lugar de Salomón:

Dixit Rex: afferte mihi gladium, cumque attulissent gladium,
dividite, inquit, infantem vivum in duas partes, et date dimidiam
partem uni, et dimidiam partem alteri²³.

(3 Reg. 3, 25)

Octavas

Apenas, de la Parca al cierzo impío,
de una Clara la antorcha esclarecida
casi agoniza, apenas aquel brío
quiere rendirse a su mortal herida,
al mar fatal aqueste humano río, 5
apenas se recobra en su avenida,
cuando sus hijas con piadoso aliento
rompen del alma aqueste sentimiento.

¿Cómo, Señor, aquel farol luciente
débil se eclipsa, yace ya extinguido? 10
¿cómo de aqueste alcázar eminente
la columna se rinde ya pasible?

-104-

¿cómo cede el Atlante ya doliente
de aqueste Olimpo al rayo imperceptible,
sus hijas malogrando en un instante, 15
farol, columna, y invencible Atlante?

¿Cómo de nuestra Cueva aquel sagrado
profana, impura, la violenta muerte?
¿cómo aquel firme monte organizado,
es ya inconstante con variable suerte? 20
¿dónde asilo el erizo del pecado,
mi Dios, y el ave lograrán ya fuerte?
¡No se ultraje, Señor, aqueste templo,
sirva a la eternidad, sirva de ejemplo!

El labio enmudeció, porque el aliento 25
en el pesar expira naufragante;
mas ¡ay dolor! que el cielo aqueste intento
tan piadoso resiste vigilante:
pues de sus hijas, las que aquel asiento
gozan de asiento en escuadrón ovante, 30
se oponen, y no sin armonía,
si une el afecto, el juicio las desvía.

No es bien, dicen, Monarca soberano,

que el sujeto de Clara tan divino,
largo tiempo se ultraje por humano: 35
adquiérale su culto su destino,
porque entonces el pecho más profano
peregrine a sus aras peregrino.
¿Quién duda sólo aquel humano vive
que en este Mundo su vivir concibe? 40

Ya de frutos el árbol coronado,
quiebra y se inclina con el peso al suelo,
la espiga de oro en minas de este prado,
del codicioso aldeano es el desvelo;
-105-
ríndase a la hoz el grano sazonado, 45
y a la segur el fruto en útil duelo,
porque en sus aras sirva y en su culto
ofrenda limpia del menor insulto.

Si es de tu ilustre ser blasón glorioso
que del justo al afán la paz suceda, 50
de nuestra Madre, pues, triunfe el reposo,
y del quebranto la balanza ceda:
no más la noche oculte el sol hermoso,
de sus tinieblas ya su luz proceda,
Clicies firmes seremos de sus huellas, 55
huellas do logre el cielo sus estrellas.

Este litigio, el Dios omnipotente
de unas y de otras escuchado había,
y árbitro recto, Salomón prudente,
satisface y concuerda su porfía: 60
el compuesto divide, pues viviente
el alma al cielo, al suelo el cuerpo fía,
y las hijas su parte han conseguido,
que aún no es el todo acá, ni allá debido.

-[106]- -107-

Declárase aquel lugar de San Pablo:

Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis
meae, qui me colaphizet²⁴.

(2 Corint. 12, 7)

Y acomódase al gusano, que sensiblemente percibía que le atormentaba el
pecho, viviendo, no sin prodigio, muchos años con él.

Soneto

Tanto tu vuelo al cielo te avecina,
Clara ilustre, que el alma más profana
por alta te venera soberana,
si en tu virtud te aplaude por divina.

Cada mérito es luz que te ilumina, 5
línea cada obra que te niega humana,
y cada heroica acción que en ti se afana
aras te erige, cultos te destina.

Pero pregunto, Clara, ¿tanta gloria
desvaneciote? -Pudo, que aun viviente 10
no aseguraba en todo la vitoria;

mas de un gusano estímulo valiente,
aunque en el pecho mora, en la memoria
fue de mi polvo acuerdo diligente.

-[108]- -109-

Epitafio

Huésped mortal, detén el paso, para,
no huelles sin respeto tierra pura,
advierte que esa humilde sepultura
es urna heroica del honor de Clara.

Y si el tiempo a su rueda un clavo echara, 5
aquí de una Rebeca la cordura,
de la noble Semíramis la altura,
y las leyes de Débora admirara.

Aquí la gran fecundidad de Lía,
(bien el claustro lo dice, bien la espada) 10
de una Ana la piedad, si de María

la alabanza en sus coros celebrada.
Mas ya prosigue, y sírvate de guía
la luz de su virtud nunca eclipsada.

-[110]- -111-

Discúrrase sobre el modo milagroso cómo perdió la vista, que fue mirando
una diadema de luz con que se le mostró la Virgen.

Romance

¡Qué es esto! ¿quién arrebató
las luces bellas al norte?
que ya naves de una Clara
temen peligro en su noche.

¿Quién de una Francisca ilustre 5
el resplandor roba noble,
con que, argos, gobierna atenta
el rebaño más en orden?

Estratagema, sin duda,
fue, que la muerte dispone, 10
que tanta vida no pudo
rendirla toda de un golpe.

Pudo vencer con cautela
aquella murada torre,
porque ya sus atalayas, 15
dormidas, no le socorren.

Y si atrevida la muerte
roba la joya más noble,
primero apaga las luces,
ardid propio de ladrones. 20

Mas ¿qué inadvertencia es ésta?
¿cómo atribuyo tan torpe,
a delito de la muerte
favor que el cielo dispone?

¿Quién duda que de María, 25
al gozar los resplandores,
perdió en tan gallarda empresa
esplendor de sus dos soles?

Pues inundada de luz
su celda -o ¿qué esfera noble?- 30
de todo un sol, que diadema
a su cabeza dispone,

al distinguirle los rayos,
con harta dicha conoce,
que presos los suyos deja 35
entre sus castos candores.

No pretende, no, María
su vista otro objeto logre,
porque a quien gozó su luz,
otra cualquiera es disforme. 40

Sin duda que como Febo
con su brillar otro esconde,
más lucido que él, María
sus dos estrellas recoge.

Miraba el virgíneo espejo 45
para imitar perfecciones;
pero herida de su sol,
con su claridad se goce.

Y aunque a los ojos humanos
los dos vivientes blandones 50
apagaste, fue cautela
con que el alma te socorre.

Porque así como la luna,
cuando a la vista en borrones
-113-
se muestra, es porque hacia el cielo 55
descoge sus resplandores,

así tu lucir gallardo
a nuestra vista interpone
vanas nieblas, y así el alma
el raudal de luces rompe. 60

Y dejado este hemisferio
en horrores tus dos soles,
de tu espíritu en aplausos
rayan mejor horizonte.

Y ya el bulto de María, 65
en generosos ardores
veneras, pues insculpido
tu pecho conserva dócil.

Con que sin recelo alguno
rayos le cuentas menores, 70
que como es sol de otra esfera,
ojos requiere más nobles.

Y como humilde arroyuelo,
porque el ruido no le estorbe,
el manto viste de hielo, 75
con que mejor al mar corre,

no de otra suerte a tus ojos
con un velo los socorres,
y sin estruendo volaste,
y al mar eterno te acoges. 80

Nave fuiste, que sulcando
las aguas de tus dolores,
del farol que te guiaba,
fatal la luz supurose.

Mas conseguistes el puerto, 85

sin que perudieses el norte,
porque amor, que es tu piloto,
sin vista el mar mejor rompe.

-[114]- -115-

A la fama póstuma del ilustrísimo señor don fray Juan de Ribera, obispo electo de Santa Cruz de la Sierra, en que se acuerdan sus cargos, sus muchas letras y cátedras.

Epitafio

Recuerdo es tierno aquesta pira ardiente
de aquel que vive a cuenta de su fama,
del ilustre Ribera, a quien aclama
su honor heroico todo este occidente.

Y si ciño los siglos al presente, 5
de la ciencia más alta que declama,
un Agustino en él todo se inflama,
logra todo un Tomás en él su oriente.

Sutil un Aristóteles no oscuro
en él admiro, como en lo sagrado, 10
un Ambrosio, un Jerónimo divino.

Pastor rigió también rebaño puro;
mas ¡hay! que al mejorar de su cayado,
acaba ausente, muere en el camino.

¡Qué alto acuerdo! en todo es peregrino: 15
el sol sirva por lámina a su pira,
pues acaba y renace como él gira.

-[116]- -117-

Al haber muerto el ilustrísimo señor don fray Juan de Ribera, fuera de Lima, donde tuvo su dichoso nacimiento.

Décima

De tu patria peregrino,
mueres, ilustre Ribera,
y en tu fogosa carrera
te sale al paso el destino;
mas, según lo que imagino, 5
acuerdo fue muy prudente,
que si la América ardiente
sol te aclama en tu saber,
distinto es fuerza tener
el ocaso que el oriente. 10

-[118]- -119-

A la muerte de la excelentísima señora doña Hipólita de Córdova y Cardona,
condesa de Villafior, dignísima esposa del excelentísimo señor don Luis
Henríquez de Guzmán, conde de Alba de Aliste, virrey de la Nueva España, y
después de estos Reinos del Pirú.

Soneto

Águila ilustre, gloria de Cardona,
cuyo poder, cuya grandeza suma
grata obedecen una y otra espuma,
rendida aclaman una y otra zona.

No estrecha, no, el poder que así te abona 5
la Europa toda; a más voló tu pluma:
al imperio voló de Montezuma,
que es corto un mundo, y otro se eslabona.

El Neptuno Guzmán, Numa prudente,
consorte tuyo, a tanto honor te llama, 10
y por dejar eterno monumento,

la llama noble de su pecho ardiente
dos mundos te buscó para la fama,
dos mares te previno al sentimiento.

-[120]- -121-

A lo crecido del amor; y a lo vivo del sentimiento de una mujer que miraba atenta el túmulo de su esposo.

Soneto

Aquí reposa,  ay cielo ejecutivo!
mustio el verdor,  ay sombra oscura y fría!
de mi querido esposo,  ay muerte impía!
que el pecho adora,  ay rigor esquivo!

Si su cadáver miro,  c mo vivo? 5
y si el llanto me tiene en agonía,
y el dolor a mi muerte así porfía,
 c mo alientos con ella hoy avivo?

Mas  ay que fénix es mi amor ardiente!,
que a un tiempo muere en su fogosa llama, 10
y aquese mesmo adquiere lo viviente.

Que si amor con la vida más se inflama,
y el corazón con ella siempre siente,
viva, pues, siempre, sienta al paso que ama.

-[122]- -123-

A doña Tomasa Vera, esposa que fue de don Juan de Borja, gobernador de Popayán, y a su temprana muerte, que le expresa este anagrama de su nombre; nace y muere Rosa; y publican las primeras letras de éste.

Soneto

No rompe aún el botón, cuando desvela
A la atención la rosa, y la aprisiona
Con nieve, que aún oculta no blasona,
En la grana, que aún virgen encarcela.

Y quien aún tierna triunfa, en vano anhela 5
Mayor trofeo, en púrpura y corona,
Vano, si del vergel bella Amazona,
En flechas de oro al vencimiento vela.

Rinde en fin, mas al punto que avasalla,
En su oriente ¡ay dolor! su muerte halla, 10
Ruina del sol, envidia de su lumbre;

(H)Oy, pues, doña Tomasa, de su cumbre
Se ufana flor. Mas ¡ay! que, lastimosa,
Al vivir nace y muere como rosa.

-[124]- -125-

Silva a la rosa

comparada a la inconstante flor de la hermosura.
Traducción de Virgilio25.

De los tiempos del año era el verano
(el de Mantua cantó en su dulce lira),
y el día, alegre a rayos, en que gira,
esmalta nubes con que sale ufano;
el austro templa, porque suave aliente, 5
y así con blando diente
muerde la flor, que aún tierna no se esquivaba
si aun solicita alientos más lasciva,
cuando, abreviando sombras, el aurora
precede bella a la carroza ardiente, 10
y en luces de esplendor, en luz canora
despierta al sol, madrúgale a su oriente.

Entonces, dice en dulce melodía
aqueste cisne, el campo discurría,
y cuando en sendas de este sitio ameno 15
buscaba abrigo en esa adulta llama

del sol, que salamandra ya se inflama,
vi entre su vasto seno

-126-

en la grama pender blanco rocío,
que a breve globo aprisionaba el frío, 20
y en su lacio verdor me parecía
lágrima que lloró la noche fría,
si a esotras hierbas en sus cimas bellas
corona de cristal, de nieve estrellas,
siendo a sus tiernos tallos, por vistosas, 25
sartas de perlas, perlas generosas,
que en nácares celestes engendradas,
del cielo al prado fueron feridas.

Al nacer el lucero luminoso,
vi con primor y aliño cuidadoso 30
del esmero Pestano,
del mejor hortelano
un rosal tan de gotas salpicado,
que sudor se ha juzgado,
que, en la lucha valiente 35
por escapar de sombras, sudó ardiente
de esta piedra, que a engaste de zafiro,
la observa el cielo con su eterno giro,
y a sus rayos primeros esmaltaban
las rosas, que por su astro le aclamaban. 40

Y si del alba y rosa contemplaras
el nácar escogido,
indeciso dudarás
si el alba hurtó a la rosa lo encendido,
o la rosa envidiosa, al alba bella 45
de ella colores trasladó a su estrella.
El matiz también vario de ese prado,
osada emulación del estrellado,
admiraras, si el sol sus resplandores
comunicó a sus flores, 50
como esmaltó los astros
eminentes en colores de rayos florecientes.

-127-

Uno es todo el rocío de la rosa,
y el que suda la aurora luminosa
en su estación primera, 55
un color en entrambas persevera
a un tiempo, pues la rosa se apellida
y la aurora florida

crepúsculo de nácar, en que se halla
el sol infante en esta luz que calla. 60
Mas ¿qué mucho que en todo corran a una,
siendo en las dos iguales su fortuna,
pues en entrambas Venus predomina,
reina del prado y cielo que ilumina?

Si ámbar la rosa aspira, 65
sin duda al mesmo Venus se conspira,
y si de ésta el sentido
por torpe no percibe lo oloroso,
es color de otra esfera más subido:
aquella, sí, que al prado delicioso 70
en copa de rubíes néctar
grato deleitosa propina ya al olfato.

Al lucero fragante,
a la rosa galante,
de Pafo les preside aquella diosa, 75
y así a entrambas librea generosa,
corta rica de púrpura eminente;
con que el astro luciente,
si es que es rosa equivoco así se duda,
o lucero la rosa se saluda, 80
pues si carmín la rosa de su vena
debe a la espina que ímpia le barrena,
el lucero, a su labio
la púrpura que goza sin agravio,
viviendo tan iguales, 85
que por unos se cuenta ya sus males;
-128-
y si el tiempo le ultraja
a aquél el carmesí, él mesmo le aja
a aquéste en un desmayo,
siendo del uno y otro el propio ensayo. 90

De aquestas bellas flores,
del cielo fomentadas a sudores,
copia sangrienta la floresta anega;
mas el discurso entre sus ondas rojas,
no sin miedo al peligro la navega, 95
siendo escollos de nácar de él sus hojas:
tantas arroja al prado
el rosal, en sus varas floreciente,
cerradas y patentes,
que con rosetas de rubí he pensado 100
se disciplina el suelo,

por aplacar rigores de ese cielo.

Allí una rosa infante
mece en su cuna el céfiro inconstante,
y en claustro de esmeralda detenida, 105
virgen se oculta menos pretendida;
otra al prado se asoma diligente
por celosías de su verde oriente;
mas al mirarla, trueca vergonzosa
en carmín el candor su tez hermosa. 110

Al despuntar aquélla
rompe prisiones de su verde estrella,
y con su roja punta se conquista
desabrigos purpúreos a la vista,
siendo cada hoja en que ella se dilata 115
gota de sangre, que de sí desata.

Otra aquí muy de Venus presumida,
de su guardada gala hace reseña,
que el aseo al espejo le compuso
de una fuente risueña, 120

-129-

y por salir mejor del tiempo al uso,
de carmesí en follera multiplica,
hojas de galas, que su ingenio aplica.

Mas otra del botón desenlazada,
y en rojos arreboles desflocada, 125
un sol al prado ofrece generoso,
que en rayos de oro ilustra luminoso:
honor grande del valle, pues sus flores
vanas más lucen con sus resplandores.

Pero ¡ay! que toda aquesta pompa hermosa, 130
del vergel, esta antorcha luminosa,
esta hoguera, que roja al prado inflama,
siendo cada hoja suya ardiente llama,
este sol, que a sus rayos fomentaba
cuanto aseo al jardín le coronaba, 135
con desmayo fatal se descompone,
su luz se apaga al inconstante viento,
al occidente el esplendor traspone,
y la llama consume su ardimiento.

¡Oh, qué breve esta flor tiene la vida!, 140
pues edad fugitiva la arrebató,
de su beldad pirata,
y de un punto al escollo la admiraba
caduca y lacia, cuanto más florida;
saliendo al paso presta y diligente, 145
prevenida la muerte al propio oriente,
siendo la cuna en que le mece el viento
su fatal pira y triste monumento.

Y cuando este prodigio revolvía,
y a queste acaso el labio repetía, 150
aún de vida no goza a queste aliento;
pues mustia vi la rosa se despuebla,
y que funesta se deshoja al prado,
epitafio dejando de su hado
-130-
hojas tiernas, que a letras de rubíes, 155
en la esmeralda acordarán constantes,
pues su vida se mide por instantes.

La varia diferencia,
que del tirio color matiza el suelo,
no sin envidia, no sin competencia, 160
las galas que renuevan estudiosas,
por lucirse en el prado más hermosas,
y las vidas que estrenan por flamantes
allí rosas infantiles
el resplandor de un día las festeja, 165
y ese mesmo a sus rayos las aqueja,
y con fúnebre sombra oculta y sella
de múrice vistosa tanta estrella.

¡Oh tiempo! ¡oh días! ¡oh naturaleza
avara, en cuanto ostentas más grandeza! 170
ya justamente todos nos quejamos;
pues apenas nos pones a los ojos
estas joyas de Flora por despojos,
cuando, al echarlas mano,
salió nuestro cuidado bien en vano, 175
y dándoles más gracia a aquestas flores,
apresuras más presto sus horrores;
pero ya no me admiro,
que es de muy corta dura
cuanto crece en belleza una hermosura. 180

Cuantos mide de oriente
sus términos el día al occidente,
cuando en breve ceniza
de ella, fénix mejor, se inmortaliza,
aquesta propia edad goza la rosa, 185
que el sol en sus espacios le señala,
siendo al prado su gala

-131-

fímera, que la acaba lastimosa,
en la infancia gozando edad adulta,
y la triste vejez que la sepulta. 190

Aquella a quien el sol en la mañana
en pañales de grana abrigó infante,
a la tarde volviendo ya triunfante,
su edad florida vio trocada en cana.
Pero ¿qué importa, oh rosa, que tu llama 195
tan temprana se apague, aun cuando ardiente?
pues ha tomado a cargo ya la fama,
hoy aplaudirte más de gente en gente,
gozándote perenne y más constante,
cuanto antes tu vivir fue un solo instante, 200
permaneciendo fija en la memoria
de tu belleza la pasada gloria.

¡Oh, qué ejemplo tan vivo al desengaño
de una grande belleza!
Lograd, oh virgen pura 205
este cortés recuerdo en la pureza;
coged las rosas, pues, de la hermosura,
cuando ayuda la edad, la edad florida,
y en vistosas guirnaldas recogida,
si intacto su verdor guardáis constante, 210
vuestra cabeza ceñirán triunfante.
No ajéis su lozanía,
mirad que la beldad más grata y bella,
como la flor fenece con el día,
que hermosuras y flores materiales, 215
se compasan a términos iguales.

De Flores heroicas y líricas

Pide se aplauda y dé el parabién a nuestro Príncipe Don Felipe Próspero de

su nacimiento, se ajusten esos pies forzados, y glose el último verso:
Hoy la mayor empresa de sus glorias.

Soneto acróstico

Floridas te destinan MONARQUÍAS,
Invicto infante, los divinos CIELOS,
Luciente sol, siguiendo a tus ABUELOS,
Iluminas feliz sus sombras FRÍAS.

Próspero a rayos aún, cuando NACÍAS, 5
Ocasionaste al sol lucidos CELOS,
Pues girando mejores PARALELOS,
Retiras cortos con mayores DÍAS.

Ocuparás adulto la CAMPAÑA
Sin que por sol, lo Marte se CONFUNDA, 10
Por sol rayos, por Marte las VITORIAS.

El nacimiento tuyo aplauda ESPAÑA,
Rayo te aplauda, pues en ti se FUNDA,
(H)Oy la mayor empresa de sus GLORIAS.

-[134]- -135-

Las ansias de España por tener príncipe, y el gozo que tuvo en su nacimiento.

Habla España con nuestro Príncipe.

Si miro, Filipo, de
Tu nacer próspero el cuando,
Sé que, al estarle deseando,
Me aseguras el por qué.

[Glosa]

De tu nacer mi bien fía,
de tu reinar es mi gloria,
de tu pelear mi victoria,
de tu triunfar mi alegría;
que toda esta dicha es mía, 5
que adquiero estas glorias sé,
que las poseo, se ve:
que el DE, nota posesión,
que aseguro en la ocasión,
si miro, Filipo, DE. 10

Del nacer, el CUANDO mira
astrólogo diligente,
y qué signo el sol luciente
entra, cuando el cielo gira;
de aquí su dicha o su pira 15
-136-
le anuncia, ¿quién contemplando,
Filipo, al sol, que va entrando
signo próspero, no ve,
que es afortunado de
tu nacer próspero el CUANDO? 20

En ansias de tu nacer,
años viví cuidadosa,
pero no tan temerosa,
que no le esperase ver:
porque llegando a saber 25
que Dios me asiste escuchando,
sé que este bien ya trazando
me está, le está previniendo,
sé que al estarle pidiendo,
sé que al estarle deseando... 30

Si es que a mi gozo pregunto:
¿POR QUÉ naciste en el día,
que San Próspero lucía
de Sagitario en el punto?,
de mis victorias asunto 35
hallo, que sin duda fue,
Próspero al lado se ve
de ese signo belicoso,
y en tal conjunción glorioso
me aseguras el POR QUÉ. 40

-137-

Pide se conceptúe sobre que Filipo Próspero ha sido el Quinto Planeta, entre cuatro que ha tenido la monarquía de España, como lo es Marte en su esfera, y que se halla mucho misterio en la similitud.

Décimas

¿Quién los Signos no pregona,
Filipo, ya en el León,
ya en ese rico Tusón,
que en tu pecho se eslabona?
y si miro a tu corona 5
y a tanto rayo en que giras,
Cuarto Planeta me admiras,
mas si Quinto en el infante,
que a firmamento flamante
en todo diré que aspiras. 10

En tu esfera, pues, luciente,
como en el cielo estrellado,
siempre por Marte he juzgado
al Quinto Planeta ardiente:
Carlos lo diga eminente, 15
y si este tu heroico abuelo
fue al mundo terror, desvelo,
Filipo, por ser asombro
como él pondrás todo el hombro,
emplearás todo tu anhelo. 20

-138-

Si entre el bélico rumor
y de las armas el ruido
fue tu horóscopo elegido
en tu primer esplendor,
al orbe causas horror 25
pues naces todo de acero,
(de tu principio lo infiero)
con que domarás pujante
al enemigo arrogante,
y al que blasona más fiero. 30

Si de tu nacer el día
contemplo, Marte español,
mucho al primer arbol
te anuncia mi astrología:
Mercurio en él presidía, 35
tú le asistes belicoso,
conjunción, en que es forzoso
en todo influyas prudente,
que juntando lo valiente,
siempre saldrás victorioso. 40

Ya el Otomano poder
en sangre se teme tinto,
pues juzga que Carlos Quinto
en ti llegó a renacer:
y antes que tu regio ser 45
conozcas, invicto infante,
ya de la Siria el turbante,
de Damasco alfange rojo,
se recela por despojo
de esa tu planta triunfante. 50

Tuviste, príncipe, oriente
en tanto rayo marcial
como vibra a Portugal
de tu padre el sol ardiente:
señal que indica evidente, 55
-139-
se aclamará vencedor,
pues le fomenta tu ardor;
que si Marte al sol asiste,
en vano el suelo resiste
los rayos de su rigor. 60

-[140]- -141-

Al nacimiento de nuestro Príncipe Don Felipe Próspero, y a las dichas que le anuncia el nombre de Joseph, que le pusieron también en el bautismo.

Romance

¡Joseph! apellido ilustre,

¡oh qué gloria! ¡oh qué eminencia!
¡oh qué de dichas que abarca!
¡oh qué de imperios que sella!

Dígalo el Virrey de Egipto, 5
y de la Aurora más bella
lo aclame el Esposo sacro,
y España lo aplauda tierna.

Naciale un gracioso infante,
que Joseph le nombra atenta, 10
porque el lleno de sus dichas
gozase en toda su esfera.

Oye, príncipe, tus glorias,
Joseph Patriarca, pues sea
pauta que siga la mano, 15
heroica al discurso idea.

Desde tu cuna o tu oriente,
sin que te deslustren menguas,
hasta el cenit del imperio
no parará tu carrera²⁶. 20

-142-

Del orbe las cuatro partes,
desde sus altas almenas
admirarán tus prodigios,
aclamarán tus empresas²⁷.

Arrestará a los contrarios 25
la envidia de tu grandeza,
pero a costa de tu honor
serán triunfo de tu diestra²⁸.

Mas ¿qué mucho que atropelles
esas escuadras guerreras, 30
si por Dios y en Dios emprendes
las más arduas competencias?

Al arco de tu valor
aplicarás la saeta,

asestará Dios el tiro, 35
serán divinas tus fuerzas²⁹.

Quebrantarás del vasallo
las aceradas cadenas,
con que oprimido gimió
de su enemigo a violencias³⁰. 40

Y serán cadenas de oro
que más su cuello ennoblezcan;
que a virtud de tu valor
mejoran naturaleza³¹.

Sucedará el siglo de oro 45
a este de hierro, ¡oh qué alteza!
coronando el yelmo invicto
de la oliva de Minerva.

Trocarás por el cayado
la espada entonces sangrienta, 50
regirás a un solo silbo
los que antes leones eran³².

-143-

Del alcázar de tu imperio
firme silla te aparejas,
que a enemigos corazones 55
será inmoble su eminencia.

Si no es que diga que es Cristo
este Pastor, esta piedra,
que si asegura tu imperio
también, también le apacienta³³. 60

No sólo será teatro
este globo a tus proezas;
pero de inconstantes ondas
dominarás la soberbia³⁴.

De esta América los montes 65
liquidarán ricas venas,
porque corran obedientes

a este mar de tu potencia³⁵.

Aquese eterno Monarca
desde la eminente esfera, ⁷⁰
vincula, príncipe excelso,
tanta dicha en tu cabeza³⁶.

Muy por entero estas glorias
te anuncian tu clara estrella,
si tus abuelos por partes ⁷⁵
gozaron de esta grandeza³⁷.

Este métrico agasajo
un Apolo y sol alienta,
que de esta nueva granada
por granos brota finezas³⁸. ⁸⁰

-[144]- -145-

Al nacimiento de nuestro Príncipe Don Felipe Próspero, y al haberle bautizado con una redoma de agua del río Jordán.

Liras

¡Jordán, todo misterio,
desde que al Arca humillas tu corriente,
hasta que a tu hemisferio
Cristo ilustra, luciente Sol,
que en tus ondas destinó su oriente! ⁵

No pausa lo pasmoso
aquí de tus prodigios, pues, España
vio en tu cristal undoso
su infante, ¡quién no extraña,
si la Europa y el Asia en ti se baña! ¹⁰

Tus pies, príncipe, besa:
reconoce sin duda en ti aquel celo
que en tu padre confiesa,
con que águila de un vuelo,

su fe en tus plumas la destina el cielo. 15

¡Oh qué rendida seña!
al Otomano oprimirán tus glorias,
-146-
pues ya el Jordán se empeña
a anticipar victorias,
que tus hazañas las harán notorias. 20

Si del Arca a la vista
muros rompió Jesús al Jordán puro,
consiguió su conquista,
Filipo, hoy la aseguro:
Arca es María, tu valor su muro. 25

El Jordán a la planta
del sacerdote, en su cristal veneras,
Filipo se adelanta,
pues a la luz primera
a la Iglesia obediencias acelera. 30

Sabio también te aclama,
leyes darás glorioso a todo el suelo;
a más sube tu fama,
darate solio el cielo,
astros sublimes regirán tu celo. 35

Será lo justiciero
glorioso timbre que mejor te abona,
igualará tu acero,
sin respetar persona,
del humilde cayado a la corona. 40

-147-

A Don Alonso López de Galarza, general de la Caballería de la ciudad de Quito, en festejo de sus galas, en el día que salió al alarde general que se hizo en ella.

Romance

Si lo airoso de tus plumas,
si lo galán de tu arreo
aplaudir, joven, aspiro,
mides templado instrumento.

Una pluma de tus alas 5
fía siquiera a su acento,
pues eres garza, Galarza,
repetición de ti mismo.

Será pluma a quien mi lira
daba en sonoros metros 10
del tacto nueva dulzura,
y del pulsar los aciertos.

Será pluma con que vuele,
sin que recele escarmientos,
a los rayos de tu sol, 15
y a lo grande de tu cielo.

De tu agudeza ayudada,
del arco del pensamiento
será flecha que te alcance,
pues eres blanco tan cierto. 20

-148-

A los filos de tu ingenio,
cortada en el firmamento
con caracteres de luces
grabará tu nombre eterno.

En tres días, que la vista 25
gozó tu divino objeto,
un mapa admiro de galas,
y un abril de flores bello.

Y aunque en diciembre tu sol,
(mejor que ese dios de Delos) 30
amenamente transforma
en jardín su yermo suelo,

ya entre rojas clavellinas
azucenas compitieron,
ufanas que, por lo blanco, 35
fue Sagitario el deseo,

ya multitud de violetas
que atesadas persuadieron
que el gusto estaba de luto,
pues se adornaba de negro. 40

Pero no, que fue advertencia,
y con mayores esmeros
campearon mejor las rosas,
que de tu rostro nacieron.

En los campos de esmeralda 45
tercera vez, ya tu aseo,
si es que les pautó de plata,
fueron de azabache extremos,

que no siempre la esperanza
en blanco dejó el deseo, 50
y aunque de negro esta vez,
no es infeliz el agüero.

Sin duda la posesión
te aguarda ya de tus hechos,
-149-
y así lúgubre mortaja 55
viste lo verde a despecho.

El tahalí que del hombro
se despeña por el pecho,
parece arroyo, que vida
da a cuanto alcanza su riego. 60

Que en los jardines de Marte,
como de Flora en los huertos,
infunde a flores y galas
con la belleza el aliento.

Y las plumas que en los aires 65

traveseaban con los vientos,
crespa son, si airosa mata,
cuando maceta el sombrero.

Este saliste a los ojos,
y a guerrear con tal arreo, 70
que alguna vez también Marte
de flores corona el yelmo.

Aunque en sangrienta palestra
no se detiene al aseo,
sí en la que ofrecen las treguas 75
por dulce divertimento.

Si el jardín y abril te visten
a competencias y esmeros,
fue anticiparte en la gala
coronas al vencimiento. 80

Por lo airoso de tu talle,
no sólo de Marte empleo,
mas a la vista de muchos
fuiste por único objeto.

Solo estuviste entre todos, 85
aunque muchos te asistieron,
que sólo a ti compañía
pudiste hacerla tú mismo.

-150-

Fuiste sol, quando en oriente
corre a su esplendor el velo, 90
que desaparece por corta
la luz de esotros luceros.

Tanto anegaron tus rayos
con sus lucidos reflejos
esotros astros, que aun huella 95
no dejaron de que fueron.

Y la vista entre sus ondas,
no sin nota de su empeño,

enjutos naufragios halla,
con que se intima escarmientos. 100

Y si en las luces planeta
cuarto giras de tu cielo,
en el brío que te anima,
serás el quinto Guerrero.

A este también te adelantas, 105
porque en tu valor despierto,
a competencias le admites,
y le desprecias al premio.

Y porque el triunfo a tu gala,
y el generoso trofeo 110
mejor aplauso celebre,
mayor logre desempeño,

carro triunfal ocupaste,
que anima vital aliento,
y de la pompa que viste, 115
aun tiene conocimiento.

Cuatro lacayos te asisten,
que ruedas me parecieron
de este carro, que tan unos
andaban al movimiento. 120

De Ofir te labraste silla,
de tu majestad asiento,
-151-
que no sin estudio el oro
así te sirve sujeto.

Que si le veneran tantos, 125
tan otro está a tu respeto,
que el rey que rige vasallos,
vasallo es hoy de tu imperio.

Multitud sólo de plumas
(del aire dulce recreo) 130
te coronaban vistosas,

y agraciaban sin defecto.

Éstas, sólo la corona
pudieron servirte, creo,
pues al ave real igualas 135
en la vista y en el vuelo.

A un broche venían presas
de esmeraldas o luceros,
(que según resplandecían,
astros verdes parecieron), 140

porque vanas de sus dichas,
y gozosas de su acierto,
incautas peligrarían,
pues les faltaba su acuerdo.

Bastón regía tu diestra, 145
no sé si le nombre cetro,
que según te autorizaba,
me ocasionó este respeto.

Pero ¡qué corto he quedado!
Ya le acato firmamento, 150
que en campos de carmesí
se engastaron astros bellos.

Siendo mayor tu valor
que de Atlante, ¡oh qué portento!
cielos sustentaba en hombros, 155
no has menester tanto empeño.

-152-

Antecedían tu triunfo,
como despojos sangrientos,
todas las armas que alían
de Marte los fuertes miembros. 160

Y las voces que Belona,
retocadas de su aliento,
dan vida al clarín glorioso,
alma inspiran al esfuerzo.

Gananciosas de tus glorias 165
te publicaban a ecos,
cuál tu brío repetía,
cuál tu gallardo desnudo.

Bella copia antecedió
de galantes caballeros, 170
y vas tú solo delante,
aunque ellos te precedieron.

Con tal aparato hollaste
de la plaza alegre el suelo,
que aun insensible mostraba, 175
que te estimaba por dueño.

Arrebataste la vista
de las damas y del pueblo,
y tan atentos te siguen,
que imán fuiste de su acero. 180

Embargaste la atención
al discurso de otro objeto,
privilegio de lo grande,
que se antepone por serlo.

Envidioso de tus dichas 185
(quien tal dijera) ese cielo
parasismos anticipa
al día en sus tristes ceños.

Y cegándole la vista
al Argos del firmamento, 190
-153-
impidió que no gozase
y no admirase tu esfuerzo.

Del párpado de una nube
llora desnudos destellos,
que hay lágrimas de dolor, 195
como también de contento.

Mojar pretendió las alas,
con que sin susto a los riesgos,
garza real, te anticipaste
de todos al lucimiento. 200

Y tan alta te encimaste,
llevada en postas del viento
del aplauso, que tus prendas
te aseguran tanto vuelo.

Vivirá siempre tu nombre 205
en los labios de los tiempos,
pues, a pesar de las aguas,
gallardo sulcas sus senos.

Y si en sombras que descoge
con cauteloso desvelo 210
tus resplandores pretende
anochecer sin acuerdo,

no advierte que tu lucir
no ha de salir más opuesto,
como en el lienzo la sombra 215
releva el color más muerto.

Luce, pues, siempre glorioso
aun de la noche a despecho,
sin que el clima más extraño
viva en tinieblas por lejos. 220

Vive y goza de tus dichas,
pues tus heroicos alientos,
sólo con nombrarse tuyos,
los aplausos te adquirieron.

-154-

Vive, porque ya en tus galas, 225
en tu brío, en tu denuedo
seas idea a los siglos,
y a las edades modelo.

De oro en lámina costosa
el artífice más diestro, 230
con inscripción de diamantes,
inculpa tu nombre eterno.

Y aquella deidad alada
en voz y en su presto vuelo,
por cuantos registra el sol, 235
lleve y divulgue tus hechos.

-155-

Al doctor Juan Martín de la Peña, y a la Apología de la cura que hizo al provisor don Antonio de Pinargote: apláudese su ciencia, como también su nombre, no sin nota del émulo que se la calumnió, con alusión al nombre de uno y otro.

Soneto

Desprecia el valle el águila lucida,
y halla en sublima peña su sagrado,
donde, despierta ya, contempla el prado
la planta humilde, y ala más subida.

Cuando en la tierra tiene su acogida 5
el tímido animal tan retirado,
que ni un reparo debe a su cuidado,
la hierba humilde, ni la cumbre erguida.

Águila Juan, (bien así en tu nombre,
como en la vista, porque más asombre), 10
de tu alta Peña, adviertes en la hierba

virtud medicinal, que el mal preserva,
cuando en su madriguera alguno ignora
lo más sabido que al dolor mejora.

-[156]- -157-

Al haber leído un sermón, después de haberlo oído a un amigo, que gustó pasase los ojos por él.

Soneto

Breve halago a la dicha se ha debido
aquel que al viento la gozó ligera;
pues si a luz del discurso se exagera,
sólo gozó del bien el estallido.

Hoy, pródiga, mi suerte ha conseguido 5
que goce el bien a colmos en su esfera
de tu saber, oh Blas, pues considera
la vista aquello que admiró el oído.

Bebiste de un Bernardo el néctar puro,
lo sutil de un Cirilo, sin lo oscuro; 10
del gran Gregorio en ti miro el trasunto,

echando a lo mortal el contrapunto,
siendo en todo tu espíritu gallardo,
un Cirilo, un Gregorio y un Bernardo.

-[158]- -159-

Al altar que con pompa y majestad erigió la Compañía de Jesús, en el día
que fue elegida Nuestra Señora de Guápulo por Patrona de las armas de
España: descríbese su adorno.

Soneto

¿Qué te suspende el paso, caminante,
de ese erigido emporio de belleza?
¿es acaso el aliño, la riqueza,
tanta perla, rubí, tanto diamante?

¿El primor del pincel, que aún vigilante 5
titubea la vista en su viveza?

¿admírate el ingenio, la agudeza
del verso, y jeroglífico elegante?

Nada te embargue la atención de lo hecho,
admira sólo el generoso pecho; 10
y con asombro, más que aqúeste empleo,

de servir a MARÍA el gran deseo;
siendo heroico blasón, que nos abona,
venerar de Filipo la corona.

-[160]- -161-

A la solemne fiesta de la Visitación de la Virgen a Santa Isabel, que en
el convento de Santa Clara festejaron sus religiosas hijas.

Romance

Si es mérito de un objeto,
si crédito de su alteza,
recatarse a nuestra vista,
defenderse a nuestra ciencia,

¿quién, si levanta los ojos 5
a aquesa luciente esfera,
a su pesar no acredita
la verdad de esta sentencia?

Pues por monarca ese sol
con tal temor se venera, 10
que, al carearse con sus rayos,
la vista osada escarmienta.

Si así embarga la atención
de un objeto la grandeza,
¿a qué no obliga la pompa? 15
¿lo eminente a qué no fuerza?

¿a qué lo heroico no intima?

¿lo sublime a qué no impera
de una fiesta generosa,
tan a todas luces llena? 20

-162-

Y si en empeños lucidos
tal vez se peligra en menguas,
¿a qué discurso, pues, cuerdo
no amilánará la empresa?

Por esta vez el valor 25
confiado todo se arresta;
que hay temeridad dichosa,
que en los riesgos más descuella.

Ni en la cumbre de los montes,
ni en la cima de las peñas 30
hallará el águila asilo,
si extrañara su aspereza.

Ni los rayos que coronan
del sol la rubia melena,
pasto fueran de sus ojos, 35
si recelara su fuerza.

No fueran costoso adorno,
el oro, diamantes, perlas,
si no se hollaran los mares,
si el risco no se rompiera. 40

Todo lo alcanza la industria,
y esta vez a fianzas de ella,
mi caudal corto arrestado,
se facilita la empresa.

El más glorioso aparato, 45
la más prodigiosa estrena,
que, acontecido a los tiempos
y a las más remotas eras,

aparejó la piedad,
previno la diligencia, 50

para festejar al Alba,
que al Sol en su vientre estrecha,

cuando venciendo los montes,
y las cumbres de Judea
-163-
rayó la luz de MARÍA 55
de Isabel la feliz selva.

Allí del antiguo tronco
la vid fecunda se aprieta,
y en amorosos abrazos
vida nueva le fomenta, 60

con que de Juan el renuevo
así su edad atropella,
que en sus flores inocentes
logró el fruto de Profeta.

Mas ¿qué prodigio a la vista 65
de MARÍA no se esfuerza,
si en su regazo de un Dios
descansa la omnipotencia?

Este misterioso encuentro
gloriosamente corteja 70
de tres devotas un alma,
que en tres cuerpos hoy alienta.

Y ha sido tanta su unión,
que si aparatos de fiesta
no pudieran muchas manos, 75
aun en un cuerpo se unieran.

El teatro de estas glorias,
(que fue de Clara la Iglesia)
con novedad dispusieron,
y aliñaron con grandeza. 80

Tributó el vistoso Mayo
esmaltes de su floresta,
la Pancaya los olores,

y el China las ricas sedas.

Del Apeles más divino, 85
a las perfectas ideas,
si cuerpo las dio el pincel,
almas su primor alienta.

-164-

En campos de carmesí
tanta luz se engastó bella, 90
que en él parece que el cielo
apostentó sus estrellas,

o destrozados fragmentos
de aquese mayor planeta,
palpitando en cada parte 95
de su ardor una centella.

El apetito achacoso,
que todo lo descontenta,
en primores tan lucidos
remedio halló a su dolencia. 100

Porque si del claro templo
el aderezo contempla,
imperfecciones ignora,
aciertos sólo numera.

Y tanto la parte y todo 105
se compite en la belleza,
que duda en primor qué alabe,
y cuál primero se exceda.

Al mirar de los altares
el aseo y la riqueza, 110
la armonía de sus lazos,
la arquitectura tan nueva,

advierte le están llamando
de las paredes las señas,
donde el ingenio y el arte 115
a esmeros los dos se apuestan.

Cuando pudieran curiosas
ser embargo a sus potencias,
el cielo, o techumbre, hermoso,
admiración apareja. 120

Neutral se concibe todo,
y en confusión tan extrema,
-165-
el juicio suspende cuerdo,
por enmudecer la queja.

Llegó la felice tarde 125
que al regocijo abrió puertas,
donde el Panteón de Clara
logró primeras estrenas.

Vísperas solemnes fueron
las que en suaves competencias, 130
si deo dieron al día,
dieron principio a la fiesta.

Haciendo al sol que moría,
las más alegres exequias,
pues le solemniza el canto, 135
en lugar de las endechas,

el velo oscuro la noche
lúgubre extendió y funesta,
más por instantes a sustos
relámpagos la amedrentan. 140

Porque de fuego un castillo,
que al aire ufano se ostenta,
todo se desata en rayos,
todo se exhala en cometas.

Pues la pólvora fogosa, 145
que oculto incendio fomenta,
animada por los aires
se desvanece en pavesas,

siendo los rayos que arroja
contra la elevada esfera, 150
libres arpones de fuego,
puestas de alquitrán saetas.

De los cabellos del sol
parecen cortadas hebras,
o de su ardiente carroza 155
rojas estampas que deja.

-166-

La exhalación que el salitre
despide contra la tierra,
inquietas sierpes se arrastran
en sus compasadas vueltas. 160

Y con los purpúreos rasgos,
que figuran sus centellas,
su ruina escribe en el suelo
con las cenizas que deja.

Esta vistosa armonía 165
entre las sombras se anega,
con que la noche ya libre
se vio del susto y la pena.

Poco le duró el sosiego,
que el día que se le acerca 170
entre esmaltados celajes
con nuevo esplendor se aqueja.

Y primero que ninguno
gallardo ocupa la iglesia,
y tan antes, porque a solas 175
su traza admire y belleza,

a cuyo reclamo el pueblo,
las damas y la nobleza,
añadiendo nuevo lustre,
festivos sus losas huellan, 180

donde si los ojos todos
por sí sola la respetan,
agora con tanta gala
se niega a la competencia.

Llegó el tiempo de la Misa: 185
¡cómo el discurso tropieza
a cada paso en lo grande!
¡de uno sale, en otro entra!

De Pontifical la dijo,
la Mitra que más aprecia 190
-167-
el noble, el docto y el cuerdo
por norma de todas ciencias,

entre los otros Prelados,
sin alguna competencia,
como entre la humilde grama 195
gigante ciprés descuella.

En fin la cantó un Oviedo,
que es nombre de tal alteza,
que al significarle solo
todo el elogio se expresa. 200

Administraron el coro
unas nuevas Filomelas,
cuyos números pudieron
suspender de Anfión las cuerdas,

a cuyo cotejo el cisne 205
ya no canta, mas endecha,
cuando en el último acento
es de su muerte profeta.

Ya el ruiseñor más porfía,
cuando gorjea en las selvas, 210
si sus acentos con éstos
se arrojan a competencias.

Por timbre de lo sublime

de esta soberana fiesta,
por corona de lo excelso 215
de su crecida nobleza,

divulga en sonora trompa
de María la excelencia,
un Doctor, que por lo Juan
todo orador lo respeta. 220

Que si el agua del Jordán
al otro le oyó suspensa,
hoy un Juan a sus corrientes
prende la más libre oreja.

-168-

Y si al altar advertidas 225
eligieron la cabeza,
de su púlpito a la voz
el cuello eligieron cuerdas.

Que si es órgano por donde
se franquean las sentencias, 230
¿quién dispensarlas mejor pudo,
que un Cuello en su Iglesia?

Porque tal solemnidad
un punto no descaezca,
aun en sus dejos quisieron 235
las reconozcan las fieras.

El animal que en la frente
se dispensa a media esfera,
siendo en pavorosa lid
media luna su defensa, 240

aquella tarde fue blanco
de garrochas o saetas,
pues el brazo siendo el arco
se dispararon certeras.

Feliz se logró aquel día 245
y contento el sol se apresta

por llevar al otro mundo
de este prodigio las nuevas.

Éste fue el glorioso afán,
éste la bella tarea, 250
como de Cabeza y Priosta
de una Inés de San Esteban.

Y si a un Esteban patente
se abrió la luciente esfera,
otro Esteban hoy a un cielo 255
nos ha franqueado las puertas.

Mas si por suerte Matías
se llevó la delantera,
-169-
por lo Matías Jacinta
fue en su elección la primera. 260

Si escogió la mejor parte
María, ¿quién se la niega
este día a otra María,
si a Jesús asiste atenta?

Esta pompa, este aparato, 265
este esmeró, esta grandeza,
es un bosquejo, una sombra,
una línea y breve seña

del aseo y del primor
de aquel timbre de eminencias, 270
de aquel modelo de arcos,
de aquel ejemplar de fiestas,

en que San Buenaventura,
prototipo de abadesas,
el día de Santa Clara 275
ostentó galante y nueva.

Y si a los rayos del sol
huyen las pardas tinieblas,
fuerza es que a la luz de Clara

huya nuestra sombra opuesta. 280

Si en un primoroso lienzo
los claros más se relevan,
síguese que en su cotejo
nuestra fiesta es sombra muerta.

Echó al primor de entendida 285
los esmeros de discreta,
no le faltando la dicha,
pues su Ventura la llena.

Y si Galarza se aclama,
¿quién a decir no se arresta 290
que nos deja atrás en todo,
como la garza ligera?

-170-

Basta un rayo de la luz
de aquesta mayor estrella,
a anochecer otros soles 295
por más que rocen centellas.

¿Quién no advierte que el primor
más relevante y de apuesta,
es mendigado del suyo,
de su esplendor menor huella? 300

¡Oh, cómo pudiera a golfos,
sin apurar la elocuencia,
con ventajas de quien sabe,
hoy aplaudirte mi lengua,

pudiera de lo ostentoso 305
que en solemnidades muestras,
decir algo, mas lo dejo,
por ser de la fama empresa!

Baste por último elogio,
baste por última seña, 310
confesar que eres muy grande,
y no admites competencias.

También puede tus aplausos,
también puede tu grandeza
el silencio celebrarla, 315
del mayor empeño lengua,

en cuyos labios tus glorias
y tu crecida excelencia,
a despecho de los siglos,
serán de todos herencia. 320

De Flores sagradas

Al Santísimo Sacramento, en concurso de la fiesta del Rosario.

Venter tuus, sicut acervus tritici vallatus liliis³⁹.

(Cant. 7)

Soneto

El vientre milagroso de María
al trigo se compara generoso,
a quien fragante muro ciñe ojoso
el cielo en repetida lozanía.

A ese sagrado Pan ¡oh qué armonía 5
hace ese trigo, si al Rosario hermoso
tanta flor, que le mura misterioso,
y a ser su esmalte cada cual porfía!

Cifra es todo diseño, en que se aclara,
de un Dios oculto en Pan, Pan soberano, 10
que aplaude de Domingo heroico celo;

el Rosario, pues ciñe sacro el ara,
cual bella flor de tan divino grano,
que es pan de flores cuanto ofrece al cielo.

-[172]- -173-

Al mismo intento sobre este lugar:

Scutum auxilii tui et gladius glori tuse⁴⁰.

(Deut. 33)

Soneto

Es la vida palenque a la batalla,
que ofrece astuto el enemigo fiero;
desde el nacer al alentar postrero,
inventa ardidés y ocasiones halla.

A sus tiros es débil la muralla, 5
que ciñe al hombre, débil el acero,
y antes se mira herido y prisionero,
que ofenda y melle su obstinada malla.

En combate tan arduo y peligroso,
escudo fuerte, cándida defensa 10
ofrece al hombre aquese Sacramento;

Luzbel se rinde a su orbe luminoso,
y el que blanco miró para la ofensa,
dejó en blanco su loco pensamiento.

-[174]- -175-

Dase la razón por qué, siendo este sacramento representación de la muerte
y Sangre de Cristo, se muestra con accidentes blancos, y no rojos.

Décima

Pregunta

Si es de su muerte trasunto
ese misterio sagrado,
¿cómo en candor se ha trocado
la sangre que dio a un difunto?

Respuesta

Fue del amor este asunto, 5
que el incendio que hoy alienta
y entre ese candor fomenta
ese nevado ademán,
descifra que es un volcán
que entre nieves se alimenta. 10

-[176]- -177-

Al mismo intento sobre este lugar:

Quasi navis institoris de longe portans panem suum⁴¹.

(Prov. 31)

Décima

¡Oh qué ligera navega
de sangre en el rojo mar
nave que vino a cargar
trigo en la terrestre vega!
mas si en sombras de fe ciega 5
sulcan, ¿cómo puede el puerto
coger, aunque sea cierto?
-Pero si es piloto amor,
sin vista guía mejor,

como entre sombras experto. 10

-[178]- -179-
Al mismo intento, otro

Soneto

De Virgo tuvo su glorioso oriente
el sacro Sol, y en paso afortunado
al orbe todo, habiéndolo ilustrado,
en Gémini rayó, ya a su occidente:

En Gémini de amor, que en lazo ardiente 5
supo en lo milagroso de un bocado
unir al hombre, ingrato y obstinado,
que a su amor resistía inobediente.

A su esplendor le miro tan unido,
que otro sol le respeto en lo lucido; 10
y al breve orbe, mejor diré a su cielo,

divino sol le aclamo sin recelo:
¡oh Pan divino, sólo en ti se pudo
unir distancias con tan fuerte nudo!

-[180]- -181-
Al mismo intento sobre este lugar:
De comedenti exivit cibus, et de forti egressa est dulcedo42.

(Iud. 14)

Soneto

A impulsos del rigor, y la venganza
en sangre propia se miró teñido
aquel fuerte León, cuyo bramido
asombra al suelo y aun al cielo alcanza.

Retiró su valor, y en tal confianza 5
del más cobarde pudo ser vencido;
traza fue de su amor, que así oprimido
mejor la vida a su enemigo afianza:

Vida fue en el panal, que labró diestro
la abeja de su amor, si dio colmena 10
su cadáver, que néctar ya propina;

juntó la cera como sabio Maestro,
porque si al hombre de dulzura llena,
ahuyenta sombras con su luz divina.

-[182]- -183-
Al mismo intento

Décima

Pregunta

Si es Cristo en el Sacramento
Sol en su brillar lucido,
¿cómo entre nube escondido
permite su lucimiento?

Respuesta

No es de su luz detrimento, 5
es ingenio la piedad;
segura su claridad
a la vista más experta;

ofrécela, pues, cubierta
por templar su majestad. 10

-[184]- -185-

Al mismo intento sobre este lugar:

Ascendam in palmam et apprehendam fructus eius⁴³.

(Cant. 7)

Décima

Por coger fruto sagrado
sube la Esposa a la palma,
Cristo del hombre a la palma
baja, y dalo consagrado:
¡oh qué trueque afortunado! 5
gana palma merecida
el alma con tal subida;
Dios no puede más subir,
y así sólo en su abatir,
logra esa palma crecida. 10

-[186]- -187-

Don Martín de Arriola, presidente de la ciudad de Quito, hizo una imagen de bulto de San Francisco Javier, con los pies bañados en sangre, como cuando caminaba por la India, y con el pecho vertiendo gozos, con aquellas palabras: Sat est, Domine⁴⁴.

A cuya devoción se dedicaron estas

Décimas

Este bulto, que el pincel,
llegó diestro a colorir,
no le hace falta el vivir,
así retrata más fiel:
de Javier cualquiera en él 5
advertirá su traslado,

si le contempla arrobado,
pues ese humano alentar
con Dios llegaba a trocar,
mejorado su cuidado. 10

Tan imitado le veo
a su propio original,
que, si atiende a lo cabal,
queda indeciso el trofeo:
esto es cierto, pues aun creo 15
-188-
que nuestro Javier dichoso
hoy dudara cuidadoso
si del éxtasi volviera,
en cual de los dos viviera
su espíritu generoso. 20

Y si de Arriola a la idea
se delineó aqueste bulto,
hoy con más que humano indulto
nueva vida se granjea:
pues bien puede ser que sea 25
del artífice la mano,
mas su afecto pudo ufano
introducirle el aliento;
que amar, es merecimiento
de obrar a lo soberano. 30

Si el retrato miro atento,
entre el gozar y el penar,
le he llegado a contemplar,
¡quién vio en la pena el contento!
mas, valerse del tormento, 35
fue cautela de Javier,
pues fuera fuerza perder
en tanto gozo la vida,
y porque mejor se mida,
templa al gozo el padecer. 40

Y si la planta ultrajada
viviente púrpura vierte,
también el alma revierte
gozo, que al rostro traslada:
¡qué dicha tan declarada! 45
pues hoy llego a presumir,
que su planta en el sufrir

fue la raíz, que aunque penosa,
glorias por fruta gustosa
en él llegó a producir. 50

-189-

De Cristo, Javier, traslado
es, a mi entender, tan cierto,
que lo que en Jesús advierto,
en él lo miro ajustado;
y si cuando más penado 55
glorias gozó este Señor
del alma en lo superior,
Javier gozó en lo eminente
de su espíritu, aunque siente
de su cuerpo en lo inferior. 60

De Flores panegíricas

Al festejo que hicieron los pasajeros a Nuestra Señora de Paita, en
reconocimiento del buen viaje que les había dado.

Loa

Llegose el dichoso día
en que en la arena escamosa
saludamos los cristales,
nos fiamos de las ondas.

De Panamá despedidos 5
(salamandra de sí propia,
que eternamente revive,
ya entre incendios, ya en congojas),

alegres dimos al Sur
de la nao pujante proa, 10
siendo el Perú el Norte amado
de la voluntad gozosa.

Despegose el lino al viento,
y apenas los aires corta,
cuando rémora a su vuelo 15
isla del mar fue Taboga.

Hija hermosa de Neptuno,
en cuyo sitio Pomona
logró más fecundidades,
que en las Piérides todas. 20

-192-

Aquí el Mayo, y el Octubre,
en admiración gustosa,
este sitio habitan siempre,
ya en fruto, ya en flor, ya en hoja.

Siendo de Tetis al rostro 25
verde lunar, que le adorna,
a quien de cristal los cercos
desvanecen más su pompa.

En breves días dejamos
a las espaldas y a popa 30
la amenidad de este sitio,
la tierra dejamos toda.

Golfos sulca ya la nave,
de abismos de tanta monta,
que profundidades mide 35
a distancias de las zonas.

Busca la vista si puede
descubrir en su derrota
alguna orilla a sus aguas,
algún término a sus ondas. 40

A breves lances un monte,
atalaya de la costa,
registraron nuestros ojos
no sin la atención dudosa.

Pero despejado el aire, 45

conocimos la Gorgona,
que a violencias de las aguas
¿qué vigilancia no dobla?

No desmayó el corazón,
que en peligros más de monta 50
halla asilos en MARÍA,
amparos en ella logra.

De Monserrate la Imagen
todos humildes invocan,
-193-
obedeció el mar y el viento, 55
éste y aquél la lisonja.

Agradecidos rendimos,
en la que vive Custodia,
si los labios a sus aras,
de amor fuego a sus antorchas. 60

No se estrecha en un lugar
ni su amparo, ni su gloria;
en muchas se multiplica
porque la hallemos en todas.

Entre las toscas arenas 65
de este mar y de esta costa
de Paita, Panteón erige,
tosca funda a tanta joya.

Levanta farol en ellas,
que el navegante entre sombras, 70
conducido de su luz,
ni peligra, ni zozobra.

Norte es hermoso a quien mira
el piloto en su derrota,
ninguno acertó en el rumbo, 75
que desviase su proa.

Es la aguja, que los vientos
tan iguales los conforma,

que el timonel no delira,
si la atiende y mira sola. 80

Es la luna hermosa y bella,
que aunque de Paita se nombra,
no ha burlado los deseos
del que confiado la invoca.

Rige mejor que Neptuno 85
al tridente de su boca
el mar, cuando más furioso,
o se rebela o se azora.

-194-

El freno tiene a los vientos,
sin que desbocados corran, 90
y al impulso de sus labios
sus altiveces reportan.

¿Quién, rendido a aquesas plantas,
oh, soberana Señora,
no pregona estos prodigios, 95
no vocea estas vitorias?

Con propiedad de Mercedes
te ajusta el título y honras,
porque cualquier beneficio
por merced decretas propia. 100

Reconocidos a aquésta
(no se tenga por lisonja)
una comedia ofrecemos,
corto festejo a tu gloria.

Cifra es de un crecido amor 105
lo trágico de la historia;
que llegar a dar la vida,
es lo que más se remonta.

De esta verdad que publico,
el Conde de Fez es norma, 110
pues el amor y el secreto

lo redime a tonta costa.

Si del Padre Eterno Hija,
si del Espíritu Esposa,
si del Hijo amado Madre, 115
MARÍA, todos te invocan,

si a la Trinidad sagrada
eres Templo, eres Custodia,
la Trinidad en los suyos
bien es conozca estas glorias. 120

Recibe, pues, el servicio,
y a la Nao, que así se nombra,
-195-
del Callao al puerto amado
condúcela generosa.

Al auditorio que escucha 125
en tan discretas personas,
no pido audiencia, que ofendo
sólo con la duda sola.

Porque siempre el entendido
se ha anticipado a las honras, 130
no aguardan que se las rueguen,
que diera de necio nota.

Si hemos tenido buen gusto,
habla ya por sí la obra,
las faltas serán las nuestras, 135
que la comedia es famosa.

-[196]- -197-
A nuestra Señora de Guápulo, el día de la festividad de las Nieves.

Loa

Vistoso Sol, oh MARÍA
luce en nevados zafiros,
cielo, que de dos amantes
le consagro afecto pío.

(Sabias togas, do se acata 5
el regio esmalte de Tiro,
que en alteza tan suprema
se emboza todo un Filipino).

(Pastor sacro, a quien el docto
solo os conoce en el silbo, 10
que es tan sutil vuestro aliento,
que le ignora el tardo oído.)

Y aunque es el Agosto ardiente,
gira en congelados vidrios;
prodigio, que ya los rayos 15
vivan helados peligros.

Su rojo esplendor abriga
de viriles cristalinos,
quizás porque con esfuerzos,
abrascase por más activo. 20

Mas ¿parece que la vista
busca el riesgo sin aviso,
-198-
cual la incauta mariposa,
que se ronda el precipicio?

Que examinar en la nieve 25
del sol los lucidos visos,
más es buscar escarmientos,
que créditos del sentido.

Desvanézcase el temor,
no se recele el peligro, 30
temer nociva influencia
en MARÍA, es ya delito.

Sus virgíneos esplendores

acreditan ojos limpios,
pues águilas rayo a rayo 35
peinan su candor activo.

Crédito sean dos almas,
dos corazones unidos,
que de Himeneo a las aras
fueron casto sacrificio. 40

Que si franca la fortuna
de Ofir les dio el metal fino,
con mano avara les niega
el mejor colmo en los hijos.

Mas ¿cuándo dio por entero 45
el bien? ¿cuándo dio el alivio?
y con tales escaseces
la idolatra más de un rico.

Destinan por heredera
a MARÍA, ¡cuerdo aviso! 50
logrado mejor en ella
sus haberes que en los hijos.

Y porque el blanco no yerren,
donde asestaron sus tiros,
en yermo suelo les siembra 55
en copos nevados lilios.

-199-

(Que no por yerma una tierra
debe gozar los desvíos
penando, porque en la usura
no trata su estéril sitio). 60

Inspírales que le erijan
sagrado a su culto asilo;
mejor le dijera cielo,
pues al Sol contiene mismo.

En hombros de blancos polos 65
fían sus lucientes giros;

pero si son de una Virgen
cándidos serán sus quicios.

Ésta es copia mal formada
con colores de mi estilo, 70
de aquel prodigio, que en pasmos
veneró el pasado siglo.

Es idea de la pompa,
que oculta a queste retiro,
y en gustosa emulación 75
hoy aplaude nuestro Quito.

Sacra custodia de un ángel,
de milagros un abismo,
que Guápulo en corto espacio
golfo abrevió de prodigios; 80

original de este alcázar,
que compite con los signos,
y tal vez sus artesones
imán les fueron benigno;

de a queste erguido panteón, 85
de este glorioso obelisco,
tan vecino de la aurora,
que es del sol primer registro;

atalaya de estos montes,
corazón de aquestos riscos, 90
-200-
nave que a impulsos del aire
el campo navega a silbos;

prototipo en fin del cielo
de un Sol, que en canoros nichos
de querubes soberanos 95
tiene su asiento lucido,

sobre afectuosos polos
estriba este sacro olimpo
de dos consortes, que un alma

unió con lazo indistinto. 100

Dos basas son de su culto:
¡portento, que en este siglo,
para el bien se ayuden dos,
cuando lo calumnia el vicio!

Más hombros tiene Bilán 105
de un Alcides, que en olimpos,
y en esferas de piedad
un punto no ha desistido.

Sostituye al peso excelso,
que fio de su alto brío 110
un Atlante o un Cristóbal,
Martín generoso y pío,

Argos atiende a su honor,
mejor que aquece zafiro,
cuando en piélagos de sombras 115
cuelga faroles lucidos.

Y si entonces a MARÍA,
y a su culto le fue asilo
un yermo, esta soledad
para su honor ha elegido. 120

Mas hoy tan poblada toda
de Dianas, de Narcisos,
que aun dudo tanta beldad
agote todo el guarismo.

-201-

No sólo en airosas galas, 125
no sólo en lustroso aliño,
cada galán es un mayo,
cada dama un paraíso;

pero más por su piedad
en los jazmines y lirios, 130
quizás porque ni aun la nieve
le faltase a aqueste sitio.

En este albergue dichoso,
en este cielo o zafiro,
un sol virgíneo sus rayos 135
difunde siempre benignos.

Tan a colmo de las plantas,
y de la mies al arbitrio,
que sus macollas gozaron
su ardor en frutos opimos. 140

Y si su verdor, fomentos
pide en partos cristalinos,
fluctuar se mira la tierra
en improvisos abismos.

Desatando sus incendios 145
tanto cristal desunido
de las nubes, que a sus rayos
sostituyeron sus vidrios.

Cambia su amor tantas formas,
y estudia tantos estilos, 150
que ya la contemplo nube,
ya sol, ya claro rocío.

Semejante de Israel
a aquel pasmo del Egipcio,
que si astro mayor de noche 155
acaudilla su destino,

en sombra trueca su día
al ardor del sol nocivo,
-202-
que sabe Dios de la luz
sombras tejer al amigo. 160

Ya en grata lluvia deshace
su aparato tan lucido:
¡piedad ajar lucimiento
proprio en ajenos conflictos!

Del pueblo a la mendiguez 165
vierte pródigo rocío,
que dar (si no puede) en llanto,
nobleza es de un pecho pío.

Mejor que éste, su poder
muestra, a su piedad asido, 170
María, porque su amor
es un Prometeo divino.

¡Cuántos tocaron su puerto,
cuántos hallaron asilo,
que en el mar de sus dolencias 175
fueron fábula al conflicto!

¡Cuántas procelosas ondas
bebieron de sus delitos,
que al abrigo de su arena
reconocieron rendidos! 180

A esta verdad, cuantos votos
ornan aqueste edificio,
son apoyo cuantas ansias
son a su amparo testigos.

A todos su amor alcanza, 185
su pecho a todos benigno,
y si a todos, todos juntos
nos mostremos hoy festivos.

Que si no somos los cisnes
de este teatro o caístro 190
(porque mucho desazona
quien se aplaude presumido),

-203-

seremos de Apolo al coro
el bajo en humilde estilo,
que esta voz en consonancias 195
el punto fue más subido.

Sea el asunto o materia
el de un ingenio divino,
que supo hermanar agravios,
sin queja a un sujeto mismo. 200

Dos agravios sin ofensa
admiraréis con avisos,
que no siempre las comedias
se ordenan a precipicios.

Que entre los ascos del cieno 205
brilla tal vez el jacinto,
pues aquéste el cuerdo estime,
que es acreditar su juicio.

Esto a nuestro amor, si al vuestro
no escatimar los oídos, 210
que está de mal gusto el alma,
cuando niega este sentido.

En tal fiesta aqueste aplauso
solo cortesés pedimos;
nobles sois, y casi entiendo 215
era excusado el aviso.

-[204]- -205-
A la Asunción de María Santísima.

Loa

En este vergel humano
yace mustia la más bella
rosa, que en purpúreos rayos
mereció doble diadema.

(Sabia toga, en quien se admira 5
del gran Filipo la alteza,
donde la piedad y el celo
próvidamente se alternan,

de cuyo regio esplendor
hoy se ciñe su cabeza, 10
cuando la preside atento
de un Don Martín la nobleza).

Pues entre las otras flores
es MARÍA la que alienta
esmeros de su hermosura, 15
beldad duplicando en ellas.

De la parca el ímpio hielo
su nieve y púrpura altera,
porque de un fatal ocaso
no la redimió su alteza. 20

Mustio vieron su candor,
ajada tanta belleza,
que muchos siglos hermosos
un sepulcro los abrevia.

-206-

Sintió el orbe doloroso 25
al ver sin vida a su Reina,
y aquellos bellos esmaltes
sin la hermosura primera.

Pero ¡oh qué cambio tan alto:
de aquella mortal pavesa, 30
de aquellas leves cenizas
mejorada vida hereda!

Pues si de este humano cielo
flor la festejaron bella,
ya del vergel del empíreo 35
por sol florido se ostenta,

un rayo siendo cada hoja,
un esplendor cada hebra,
y cada purpúreo esmalte
de luz una hermosa huella. 40

Con que en el zafir vistoso
sol y rosa así se apuestan,
que claros florece rayos,
y brilla púrpuras tiernas.

¡Oh qué alteza de MARÍA! 45
pues goza sin competencia
con duplicado esplendor,
por sol y por flor la esfera.

Del Rosario sus devotos,
si por sol su ardor remedan, 50
al aclamarla por Madre,
las rosas brotan sus lenguas.

Y aunque sin cuenta a los gastos,
la devoción muchas cuenta,
que son ceros sin sustancia, 55
si ésta falta en las expensas.

Para festejar sus dichas,
y las glorias de su Reina,
-207-
hoy os presentan sus hijos
una famosa comedia. 60

Aun de noche alumbra el sol
es el mote de su idea:
¡oh qué nacido a MARÍA,
y de su muerte a la empresa!

Que si la muerte en sus sombras 65
florida luz la funesta,
aun en sus negros horrores
sol sus rayos más aumenta.

Pues en lobreguez fatal
luce tan claro planeta, 70
que si en noche alumbra el sol,
vence su luz las tinieblas.

Y pues a pares los soles
sus claros rayos franquean,
cuando veneréis al uno, 75
el otro atención merezca.

No mal ceñís, no, su luz,
que esas son muy bajas nieblas,
que se fraguan de vapores,
que exhala una injusta lengua. 80

Pero ¿para qué me canso,
que el sabio es fuerza agradezca
este empeño, y a su ejemplo
quién habrá que no me atienda?

-[208]- -209-
A San Blas obispo.

Loa

Primeros rayos apenas
de la justicia ilustraron
a Adán, cuando tristes sombras
anticiparon su ocaso.

Relámpago fue de luz 5
el sol de su día claro,
duda siendo al pensamiento
si certeza al desengaño.

Este breve resplandor
aun los brutos veneraron; 10
respeto siendo su nombre,
cuando su ciencia admiraron.

Anocheciose a su vista,
y la obediencia le alzaron,
que es falta de entendimiento 15
no respetar al postrado.

A lo agreste de los montes
vencidos se retiraron,
feroces por sólo dar
al hombre continuo asalto. 20

Sirvieron aquesos riscos
castillos, quizá por altos,
que al pecho cobarde aspira
siempre a lo más resguardado.

-210-

Esta altivez, este orgullo, 25
por siglos bien dilatados,
al menos osado bruto
estimuló desacatos.

Pero ¡oh prodigio! ¡oh portento!
no sé que divinos rayos 30
reconocieron en Blas,
que obedientes le acataron.

El asombro de los bosques,
el león y el tigre hircano
se le rinden, privilegio 35
que Adán obtuvo por raro.

De la gracia aquel candor
en él sin duda admiraron,
que menos rayos sus ojos
no respetaran postrados. 40

Y si en los feroces brutos
logró nobles agasajos,
no menos el mar soberbio
le hospedó en sus ondas grato.

La cerviz, que en inconstancias 45
deshizo el yugo a pedazos,
que le pone grave nave
impelida de los austros,

él la huella tan glorioso,
que me temo que se helaron 50
sus cristales, porque vieron
del poder de Dios un rasgo.

Más generoso trofeo,
que esotro, si no me engaño,
que hacer lo mudable firme 55
es hoy del sentido pasmo.

Si os admira aqueste asombro,
no es menor el que yo hallo
-211-
en ingeniosa comedia
para festejo del Santo. 60

Celos, amor, y cordura,
es un asombroso espanto,
que se bisagren opuestas,
y amigas se den las manos.

¿Hay mar que más se aventaje 65
en inconstancia al mar bravo,
que unos celos, y se humillan
de la cordura al pie casto?

¿Hay Mongibel más fogoso
que desvanezca en penachos 70
de fuego su erguida cumbre,
cuando a la esfera da asaltos?

¿Hay pira que en rojas llamas
más se avecine a los astros
como el amor, cuando ardiente 75
se fomenta con halagos?

Pues este fuego, este mar
de este aquel monstruoso parto,
(¿a quién no admira que el fuego
conciba cristal tan raro?) 80

solicita la cordura,
que así se entregan los brazos,
que ya las aguas encienden,
y el fuego baña más claro.

Celos serán del saber, 85
noble amor, dulce agasajo,
y cordura, todo junto
el darnos oídos gratos.

Festejaremos a un tiempo
todos a tan raro santo, 90
si os ayudáis al silencio,
y nosotros de los labios.

-[212]- -213-

Al ilustrísimo señor don fray Pedro de Oviedo, arzobispo de Quito, en el
día de San Luis Rey de Francia, patrón del Colegio Seminario.

Loa

Despreciado el valle humilde
de aqueste terreno globo,
águila caudal hoy Luis
vive del empíreo escollos.

(Norma recta de lo justo, 5
timbre excelso de lo docto,
erario de la virtud,
y de la prudencia colmo).

De cuya eminente suma,
de cuyo sublime solio, 10
sin bastardear en la vista
todo un sol contempla absorto.

Tan descubierta le mira,
tanto le atienden sus ojos,
que pudieran rayo a rayo 15

distinguirle sin estorbos.

Y aunque sulca de su luz
aquellos inmensos golfos,
vaivén no teme en sus ondas,
que es mar que vive en reposo. 20

Y si del amor divino
aspira el ardiente soplo,
-214-
glorioso impele su nave
a descréditos del noto.

Gozando a un tiempo en el mismo 25
favonio, el golfo, el piloto,
y con logro de sus ansias
el puerto, el norte, o el polo.

Y si el águila real,
galeón viviente, que en hombros 30
del aire navega ufana
a impulsos de aliento propio,

expone a los rojos rayos
de aqueso luciente globo,
por distinguir al bastardo, 35
del que es pollo generoso;

así nuestro Luis invicto,
águila en el ser heroico,
ya que no examina arroyos
de aquel ser eterno y solo, 40

de un Vice-Dios en su Iglesia,
de un Oviedo generoso,
al Sol sagrado sus hijos
quiere examinar por propios.

Y si muchos a sus luces 45
ejecutoriaron, doctos,
lo sublime de su ingenio,
y de sus letras lo honroso,

hoy el examen me toca,
¡casi me faltó al asombro! 50
que es mucho mar el que emprendo,
y barco, el discurso, poco.

Y en confusión tan crecida,
sólo me embaraza corto
tu culto, que en ignorarte, 55
tu majestad más abono.

-215-

Que le ofende lo supremo,
que se llega a ajar lo heroico
de nuestras noticias, cuando
más le acredita el embozo. 60

Mas ¿qué temo? ¿qué recelo?
sin duda, sin duda ignoro
tu magnánima excelencia,
y tu pecho generoso.

Porque estudias las piedades, 65
no te niegas a socorros,
que tal vez el humanarse
hecho fue de un Dios glorioso.

Que al sol entonces le aclaman
rey las aves en sus coros, 70
cuando se muestra al oriente,
roto el dosel tenebroso.

Rayo a rayo, pues, ya admiro,
depuesto lo temeroso,
en lo capaz de tu esfera 75
lo inmenso de tus tesoros,

lo prudente de tu cielo,
huyendo lo escandaloso;
si corriges sin estruendos,
castigas sin alborotos, 80

de tu justicia lo igual,
pesa los méritos solos,
que en tu tribunal no abogan
los cautelosos sobornos.

Calidad de rayo anima 85
tu fortaleza en lo brioso,
que si perdona al humilde,
escarmiente al poderoso.

La templanza en tus acciones
los hechos regula de otros, 90
-216-
que al que este freno no ajusta,
es muy desbocado o loco.

Tu soberana largueza,
dejando extremos odiosos,
ni a Alejandro le acompaño, 95
ni con Midas la compongo.

La piedad que en ti venero,
aunque la gozan hoy todos,
de ti huyen sus noticias,
que te culparás por corto. 100

Que hay dádivas, que a las voces
deben sus crecidos colmos,
tan vanas, que su substancia
fundan en débiles soplos,

como truenos, que espeluzan 105
los más elevados olmos,
amagos siendo sus bríos
aire siendo sus asombros.

Tu humanidad es el sol,
que con imperio amoroso, 110
si los solicitas Clícies,
rayos te rondan absortos.

Si a océanos de tu ciencia
buzo me arrojé curioso,
bellas se ostentan las perlas, 115
ricos brillan los tesoros.

De un Tomás luce lo agudo,
y lo moral de un Gregorio,
de un Crisólogo el concepto,
de Bernardo lo piadoso. 120

Esmaltes logra Agustino,
Niseno glorioso apoyo,
y Jerónimo respetos,
si luz erudita Arnoldo.

-217-

Siendo tan francas tus venas 125
y tu raudal tan undoso
que si ha gustado al que sabe,
no se ha negado al indocto.

Lucidos rayos son éstos,
que abonan más tu decoro, 130
y bello esplendor, en quien
más te acreditas Apolo.

A cuya luz mi ignorancia
ha examinado sus ojos,
no presumo que tus rayos 135
los ha numerado todos.

Que vanidad tan activa
es precipitado arrojé,
que a su número crecido
es todo el guarismo corto. 140

Si sol, si galante Febo
luces con candor lustroso,
el plantel de este Colegio
sus dichas merezca a colmos.

A cuyo abrigo y fomento 145

logren sus tiernos pimpollos,
si nuevo esmalte a sus ramas,
grato verdor a sus troncos.

Consiguiendo nuestro Luis
con rico y crecido logro, 150
a empeños de tu saber,
a sus gozos nuevos gozos.

Que tanto tu ciencia ilustre
acredita sus elogios,
que al contraste de tus labios, 155
los suyos apura el docto.

Tanto inundan sus corrientes
y se extienden tan a golfos,
-218-
que cualquier otro discurso
ha de ser del tuyo arroyo. 160

Conocemos el empeño,
el beneficio es notorio,
galantear la confusión
es estudiar el retorno.

Valgan por satisfacción 165
divertimientos de mozos,
desempeño de las Musas
de un coloquio en lo ingenioso.

Muy corta, es la recompensa;
pero un pecho generoso 170
hidalgamente recibe
de un pobre cualquier retorno.

Malsabidilla se aclama
el festejo que os propongo,
mas aseguro al discreto, 175
que es alma, que ingenio es todo.

No demando, no, silencio,
porque si el que escucha es docto

como lo estudia lo enseña,
ciencia es que la saben pocos. 180

Al necio no se lo pido,
ni al que fiscaliza momo,
que fuera darles la gloria,
de que no eran uno ni otro.

-219-

Al ilustrísimo señor don Agustín Ugarte Sarabia, dignísimo obispo de la ciudad de Quito.

Loa

Mucho debo a mi osadía,
(oh Areópago generoso,
donde ese cielo de Astrea
tiene sus dos firmes polos),

mucho empeño a mi osadía 5
hoy debo (Príncipe heroico,
Pastor, cuyo silbo alienta
y al lobo sirve de asombro);

mucho debo a mi osadía
en estos riesgos forzosos, 10
que si el temor consultara,
me negara a los elogios.

Pues son asunto a la fama
los hechos de nuestro Apolo,
que, al no caber en un mundo, 15
buscan desahogo en otro.

Gozole el orbe español,
y por excusarle ocioso,
rayó en mejoradas luces
de América el nuevo globo. 20

Saludáronle corteses
aquellos salados golfos,
-220-
que a la Cartagena ilustre,
sirven cristalinos fosos.

Aquí le temieron Argos 25
de la herejía los monstruos,
que vigilante su fe
multiplicó muchos ojos.

¡Sus atesadas tinieblas,
cuántos fomentaron odios! 30
mas ¿cuándo la obscura sombra
vio con paz al sol hermoso?

Atento a su vigilancia
de Roma el Pastor glorioso
mayor esfera le busca; 35
que a su esplendor todo es corto.

Ciñe, pues, la mitra ilustre
a sus méritos dichosos,
que embarga una suficiencia
los más sublimes retornos. 40

Guatemala afortunada
le goza Príncipe heroico;
y el humilde y desvalido
Padre en repetidos logros.

Mucho ciñera sus rayos 45
en hemisferio tan corto,
adelantó su carrera
de Arequipa al alto solio.

Benefició muchos días
sus dilatados contornos; 50
¡oh qué envidias de sus glorias
tuvieron climas remotos!

Este Obispado lo diga,
que con crecidos ahogos,
temió cariños de aquél 55
no le tuviesen gustoso.

-221-

Con que repetidas ansias
batalló con los estorbos;
que es dogal la detención
al que espera ser dichoso. 60

Casi en dos años de ausencia
vacilara aun un escollo;
nuestro amor solo ha podido
ser Atlante de sí propio.

No desesperen deseos, 65
que un bien grande es muy costoso,
y, si lo dilata el tiempo,
el tiempo también da el colmo.

Nuestras dichas hoy lo digan,
publíquelos nuestra gozo, 70
que, si al sol lloró en ausencia,
a su luz ríe gustoso.

Ya le tiene nuestro Quito,
y aquestos montes famosos,
cuyas plantas hoy coronan 75
sus más erguidos escollos.

Bien puede de su virtud
temer el escandaloso;
que es muy cobarde el delito
de una piedad a los ojos. 80

Ya en su redil los corderos
abriga en vivientes copos;
¡qué de nieve a su pureza
debemos sus hijos todos!

Lo entendido en su enseñanza 85

conseguiste, Clero docto,
que aumentos goza el saber
a rayos de tal Apolo.

Esta extendida Provincia,
que en sus esforzadas hombros 90
-222-
tanta Nobleza sustenta,
tanto timbre generoso,

logra en ti, corona ilustre,
¡oh Agustín, eco de esotro!
(del África fue aquél gloria, 95
tú de Quito el mayor colmo).

Ya la tiara a tus sienes
se te debe con decoro:
si la ciñen tres coronas,
tres te coronan en torno. 100

Albricias pido, Señores,
de otro sol, con que dichosos
hoy con duplicadas luces
arden más nuestros contornos.

Mas ¿qué mucho si Arriola 105
nos ilustra generoso?,
que príncipes luminares
lucen más uno con otro.

Dos montes son el blasón
de nuestro Quito lustroso, 110
y si duplican sus cumbres,
es porque sirvan de polos;

donde el cielo del gobierno
a un arbitrio gira solo,
que un Laso a dos voluntades 115
pudo estrechar amoroso.

Las dos balanzas de Astrea
de Arriola sustenta heroico

el brazo, porque se admire,
que es justiciero y es docto. 120

Porque si carga en la una
de la espada el justo pomo,
en esotra de las ciencias
el volumen judicioso.

-223-

La sabia Jurisprudencia, 125
aunque goza en él su colmo,
de las demás lo más alto
alcanzó su ingenio pronto.

Mas ¿qué altiva ambición el pecho altera?
pues príncipes tan altos a mi acento 130
reduzco incauto, que su corta esfera
aun lo menos no alcanza a este argumento.
Solo diré de un pecho, que se esmera
por serviros en noble rendimiento,
Zúñiga y Mera es nombre y ascendencia: 135
colegid ya de aquesto su eminencia.

Un coloquio os ofrece su cuidado,
que es de su amor esmero generoso,
su asistencia es quien digno le ha ilustrado,
es su ingenio quien te ha hecho más lustroso. 140
De ti solo, oh gran príncipe, el agrado,
si te sirve pretende cuidadoso,
y del discreto un Víctor repetido,
no del labio, mas sea del oído.

Al señor don Alfonso de la Peña Montenegro, obispo de Quito, al
recibimiento que le hizo el Colegio de Colegiales de San Luis, entre los
más personajes del Coloquio del Valiente Cananeo.

[Loa]

CANANEO

Gloriosa ambición me alienta,
a dichoso riesgo anhelo,
¡oh gran Señor

REY

por lo ilustre,

AQUINAS

por lo docto, 5

NICENO

por lo entero

SACERDOTE

En cuyos hombros Alcides,
en cuyo desvelo eterno
el Atlante de dos mundos

MUNDO

fía dichoso este imperio. 10

REY

A elevada cumbre aspiro;
grande asunto es el que emprendo,
sabio Patrón,

AQUINAS

Pastor sacro,

NICENO

y vigilante Maestro, 15

SACERDOTE

cuyo silbo,

MUNDO

cuyo amparo,

CANANEO

cuya enseñanza es a esmeros.

REY

A luciente cielo erijo,
todo arriscado hoy el vuelo. 20

AQUINAS

Noble Ciudad y Cabildos,

NICENO

bien advertidos y cuerdos,

SACERDOTE

águilas que os remontáis

MUNDO

a plumas de tanto ingenio,

-226-

CANANEO

a mucho ardor hoy las alas 25
y también la vista atrevo
mas tan benigno en tus rayos,
que icáreos no temo riesgos.

A la aurora de tu vida,
Ilustrísimo Maestro, 30
por lo ardiente de tus luces,
sol al cenit te atendieron.

Que lo que al saber en otros
fuera sólo albor primero,
de preceptos a enseñanzas 35
dejaste atrás mucho a Febo.

Pues Salamanca dichosa
te escuchó en los años tiernos
en argumentos sutiles
un Aristóteles nuevo. 40

En el abril de tus años,
de la edad florido tiempo,
lo que en muchos fueran flores,
fueron en ti frutos bellos.

REY

Si oráculo te atendió 45
la Dialéctica aun mancebo,
la Teología sagrada
también te debió preceptos.

¿Qué cátedra por sutil
no solicitó tu ingenio? 50
mas ¿qué mucho, si a sus luces
debió lustrosos aciertos?

En la judiciosa arena
ya combatiente te vieron
tan seguro a la victoria, 55
como sin temor al riesgo.

Cinco veces tu valor
te halló tan brioso al duelo;

-227-

que si admitió competencia,
fue por despreciarla al premio. 60

AQUINAS

En todas partes lucido
fue siempre tu magisterio;
mas de Santiago en la esfera
multiplicó lucimientos:
tan crecidos que rayaron, 65
hasta el indiano hemisferio,
y no cabiendo en un mundo,
buscaron aqueste nuevo.

El relámpago sin duda
fuiste de Jacobo al trueno, 70
alumbrando por los orbes
de tu virtud los reflejos.

NICENO

Diré también que eres la hacha
en el blandón de su templo;
que por eminente pudo 75
descollarte a lo más lejos.

Pero mejor, si ciudad
puesta en ese Montenegro,
sin que se encubra a los ojos
de este clima más extremo. 80

SACERDOTE

A un tiempo México y Quito,
de sus dichas satisfechos,
solicitaron tu abrigo,
como pastor, como dueño.

MUNDO

Y aunque aquel Arzobispado 85
te consultaron primero,
la felicidad de aquéste

te gozó al primer estreno.

Madrugó a su ser ilustre
aquel esplendor primero; 90
y aunque al cuarto día el sol,
solo éste preside al cielo.

-228-

Que en el tablero del mundo
no siempre asegura el juego
el que empezó por la mano, 95
todo es dicha de un acierto.

¿Quién dijera que Farés,
aun en su albergue materno,
ganara a Farán por mano
al primer lance del juego? 100

¿Quién mejorara a Efraín
en bendición, en el cetro,
posponiendo a Manasés,
siendo al nacer el postrero?

Regia influencia fue suya 105
de sus astros al aspecto;
prefiera a México Quito,
pues tus astros le asistieron.

CANANEO

Dichosa ciudad, pues gozas
en este claro hemisferio 110
un sol, que por darse más
se parte en cinco luceros.

Ese cuartel de sus armas
sea claro desempeño,
a cuya luz repetida; 115
¡qué de misterios contemplo!

REY

De ese peñón eminente
descuella un álamo al viento,
atalaya a la campaña
robusta injuria del cierzo: 120

AQUINAS

Centinela vigilante

serás a todo el infierno,
sin que su enemiga hueste
de tu Esposa asalte el sueño.
Fundada sobre esa peña, 125
si su eminencia hasta el cielo
-229-
avecindas, la aseguras
su firmeza en el cimiento.

NICENO

Y de la vid de tu Esposa
álamos serás al peso, 130
que ella te lo pague en frutos,
y en lazos te estreche tiernos.

SACERDOTE

A dos lobos de una banda
asidas las bocas veo,
porque, pastor advertido, 135
las cierras contra el cordero.

MUNDO

Una corona los ojos
me arrebató tan suspensos,
que una letra a quien adorna,
dice que toda es misterios. 140
A sacramentos que oculta,
violarle el sagrado sello,
oprimirse es de su gloria,
y acierto es sólo el silencio.
Pero a todas luces claro 145
se ve por lo Montenegro,
que majestad a tu sangre
tus ascendientes la dieron.

CANANEO

Celebra ya, pues, tu dicha
noble ciudad, a despecho 150

del infierno, cuando gozas
Pastor sabio, ilustre, entero.

Y en alborozos crecidos,
Señor, los de este Colegio
una seña de su gozo 155
sólo dan y de su afecto.

REY

En panegíricos graves,
en ingeniosos conceptos,
quisieran manifestar
lo mucho que oculta el pecho. 160
-230-

Todo fuera corto elogio
de tus lucidos talentos,
y más fácil de esa esfera
numerar los astros bellos.

Tu gracia sólo pretenden, 165
y amparo, que en todo tiempo,
a sus Pastores y Padres
agradecidos debieron.

AQUINAS

Este vergel de San Luis,
aqueste plantel ameno, 170
cuyas regias lises todas
siempre hermosas florecieron:
porque su verdor gallardo
se conserve siempre fresco,
de la ciencia los cristales 175
dispense tu Peña al riego.

NICENO

Las flores de humanas letras
se pulirán tan a esmeros,
que afrentada Flora esconda
las que cultiva en sus huertos. 180

Desde hoy las sagradas plantas
a las aguas de tu ingenio
delicados frutos lleven,
no para gustos groseros.

SACERDOTE

De sabios es fomentar 185
las ciencias a todo arresto;
que sabe sólo estimarlas,
como conoce su precio,
 en que deslucen a los doctos
es el ignorante, el necio, 190
porque a sus luces mejor
se registran sus defectos.

MUNDO

Por Colegial, y Estudiante,
que le honres pide el Colegio;
-231-
que ser de una profesión 195
obliga a todos empeños.

CANANEO

Recibe, príncipe ilustre
aqueste corto festejo,
que como de letras es,
será conforme a tu genio. 200
 Es del Coloquio el asunto
el valiente Cananeo;
que aquesta epígrafe cifra
de San Cristóbal los hechos.

REY

Triunfos son de la virtud, 205
del idólatra trofeos,
cuantas hazañas discanta
el dulce, el sonoro metro.
 Silencio no pido al docto,
al entendido, al discreto; 210
que barajar los sentidos
no dicen, no, con su ingenio.
 Perdón a los cortesanos

tampoco pido de yerros,
porque es blasón de su sangre 215
disimular desaciertos.

Con el ignorante no hablo,
menos hablo con el necio;
que rendirse nunca saben
a la cortesía, al ruego. 220
Un v́ctor que deis os pido,

NICENO

un v́ctor cortés os ruego,

SACERDOTE

a las dichas,

MUNDO

a las glorias,

CANANEO

al gozo de este Colegio. 225

REY

Pues su Patrón,

AQUINAS

su Mecenaz,

-232-

NICENO

su ilustre Pastor,

SACERDOTE

su Maestro,

MUNDO

su Apolo, 230

CANANEO

su claro norte,

REY

su honor,

AQUINAS

su radiante Febo,

NICENO

le ennoblece con su amparo,

SACERDOTE

le procura sus aciertos, 235

MUNDO

le apacienta en su doctrina,

CANANEO

le disciplina sus yerros,

REY

le corona con sus dichas,

AQUINAS

le enseña con sus ejemplos,

NICENO

le da rumbo en las borrascas, 240

SACERDOTE

y rayos le da en sus riesgos;

MUNDO

con que queda ennoblecido,
a tus pies todo el Colegio.

-233-

(Al decir este último verso tocarán instrumentos músicos en el vestuario, y se cantará el Romance que va al fin de ésta, y proseguirá diciendo el MUNDO.)

[MUNDO]

Mas ¿qué melodía suave
nos interrumpe el acento? 245
Bien acordada armonía,
porque sea dulce el dejo.
En suaves, pues, consonancias
resuene el sonoro plectro,
y a nuestras voces sucedan 250
sus repetidos gorjeos.

-[234]- -235-
Al mismo intento de la loa

Romance

Por un alto monte baja
un arroyo cristalino,
de claro y noble linage,
por ser de una Peña hijo.

Con sus crecidos raudales 5
fecunda valles vecinos,
a su caudal poca tierra,
y a sus aguas corto sitio.

Discorre espaciosos campos,
y llegando a los de Quito, 10
de su riego acariciados
en frutos pagan opimos.

La noble planta ya viste
verdor nuevo y nuevo aliño,
hoy renovando la gala, 15
que le ajó al vicioso estío.

El árbol seco del pobre
a su cristal siempre pío,
burlará con hojas nuevas
las inclemencias del frío. 20

La rosa siempre doncella
por lo intacto, por lo lindo,
-236-
se hermoseará con sus perlas
de virtudes y de avisos.

Este clavel de San Luis 25
de púrpura ennoblecido,
las fragancias del saber
logrará con su rocío.

¡Oh qué galas que visten
campos de Quito, 30
y a su riego el Colegio
qué de jacintos!

-237-

El día que recibió el grado de maestro el muy reverendo padre fray Basilio de Ribera, prior actual, de mano del muy reverendo padre maestro fray Francisco de Chaves y de la Fuente, provincial también de la Orden del Gran Doctor de la iglesia San Agustín, en la provincia de San Fulgencio de Quito: alúdense a lo ilustre de sus renombres.

[Romance]

Si es Augustino eminente
monte, en cuya cumbre apoya,
mejor que en Atlante el cielo,
su esfera la Iglesia toda,

ya no admiro se desate 5
de su altura, sonora
fuente, que en raudal crecido,
de Fuentes renombre logra.

Tan festiva se despeña,
que el risco que más la estorba, 10
obligado de su halago,
su altivez le rinde pronta.

Y si explaya sus corrientes,
de oro las arenas corta;
que pues le impele el amor 15
piedras de rigor no ronda.

Las vegas que ha fecundado
lo digan a espigas rojas,
que en aumentos de sus dichas
feliz les cogió la poda. 20

-238-

Y si valles retirados,
y incultos campos hoy gozan
de su suelo en lo fecundo
frutos con que se coronan,

con más crecidas usuras 25
su Rivera (¿quién lo ignora?)
admirará su riqueza,
y blasonará su pompa.

Si la Ribera al arroyo
como en límite aprisiona, 30
¿ceñir tan gran Fuente pudo
Ribera tan espaciosa?

Si al margen toca el arroyo
rinde el rigor, que le azora,
no de otra suerte esta Fuente 35
con tal Ribera se porta.

En ella no encuentra altivo,
risco o roca que se oponga;
que más presume subir
por humilde que orgullosa. 40

Y si miro a sus orillas,
no ya de guijas se enlosan:
las piedras de más valor
son las piedras que la adornan.

De amor el rubí encendido 45

luce en su llama amorosa;
que por ser padre a sus hijos
goza calidad tan propia.

El diamante en la constancia
le acompaña tan briosa, 50
que mal pudiera regir,
quien por cobarde se apoca.

La esmeralda en esperanzas
su Ribera también borda;
-239-
que si desespera el premio, 55
¿qué súbdito no se acorta?

También brilla el amatiste,
que es del gozo precursora;
que si no se alivian penas,
¿qué obediencia no es penosa? 60

Si al margen con tal riqueza
crecidos lustres le abonan,
no menos fecunda alegre
su Fuente mejores pompas.

Pues si mura sus corrientes 65
del clavel y de sus hojas,
labios son con quien publica
de quién sus fomentos goza.

Que como nace de amor,
se declara en señas rojas: 70
que un noble agradecimiento
luego le sale a la boca.

Y entre las flores que estudia
dar vida en sus aguas propias,
dos son, que por más gallardas 75
su Ribera la coronan.

Por ser cabeza fomenta
la púrpura de la rosa,

que espinas de sus cuidados,
como le guardan, le honoran. 80

Y la cándida azucena
del magisterio, que agora
han de recibir tus sienas,
también vivifica pronta.

Todo se debe a sus letras: 85
deuda es, que por justa cobran
sus méritos tan crecidos,
y sus partes generosas.

-240-

Si de un Basilio reparo
lo eminente que le colma, 90
en este segundo el lleno
también el saber hoy goza.

Si lo sutil de Agustino
admiro en su mucha copia,
estos lustres veo de otro 95
en sus venas abundosas.

Y si las flores festejan
al arroyo que las ronda,
ilustrando a la Ribera
en varios lazos que brotan, 100

sus hijos hoy flores bellas
de esta Ribera espaciosa,
de Apolo al céfiro dulce
se compiten generosas.

Declarando en la armonía 105
de una comedia famosa
gozos en que late el pecho,
gozos que al labio rebozan.

Por el mal me vino el bien,
es la comedia, ¡qué propia! 110
que si las penas son males,

¿qué bienes de ellos no brotan?

Dígalo nuestra cabeza,
que hoy se ciñe de la borla,
que si subió a tal altura, 115
fue en hombros de penas propias.

Pues divertiros pretende
hoy nuestra lengua, aunque corta,
en moneda de silencio
pagad esta oferta honrosa. 120

-241-

A un salto por donde se despeña el arroyo de Chillo, en metáfora de un toro⁴⁵.

Romance

De una elevada montaña
un arroyo baja altivo,
que agitado de sus ondas
es un toro cristalino.

Al coso llega de un valle, 5
donde en sonoros silbos
le azora el favonio alegre
entre las hojas de alisos.

Furioso cava el arena,
y envuelta en blanco rocío, 10
al viento la esparce en nube,
por segar al viento mismo.

Festivo el vulgo de plantas
a trechos bien repartido,
si provoca su furor, 15
no menos burla sus bríos.

Armado todo de púas
se le atreve un verde espino,
-242-
y al herirle con sus puntas,
el valle llena a bramidos. 20

Un alto sauce le llama
de un ramo a los breves giros,
y al embestirle furioso,
hurta la rama advertido.

Murado de sus puñales 25
le azora un gallardo lirio,
y cuando piensa le hiere,
por mil partes sale herido.

Hasta de menudas guijas,
así se mira oprimido, 30
que tropezando con ellas
todo el campo mide a brincos.

Mas de un peñón eminente
le aguarda un hermoso mirto,
que por ser galán del bosque 35
caballo le sirve el risco.

Con el rejón de un cogollo
su cerviz hiere atrevido,
y reventando cristales
salpica el margen vecino, 40

donde los claveles rojos
logran sus colores finos,
y aun salpicada la rosa
a trechos mira el vestido.

Los árboles que enrejados 45
son barreras de este sitio,
al azotarle sus ramos
espuma labran sus vidrios.

Esgrime su media luna

contra un escollo, que quiso 50
-243-
dar escarmiento a arroyuelos,
que se envanecen altivos.

Pues a embestirle furioso,
así deshace sus bríos,
que esparcido todo en perlas, 55
cada perla es un aviso.

Apéndice. Jacinto de Evia

[Estudio]

Restituida al padre Antonio Bastidas la primacía cronológica en la poesía ecuatoriana, es justo conservar el recuerdo del que lo salvó del olvido publicando sus obras, en noble afán de personal gratitud al que fue su maestro e iniciador en los campos floridos de la poesía.

Como consta de la segunda carta del padre Bastidas al padre Bermudo, Evia es «el discípulo y amigo por cuyo cuidado se imprimen estos dos libros» (el Ramillete y la Inectiva), y el que facilitó su publicación prestando su nombre; y ya que es indiscutible la importancia del volumen publicado en Madrid en 1675, como muestra primeriza fehaciente del despertar de la poesía en nuestra vida nacional, bien merece que se ponga un poco más de afán del puesto hasta ahora en dilucidar la personalidad de este enigmático maestro Jacinto de Evia.

Dato cierto no se había tenido ninguno acerca de él, fuera del que consta en la portada del Ramillete, a saber que era «natural de la Ciudad de Guayaquil», o, como puntualiza la Licencia del Consejo, «vecino y natural de ella». Pero en junio de 1947 descubrió el hilo de su ascendencia el insigne genealogista don Pedro Robles y Chambers, quien tuvo la fineza de comunicarme su hallazgo en carta de 17 del mismo mes y año. «Se trata -dice- de la Imposición de una Capellanía de misas perpetuas, que fundó don Blas de Vera con fecha 26 de octubre de 1662, y que dice así: "En la ciudad de Guayaquil, en veinte y seis días del mes de octubre de mil y seiscientos y sesenta y dos años, ante mí el Escribano y testigos pareció Blas de Vera, vecino de esta ciudad, a quien doy fe conozco, y otorgó que el susodicho instituye y funda -250- una capellanía de misas perpetuas por su alma y la de Bernarda de Bohórquez, su mujer ya difunta, y por sus ascendientes y descendientes, de dos mil pesos de principal, que vale la huerta de cacao que tiene en el Valle de Baba, que tiene 8000 árboles de cacao llamada El Rosario, y nombra por primer patrón de ella al Maestro Jacinto de Evia, mi nieto". - Ante el Escribano Lorenzo de Bances León». Este abuelo del maestro Jacinto de Evia aparece en la documentación de la

época como don Blas González de Vera y Gutiérrez, vecino feudatario de Guayaquil, dueño de la estancia «Toma Bellaco», casado con doña Bernarda de Bohórquez, de igual naturaleza. Entre otros hijos tuvieron a doña Catalina González de Vera y Bohórquez, casada con don Toribio de Evia. Éstos son los padres del maestro Jacinto de Evia y de Vera⁴⁶. Otro hijo de don Blas, tío carnal del maestro Jacinto, fue don Francisco González de Vera y Bohórquez, quien, casado con doña Ana de Tovar y Balpuesta, tuvo muchos hijos, entre ellos doña Jacinta de Vera y Tobar, mujer de don Juan Navarro Navarrete, antepasados directos del presidente don Gabriel García Moreno.

Jacinto de Evia, no es, pues, un personaje imaginario, ni un mero nombre, sino un guayaquileño del siglo XVII históricamente identificado, si bien lo que se sabe de él con certeza apenas pasa de esta identificación. Lo que se ha añadido para abultar la figura, forma un conjunto abigarrado de suposiciones, muchas de las cuales han resultado claras falsedades. Por ejemplo el Diccionario biográfico del Ecuador de Pérez Marchant, Quito, 1928, describe a Evia: «Sacerdote, nacido en Guayaquil en 1650. Se educó -251- en el Colegio de los Jesuitas de Quito, teniendo por profesor de retórica y poética al celebrado Padre Bastidas. Ingresó a la Compañía de Jesús y dirigióse a España, donde residió algún tiempo. Dedicado desde muy joven al cultivo de las letras, fue el primero que se consagró a la poesía en tierra ecuatoriana... La primera obra que compuso vio la luz en Madrid en 1675... El Padre Evia falleció a principios del siglo XVIII»⁴⁷.

Fantasma la fecha de nacimiento de 1650. Fantasma lo de la entrada en la Compañía de Jesús. Fantasma lo del viaje a España. Inexacto que fuese el primero en consagrarse a la poesía. Ambiguo lo de «primera obra», pues fue primera y única. Por fin, mera suposición la fecha aproximada de fallecimiento, pues lo mismo puede ser fines del XVII que principios del XVIII.

El Diccionario biográfico americano de José Domingo Cortés, París, 1876, prudentemente elude toda fecha y toda especificación⁴⁸.

El de Gustavo Arboleda, Quito, 1910, da otra fecha de nacimiento que se acerca más a lo verosímil, pero que es también arbitraria: «Hacia 1629»⁴⁹. A esta fecha de 1629 se atienen el padre Luis Gallo Almeida en *Literatos ecuatorianos*, Quito, 1921⁵⁰, y Alfonso Cordera Palacios en su *Historia de la literatura*, Cuenca, 1922⁵¹.

El padre Francisco Vásconez adelanta la fecha en su *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, 1919⁵², y da: 1620. La misma admite, como prudente conjetura, la *Bibliografía ecuatoriana* de Nicolás Espinosa -252- Cordero, Cuenca, 1924: «comienzos del siglo XVII. (1620, más o menos)»⁵³; y eliminando la conjetura, la misma estampan Augusto Arias en la 1.^a edición del *Panorama de la literatura ecuatoriana*, Quito, 1936⁵⁴, y Luis Alberto Sánchez, quien se contenta con copiar a Arias en su *Historia de la literatura americana*, Santiago de Chile, 1940⁵⁵.

Ni 1620, ni 1629, ni menos 1650. ¿Por qué empeñarse en afirmar cuando no se sabe?

Don Vicente Emilio Molestina en su *Colección de antigüedades literarias* publicada en Lima en 1868, juzga a Evia un «completo culterano, cuyo modo de decir, confuso y embrollado, no conoció freno alguno»; al incluir en su antología dos composiciones de él, dice que no ha pretendido otra cosa que

rendir un homenaje de simpatía al que, bien o mal, en la oscura noche de la Colonia, y antes de los demás poetas, quemó un grano de incienso en el altar de las musas. Y concluye: «Evia se hizo jesuita más tarde, y su sepulcro es ignorado»⁵⁶.

Francisco Campos en su Galería biográfica, Guayaquil, 1885, se apoya en Molestina y concluye como él: «Evia entró en la Compañía de Jesús, y murió a fines del siglo XVII. Ignórase el lugar de su fallecimiento, y su tumba permanece ignorada»⁵⁷.

La especie de que Evia fue jesuita, estampada por vez primera, según parece, por Molestina, hizo fortuna. La repiten, además de Campos, Manuel Gallego Naranjos en su Parnaso ecuatoriano, de 1879, la Academia Ecuatoriana de la Lengua en su Antología de 1892, Camilo Destruge en el Tomo I del Álbum ecuatoriano -253- de 1903, Gustavo Arboleda en el Diccionario biográfico de 1910.

No hay el menor fundamento para esta afirmación, pues no figura Evia en ningún documento de la orden, ni en el Libro del Noviciado de 1638 en adelante, ni en ninguno de los catálogos que cada seis años se mandaban a Roma. El archivero padre José Jouanen, que me daba estos datos negativos a 5 de marzo de 1940, añade en confirmación de la total improbabilidad del hecho: «Es muy dudoso que los Superiores de entonces hubiesen mandado imprimir en Madrid sus poesías, cosa entonces tan costosa y molesta por las censuras y licencias». Efectivamente hemos visto tras cuántas dificultades salió al fin a luz el Ramillete.

Pero la refutación decisiva está en el dato descubierto por el señor Robles y Chambers. Si Evia hubiese sido jesuita, nunca hubiera podido ser nombrado patrón de la Capellanía fundada por su abuelo don Blas de Vera en 1662.

De aquí en cambio se deduce con certeza que era sacerdote secular, único dato comprobado que, hasta hace poco, se podía añadir al de su origen guayaquileño y al de sus estudios hechos en un Colegio de la Compañía de Jesús. Éste fue con toda certeza el de Quito, ya que consta del Libro de Oro de la Universidad de San Gregorio (en el folio 45 verso) que se doctoró en Artes el 20 de mayo de 1657, entre otros 43 graduados aquel año.

Lo que escribe Gustavo Otero Muñoz en un artículo sobre Domínguez Camargo, especial para El Tiempo de Bogotá (1937), que «concluidos los estudios de Humanidades fue a parar Camargo a Guayaquil, en donde en asocio con su maestro el Padre Antonio Bastidas y de su discípulo el Padre Jacinto Evia, Jesuitas los dos (!) crearon una academia poética, en la cual se hicieron elogios fúnebres, sonetos, inscripciones y motes a la muerte de doña Isabel de -254- Borbón, a la del Príncipe Baltasar Carlos y a otras ocasiones y solemnidades», es todo ello alta fantasía... Y cuando se le ve al escritor proseguir imperturbable su cuadro imaginativo: «Llamose "Academia de la Rosa", y a ella pertenecieron otros muchos poetas que se reunían para cantar a la reina de las flores. Evia fue el alma de esta justa literaria, y adoptó el nombre de Celio, a la usanza de la moda napolitana», sólo cabe exclamar: ¡Así se escribe la historia!⁵⁸

La historia verdadera ha sido esquiva con Evia. No nos ha conservado sino su nombre y su libro, y los cuatro datos fundamentales apuntados: que fue guayaquileño, que fue discípulo de la Compañía de Jesús, que fue sacerdote

y que se doctoró en la Universidad de San Gregorio. Añadamos un quinto punto, también fundamental: que fue poeta, que al menos tuvo ilusión y fervor de serlo⁵⁹.

El hecho de que el Ramillete de flores varias apareciese a nombre suyo, y de que los dos coautores que en él figuran hayan sido presentados como extranjeros, ha dado en las historias de la literatura ecuatoriana una importancia un tanto desmesurada al maestro Jacinto de Evia. Pero aun reducida su figura a las debidas proporciones, quedará intacta y aun acrecida la simpatía que inspire el que fue conducto -255- e instrumento para que no se perdiesen los ambiciosos destellos que daba ya la poesía en nuestra patria a mediados del siglo XVII.

Duro ha sido Menéndez y Pelayo con Evia. Además de envolverle en la condenación general del Ramillete, al que califica de «monumento de hinchazón y pedantería»⁶⁰, en el que «apenas hay una composición que no sea un puro disparate»⁶¹, juzga que «de los tres poetas quizás Evia sea el de menores vuelos» y que Bastidas «merecía tener discípulos más aprovechados que él»⁶². Razón tiene, por cierto, en afirmar que «nada hay en él que compita con algunos rasgos de los romances de Domínguez Camargo»⁶³; pero muy discutible es que no iguale, por lo menos, a Bastidas. Tomándolos a los dos poetas en conjunto, hasta parece que hay en Evia una vena más fresca, más jugosa, más prometedora.

Es menos rebuscado; el verso le sale más limpio, más corrido, más claro; no se hallan en él estrofas ininteligibles como las hay, por desgracia, no pocas en su maestro.

No es posible saber si las producciones posteriores de su musa, cumplieron las halagüeñas promesas de estos principios, pero, en todo caso, sería positiva injusticia no darle un puesto honroso entre los primeros cultores convencidos y fervorosos del divino arte, que iniciaron la gloriosa trayectoria de la poesía en nuestra Patria.

-[256]- -257-

Selecciones

-[258]- -259-

Al doctor don Cristóbal de Arvildo, el día que predicó en el convento de Santa Catalina, descubierto el Santísimo.

Romance

Si esta ciudad de tu ingenio,
oh Arvildo, luces gozó,
el cielo de Catalina
goza hoy también tu esplendor.

Y porque explayas tus rayos, 5
a vista del mismo sol,
entre accidentes los suyos
benigno Cristo ocultó.

Si Juan del Cordero sacro
fue la voz que le anunció, 10
hoy de un Juan y este Cordero
feliz anuncio es tu voz.

Con que al mismo tiempo logras,
no sólo del Verbo Dios,
pero de la voz también 15
ser eco y aspiración.

Si el vergel de Catarina
se esmalta de tanta flor,
el Favonio de tu aliento
fragancias hoy respiró, 20

siendo tu elevado ingenio
la abeja, que en su candor
-260-
néctar estudia sagrado,
por paladearnos mejor.

El paladar delicado 25
es el convidado hoy,
que como es manjar de sabios,
es muy sutil su sabor.

-261-

A un puquio o manantial, que se halla en el valle de Lloa, a las raíces
del monte de Pichincha.

Romance

A la raíz de un monte excelso

un humilde valle alberga
cristal mucho en breve espacio,
hijo altivo de una peña.

De tan soberbio presume 5
que desconoce la tierra,
y en los saltos repetidos
esfera en el aire anhela.

¡Oh qué ufano se halla el prado
del cristal con la soberbia!, 10
pues de un ojo de sus aguas
por Polifemo se ostenta.

Y al Polifemo del cielo,
que de luces se alimenta,
le arrojaba las de nieve, 15
por batirle aun en su esfera.

Cielo se halla del bosque,
y tan dueño de las selvas,
que el registro de su vista,
la más oculta penetra. 20

Tan bella copa al subir
hace el puquio, que creyera
-262-
que hay árboles de diamantes,
como de esmeraldas tiernas.

En dos ramos se dilata 25
el tronco, que la sustenta,
y en sus repetidas flores
al Abril y Mayo albergan.

Tan esmaltados se miran
de su florida belleza, 30
que entre el verde de sus hojas,
sólo lo vario se apuesta.

Munición de argentería
contra las plantas asesta,

porque pretende de Flora 35
ser martinetes de perlas.

Y aun la mano de marfil,
como anillo se la arrea,
siendo engaste la esmeralda,
y él el diamante a quien cerca. 40

También recama el vestido
con la plata de sus venas,
aprisionando en mil lagos
matices que la hermocean.

Dos cintas de resplandor 45
en dos corrientes despeña,
para que en cárcel de vidrio
sus vistosas hebras prenda.

Aqueste cristal un valle
juzgo que avaro le niega, 50
porque, a conocerle Apolo,
mucho Hipocrene perdiera.

Y en los dos montes de Quito
su Parnaso repitiera,
en cuya cumbre sus cisnes 55
dulcemente se aplaudieran.

-263-

De aqueste pecho de plata
suave néctar recogieran
las Musas, y en él lograrán
sus alumnos las cadencias. 60

Divulgue, pues, ya la fama
sus corrientes, que a su empresa
anhelaran mil Virgilibios,
mil Orfeos, mil sirenas.

-[264]- -265-

A dos arroyos que nacen de una peña, y a otro que se destila de otra en
forma de lluvia.

Romance

Mucho cristal en su seno
concibe una adusta peña,
y ya dolores de parto
en quejidos roncós muestra.

Todas las Ninfas del bosque 5
que le asisten en su pena,
le anuncian que dos arroyos
en cruel batalla le aquejan.

Por gozar el mayorazgo
sin duda de aquella selva, 10
que la ambición, aun en riscos
no falta quien los fomenta.

Su pecho en dos partes rompen,
nadie cede en la contienda,
y escamados vivoreznos 15
materno fuero atropellan.

Y por verse ricos de aguas
más altivos se despeñan;
a que impele el precipicio
cuanto es mayor la riqueza. 20

Un río que, caudaloso,
aqueste orgullo contempla,
-266-
breve muerte entre sus aguas
a su soberbia apareja.

Hallando en su propia infancia 25
su cuna tumba funesta;
¡oh qué de altos pensamientos
su fin al principio encuentran!

Una peña, que cercana
miraba aquesta tragedia, 30
trasuda en menudas gotas,
tanto este susto la aqueja.

Lágrimas serán sin duda,
con que su malogro endecha;
que llanto aun de un pedernal 35
saca la desdicha ajena.

Y si es que hay terrena nube,
advertido yo dijera,
que no el cielo ya en las plantas,
mas el suelo llueve en ellas. 40

Y aun hay quien diga que es nácar,
en las que conciben perlas,
y en ricas sartas el bosque
ciñe su madeja crespa.

Aprisionando plumajes, 45
que de esmeralda la arrear;
que aun lo insensible las galas
vanamente hoy aprecia.

El dueño de aqueste sitio,
Flora diré, ya más bella 50
que esotra, más casta Venus
que la que Chipre celebra,

de este llanto compasiva
ataja en curiosa senda
aquel cristal malogrado, 55
que antes vano se despeña.

-267-

Con que apacible en sus ondas
más advertido pasea
por celosías de flores,
por enrejados de hiervas, 60

fabricando en breve espacio
a esta Flora y Venus nueva,
de oloroso jaspe casa,
en que siempre el Mayo alberga,

donde su consorte amado, 65
donde sus dos hijas bellas
logran en lazo amoroso
dichas que el cielo las feria.

-[268]- -269-

A la profesión de doña Sebastiana de San Buenaventura.

Jácara

En nombre de Dios comienzo,
que es el Cristus de mi lengua:
sin el Jesús, mi cartilla
nunca supe meter letra.

Nací en el signo de Virgo, 5
y estoy con él tan contenta,
que no quiero más sagrado,
ni busco mejor estrella.

Diome luceros y abriles,
nieve, corales y perlas 10
la naturaleza, y dío
en darme en cara con ellas.

Mi inclinación y mi nombre
callo, porque no se sepa,
que por blanco de su amor 15
soy Sebastiana de Flechas.

Comuniquele mi intento
a cierta Madre Abadesa,
y ella por darme sagrado
un año in albis me deja. 20

He pasado un noviciado,
y ya no tengo paciencia,
que me hace votar a Dios
y a cuatro votos me arrestan.

-270-

Voto, ninguno me ataje, 25
porque voto a la obediencia,
a la pobreza y clausura,
y a la celestial pureza.

Para no quedarme en blanco
se me ha puesto en la cabeza 30
el velillo; no hay que andar,
no lo dejaré aunque muera.

Esto sí, Cuerpo de Cristo,
aunque he votado pobreza,
crédito no ha de faltar, 35
teniendo esta capa negra.

Ya soy San Buenaventura,
que no deja de ser buena
la ventura, por hacer
esta vez gala de negra. 40

Porque a sucederme en blanco,
fuera una novicia eterna
por lo negro soy tan grave,
como cualquiera profesas.

Ya tengo dote y Esposo, 45
¡oh qué dicha tan deshecha!
él precia de manirroto,
y esto es cuanto se desea.

Con Jesucristo me quedo,
vaya el mundo en hora buena, 50
o se vaya en hora mala,
que yo quedo muy contenta.

-271-

Al mismo intento que al pasado

Romance

Oigan, señores curiosos,
los que a mi velo han venido,
que una Gitanilla sabia
mi buena ventura ha dicho.

Dice que he de ser casada 5
y monja, a ese tiempo mismo;
este imposible ajustar
sólo podrá Jesucristo.

Aunque tan niña me acusan,
y aunque el Esposo es tan fino, 10
quiere me cueste la vida
su vista y primer cariño.

Y siendo aquesto verdad,
en otra raya que ha visto,
me anuncia una vida eterna, 15
porque es mi Esposo infinito.

Cuanto es mayor mi pobreza,
me pretende más rendido;
sin dote Esposo que casa,
mucho tiene de divino: 20

Tanto atiende a los regalos
de la esposa, que ha querido
que adivine el pensamiento,
por excusarla el aviso.

-272-

Por Sebastiana me anuncia, 25
seré blanco de sus tiros;

dichoso sea mi pecho
si me flecha tal Cupido.

Con velo cubre mis ojos,
sospechas habrá tenido; 30
pero no, que darles velo
es tratarlos por divinos

Y pues es tal mi ventura
con un Esposo tan rico,
de Buenaventura el nombre 35
ajustado me ha venido.

-273-

Con el nacimiento de Cristo se vio a la media noche otro firmamento con
nuevo sol, astros y planetas en el portal de Belén.

Soneto

Cuando la noche, más de horror vestida
y de escuadras de sombras más armada,
esgrimen éstas la triunfante espada
de los ojos y luz contra la vida;

y cuando más gozosa esta homicida, 5
de nuevos rayos viéndose asaltada,
se queja al sol, al sol toda turbada,
que envidioso, que infiel su curso impida;

mas reconoce ya, que un sol que llora
en luz la anega en su primera aurora; 10
y, transformado el suelo en firmamento,

cada lágrima es astro al lucimiento;
formando de María el pecho bello
la Vía Láctea en su mayor destello.

-[274]- -275-

Al intento del mismo nacimiento.

No me hieran tus flechas,
oh hermoso Niño,
porque es muy corta hazaña
para un rendido.

Glosa

A contemplar la hermosura
de ese rostro tan divino,
desarma el rigor amante
el corazón más esquivo:
por el arco de esa gruta 5
rayos y flechas admiro,
mas ¿qué mucho si las tira
el que es sol y el que es Cupido?
No me hieran tus flechas,
oh hermoso Niño, 10
porque es muy corta hazaña
para un rendido.

Ardor duplica al oriente
este sol recién nacido,
no es prodigio, pues su Madre 15
rayos le ministra activos:
¿a qué obstinación no postran
arpones tan bien unidos?

-276-

las manos pone MARÍA,
y JESÚS asesta el tiro: 20
No me hieran tus flechas,
oh hermoso Niño,
porque es muy corta hazaña
para un rendido.

No sólo rinden sus ojos 25
al que los mira lucidos;
pero también avasalla

al aire de sus suspiros:
arco le ministra el labio,
cuerdas nacaradas hilos, 30
que al dividirse en dos partes
hiere a un tiempo con dos tiros.
No me hieran tus flechas,
oh hermoso Niño,
porque es muy corta hazaña 35
para un rendido.

-277-

Dícese la buena ventura a Cristo.

Dame una limosnita,
Niño bendito,
dame las buenas Pascuas
en que has nacido:
Niño de rosas, 5
dale a la Gitanita
paga de glorias.

Si me das la mano,
Infante divino,
la buena ventura 10
verás que te digo.

Miro aquí la raya,
que muestra que aun niño
verterás tu sangre,
baño a mis delitos. 15

Serás de tres reyes
rey reconocido,
y a este mismo tiempo
de un rey perseguido.

En tu propia patria, 20
con ser el rey mismo,
vivirás humilde,
vivirás mendigo.

Dame una limosnita
Niño bendito, 25

-278-

dame las buenas Pascuas
en que has nacido.

Miro esotra raya,
que es de tu martirio,
morirás en Libra, 30
si naciste en Virgo.

Tendrás corta suerte
aun de los amigos,
pues de un paniaguado
te verás vendido. 35

A los treinta y tres,
¡oh con qué prodigios!
dejarás la vida,
de amores rendido.

Si el cruzado leño 40
fuere tu cuchillo,
cuchillo de palo
cortará tus bríos.

Dame una limosnita,
Niño bendito, 45
dame las buenas Pascuas
en que has nacido.

-279-

A la expectación del parto de la Virgen de la O.

Romance

Albricias pido a los cielos
porque ya el primer albor
en las ansias de una Virgen,
de Jesús produjo el Sol.

La antigua esperanza en ella 5
aún no perdió su verdor,
que es difícil arrancarse
lo que una vez se arraigó.

Con tener al Sol consigo,
aún espera al mismo Sol; 10
del esperar se socorre
por avivar más su amor.

Estratagema es del gusto
dar largas a su pasión,
porque, conseguido el bien, 15
mucho del gusto perdió.

Suspiros vierte a los aires
su abrasado corazón,
que al aire de sus suspiros
quiere acrecentar su ardor. 20

Enigma con una letra,
en un círculo cifró,
porque su vientre es la esfera
con que abrevió a todo el Sol.

-280-

Y si es esfera MARÍA, 25
será el centro el mismo Dios,
quietaranse ya sus ansias,
pues que tal centro adquirió.

-281-

A San Juan Bautista.

Romance

Contra la mayor cabeza
esgrime el acero un rey,

que es muy impaciente el mando
si compiten su altivez.

Ímpios impulsos le presta 5
una arrestada mujer:
ofendida se juzgaba,
¿qué no intentará cruel?

Del divino Juan el cuello
huella de una niña el pie; 10
estrella infeliz del justo,
que arma al odio aun la niñez.

Aja su casta azucena
el más impuro clavel;
de su candor irritado 15
mancha su nevada tez.

Celos le estimulan torpes
espurios hijos del bien,
que siempre la impura sangre
siguió atrevida, obró infiel. 20

-[282]- -283-
Al ilustre mártir San Lorenzo

Romance

¿Cómo es Laurencio oprimido
con el rigor del incendio?
Porque es oro que demuestra
en él quilates de precio.

Aun entre voraces llamas 5
vive gallardo su aliento,
que salamandra de amor
no le consume su fuego.

Si en rojas pavesas vuelve
leves plumas de su cuerpo; 10
flamante fénix se hereda
vida a dilatados tiempos.

Si no es que en la triste noche
para que destruya el hielo
de sus contrarios, se aplica 15
de las hogueras por leño.

O halagado de las llamas
del amor, se arroja al riesgo,
cual la mariposa, que halla
túmulo honroso en su fuego. 20

Y porque en humo suave
le goce aun el mismo cielo
se abrasa todo en su ardor
por escalarle más presto.

-284-

De su occidente en la pira 25
muere en cenizas resuelto,
porque en repetido oriente
sol resucite más bello.

-285-

Al Divino Sacramento del Altar.

Loa

Muy retirado hoy el Sol
sale en nevados embozos
que es industria de su amor,
por mejor franquearse a todos.

Porque si águila el discurso 5
hiciera empeños lustrosos,
débil cegara a sus rayos,

que es luz mucha a flacos ojos.

Sale a vista de la fe,
y a su teatro glorioso, 10
y así quiere le veneren,
no que le miren curiosos.

Es el timbre de su alteza
el mérito, no el arrojo;
¿qué mucho en créditos libre 15
nuestros más crecidos logros?

Aunque el ropaje que roza
de accidentes, no es costoso,
mucho le costó a su amor,
pues su vida dio en retorno. 20

Sólo mira nuestro bien,
y porque éste sea propio,
distancias abrevia muchas
a este suelo de ese polo.

-286-

Tan a industria de su ingenio, 25
que siendo su sangre el golfo,
fueron vela las especies,
si sus suspiros los soplos.

Pan expone a los deseos
que le buscan más ansiosos; 30
que gustarle desganado
nunca fue del gusto logro.

Unos su abundancia alaban,
y advertirlos dicen otros
que no hay para dos bocados, 35
y lo cierto dicen todos.

Esta cifra de la fe,
este asombro misterioso,
este templo reverente
festeja en breves encomios. 40

Porque reducir a un Dios
al breve de una Hostia globo,
¿qué panegiris, por grande,
no se atrasará por corto?

Celebra también la dicha 45
de esta ciudad, de este emporio
en la cabeza que rige
a aciertos de un juicio pronto.

Un Pedro dirá en constancia,
que si él es blasón de esotro, 50
piedra será en su firmeza,
y al mayor riesgo un escollo.

Dígalo, pues, el gobierno,
que sufren tus fuertes hombros,
y aun fuerzas te sobran muchas 55
para pesos más costosos.

Y si Castillo te nombran,
¿quién no admira en eso propio,
-287-
que es sobrescrito a las glorias
de tu esfuerzo el nombre solo? 60

Castillo fuerte, tu pecho
fue en los peligros más rotos,
dígalo Chile, y la fama
que así voló en tus encomios.

Y vosotros que a su lado 65
gobernáis, Numas dichosos,
mil parabienes os rindo,
pues que sois de este Argos ojos.

No ciudades, mas imperios
podéis regir espaciosos, 70
porque en su pecho cada uno
un Filipino alienta heroico.

Una norma de prudencia
os propondré en un coloquio,
el sobrescrito convida 75
al discreto como al docto.

Por prudentes os aplaudo
si la atención me dais pronto,
que es calificarse necios
parlar, cuando hablan otros. 80

Y aquesa deidad alada,
en generosos apodos
divulgue aqeste misterio,
y el amor de sus devotos.

-[288]- -289-
A la Asunción de la Virgen.

Loa

Nuevo sol y nuevo fénix,
hoy de sus cenizas rojas
renace en luces MARÍA,
del empíreo para gloria.

Que si ese claro topacio 5
agoniza entre las sombras
del ocaso, donde tumba
le da la elevada roca,

de aquesas mesmas cenizas
después repite a la aurora 10
la vida que se fomenta
en sus llamas luminosas,

estrenando por instantes,
y remudando por horas
la llama nueva que hereda, 15

una siempre y siempre propia.

El ave que del Arabia
entre preciosos aromas,
más que pira, muelle cuna,
en que nuevo aliento cobra, 20

porque, batiendo las alas,
al ser se arresta ambiciosa,
que es logro perder la vida
por recobrarla más pronta,

-290-

adquiriendo entre pavesas 25
de plumas la pompa airosa,
que rizadas de su pico
bella es del Iris la copia.

MARÍA, pues, en las alas
que del corazón la informan, 30
do se habilita en la muerte
cual la ciega mariposa,

pues ésta en el fuego
halla túmulo, que incauta ronda,
que es ceguedad presumida 35
juzgar el riesgo lisonja.

Que su vida, aunque eclipsada
de la muerte en pardas sombras
sol bello y flamante fénix
la adquiere más animosa. 40

Y si gozosa remuda
la unión que mejor la informa,
trueca también por el polvo
aquesas lucidas zonas.

Quizás porque el suelo ingrato 45
no aprecia tan rica joya,
y ambiciosos de sus dichas
aquesos astros la roban.

Pero no, que sólo ha sido
por ver que el cielo no goza 50
de su perfección el colmo,
si ésta su ser no corona.

Pues, si luminar mayor
Jesús al empíreo adorna,
el esplendor de MARÍA 55
falta por segunda antorcha.

Y así la tierra y la esfera
se alborozan con tal gloria,
-291-
que si una la engasta rica,
otra la adquiere Patrona. 60

Y pues celestes influjos
en la distancia se logran,
de tal sol serán seguros,
cuando más se nos remonta.

Gozosa sube a ese empíreo 65
en las ruedas luminosas,
do los querubes alados
son pías a su carroza.

¿Quién sus rayos, quién su luz
más codicioso no ronda? 70
que es imán, que atrae el retiro
al Norte, aunque más se esconda.

Porque lo precioso y raro
añade no sé qué gloria,
si se retira al sentido, 75
si las manos no le tocan.

Atentos hoy sus devotos
en su ausencia más se gozan,
pues sólo sube a sus dichas,
y a asegurar su corona. 80

Este alborozo del pecho,
y regocijo así apoyan,
que sus glorias han querido
celebrar con otras glorias,

de un santo, que por extraño 85
toda la atención se roba,
que con ser sastre, escalar
pudo aquesa esfera heroica.

Que tan difícil la aguja
puede entrar la puerta angosta 90
de ese cielo, como en ella
el camello más de norma.

-292-

Para este encanto o prodigio,
que así la atención remonta,
excusado me parece 95
pediros orejas prontas,

pues es día donde es fuerza
que la elevación absorta
admira ya de MARÍA,
ya de sus hijos la tropa, 100

que girasoles atentos,
así sus candores notan,
que para beber sus luces
hacen de sus ojos copas.

Todo demanda atención, 105
todo admiración forzosa
del ánimo más esquivo,
de la potencia más sorda.

En la festividad de San Juan Bautista

Loa

No ya entre golfos de sombras
se halla el discurso atajado,
mas en piélagos de luces
sin vista en sus propios rayos.

Pues si de un Bautista miro 5
el esplendor soberano,
a un tiempo humilla los ojos,
y a ese mismo el pecho osado.

Mas si del Sol de Jesús
luces adquirió su astro, 10
no es mucho con ellas pueda
ocasionar estos pasmos,

siendo en su candor lucido
de Dios el lucero sacro,
que Precursor de su alteza, 15
con su luz al Sol hallaron.

Que si se pudo esconder
entre las sombras de humano,
atropellando estas sombras,
sólo Juan pudo mostrarlo. 20

Pero si Cristo es del Padre
el Verbo y concepto sacro,
esta voz en sus clamores
pudo mejor declararlo.

-294-

En lo inculto de un desierto 25
los hombres en él lograron
para el alcázar del cielo
guía a sus pasos errados.

Y a riesgos de su sudor
volvió de estériles campos, 30
en deliciosos jardines
de Palestina los prados.

Y si Jesús en la Iglesia
es la Rosa en lo encarnado,
pompa debió al sacro riego 35
de tan divino hortelano.

En el Jordán, ¡qué dichoso!
pues con el Bautismo sacro
tanto el agua levantó,
que sobre Dios la ha arrojado. 40

Y en el palacio del cielo,
tanto se vio sublimado,
que del Tusón le hizo el Padre,
por más consigo igualarlo.

Porque si el noble en los riesgos 45
muestra el corazón bizarro,
ni un rey le acobarda altivo,
ni le teme soberano.

Mal escucha los avisos
la crueldad de este tirano, 50
que, rendido a sus pasiones,
aun con la luz se ha cegado.

Mandó cortar su impiedad
de Juan el cuello, que en ampos
más acredita la nieve, 55
aun del carmín salpicado.

Traza fue de su altivez,
que como le ve tan alto,
-295-
por levantar él cabeza,
la suya a Juan ha segado. 60

Tanto sin ella le excede,
que en empíreos dilatados,
ciñe más firme corona,
empuña cetro más amplio.

Éste es el mayor prodigio, 65
que aplaude nuestro cuidado,
en alegrías del pecho
y en festejos de este rato,

siendo de un rey la tragedia,
y el triunfo más aclamado 70
quien desempeñe cumplido
hoy nuestros ánimos gratos.

Pues de la paciencia ilustre
de un Job, veréis en trabajos
descollar hermosas palmas, 75
brotar generosos lauros.

La atención por repetida
bien es la excusa el cuidado;
porque si venís a oírnos,
el pedirla será en vano. 80

-[296]- -297-

A don Martín de Arriola, presidente de la Real Audiencia de Quito, y a don Juan de Arámburo oidor suyo, en el festejo que le hicieron las niñas de un convento de religiosas.

Loa

Hoy examino la vista
por de águila generosa,
si no peligra cobarde
de rayos a tanta copia.

Pues hallo en ti, don Martín, 5
sol que ilustra nuestra zona,
como en ti, don Juan ilustre,
luces con que nos coronas.

Montes lo digan de Quito,

cuando por altos las gozan; 10
que es muy noble calidad,
si lo superior la abona.

Dígalo nuestro Convento,
pues aunque humilde le honoran,
que es lucir muy a lo sol, 15
cuando el valle no te ignora.

Nuestro cándido vergel
las azucenas que brota,
de tanta luz fomentadas,
el amor las cambia en rosas. 20

-298-

Éste en festines mayores
quisiera mostrar y en pompas;
que un ánimo generoso
socorre cuando se acorta.

Ofrezco en voces infantiles 25
un coloquio en breve copia,
donde de Joaquín y Ana
alternar veréis congojas.

Y aunque tan pequeñas somos,
el empeño no se apoca, 30
que se han visto tiernos labios
acreditar de un Dios glorias.

De dos consortes amantes
ofrezco amargas memorias,
que aun no se eximen de penas, 35
almas que amor eslabona.

Ana y Joaquín lo infecundo
de su estéril tierra lloran;
que ver, sólo en otro, fruto,
a un tronco a llanto provoca. 40

Pero Dios a sus corrientes
dulcemente así retorna,

que en una flor de MARÍA
el mejor fruto sazona.

Convidaros al silencio, 45
es prevención muy ociosa,
que lo demanda el respeto
que al sol se debe hoy de Arriola.

-299-

A las lágrimas de una dama, ocasionadas de unos celos mal fundados, cuando más la estimaba su esposo.

Romance

De los ojos de Amarilis
brotó una copiosa fuente,
que no riega, mas marchita
flores que su rostro ofrece.

Porque de un volcán de celos 5
se originan sus corrientes;
y como es de llamas riego
en cenizas las resuelve.

Contenta vivió con Celio,
mas una sospecha leve 10
aquel volcán avivó,
que una llama mucho enciende.

¡Oh mal miradas sospechas!
¿cómo al sol así se atreven?
Nadie compite sus rayos; 15
pues ¿cómo su luz ofenden?

¿Cómo en tantas claridades
su cielo lágrimas llueve?
Mas, si la ciegan los celos,
nubes son que esta agua vierten. 20

Pero ¡oh dichosa Amarilis!
mirad que Celio se ofende;
-300-
porque os idolatra amante,
y no agravia si así asiente.

Vuestro amor es candor puro, 25
celos son manchas alevés,
y es no estimar su pureza
si es que así mancháis su nieve.

Celos y amor originan
de ardor y hielo dos fuentes, 30
temple la fuente de amor
de celos la fuente ardiente.

Si decís que quiso a otras,
antes fue que os conociese,
porque el sol de vuestro amor 35
otras luces desvanece.

Estancad el llanto triste
no es bien que el alba se queje,
que el llanto en que vierte luces,
éste, en vos, las anochece. 40

Mas, satisfecha de Celio,
vivid y advertid prudente
que duerme quieto su amor,
los celos no le dispierten.

-301-
A un corazón de cristal, que presentó.

Romance

Quien te dio, bella Amarilis,
ya del pecho el corazón,

ocioso don te presento
si este segundo te doy,

pues que te di en el primero 5
toda el alma sin ficción,
mis sentidos y potencias,
y en fin todo cuanto soy.

Doy, empero, ese segundo,
que la destreza pulió, 10
porque veas que en las manos
aun el corazón te doy.

No me digas que en los labios
se ha vinculado mi amor,
y pues que le ven tus ojos, 15
ya no es de aire mi afición.

Siempre tendrás a tu vista
quien sea despertador
de mi firmeza en cristal,
que es de roca en su tesón. 20

Y pues en todo eres ángel,
serás de orden superior,
si como el labio asegura,
no mente, no, el corazón.

-302-

Que aun de mujer degenera, 25
quien con doblez engañó
aquel que con noble trato
toda el alma le ferió.

Y si brota incendios rojos
herido el cristal del sol, 30
al mirar tu sol en él,
toda el alma me abrasó.

Sea, pues, viril hermoso
del fuego que atesoró,
y en su claridad ofrezca 35

ya del pecho lo interior.

Ese, pues, cristal luciente,
espejo sea a los dos,
que, si me retrata amante,
retrate también tu ardor. 40

-303-

Estribillo

Cupido, que rindes las almas,
decidla a Belisa, decidla por mí
cómo vive mi amor todo en ella,
después que a sus ojos mi vida rendí.

Glosa

Entre esperanza y temor
vive dudosa mi suerte,
el desdén me da la muerte,
pero la vida el amor:
y aunque es grande mi dolor, 5
buscar alivio procura,
hallaralo mi ventura
si constante pido así
Cupidillo que rindes las almas,
decidla a Belisa, decidla por mí 10
cómo vive mi amor todo en ella
después que a sus ojos mi vida rendí.

Ansioso cual ciervo herido
del arpón de una beldad,

de su fuente a la piedad 15
amante me ha conducido
mas mi dolor ha crecido
con el cristal que he gustado,
-304-

y en voz amorosa al prado
mis tristes quejas le di: 20
Cupidillo que rindes las almas,
decidla a Belisa, decidla por mí
cómo vive mi amor todo en ella
después que a sus ojos mi vida rendí.

A un jilguero enamorado 25
mis penas dije constante,
por ver si hallo en un amante
remedios a mi cuidado:
compasivo me ha escuchado,
más que Belisa, a quien ruego, 30
templando mi dulce fuego
con los gorjeos que oí:
Cupidillo que rindes las almas,
decidla a Belisa, decidla por mí
cómo vive mi amor todo en ella, 35
después que a sus ojos mi vida rendí.

La hiedra en brazo amoroso,
del olmo los brazos goza,
la tortolilla retoza
con su consorte gustoso: 40
sólo yo vivo envidioso,
por ver que una planta y ave
en unión vivan suave,
cuando me lamento así:
Cupidillo que rindes las almas, 45
decidla a Belisa, decidla por mí
cómo vive mi amor todo en ella,
después que a sus ojos mi vida rendí.

-305-
Anfrisa por malograda y mal empleada, es llorada.

¿Cómo Anfrisa del alma, si eres bella,
es tan infausta tu luciente estrella?

Romance

Decid, cielo, si mi Anfrisa
es primor de la belleza,
¿cómo despreciáis su aliño?
¿cómo malográis sus prendas?

Juntáis extremos distantes 5
de himeneo en la cadena,
un ángel en la hermosura,
como un monstruo en la aspereza.

De la discreción la gala,
y el saber en ella reina, 10
cuando la ignorancia en él
la malicia, y la rudeza.
¿Cómo Anfrisa del alma, si eres bella,
es tan infausta tu luciente estrella?

Lo apacible, hermosa Anfrisa, 15
se eslabona en tu nobleza,
mas tu consorte lo esquivo
a lo grosero encadena.

Juntar un difunto a un vivo
fue abominable fiereza: 20
-306-
¿qué crueldad con este lazo
a ti te impuso esta pena?

¡Oh qué crueldad tan tirana!
¡qué malograda belleza!
con un necio menos vida, 25
más con un muerto se alienta.
¿Cómo Anfrisa del alma, si eres bella,
es tan infausta tu luciente estrella?

Gozas en tu hermosa aurora

de la rosa pompa tierna, 30
pero mano torpe aja
tu generosa belleza.

Aunque eres oro subido,
cual bárbaro no te aprecia,
porque ignora los quilates 35
de tu beldad y excelencia.

Bello diamante te aplauden
por tu luz y tu entereza,
llegaste al poder de un niño,
que no estima tu riqueza. 40
¿Cómo Anfrisa del alma, si eres bella
es tan infausta tu luciente estrella?

-307-

Descubre un amante algo más la llama que albergaba su pecho.

Romance

Airosamente se arresta
la mariposa a la llama,
ya travesea sus luces,
ya se le quemán las alas.

Y advertida del peligro 5
retira la vida amada,
y en las dilatadas vueltas
huye del morir las ansias.

Pero amores de la luz
así le llevan el alma, 10
que si antes teme peligros,
ya se persuade ganancias.

Y golosa de su muerte
fenece feliz y acaba
que si lo impera el amor 15

aun con la muerte no agravia.

¿Qué es mirar el jilguerillo
remontarse con las galas,
que le tributan sus plumas
a aquesas regiones claras, 20

dejando por su trofeo
las prisiones quebrantadas
-308-
de la jaula, donde nobles
grillos tuvieron sus alas?

Canta y florece tan vario 25
los aires, que le juzgaba
a chirimía de pluma,
o ramillete con alma.

Pero el amor en el pecho,
cuando gallardo se ufana 30
le impele a que juzgue amante
la libertad por pesada.

Porque ve que en la prisión
deja la consorte amada,
y olvidado de sí propio 35
otra vez los grillos calza,

cárcel juzgando esos aires,
cuando libertad la jaula,
que si lo impera el amor,
aun la prisión agasaja. 40

Anhela la rosa bella,
cuando más sale de gala,
del sol los lucidos rayos,
por rendirle a lo bizarra

Y aunque conoce veneno 45
en su esplendor que la mata,
arriscada más le ronda,
porque en amores se abrasa.

Pereciendo mustia a filos
de las luces que más ama, 50
que si lo impera el amor,
aun se apetece las ansias.

Aspiro, cual mariposa,
de tu beldad a la llama,
-309-
y advertido que te ofendes, 55
de tu ardor huyo las alas;

mas de mi amor los impulsos
así me abrasan el alma,
que ansioso quiero en mi muerte
ser holocausto en tus aras. 60

Sigo ligero jilguero
las espaciosas distancias,
huyendo de la prisión,
que mi libertad maltrata;

pero como en ella vives, 65
y eres tan dueño del alma,
es fuerza que el corazón
me vuelva en sus propias alas.

Anhelo cual rosa amante
de tu sol la luz amada, 70
y si he de rendir la vida,
gloria es rendirla a tu llama;

porque si lo impera amor,
ya se apetece las ansias,
ya no me agravian las penas, 75
ya la prisión me agasaja,

logrando a un tiempo mi dicha,
pues es tu ardor quien me abrasa,
ser amante jilguerillo,
mariposa, y rosa casta. 80

-[310]- -311-
Quéjase Fabio de su poca suerte en los desdenes de su Anfrisa.

Romance

¿Qué es esto, cielos, que paso?
¿qué es esto, cielos, que siento?
en llamas se abrasa el alma,
y ya me brotan del pecho.

Socorro piedad, oh ojos, 5
y en los cristales deshechos,
encuentran agua mis penas,
para aliviar tanto fuego.

Mas ¿qué digo? poco alivio
puedo hallar en mi tormento, 10
que es todo el mar breve gota
para tan crecido incendio.

Sólo podrán de mi Anfrisa
los ojos darme el remedio;
que si al mirar me abrasaron, 15
viviré al mirarme tiernos.

Al desatar sus dos soles
esa nieve de su pecho,
ese cristal de sus manos,
vida hallaré en sus destellos. 20

Es penetrante la herida
de esos arpones tan bellos,
-312-
y sólo podrá sanarla
el brazo que la hizo diestro.

La deidad cuanto más alta 25
se inclina al ruego más presto;

y pues por deidad te adoro,
oiga tu deidad el ruego.

No desprecies, bella Anfrisa,
a quien se rinde tan tierno, 30
que ultrajar más al rendido,
no es de un noble heroico pecho.

¿Qué culpa tuve de amarte,
ni adorarte, hermoso centro,
si entre belleza tan rara 35
me da la disculpa el cielo?

Influjo fue de mi estrella,
que me avasalló a tu imperio,
muy junto nació a la tuya,
pues luego fuiste mi dueño. 40

Y si el amor, bella Anfrisa,
ternezas siembra en tu pecho;
¿cómo abrojos de desdenes
brota a cultivos tan tiernos?

Yo te adoro tan constante, 45
que aunque en repetidos ceños
escondas tu rostro hermoso,
seré Clicie de tu cielo.

Dulce encanto de mi vida,
mucho de mi suerte temo, 50
que he de ser aborrecido,
porque es mucho lo que quiero.

-313-

A las lágrimas que lloraba una dama y al pañuelo en que las enjugaba.

Romance

El lienzo moja Belisa
a corrientes de su llanto,
y al aire de sus suspiros,
le enjugan también sus labios.

Suspira un amor perdido, 5
un amante llora ingrato,
que en ausencia de su vista
le roba el alma tirano.

Despeña ansiosas corrientes,
por ver si en mar de su llanto 10
halla un arroyo que huye,
sin que le ataje lo helado.

Al eclipse de su luz
mortajas corta en el paño,
mas ¿qué mucho, si su sal 15
ocupa lúgubre ocaso?

El lienzo aplica a la vista,
porque el humor a sus rayos
mejor vierta el alambique
de un corazón abrasado. 20

En dos mares de sus ojos
su esplendor ya se ha anegado;
-314-
pero si expiran dos soles,
dos mares prepare amargos.

De la nube el cielo al suelo 25
granizo fulmina airado,
mas hoy llueve en blanca nube
Belisa cielo más grato.

Si es océano su vista,
al lienzo impelen sus labios, 30
cuyo cristal sulca ansiosa,
por dar alcance a su amado.

Vientos agitan sus ondas

de pensamientos contrarios,
da a la bomba de sus ojos 35
por excusar el naufragio.

Favor pide en el peligro,
pero da voces en vano,
que el amor vive muy lejos,
si es que vive despreciado. 40

Solo su amante estas voces
vuelve (en roca transformado)
a sus oídos, que el alma
en ellas bebe el letargo:

Corran al mar, tus esperanzas, 45
que es imposible el puerto,
do la quietud se halla;
y pues las inconstancias, y desprecios
has estudiado siempre,
corran al mar, que es de inconstancias centro. 50

-315-

Décima

Con qué gusto entre los brazos
de Nise gocé un favor,
que eterno juzgó mi amor,
por ser de tan fuertes lazos.
Mas ¡ay! ¡qué breve los plazos 5
llegó mi dicha a gozar,
pues sólo vino a estribar
del alma tan dulce empeño
en breves sombras de un sueño
que se acabó al despertar! 10

-[316]- -317-

A una rosa

Sol purpúreo de este prado,
que en los rayos de tus hojas,
si das envidias al sol,
ofreces lustre a la aurora.

Los jilgueros de este valle 5
festejan tu hermosa pompa,
y admirando tu beldad,
por dulce objeto te rondan.

Todos tu carmín nevado
labios de coral los nombran, 10
y el rocío que te esmalta,
dientes que guarda tu boca.

Uno entre otros lisonjero,
o se te atreve o te toca,
queriendo beber el ámbar, 15
y el rocío de tus hojas.

Si fiado (ignoro) en sus alas,
o en favores que le otorgas,
por descanso de su vuelo
escoge tu airosa copa. 20

¡Oh qué requiebros te dice!
y aun con ellos enamora
una azucena, que al lado
te acompañaba gustosa.

-318-

No sé si a su dulce acento 25
fuistes insensible o sorda,
o a sus importunos silbos,
como a los vientos la roca.

Mas no, ingrata, bien lo oíste;
(¡oh cuántos celos me ahogan!) 30
pues espinas que te guardan
no te esquivaron honrosas.

¡Oh qué escarmientos me enseña
esa tu inconstancia loca!
no pienso prender el alma 35
de otra flor ni de otra rosa.

Qué mal se guarda belleza
que en campo se ostenta hermosa;
que como muchos la miran
su beldad alguno logra. 40

Ya la cítara que un tiempo
te celebraba gustosa,
como está triste su dueño
gime también ella ronca.

Mas ya la pienso quebrar 45
de mi firmeza en la roca;
y pues ya no pienso amar,
tampoco cantar me importa.

Padre Juan Bautista Aguirre, S. I.
Gonzalo Zaldumbide

[Estudio]

I.- El mejor poeta de nuestro siglo XVIII
hallado en el Archivo de Juan María Gutiérrez

Leed desprevenidos unas cuantas estrofas de esta su «Carta a Lisardo»:

¡Ay, Lisardo querido!
si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras;
así las plantas, brutos y aves lo hacen:
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre catres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace:
¡ay flor marchita! ¡ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida a la mañana
antes que el sol su bello nácar rompa
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa;
y a la noche otra vez: ¡dos veces muerta!
¡oh incierta vida en tanta muerte cierta!

-322-

En poca agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río
corre al mar con estruendo,
en el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal triste, arroyo sin fortuna!
muerto dos veces, porque vivas una.

En sepulcro süave,
que el nido forma con vistoso halago,
nace difunta el ave
que del plomo es después fatal estrago:
Vive una vez y muere dos ¡oh suerte!
para una vida duplicada muerte!

Pálida y sin colores
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del Noto que después vil la deshace:
¡ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
una vez naces y dos veces mueres.

Muerto nace el valiente
oso que vientos calza y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre, y otra vez no se resiste
a morir; y entre muertes dos naciendo,
vive una vez y dos se ve muriendo.

Muerto en el monte el pino
sulca el ponto con alas, bajel o ave,
y la vela de lino,
con que vuela el batel altivo y grave,
es vela de morir: dos veces yace
quien monte alado muere y pino nace.

Así el pino, montaña
con alas, que del mar al cielo sube;
el río que el mar baña;
-323-
el ave que es con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo,
púrpura vegetal, florido ampo,

todo clama ¡oh Lisardo!
que quien nace una vez dos veces muera;
y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave, considera
que, dudando quizá de su fortuna,
mueren dos veces por que acierten una.

Atroz rompecabezas conceptista habríale parecido a nuestro don Juan León Mera este enigma desolado y férvido. De haberlo conocido, el riguroso crítico que ya en la Ojeada condenó por menos y sin remisión, al obstinado poeta, habría hallado en ésta una nueva prueba de su perdición en brazos del culteranismo. Refractario a toda singularidad algo exorbitante, y aún a toda exaltación, como no fuesen las de cierto orden romántico-sentimental que practicaba él mismo, Mera no admitía en el verso otra belleza que la accesible y propicia a un buen sentido sumario, ni otra índole de expresión que la espontánea, fácil y cursiva. Rebelábase el fuerte candor de su buena fe contra toda audacia que comenzara por desconcertarle: tenía simplemente por falso alarde y patraña. Así en cada una de estas imágenes, contradictorias y disímiles, habría visto una

especie de escarnio a la «sana razón», y por lo mismo, a la poesía. Mas ¿qué significa, en efecto -podrá el lector preguntar-, aquello de la rosa o de la azucena dos veces muerta, de la fruta infeliz y pálida de temor, del ave que nace difunta y alcanza para una vida duplicada muerte, o del oso que calza vientos y sombras viste, y que, aunque nace muerto, a morir otra vez no se resiste, de suerte que, «entre muertes dos naciendo, vive una vez, y dos se ve muriendo»; o del pino, montaña con alas, que dos veces yace, pues monte alado muere si pino nace; aquello, en fin, de -324- también el hombre, cual plantas, aves, frutos, montes y ríos lo hacen para amonestarle, haya de morir dos veces pues que nació una? ... Bien puede el sentido inmediato, y aun el oculto, de estas imágenes no parecer otra cosa que una paradoja, absurdamente desenvuelta en metafórico desrazonar. Cualquier juez prudente, y leal para con su criterio, como lo fue Mera, aun de ser menos apegado a las normas clásicas, podría no hallar, en toda esta lucubración de morir dos veces para acertar una, sino un cambiante e inasible contrasentido, un logogrifo. Y tendría, si se quiere, mucha razón.

Pobre manera, empero, de tener razón.

... Tan alto, y ya tranquilo, sentimiento trágico, temperada en mística serenidad, no puede ser sólo un acertijo. No puede el lector atento ser insensible aun a la sola persuasión del ritmo, ni a este acento de tristeza intelectual, de dolor de vivir extendido a las más dulces e inocentes formas de la existencia.

De aplicar a esta concepción, que a todo vuelo aspira a una visión trascendental, una lógica tan vana por su mismo exceso de evidencia, quedaría desvanecida su indecible virtud poética y malogrado su alcance.

Desechemos la satisfacción, entre pueril y pedante, de poner tan razonables trabas a imágenes tan veloces. Mejor haremos, quizá, en aventurarnos a seguir el vuelo, que presentimos soberano y libre. ¿No hay allí, desde luego, sensible, insistente, eficaz, una música que flota sobre las rimas como un halo de pensamiento, como un etéreo ambiente en que el verso asciende a una visión translúcida? ¿Y no se siente ahí un anhelo liberador de la incierta vida, un superior sentimiento, melancólico y ya sosegado de una paz de más lejos? ¿No obra, en fin, sobre el ánimo un don suasorio, un penetrante don que no engaña? Sentirlo es obvio, si no entenderlo. Inequívoco y suficiente signo de poesía, aunque el secreto persista recóndito o indiscernible a la exigencia lógica:

-325-

Pálida a la mañana
antes que el sol su bello nácar rompa,
muere la rosa, vana
estrella de carmín, fragante pompa,
y a la tarde otra vez: ¡dos veces muerta!
¡oh incierta vida en tanta muerte cierta!

Glosar estrofas como éstas, para mejor explicarlas, es hacer desaparecer

su magia.

Aun ciñéndose bastante a la expresión literal, advertiría el lector, bajo el instable y a veces doble y divergente sentido de las palabras y de las imágenes, un fondo de pensamiento único y real. Tal vez se juzgue necesario ponerlo en claro. Mas al fin de este ejercicio, quizá superfluo, ¿obrará conforme a su verdad el prestigio confiado sólo al encantamiento del verso?

Pues bien: nacer a vida llevada a fenecer y acabarse, ¿no es comenzar a morir? A cada instante morimos, y el espasmo animal de la muerte no es sino remate y sello de esta verdad, no por sutil e invisible menos cotidiana. La muerte brutal y palpable no existe tanto como esta otra, oculta. ¿Qué vale entonces vida tan mortal que es sólo lenta agonía? Vivir muriendo ¿es vivir? ¿No es más bien morir largamente, hasta nacer quizá un día, de veras según la fe, a la ciencia y principio del ser? La muerte, ¿no es así muerte y nacimiento, cuando se acierta a morir? Y para acertar a morir, hay que vivir la vida como una muerte, muriendo a la vida en vida y preparándose a vivir tan sólo tras la segunda y última muerte.

Sentimiento, como se ve, por excelencia místico. Su exaltada y ávida angustia llena de sí la mística española. Santa Teresa nos dijo mejor que nadie su urgencia lúcida... Sólo que aquí aspira a trascendencia mayor, ineluctable y universal. Pues el destino mortal no amaga sólo al hombre, sino que devora vivos a cuantos seres y cosas, animados o inanimados, nacen sólo para acabarse y viven acabándose en su propio ser.

-326-

De ahí esta alta tristeza metafísica que del hombre se extiende a toda cosa, y en un sentido más hondo que el en que dijo Ronsard a su buen amigo:

Nous vivons, mon Belleau, une vie sans vie.

Para el poeta de la Pléyade, el hombre es, en el Universo, el único ser que se amarga a sí propio la existencia, cual si fuera enemigo de sí mismo, mientras los demás, todos se preservan:

Regarde, je te prie, le bœuf qui d'un col morne
Traîne pour nous nourrir le joug dessus la corne:
Bien qu'il soit sans raison, gros et lourd animal,
Jamais il n'est pour lui la cause de son mal,
Mais patiemment le labeur il endure
Et la loi qu'en naissant lui donna la nature;
Puis quand il est, au soir, du labeur delié,
Il met près de son joug le travail oublié.
Mais nous, pauvres chétifs, soit de jour, soit de nuit,
Toujours quelque tristesse épineuse nous suit...

En la poesía de Aguirre, por encima de estas tristezas sobreañadidas, está la esencial tristeza de tener que vivir muriendo. Y esa conciencia que el hombre tiene del fugaz destino, el poeta la comunica a toda lo que pasa y muda sobre la haz de la tierra.
Por esto, como si hasta ella supiera que va a morir,

Pálida y sin colores,
la fruta, de temor, difunta nace;

y por esto,

tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace;

-327-

Por eso el ave

nace una vez y muere dos; ¡oh suerte!
para una vida duplicada muerte...

Vida tan breve, tan insegura, es como si no fuera, no responde al concepto que de un vivir verdadero tenemos, en idea y en aspiración. Por eso, en la bella estrofa de la rosa, elimina la noción de la vida en el acto de entrar en ella tan incierta y vana, y en lugar de decir que a la mañana nace la rosa para morir por la tarde, dice más bien que en la mañana muere, para, a la tarde, otra vez morir; pues que la hace mortal el hecho de nacer, nacer equivale a comenzar a morir, es la primera muerte, la original y fatal.

Muerto en el monte el pino

(es decir, tronchado por el hacha, cortado en tablas, y convertido en velero),

sulca el ponto con alas, bajel o ave...

Va y naufraga, y al naufragar, muere en su errante destino, muere como leño, después de que murió, como árbol al salir del monte nativo. De este modo

dos veces yace
quien monte alado muere, y pino nace.

Y así todo nos enseña que quien nace una vez, dos veces muere: al nacer, porque comienza entonces a padecer del mal mortal de vivir; al morir, porque deja de ser. De ahí, en sentido moral, que siendo la vida lo que en verdad es -muerte asidua, insensible y comprometedora, de la cual depende el acertar final-, valga más tomarla por lo que debiera ser exclusivamente: preparación a morir.

Descifrado el enigma, confesemos que su expresión es a menudo arbitraria, contradictoria, violenta; que -328- hay imágenes, y estrofas enteras, que no ceden al solicitarlas conforme a esa interpretación ni conforme a otras; que una misma palabra -y a veces en un mismo verso- está tomada en sentidos opuestos o por lo menos distintos.

Así, en la citada estrofa de la rosa, donde dice. «Antes que el sol su bello nácar rompa -muere la rosa, vana», morir significa nacer; si bien a renglón seguido, morir ya está tomado en sentido verdadero, pues que la rosa, al morir en la mañana (esto es, al nacer), muere otra vez en la tarde, y esta vez sí de veras. Lo mismo cuando dice: «Nace difunta el ave», nacer está ahí en el sentido propio de venir al mundo, aunque «difunta» está sólo en un sentido poético, y moral si cabe; tanto como en la estrofa del arroyuelo, nacer equivale a morir.

Estos cambios e inversiones del significado recto de los vocablos; algunas audacias sintácticas u omisiones voluntarias de verbos o predicados que pueden sobreentenderse; retruécanos demasiado ingeniosos y buscados, u otros juegos de palabras (algunos bien venidos, como el de «la vela de lino con que vuela el bajel altivo y grave», y que en el naufragio es luego «vela de morir»), desenfadadas elipsis, transposiciones o aliteraciones, y en fin, algunos tropos exagerados, son señalados vicios de cultismo en este conceptista bastante puro.

Inútil, desde luego, ir buscando, imagen tras imagen, la adecuación de cada una al concepto que informa a todas y las funde en una sola y sucesiva representación de la mudanza terrestre... Aun las que guardan su

secreto, obran prolongando la resonancia de la sentencia como en una admonición de augur, o un vaticinio de poseído del sentimiento mortal ante el ser que, en viviendo, cambia de ser, pues que no puede seguir siendo sin ir dejando de ser.

Ésta que aquí creemos adivinar, es acaso la nota más alta de la lírica en el pensamiento. Igual en desolación al soliloquio de Segismundo, también aquí el -329- delito es haber nacido, y se lo paga con muerte en vida, hasta la postrera, que tal vez falla. Y el extender más allá del hombre esta inmanente tragedia; el ver, tras la falaz apariencia del juego vital y mortal, el afán de lo perecedero por detenerse un instante, por llegar a ser de veras, por poseerse en substancial reposo, podría parecer, si no fuera ilusión temeraria, una anticipación del sentimiento schopenhaueriano de la inapaciguable y vana voluntad cósmica.

En los grandes momentos de Aguirre, casi siempre este sentimiento trascendente del destino y condición del hombre es el aliento interno y la nota tónica de su numen. Así, en la composición enviada a un concurso de la Pichinchense, que sólo tenía por tema el nacimiento del Niño: desbordándose del asunto, propio para villancicos, se remonta Aguirre a concepción más alta y pone en prosopopeya la desolada lamentación de la especie. Representa a la humana naturaleza, llorando la desventura de su caída y midiéndola por la nostalgia de su excelsitud primera. «A la sombra del árbol de la muerte», postrada, inane, dice querellosa:

Yo fui la que al esmero
del más sublime numen delineada,
en mi instante primero
de mil prodigios me miré formada;
mas ¡ay! que si esto fue, todo ha pasado,
y en mí, de mí, la sombra no ha quedado.

Mi antigua llamarada
tan breve se apagó, con tal presteza,
que convertida en nada
antes que llama se miró pavesa;
pues sólo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi nada fue bastante...

Lloraré eternamente
la antigua dicha de que fui halagada,
aun más que el mal presente;
-330-
pues porque fui feliz soy desdichada.
Dijo, y rendida al grave sentimiento
en el dolor se destempló el acento.

Por las pocas muestras que tenemos, Aguirre tiende a desarrollarlo todo en acción, en cuadro, en movimiento dramático. No hubiera tal vez resultado mal «epicista», como dijo Espejo. Más osado, más fuerte que Orozco en la entonación y el concepto, aunque no nos haya dejado un poema como «La conquista de Menorca», se ve que aun dentro de pequeños marcos veía las cosas en grande. Alzó a veces el diapason a un tono de majestad bíblica; y a veces, dominando su asunto como de altura, le da cierta vastedad, cierta amplitud de horizonte y repercusión, que anuncian un hálito largo.

Pero mayor y más frecuente es, según dichas muestras, la fantasía lírica pura y simple, el arrebatado imaginativo, el don desencadenado de la imagen rauda que estalla y pasa deslumbrante o se queda temblando e inestable como una flecha vehemente.

Y rasgos tiene de aquéllos que en las retóricas anticuadas se llamaban, como por su nombre, sublimes. Tal, cierta imagen de Luzbel caído, traída en aparato de cataclismo y presentada de súbito:

Del testamento sobre el monte ardiente,
Luzbel estaba respirando saña.
Dos hogueras por ojos, y por frente,
negra noche que en sierpes enmaraña.

No recuerdo en Milton figura de soberbia y de belleza fatídica superior a la de este escorzo.

Hay en este poeta un don de imágenes sorprendente. Y si alguna emplea, o si se quiere muchas, que no se ajustan ni al sentido de las palabras estratificado en los diccionarios ni al de la idea, pues que la tuercen o la sobrepasan, revelan a menudo aquello -331- que hemos dado casi como primera característica de su riqueza imaginativa: audacia, vigor, movimiento:

Falsear haré con ira fulminante
del alto cielo en su vaivén ruidoso
la azul muralla, y subiré triunfante
a ser señor del reino luminoso:
si son estorbo a mi ímpetu arrogante,
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
haré que sientan mi furor violento
el mar, la tierra, el aire, el firmamento.

La vida exaltada de las imágenes que transfigura las cosas a su contacto; esta visión, en reflejo, de seres y acontecimientos, parece haber sido en Aguirre de vividez extraordinaria. Y al considerarlas sueltas, desligadas del conjunto, no disminuidas por falta de proporción con el resto, ciertas imágenes aparecen quizá en toda su belleza, desencadenadas. ¿No es bella de por sí, aunque no signifique propiamente nada, esta imagen del Bucentoro,

que luces sulca en tempestades de oro;

u otra similar, cuando habla del séquito luciferino

que marchando con breve bizarría
luz, por guerrero polvo, daba al día;

o cuando,

como arrojado de la etérea casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
que, en humo envuelto y en furor eterno,
de espíritus de luz ondeó un infierno...?

O imágenes de gallardía caballeresca y fastuosa, como la de San Miguel Arcángel, que, aprestándose a combatir al ángel atrevido,

-332-

Las rubias hebras apremió garboso
al yelmo de oro en soles guarnecido.

La enrevesada elegancia, el compasado donaire de transposiciones a la manera de entonces, son también de su gusto y su acierto, como en la estrofa:

En esta, pues, galera de Cupido
se miran muchos del amor forzados,

que en dulce llanto y apacible ruido
gimen al remo de una flecha atados...

* * *

En cuanto a la nota cómica, a la que debe su única fama, no podrá parecernos ya la sobresaliente. Sus espinelas de burla a Quito tienen rasgos tomados al vuelo, incisiones a lo vivo, retozos de risa acerba; pero hay otros que revelan simple encono, rezago quizá de algún descontento físico o moral, que explicaría además su nostalgia ditirámica, delirante, por el nativo «trozo de los cielos». Hizo también blanco de sus burlas a los médicos y a los críticos, socorrido y clásico solaz de los epigramáticos. Pero epigramas como los que luego reproducimos sólo por ser suyos, son más bien fríos y vulgares. En verdad no es, ni con mucho, nuestro Caviedes. Más fino, más donairoso que en la sátira, es sin duda en el discreteo y rendimiento madrigalizante. A juzgar por el ejemplo de dos o tres composiciones eróticas, brotábanle risueños, fáciles, los versos galantes y laudatorios, floridos de sutilezas, de argucias y de contrastes. Así, a unos ojos, les dice:
-333-

Ojos cuyas niñas bellas
esmaltan mil arreboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

No soles, aunque abrasáis
al que por veros se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbra
y vosotros le cegáis

No estrellas, aunque serena
luz mostráis en tanta copia
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas, ajena.

No sois lunas, a mi ver,
que belleza tan sin par
ni es posible en sí menguar,
ni de otras luces crecer.

Y aunque ángeles parecéis,

no merecéis tales nombres,
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis.

Recuerda a sor Juana Inés en sus discretos escarceos y balanceos, como en éste, a una «dama imaginaria»:

Arco de amor son tus cejas,
de cuyas flechas tiranas,
ni quien se defiende es cuerdo,
ni dichoso quien escapa.

¡Qué desdeñosa te burlas!
y ¡qué traidora te ufanas,
a tantas fatigas firme
y a tantas finezas falsa!

-334-

¡Qué mal imitas al cielo
pródigo contigo en gracias,
pues no sabes hacer una
cuando sabes tener tantas!

* * *

Sería preciso analizar en detalle sus diversas composiciones, no todas igualmente bellas, ni aun las principales, ni todas a la misma altura en todas las estrofas. Las que hemos citado son tal vez las más felices o reveladoras de lo mejor. En este esbozo hemos tenido que limitarnos a anticipar algunas deducciones, reduciendo su comprobación a unos cuantos toques o apuntes.

Hemos visto que hay en ellas algo más que un rezagado gongorismo. Aguirre tuvo las finas y fuertes cualidades que había menester un prolongador de Góngora para sentirse superior e inmune al demasiado razonable y vulgar ataque que bastaba para desbaratar a secuaces menos bien dotados. La percepción inmediata y lúcida del símil lejano o recóndito; la mano segura y pronta, para asirlo sin vacilación; el sentido agudo de la multiplicidad de aspectos que una misma cosa ofrece al espejo móvil y reverberante de la

fantasía; aquella especie de vértigo lírico sobre el incesante transformismo de las apariencias, al cual corresponde el juego que entrevera imágenes con una celeridad a la cual no alcanza la trabada lógica; y esa libertad de vuelo, ese como júbilo de libertad sobre las formas cambiantes al infinito: todo aquello, en fin, que dio en Góngora irresistibles destellos, hubo también -si se quiere, sólo hasta cierto punto- en este americano poco o nada bárbaro. Además, «excelsa música tiene Góngora», como dice Ventura -335- García Calderón, Aguirre tuvo también la suya, si bien no ha de entenderse este arte, probablemente inconsciente en él, en el sentido moderno del ritmo interior del verso y la polifonía de la estrofa.

El abuso de lo normal, de lo espontáneo y fácil, de lo asequible a todos, si embota la común sensibilidad, exaspera, en poesía particularmente, la de algunos delicados, que buscan refugio en un arte vedado y arduo. De antiguo, los poetas órficos encerraban en dísticos herméticos el secreto de su sabiduría.

Los sofistas inventaron mil procedimientos ingeniosos, sutiles, incoercibles; procedimientos de artista, para renovar el encanto algo fatigado del arte de persuadir. Los mismos Padres de la Iglesia, y aún los mayores entre ellos, San Agustín, San Gregorio Nazianceno, adaptaron a la exégesis estos prestigios y artificios sabios. Asombrose San Agustín de encontrar una vez a San Ambrosio leyendo sin siquiera mover los labios. Para él lo escrito era letra muerta si no lo vivificaba el aliento oratorio: por eso, toda prosa digna debía estar clausulada conforme a un ritmo insinuante que halague al sentido antes de convencer. Declaró él mismo en sus Confesiones, que antes de convertirse, iba a oír a Ambrosio con oído atento a la armonía verbal y con gusto profano de retor que cata habilidades y sutilezas. Los retores latinos refinaron más los ardides de los sofistas: Y aun en nuestra época clásica, ¿no pedía el divino Herrera que «se procure desatar los versos para apartarlos de la vulgaridad», y no decía que «ninguno puede merecer la estimación de noble poeta si fuese fácil a todos y no tuviese encubierta mucha erudición y conocimiento de cosas...»? Aun artistas sanos y potentes, robustos y numerosos como Hugo, ¿no declararon también que le rare est le bon? Y en el consejo especioso de no escoger las palabras sans quelque méprise, ¿no renovaba Verlaine una sutil práctica cultista?

Aguirre vio tal vez (o quizá no se dio cuenta de ello) que la combatida o ya vencida escuela, si merecía -336- su suerte cuando manejada tan sólo por manos porfiadas e inhábiles, tuvo en otras, privilegiadas, singular poder atractivo. Y le hizo dar en las suyas peculiar fulgor. Y aunque la supervivencia de la escuela, muerta o moribunda en diversos centros de la Península, encerraba contrasentido aun mayor dentro de lo que hoy llamamos el medio americano -entonces inexistente en relación con la literatura-, no podemos reprocharle a Aguirre el haberla prolongado conforme a su índole personal. Equipararlo con Evia, como lo hizo Mera, llevado a mal por el fragmento del poema de San Ignacio y por uno que otro verso absurdo, resultaría ahora de una injusticia notoria. ¿Ni a qué medir lo que va de la hojarasca y los cardos áridos del Ramillete de varias flores, al alzado brío y la feliz audacia de este orgulloso, que se creyó ya «envidiado

De los cisnes tal vez, tal vez de Apolo»,

y afirmó que produjo «sublimes partos su fecunda pluma»?

* * *

Grande resulta, a mi ver, el poeta, tenido hasta hoy exclusivamente por letrillero jocosos y mordaz, o por culterano insoportable; el poeta de quien no se conocía ni se ha celebrado entre nosotros, más inspiración que la de una pueril hipérbole a Guayaquil, seguida de una mala burla a Quito. A este poeta, todo él osadía brillante, o si se quiere fulgurante incoherencia, asignole don Juan León Mera, en compensación a defectos por carta de menos, una aptitud especial «para el género templado» -337- para «la poesía blanda y apacible». ¡Nada menos apacible en gustos ni temperamentos que este imaginativo desenfrenado! Error, pues, doble, si bien del todo excusable, el del excelente crítico de la Ojeada. La inspiración gloriosa, el esplendor metafórico, el nervio saltante e imprevisto de la imagen, fueron el don más fuerte de este poeta, dotado de todos los dones, inclusive, si se quiere, el jocosos, único que se le ha conocido hasta esta revelación de sus poesías inéditas. En todo caso, fue el mayor poeta de nuestro pobre siglo XVIII.

-[338]- -339-

II.- Supervivencia literaria

Dos composiciones -las únicas conocidas hasta ahora en el Ecuador, o más propiamente fragmentos de ellas- han mantenido viva, entre aficionados a antiguallas y curiosidades de literatura, la fama del padre Aguirre. Y tan sólo una de ellas -el ditirámico elogio de Guayaquil, contrastando, en epístola jocosidad, con su burlesca descripción de Quito y de los quiteños- ha bastado a justificar su renombre de versificador fácil y galano, de ingenio burlón y mordaz, respectivamente. Ya entera, ya dividida en dos partes, corre esa epístola en algunas antologías. En cuanto al poema, inconcluso, sobre la vida de San Ignacio, únicamente los eruditos sabían de su existencia, desdeñándolo empero todos como un infausto parto gongórico. Y a esto se ha reducido en su propia patria, por una serie de azares, el conocimiento de un gran poeta, el más estupendamente dotado, a nuestro parecer, de cuantos se levantaron, entre el sopor de larvas del coloniaje, a respirar el aura de las Soledades o a meditar el soliloquio de Segismundo.

En 1861, don Pedro Fermín Cevallos, al publicar en El Iris, periódico literario de Quito, el primer boceto biográfico que dio a conocer la importancia del padre Aguirre como maestro de Filosofía y hombre de varia ciencia, publicó también, por primera vez, las décimas en burla de la capital⁶⁴. Según cuenta don Juan León Mera, enfadáronse los quiteños, cosa rara en quienes, por alarde de libre espíritu, de genialidad

-340-

acerba y mal humor desamorado, fueron siempre, e inicualemente, los primeros, los más encarnizados, en escarnecer la modestia ingenua, la venerable tristeza antigua de su propia tierra, sufrida como si sus males la hubiesen vuelto madre ya indigna de tan buenos hijos...

Esa vez, de casualidad, parece, pues, no haber sido, según Mera, del agrado de todos ver que un compatriota, dándoselas de extraño y como desterrado en Quito, la hubiese puesto en ridículo. Después aprendieron todos, casi de memoria, celebrándolos con mucha risa, esos versos hirientes.

En 1868, Mera citó en su Ojeada unos pocos versos del fragmento del poema sobre San Ignacio, e intercaló en su estudio algunas de las mencionadas décimas: siete, las mejores, de las que alaban a la ciudad natal del poeta, y dos, las más inocentes, de las que se mofan de Quito. El mismo año, pocos meses más tarde, Molestina publicó en su antología de Antigüedades literarias, las mismas siete décimas a Guayaquil. Se abstuvo de publicar las referentes a Quito.

Después, en su Antología de poetas ecuatorianos (1892), Mera dio a luz estas últimas, en número de catorce, omitiendo algunas de las menos «cultas», y añadió a las siete primeras, concernientes a Guayaquil, las tres estrofas de introducción que dan a esa fantasía su carácter epistolar. Esta vez, los quiteños ya no protestaron. El hombre excelente que era don Juan León creyó necesario explicarles que «sin duda, el Padre Aguirre no tuvo otra intención que la de chancearse con el amigo a quien se dirigía», y añadió «que habría sido bueno que no emplease palabras o frases poco o nada cultas en sus chistes».

Suponía el señor Mera que el padre Aguirre había dirigido su epístola «a un poeta quiteño amigo suyo», y lamentaba que no poseyésemos la contestación de éste ni supiésemos su nombre. Molestina, entre otros, -341- creía que éste fue don Juan Larrea, y, a pesar de que vio refutada de antemano tal creencia por el mismo señor Mera -quien le envió gentilmente a Lima los primeros pliegos de la Ojeada antes de que Molestina diese a la imprenta su recolección-, mantuvo su error, y aseguró que las exaltadas décimas por él reproducidas provenían de una correspondencia rimada, sostenida con un poeta que aún no había nacido o estaba, cuando menos, niño por aquella época. Nosotros podemos afirmar en contra de esta suposición, hasta ahora válida, que, tanto el elogio de la ciudad natal como la burla de Quito, que forman una sola pieza, fueron dirigidos por el padre Aguirre a su cuñado y coterráneo don Jerónimo de Mendiola, y no como chanza o juego, sino como desahogo de su nostalgia y queja de «la crueldad de su fortuna»: «Contarte un pesar intento», le dice a su «dichoso paisano» a quien envidia por haberse quedado en el Guayas «a gozar, en dulce calma», de la «ciudad que por su esplendor» es

Entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y hoy del orbe la mejor...

Por lo que hace al poema sobre San Ignacio, ya Espejo, en El nuevo Luciano de Quito, se ríe un poco del enfático y vano afán épico del poeta: «¿Qué laya de pajarotes helicónicos y permésicos había en su tiempo?», le pregunta el insoportable doctor Murillo, al doctor Mera, el de El Luciano, portavoz de Espejo; y éste responde: «Ninguno conocí poeta heroico... Mi maestro Aguirre erró la vocación de epicista (alguna vez emplearé sus términos) cuando pretendió escribir la vida del santo fundador Ignacio... Escribió un pedazo de poema... Nada tiene que divierta sino sus latinismos. Oígalos Vuesa Merced uno por uno: argentado, crinitos, faretrado, ominosos, fatídico. Ahora oiga v. m. para divertirse, muy por sus cabales, una descripción de Monserrate. Va:

-342-

Éste de rocas promontorio adusto
freno es al aire y a los cielos susto,
más que de Giges los ribazos fieros,
organizado horror de los luceros,
cuya excelsa cimera
taladrando la esfera,
nevado escollo en su cerviz incauta,
del celeste Argonauta
teme encallar fogoso el Bucentoro,
que luces sulca en tempestades de oro.

Al erigir su cuello hacia los astros,
cubierto erial de nieves y alabastros,
a Apolo en sus reflejos
de marfil congelado ofrece espejos,
reinando con sosiego
monstruos de nieve en la región del fuego.

Comunero de Jove airado truena,
y de su cima la nevada almena
crinitos fuegos vibra a la esmeralda
del verde simulacro de su falda;
siendo el frontis inmenso,
por lo continuo y denso
del fulgor ominoso que lo inunda,
de ignitas sierpes Libia más fecunda;
aunque el vellón de nieve
que a la escarpada cumbre el valle debe
otra al hielo desata
sierpe espumosa de rizada plata,
que la ira y ardor ciego
la mitiga en carámbanos el fuego,
y al arroyo cansado
en verde catre da su grama al prado,

cuando apenas nacido,
ya lo ve encanecido
con las espumas que sediento bebe
por duros riscos resbalando nieve...

-343-

¿Es todo el poema así? ¿O se destaca este trozo, por su desenfrenado brío, entre otros más sosegados, y fue acaso por esta valentía descabellada por la que Espejo lo citó de preferencia, en corroboración con su designio anticultista?

Cuantos conocieron estos versos le dieron razón a Espejo.

* * *

Así, pues, gongorino furioso ante los eruditos, versificador burlesco y brillante en la opinión común, el padre Aguirre no ha ganado ni perdido hasta hoy en el concepto de sus compatriotas, y su fama de jocoso ha llegado a nosotros en la forma tradicional, sin enmiendas ni añadiduras. En el pequeño Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana (1860), don Pablo de Herrera poco dice, acerca de este poeta, y nada que pueda debérsele al benemérito anticuario como una revelación. Y era fácil suponer, dada su opinión constante -seudoclásica, pacata y pobre en lo relativo a cuanto le pareciera tocado de gongorismo- cuál sería la suya al tratarse de este poeta, reputado por culterano sin remisión. Treinta y cinco años más tarde, en su Antología de prosistas (1895), da, concernientes al padre Aguirre, tan sólo pocas y escuetas notas biográficas.

Mas bien Cevallos, en su mencionado esbozo de 1861, dice: «A juzgarse por los versos de tono jocoso que han llegado a nosotros por la tradición o en manuscritos mal copiados, tenemos que reconocer entre sus dotes una chispa brillante y facundia suma para jugar con el sentido y estructura de las voces». Y si bien advierte por ahí «algunas faltas gramaticales y -344- de retórica, algunos concetti... y una que otra expresión vulgar», parece tenerle en mayor estima que los críticos posteriores.

Fue Mera quien, prematuramente, dio el golpe de gracia al poeta, desde entonces a duras penas sobreviviente: «Pena causa -dice en la Ojeada- ver cómo el Padre Aguirre delira y disparata en los fragmentos de poesía seria que nos ha dejado⁶⁵. Evia no habría escrito de otra manera. Casi no hay diferencia entre los dos paisanos... Ni un paso adelante en el espacio de un siglo. ¡Ni la más ligera señal de restauración por parte del padre Aguirre! ¡Nada! ¡Nada!». Acúsale en especial de no haber sabido reaccionar contra el inveterado culteranismo, y aun de haberlo agravado con su obstinación: «Mal pecado -exclama ingenuamente-; en él ha encontrado nuestro sabio compatriota su castigo, porque además de traerle vituperio, le ha privado del honroso asiento que la posteridad le habría concedido». En cambio, con indulgente simpatía y detención mayor, y desde luego con más conocimiento de causa, Mera estudia su poesía ligera, y le tributa grandes elogios por algunas de las décimas a Guayaquil, no sin advertir

que «se ha propasado» en lo de loar a su «ciudad primorosa», a «este trozo de los cielos», por el cual

si la alta esfera
fuera capaz de desvelos
tuviera sin duda celos.

Mayor «reprobación» le merecen «las huellas de mal gusto que se ven en esos versos».

Molestina, en la breve nota biográfica puesta ante el único fragmento que reproduce de Aguirre en *Antigüedades*, repite, diluyéndolos en su prosa incierta y ramplona, los mismos conceptos. Dice Mera: «Dotado -345- de excelente talento, fue (el Padre Aguirre) uno de los que pudieron ponerse a la cabeza de los poetas ecuatorianos..., mas él mismo cerró los ojos a la luz». Y Molestina: «Adornado de las dotes que caracterizan al poeta, pudo ser uno de los cantores del Parnaso ecuatoriano; pero por desgracia se dejó inficionar muchas veces por el gongorismo y pecó por afectado y extravagante». «Sus obras -añade- están perdidas. Descubriéndolas algún día, quizás hallaremos bellezas de primer orden en quien, si escogió formas de mala ley para expresarse, el dios de la poesía no dejó de serle propicio alguna vez».

Villavicencio, en su *Geografía*, lo califica de poeta festivo. En fin, Menéndez y Pelayo, sin más base que las anteriores para asentar un juicio personal, reproduce también el de Mera, condensándolo no sin rigor: «Conserva -dice- resabios del conceptismo o más bien del equivoquismo de Gerardo Lobo y de Benegasi; y más bien debe ser puesto entre los copleros que entre los poetas formales, aunque tiene gracia descriptiva y no solamente en lo burlesco».

Vemos, pues, que cuantos le han juzgado -sin que fuera parte a un escrúpulo la parvedad de las muestras- le han reconocido, con una especie de condescendencia, «que no carecía -como dice Mera- de buenas dotes para el manejo de la lira». Pero deploran todos que las hubiese echado tan a perder con los tenaces vicios de la escuela. Y poco más o menos concordaron todos en la sentencia de «haber sido el género satírico y jocoso el único que convenía al genio de tal poeta».

... Siéntese, sin embargo, en la afirmación de estos pareceres, la insuficiencia del fundamento, la poca seguridad de la inducción. Y desde luego, eso de alabar los dones del poeta y deplorar su viciado empleo, elogiar al autor y detestar la obra, fue siempre recurso fácil en la perplejidad del juicio literario, sea que la justicia desfalleciera al peso de intenciones y buenos deseos, sea que la balancearan expresiones contradictorias.

-346-

De aquel recurso echa mano Mera con insistencia benevolente. Censor severo y paternal de nuestras letras, en quien la probidad intelectual no era sino el dictado de honestidad de corazón, sintió tal vez, a modo de

remordimiento, la falta de mayores pruebas que le hubiesen permitido, acaso, absolver del todo a poeta de tanto aliento. Veía, sin embargo, que no podía hacer menos que condenarlo, en razón de las que tenía ante sus propios ojos, sagaces, mas no dotados de segunda vista: ¡era su buena índole tan refractaria al énfasis y encrestamiento de los cultistas! Procuró, empero, en gracia de uno que otro verso, de una que otra imagen, rehabilitarlo. Habría querido encontrarlos, así fuese en número más corto, en compañía más recomendable; o hallarlos sueltos, para reconstruir con ellos, a modo de un Cuvier indulgente, todas las obras desaparecidas. Dos o tres estrofas a su entero gusto habríanle bastado para consagrar al poeta que su patriotismo procuraba hallar, como refrigerio a su esperanza retrospectiva, en el erial desolado y mudo de la colonia. Mas, al verlo en brazos del culteranismo, se sintió obligado a declararlo estragado. Se contentará luego con Orozco.

En su busca de compensaciones, en su deseo de darle gloria mejor, llegó tan solo, y a manera de transacción no sin violentar un poco su conciencia cauta de maestro y guía, a conceder en definitiva «que pudo Aguirre sobresalir en el género templado, en aquella poesía blanda, risueña, apacible, semejante a la luz de la mañana...».

-347-

III.- Datos biográficos

Influía en Mera, lo mismo que en los demás, induciéndoles a respeto y admiración, la memoria del magisterio y altas dignidades que honraron la existencia del padre Aguirre.

Numerosos indicios quedan de haber sido, en la oscura colonia y luego en la Italia pontificia y discutidora, hombre de ciencia y de influencia. Pocos americanos de su tiempo y aún de su orden, y acaso ningún ecuatoriano, si exceptuamos al quiteño fray Gaspar de Villarroel, alcanzaron tan señaladas distinciones en Europa. Su mucho saber, y probablemente en más alto grado algún singular ascendiente personal de simpatía y prestigio, le hicieron varón de consulta cerca de los grandes de la Iglesia.

Fue en el destierro, y después de la extinción de la Compañía, donde y cuando su nombre, o lo que pudiéramos llamar su carrera, llegó al apogeo. Pero desde sus comienzos brilló en el mismo Quito colonial y austero, en los venerables claustros de la Universidad de San Gregorio Magno. Aparece en primer lugar como uno de los innovadores de los métodos de enseñanza y de las doctrinas en Filosofía. Aun el terrible Espejo reconoce que «trató con dignidad la metafísica». Mas no fue como quiere don Francisco Campos, el primero en apartarse del aristotelismo escolástico y en instaurar un principio de reforma. Ya el padre Magnin había intentado en 1736 implantar el sistema cartesiano; y el padre Tomás Larraín, de la provincia de Quito, nacido -348- hacia 1703 y «jesuita de mucha doctrina», según Espejo -a cuyo testimonio en este orden de datos hemos de recurrir de preferencia por ser casi el de un contemporáneo y de los mejor informados y más malévolos-, había formulado una serie de cuestiones de Física y de Filosofía para enseñanza en los colegios y universidades,

inspirándose en los sistemas modernos y dando de mano el peripato. Espejo conoció asimismo al «juiciosísimo Padre Aguilar», predecesor del padre Aguirre, maestro del doctor Mera, el del Nuevo Luciano, quien, al asegurar que aquel precursor «trató con alguna solidez la lógica», quiso decir que lo hizo sin las pueriles argucias y paralogismos que antes infestaban la enseñanza. «Luego se siguió -dice ese mismo doctor Mera- mi padre Aguirre y sutilizó más que ninguno había sutilizado hasta entonces...».

No es del caso señalar en este brevísimo estudio hasta qué punto tuvo razón Espejo de llamarle «ergotista pungente y sofisticado». Los curiosos de alguna muestra de tal dialéctica pueden contentarse con la vertida al castellano (¿por el padre Menéndez?) que puso Herrera en su Antología. Aun allí se ve cómo, por entre una exposición todavía enredada en las lianas del silogismo, en la vaguedad de los símbolos ontológicos, bajo el respeto al argumento de autoridad y más fórmulas de la irrompible malla escolástica, corre ya, aligerada de trabas, la intuición de los modernos métodos y del nuevo sentido de la verdad filosófica, de la importancia y trascendencia de la experimentación como criterio regulador. Adivinaba que no era otro el rumbo de la verdadera ciencia.

Trató también la ética. «En sus tratados de Justicia y de Contratos, que nos dictó y yo le oí -dice el doctor Mera, el del Luciano-, tomó por objeto impugnar con acres inectivas al padre Consina. Bien que en esto que escribió no hizo sino, como plagiario, trasladar lo que el Padre Zacarías, y mucho más lo que el padre Zecche escribió acerca del mismo asunto que tomó Aguirre».

-349-

Más inclinado parece haber sido el padre Aguirre a las cuestiones de Física pura, y quizá mejor dotado para ellas que para la especulación. Habiendo estudiado tan sólo por curiosidad y gusto algo de medicina, tanto llegó a saber de ella, que el mismo médico de Clemente XIV le consultaba, según fue fama, muy a menudo.

Para su genio afanoso de novedades y para sus dones de aficionado a las ciencias, ninguna novedad más tentadora que la de recurrir al experimento como piedra de toque o punto de partida de los principios filosóficos. De la física habíase hecho en las aulas «oscura caverna de trampantojos aristotélicos, donde se palpaban las tinieblas y la oscuridad», según el pintoresco decir de Espejo. Aguirre y el Padre Hospital fueron los primeros en practicar hasta donde era dable, en colonia tan remota y pobre, sin aparatos ni libros nuevos, el sistema experimental.

«Divirtieron a las gentes y aturdieron a los religiosos con sus novedades», dice el malicioso civilizador. El espíritu nuevo cundió tan pronto, que «alguno desertó la escuela y aun la ciudad por no oír blasfemias contra Aristóteles».

La impaciencia del padre Aguirre comprometió por un tiempo el éxito. Pero su enseñanza, aunque morigerada por su continuador en ella, el Padre Hospital -quien al sentir de Espejo, «fue mejor sin comparación, pues su juicio trató razonablemente todas las materias que tocó»- dio pie a la reacción intentada luego por el riobambeño padre Muñoz, quien para calmar las conciencias alborotadas volvió al aristotelismo más fatigado e inocuo.

«Cata allí -sardonizó Espejo- restituida la paz a la monarquía peripatética». Y así será hasta finalizar el siglo, hasta el plan de

estudios del obispo Calama (1792) y la organización del nuevo seminario para enseñanza de la filosofía a cargo del padre Rodríguez (1797).

Aunque no fue el primero ni el mejor maestro, pues tanto su predecesor como su continuador fueron -350- varones de mayor peso y cordura, fue Aguirre, quien, con su vehemencia brillante y desenfadada, lanzó más lejos el espíritu de la reforma y se llevó para sí todo el renombre de «injusto desposeedor del pacífico imperio aristotélico».

«Ayudábale -dice Espejo- una imaginación fogosa, un ingenio pronto y sutil». A la verdad, el impulso venía de algún tiempo atrás y de más lejos, pues que provenía del que a su vez habían recibido de Feijóo las Universidades españolas. Si la influencia del padre Aguirre duró tan poco y antes bien provocó la reacción escolástica de Muñoz, debióse sin duda a la excesiva vivacidad de palabra puesta al servicio de la urgente empresa. «Siempre se fue detrás de los sistemas flamantes y detrás de las opiniones acabadas de nacer, sin examen de las más verosímiles: él dijo siempre, en contra del otro discreto, Novitatem, non veritatem amo (gusto de la novedad más que de la verdad)». En opinión de Espejo, contribuyó a ello lo que él llama «el genio guayaquileño», que él estima, a este propósito, «siempre reñido con el seso, y reposo y solidez del entendimiento». «No hay duda -añade- de que influyó muchísimo en el ingenio de este padre, el temperamento guayaquileño, todo calor y todo evaporación». Espejo lleva su parecer hasta generalizar temerariamente que «en Guayaquil no hay juicio alguno».

Exageración aparte (fue en Espejo hábito invencible el de extremar la expresión de sus observaciones, aun de las científicas), la expresión de Espejo refleja sin duda la impresión que debió de producir en sus oyentes, algo sorprendidos, la persona misma del padre Aguirre. De hallarse deservido su verdadero valer por condiciones opacas de carácter o temperamento, o menos bien lucido por cualidades algo más recónditas, no habría salido de una penumbra de medianía a que le relegaba entre los europeos el hecho sólo de ser de América, pese a la igualdad ficticia dentro de los conventos. Debemos representárnoslo ante todo -351-

dotado, por su briosa naturaleza, de aquella personal irradiación de convencimiento y de simpatía que en todas partes le hizo de los primeros. Tal le vemos por el testimonio de quien le conoció de cerca, monseñor Pimienta, arcediano de Tívoli. Desenfadado y ameno, audaz, feliz y brillante, desplegaba con sagacidad el tesoro de su erudición y conquistaba con su abundante facilidad a sus ilustres interlocutores. «Provisto de un talento perspicaz y de una memoria admirable -dice el informe suscrito, en 1816, por el nombrado arcediano-, encantaba a cuantos le escuchaban; se acordaba de cuanto había leído; todos concurrían a admirar su doctrina, y cada uno deseaba estar junto a él para aprender; y él escuchaba con paciencia a todos, aunque estaba siempre ocupado de dar tantos pareceres como fácilmente daba y remitía a Roma».

Fue, sin duda, otorgado este informe a ruego, de algún miembro de la familia u otro interesado. Sólo así se explica que, a los treinta años de fallecido el jesuita ecuatoriano, monseñor Joaquín Pimienta atestigüe en Tívoli -en documento refrendado por su secretario, sellado por notario público y rodeado de otras precauciones para evidencia de su autenticidad- «ser verdaderísimo» cuanto allí se expresa de más encomiástico. «No sólo

lo hemos conocido -dice-, mas aun lo hemos tratado familiarmente en todo el tiempo que permaneció aquí». La aseveración es, pues, bastante digna de fe. Aunque aparejada en forma legal, sólo se reduce a información biográfica, y más que todo a ponderación de sus merecimientos. Sólo abarca el último tercio de su existencia, a partir de la llegada a Ferrara, en 1768; e ilustra más bien la parte moral. Prueba cuán honda y vivaz memoria había dejado de su persona y de su saber este extraordinario «americano de la provincia de Quito en el reino del Perú», como se lo designa ahí. Pablo Herrera conoció este informe; Campos lo reprodujo por entero en su Galería; ha sido, pues, la fuente común, y para los años posteriores la única, de todos sus biógrafos. «Nada sabemos de sus primeros quince -352- años», declara Cevallos. Gutiérrez no conoció el informe del Arcediano.

Datos inéditos relativos a la época anterior al destierro de la Compañía hemos conseguido algunos, pero a la verdad insignificantes. Mas no es difícil recomponer, con las más salientes de las diversas noticias, el trazo entero de la vida de este jesuita.

* * *

Sabido es que Juan Bautista Aguirre nació en Daule, y no propiamente en Guayaquil, el 11 de abril de 1725. Fueron sus padres el capitán don Carlos Aguirre y Ponce de Solís (si bien Herrera dice Francisco Aguirre) y doña Teresa Carbo y Cerezo, ambos nativos de Guayaquil. Vino temprano a Quito, a hacer sus estudios primeros en el Colegio Seminario de San Luis, y a la edad de quince años ingresó a la Compañía, el día mismo en que los cumplía, 11 de abril de 1740. Profesó a la edad de treinta y tres, en 15 de agosto de 1785. Catedrático de Filosofía primeramente, y de Teología moral después, ejerció la influencia que hemos anotado, en la Universidad de San Gregorio Magno. Prefecto de la Congregación de San Javier, y desde 1765 socio consultor del provincial de Quito, padre Manosalvas, brilló en todos esos puestos por su ciencia tanto como por su virtud.

Permaneció en Quito más de treinta años. Años de juventud, fueron sin duda los de más ferviente inspiración poética. Sus estudios ni su cátedra nunca pudieron refrenar su fogosidad de imaginación. De fantasía enfática y elegante, le dio vuelo y auge en la predicación, que tanto se prestaba entonces al ditirambo y al escarceo. De su oratoria tenemos preciosa muestra con la oración fúnebre pronunciada en las exequias del ilustrísimo Juan Nieto Polo del Águila, -353- obispo de Quito. El habersele designado en ocasión tan solemne es indicio de su fama de orador. Aquel ejercicio retórico, bajo el falso ardor del obligado elogio, cobra en él una fibra, un desembarazo, una rapidez, que están ahí delatando su habitual gusto por el pensar figurado, por la antítesis abundante y su facilidad de moverse en la abstracción metafórica. Nada de tanteo ni apocamientos: expresión valiente, algo torturada de conceptismo, pero mantenida recta por la frase corta, acelerada y ferviente. Guarda resabios de la época, pero a veces son de lo mejor, como en este balanceo, entre discreto e ingenuo: «Ello era cosa admirable, ver a nuestro ilustrísimo prelado en lo mejor de su edad, navegando en el mar del siglo, como en un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas en aspecto risueño; mas él, tan superior a su grandeza y a sí mismo, que temía como borrasca la serenidad y como

escollos del sosiego las insignias de la fortuna».

Lástima es que no quede otra muestra de esta prosa, clausulada como para dicha, enfática todavía, aunque poco numerosa; bastante más certera y rápida que la de sus contemporáneos, quienes la envolvían toda en los pliegues del período incómodo y tardío, cuando no la ahogaban toda en las sinuosidades de un pobre y laborioso alambicamiento. En Italia quizá no volvió nunca a predicar, por falta de auditorio español.

Sus tratados de filosofía, escritos como están en latín, sobrepasan doblemente nuestro dominio. Los tres volúmenes de que consta su manuscrito latino, no son sino la parte muerta de su enseñanza.

Ésta derivó, sin duda, su virtud comunicativa de aquella especie de atmósfera como si dijéramos radioactiva que circunda a personas cuyo prestigio, indiscernible y difuso, no puede condensarse en obras inertes.

En el testimonio directo, retransmitido por los que le oyeron, en las noticias de su influjo, que lo -354- comprueban, hemos adivinado cómo obraba aquella. Si el doctor Mera del Nuevo Luciano, en su propósito anticulterano, vio, persistentes en los versos y aun en la enseñanza del padre Aguirre el mal hábito que combatían, no por eso deja Espejo de dar a entender la superior manera con que el fogoso jesuita, orientado hacia lo más moderno, era una fuerza de vida en la apagada colonia.

Veámosle ejerciendo en mayores centros, desde que partió, expulsado con los de su orden, el 20 de agosto de 1767.

Hallábase en Quito (González Suárez dice incidentalmente que en Ambato) el día del extrañamiento. Embarcose en Guayaquil el 3 de octubre del mismo año, en unión de 77 jesuitas más. Llegado a Panamá, al cabo de veinte y cuatro días de navegación a bordo de una mala fragata mercante, llamada Santa Bárbara, no fue la menor de las tribulaciones por las que pasaron los desterrados la muerte del provincial, padre Miguel Manosalvas, natural de Ibarra. Alegando que era el fallecido, puesto que expulsado, reo de Estado, el Gobernador prohibió que doblaran las campanas. Escribióle entonces el padre Aguirre, socio del provincial, «una carta muy discreta», y obtuvo que se permitiese tocar a muerto.

De los jesuitas poetas que iban con él, le cupo hacer en compañía de Orozco y de Andrade la travesía hasta Panamá; y en la de Andrade hasta Cádiz. (Viajaron así juntos el poeta que más tiernamente amó a Quito y el que más lo hirió). Fue de las más penosas la navegación de Cartagena a la isla de Cuba. «Tuvieron recio temporal a la vista de la Jamaica». Dieron fondo en Batabanó, y fueron por tierra a La Habana: «montados en caballos muy ruines, caminando siete leguas de camino montuoso y malo y llegaron con la noche al Bejucal y allí los alojaron». Al padre Aguirre le alojó en su propio palacio el marqués de San Felipe; y, por más cansado y enfermo, lo detuvo allí, mientras sus compañeros, «montados en -355- viles cabalgaduras, entre guardias de dragones», prosiguieron hasta La Habana, «y sin entrar en la ciudad fueron conducidos por la bahía al depósito o cárcel del palacio del Marqués de Oquendo en Regla, donde (el padre Andrade) experimentó con los demás estrecha reclusión, registros rigurosos, guardas y otras vejaciones sin cuento». El padre Aguirre con sus compañeros de Quito, y con otros de la provincia de Lima, partió de La Habana, con rumbo a Cádiz en la fragata merchant Venganza, el 22 de abril de 1768.

De Cádiz fue a Faenza, y de ahí pasó a Rávena, como superior del convento de esa ciudad. Fue nombrado en reemplazo del padre Nieto Polo, aquél a cuyo empeño se debe la primera imprenta llevada por Coronado a la Presidencia de Quito como propiedad de los jesuitas, cuando la expulsión de la orden. El padre Tomás Nieto Polo del Águila había sucedido como provincial al padre Manosalvas, muerta en Panamá, y Aguirre siguió desempeñando en aquel viaje el cargo de socio.

De Rávena pasó a Ferrara. El padre Ricci, tan llorado poco más tarde por los jesuitas del destierro, y en particular por nuestro Viescas, le nombró rector del colegio de esta ciudad. El Arzobispo de la diócesis le nombró luego examinador sinodal.

-356-

El informe del arcediano de Tívoli parte de esta época. «Como sol naciente se manifestó a todos su incomparable doctrina», dice; y aunque la exageración, retórica o de complacencia, de ciertas alabanzas inspire desconfianza, el testimonio es válido en cuanto al resto. Y aun bajando razonablemente el tono del encomio, bien alto queda el fidedigno elogio, como cuando dice: «Diariamente era buscado (el padre Aguirre en Ferrara) por las personas doctas, así eclesiásticas como seculares, para oír su dictamen sobre las dudas que tenían en materias filosóficas, dogmáticas y morales».

Extinguida la Orden de los jesuitas por la bula Dominus ac Redemptor de Clemente XIV (1773), Aguirre anduvo por varios lugares de Italia, hasta que fijó en Roma su residencia, bajo el pontificado de Pío VI. Allí, sea que le precediera la fama adquirida en Ferrara, sea que tuviese desde luego ocasión de mostrar su saber y ejercer su ascendiente personal, ello es que, si hemos de atenernos al citado informe, «los eminentísimos cardenales le buscaban como a teólogo y muchos de éstos se servían de su opinión en las congregaciones del Santo Oficio y de Propaganda Fide: de suerte que para satisfacer a la solicitud de todos, jamás salía de su casa por la mañana».

Cinco años continuos permaneció en Roma. Su salud vino muy a menos, y aconsejaronle cambiar de aires. Fue entonces conducido al castillejo de San Gregorio, en las inmediaciones de Tívoli. Allí, como en todas partes, su trato es buscado y su consejo solicitado. El obispo de la diócesis, monseñor Julián Mateu Natali, lo guardó en palacio como su teólogo. Con entusiasta modestia solía el docto prelado corso repetir los decires de su consultor, y hasta afirmaba que «aprendía más discurrendo una hora con el padre Aguirre, que estudiando un mes». Allí como en Roma, el capítulo de la ciudad, los eclesiásticos y todos, aun los cardenales que moraban en los contornos, gustaban en toda ocasión de provocar el parecer -357- de quien ya, por más de una vez, se había revelado como casuista de los más brillantes, prontos y sutiles, en época que todavía tenía un flaco por esa casta de ingenios. «Los jesuitas españoles, italianos y portugueses -dice el informe- le miraban como a uno de los más doctos de la Compañía en las disputas teológicas y filosóficas, y ocurrían a él y le llamaban para resolver las cuestiones más intrincadas y cedían a su parecer»; resolvía los casos morales «con tanta claridad, que todos quedaban sorprendidos y maravillados».

Fácil es imaginar la manera como este curioso y pulido espíritu, excitado

al contacto de hombres de ciencia y posición ilustre, habrá dado de sí todo su resplandor. Consultando libros de que en América había carecido, tomando de labios de autores vivos nuevas doctrinas e interpretaciones, consultado él mismo como una de las mejores autoridades, su nativa riqueza de ingenio se acrecentaba al par de su probada fama. El mismo padre Zacarías -cuyas ideas había seguido Aguirre en Quito, a punto de habersele acusado, según el Nuevo Luciano, de imitación y plagio al entonces célebre autor- «no cesaba, hallándose en Tívoli, de consultarle las materias más oscuras, y aseguraba públicamente no haber conocido jesuita más docto» que su antiguo secuaz y discípulo.

Monseñor Gregorio Barnaba Chiaramonti, que catorce años después de muerto el padre Aguirre fue elegido Papa y reinó bajo el nombre de Pío VII, tuvo también largo trato con nuestro compatriota. Sucesor del obispo Natali en la sede de Tívoli, continuó distinguiendo, como su predecesor, al padre Aguirre; nombrole asimismo su teólogo consultor, y «a menudo le retenía en su estancia, conferenciando con él largamente». Elevado a la dignidad cardenalicia el futuro papa, le sucedió en la sede tiburtina monseñor Manni. No dejó el padre Aguirre de serle acepto como a los demás: diole este prelado la cátedra de Teología Moral en el Colegio público.

-358-

Reanudó así, al ocaso, la tarea de sus comienzos. Y como de sus primeros años quedó el tratado de Filosofía que aún guarda inédito la biblioteca del Colegio de los jesuitas de Quito, quedó, hoy tal vez ya mezclado al polvo de la antigua Tibur, Un tratado polémico dogmático, fruto de sus colmados años postreros.

Murió en Tívoli, a los sesenta y un años de edad, el 15 de junio de 1786. Fue enterrado en la iglesia de los jesuitas.

La santidad de su vida parece haber sido ejemplar, y en los últimos tiempos, llevada a excesos; encontrósele metido en la carne anciana un tenaz cilicio.

-359-

IV.- Los manuscritos

Según se lee en el informe del arcediano de Tívoli, el padre Aguirre deseaba publicar aquél su Tratado polémico dogmático. Mas sobrevino la grave enfermedad de seis meses que lo llevó al sepulcro.

Texto de su enseñanza en el Colegio de Tívoli, esta obra, de mayor momento, compuesta a lo largo de su vida, y muy especialmente acaso en los años de estudio y consulta que pasó en Roma, antes de venir a convalecer del primer quebranto de su salud, debió de ser un tratado más importante, con mucho, que el que compuso en Quito.

Hemos dicho que éste permanece inédito, en la biblioteca de nuestro Colegio de los jesuitas; escrito en latín, consta de tres tomos: de Lógica, de Physica, de Metaphysica.

Del Tratado polémico dogmático, Cevallos afirma que ninguna copia fue al Ecuador. Tampoco he hallado rastro en otras partes. Ni hubo otro ejemplar quizá que el manuscrito, autógrafo sin duda, que el autor tuvo entre manos antes de morir, cuando deseaba darlo a luz. Si es que aún existe, acaso

yazca ignorado en algún convento de jesuitas, en Italia misma, más probablemente.

A estas dos obras se reducen, sin duda, todos los escritos filosóficos del padre Aguirre.

Del Poema heroico sobre las acciones y vida de San Ignacio, podemos asegurar que quedó inconcluso, no sólo porque Espejo, al hablar de él, no dice -360- sino que Aguirre escribió un «pedazo de poema», mas también porque el poeta mismo advirtió, en nota marginal a un manuscrito de que hablaremos luego, que no lo terminó «por no tener gana ni tiempo».

Molestina cree que no ha quedado de tal poema sino aquella descripción de Monserrate. Y González Suárez expresa -en breve nota al pie de los versos insertos en el Nuevo Luciano de Quito, editado bajo su dirección- que «este fragmento es el único que se conserva del poema de San Ignacio; y por cierto -añade- no hay por qué deplorar que se haya perdido todo lo demás». Alguien me ha aseverado, sin embargo, que el manuscrito del poeta es bastante extenso y que existe en Quito todavía inédito. Acaso este manuscrito, que me ha sido descrito como de la época, sea el mismo que Espejo debió hallar en la biblioteca de los jesuitas, encomendada a su cuidado, después de la expulsión de la orden.

Que este manuscrito, el original sin duda, contenía o contiene algún trozo o trozos más (fuera del transcrito por Espejo como muestra de culteranismo y reproducido por nosotros íntegramente), se desprende de la serie de epítetos por el mismo Espejo citados para excitar la risa, pues no todos están en el trozo aquel.

En cuanto a sus composiciones varias, sólo se han conocido en el Ecuador fragmentos de la mencionada epístola joco-seria, comúnmente publicada en dos partes, la referente a Guayaquil separada de la referente a Quito.

En la tradición oral nos ha llegado apenas uno que otro chiste, resto de algún epigrama desfigurado e incierto.

Y esto ha sido todo. Lo demás hase dado por perdido sin remedio. Creían todos que sus poesías se perdieron inéditas en el destierro; o que se han quedado, acaso, como aquel tratado de polémica dogmática, traspapeladas en algún archivo de los jesuitas, allá -361- en Italia. Sommervogel no trae otros datos. El diccionario inédito de Alcedo no nombra al padre Aguirre.

Pero podemos afirmar que, por lo menos de sus poesías, los autógrafos mismos existieron en el Ecuador. Los vio Juan María Gutiérrez, «en poder de una persona curiosa -como él dice, sin nombrarla- avecindada en Guayaquil». El manuscrito -añade, describiéndolo con alguna precisión- forma un volumen in 4.º, de 140 folios completos, con este título: Versos castellanos, obras juveniles, misceláneas.

¿Fue algún cuaderno de poesías anterior a la expulsión y dejado por el mismo Aguirre en manos de algún pariente o paisano, al pasar por Guayaquil antes de embarcarse? Nos inclinamos a creer que el autor no se lo llevó consigo, tanto más que no tuvo, sin duda, tiempo ni ánimo de preocuparse, entre los azares del imprevisto destierro, de la suerte de «obras juveniles» a las que no daba, seguramente, por su misma condición y estado, mayor importancia. Ni pensó entonces en ellas, probablemente, pues habría preferido no desprenderse de esos manuscritos originales, llenos todavía, según refiere Gutiérrez, de variantes y correcciones, y aun no

sacados en limpio, por lo tanto; pues de estarlo, y de querer dejar la muestra de su ingenio, habría dejado esta supuesta copia, que no los borradores.

¿Se los llevó consigo, y fue devuelto a Guayaquil este cuaderno, único y autógrafo, después de muerto el jesuita? Es lo menos probable: no hay rastro de alguien que lo hubiera recuperado en Tívoli y traído a

Guayaquil.

Sin embargo, un amigo guayaquileño a quien conté en París de mi búsqueda, interesándole a que me ayudara, díjome saber que existe en Guayaquil un expedientillo, hecho a principios del siglo pasado por el doctor Jacinto de Aguirre y Cepeda, posteriormente vicario de esa diócesis, con el objeto de probar su parentesco con el padre Aguirre y obtener, a título -362- de pariente, los originales dejados por el difunto. Obtúvolos, en efecto, a lo que parece, mas se ignora cómo; y la persona a quien debo este dato no sabe qué suerte cupo a los papeles así obtenidos⁶⁷.

El eclesiástico en referencia es acaso el mismo a quien alude Gutiérrez cuando dice que «Pío VI, reconocido a la memoria del profesor guayaquileño, dispensó gracias y recompensas a un sacerdote de la familia Aguirre que residía en Guayaquil y existió hasta por los años de 1826». Si bien Pío VI conoció probablemente, por lo menos de nombre, al padre Aguirre, pues pasó éste en Roma, bajo su pontificado, los cinco años de estudios y de consultas más celebrados en el informe del arcediano, creemos que Gutiérrez incurre en confusión o fue inducido en error, cuando atribuye a este pontífice esas distinciones. Se trata más seguramente de Pío VII, quien, cuando obispo de Tívoli, tuvo a Aguirre a su lado en calidad de teólogo consultor. Fue más bien durante este pontificado (1800-1822) cuando el sacerdote en cuestión pudo proporcionar al antiguo obispo tiburtino, monseñor Barnaba Chiaramonti, la oportunidad de acordarse del compañero a quien «solía retener en su propia cámara en largas conferencias», de las que Aguirre decía, si hemos de dar crédito al informe, «mientras hablo, el obispo me estudia». Salvado este error, los dos datos concuerdan suficientemente.

Fueron estos originales, probablemente, los que vio Gutiérrez «en poder de una persona curiosa vecindada en Guayaquil». «El manuscrito -dice él mismo-, que tiene toda la apariencia de autógrafo, por las variantes y correcciones que en él se notan y que no pueden provenir sino del autor, contiene copias duplicadas de unos mismos versos, composiciones a medio hacer, como por ejemplo un Poema Heroico a San -363- Ignacio de Loyola, en silva, que no quiso concluir el autor».

¿Fue esta misma colección la que Molestina recordaba haber visto en poder de su padre? «Hace más de veinte años -dice en 1868- se proponía mi padre enviar a los editores de la América Poética una colección de copiosos manuscritos que contenían las mejores composiciones del padre Aguirre; pero un amigo a quien se la prestó la ha perdido». Quizá ésta fuese sólo una copia de poesías escogidas: del objeto a que quería hacerle servir se presumiría que fue más bien una selección ya sacada en limpio; no iba el señor Molestina, padre, a mandar al extranjero el original autógrafo, lleno según sabemos, «de variantes y correcciones». Mal pudo ser tan ingenuo que creyese mejor confiar toda esa «colección de copiosos manuscritos» «a los editores» de esa antología, a fin de que ellos,

tenidos por más competentes, pudiesen escoger a su gusto. Las palabras de Gutiérrez, al decir incidentalmente que tenía «a la vista una copia del libro manuscrito», no podrían interpretarse como indicando que su copia fue tomada por él de esa selección, sino del cuaderno original autógrafo, que él describe.

Como quiera que sea, autógrafos y copia, lo uno y lo otro, ha tiempo que se dieron por perdidos y nadie esperaba ya hallarlos. Además, de Mera a nuestros días había aumentado la displicente tendencia mostrada por González Suárez a consolarnos por la desaparición de piezas reputadas de antemano por otras tantas extravagancias gongóricas de la época. «En el fondo -escribió alguien, no ha mucho, hablando de toda nuestra literatura colonial desaparecida-, nada habrán valido esos vestigios literarios, de resonancia sólo en los conventos o en reducido campo de la familia... ¿Irreverencia? -exclama-, no puede haberla con los cachivaches». Felizmente para nosotros, hombre tan inteligente como Gutiérrez no lo pensó así, y no sólo guardó como curiosidad, para entretenimiento suyo, la copia de las -364- poesías del padre Aguirre, sino que en gran parte las publicó, intercalándolas y glosándolas, en uno de sus Estudios biográficos y críticos (Buenos Aires, 1865)68.

* * *

De este libro contadas personas tienen, a lo que supongo, conocimiento, y en el Ecuador puede ser que ninguna. Ignoro, por lo menos, que alguien haya hablado de él. No lo hicieron los que estaban más que nadie llamados a conocerlo y aprovecharlo: Mera y Molestina. Ambos publicaron sus libros, resultado de largo trabajo y alguna investigación, en 1868, y el de Gutiérrez es de 1865. Que no lo conociesen se explica fácilmente: la edición, hecha en Buenos Aires, fue «tirada a corto número de ejemplares», según reza su misma portada. Tal vez no fue puesta en venta ni vino ningún ejemplar a mano de quien nos diese cuenta de su contenido. De conocerlo, ¡con qué placer le hubiese celebrado don Juan León Mera!

Lo que para nosotros vuelve inestimable el trabajo de Gutiérrez no es, a la verdad, su valor como estudio crítico, ni las noticias biográficas -pocas, vagas (que el autor declara haberlas tenido del señor don José J. Olmedo, en carta confidencial escrita de su puño y letra)-, sino el número de composiciones que ahí da a luz por primera, y, hasta la presente, única vez. No están ahí todas, ni están todas enteras. Mas las quince piezas de la antología que ahí aparecen, nos alegraron como imprevista restitución o feliz hallazgo, tanto como nos sorprendieron con inesperadas bellezas. Reproduje entonces, 1917, algunas en mi primer estudio.

-365-

Vaya aquí el párrafo pertinente de la Carta de Olmedo, a que se refiere Gutiérrez. Fechada en Lima, el 2 de agosto de 1846, le dice: «Otro poeta quizá más célebre que éstos (Pedro Peralta y el Padre Delso, limeños) era un padre Aguirre guayaquileño, de la Compañía de Jesús. Se recitan y conservan en la memoria de algunos aficionados, muchos versos de este padre que se distinguió después mucho en Roma. Su memoria duraba allí con mucho aprecio aún en tiempo de Pío VI, que parece fue su discípulo: este Papa, sabiendo que la familia del maestro existía en Guayaquil y que en ella había un eclesiástico, le mandó oficiosamente un título o condecoración con la que yo le conocí ahora veinte años».

Gutiérrez estuvo, sin duda, en Guayaquil, donde un hermano suyo, don Juan Antonio Gutiérrez, ejercía de cónsul de Chile y de la Argentina. Este don Juan Antonio -según me he informado-, después de algunas calamidades, hizo fortuna en Guayaquil, pero la perdió luego; y hasta vio, no sólo turbada su tranquilidad, sino amenazada su seguridad cuando el fusilamiento de Santiago Viola, a quien sin duda pretendió amparar. Don Juan Antonio compartía con este compatriota suyo un mismo odio a Rosas. No fue sólo por manifestaciones nacionalistas de este odio a Rosas por lo que García Moreno le cobró ojeriza al abogado argentino: las había extendido Viola a la política ecuatoriana. Don Juan Antonio murió en Guayaquil el 6 de diciembre del 65, año en que don Juan María publicó su libro sobre los poetas anteriores al siglo XIX. Si don Juan María no sacó él mismo la copia en Guayaquil tantas veces mencionada, se la pudo mandar su hermano. La copia de Gutiérrez es de una sola letra, que me pareció ser la suya propia. ¿O fue quizás el mismo cuaderno autógrafo de Aguirre? Del título: Versos castellanos, obras juveniles, misceláneas, pudiera inferirse que tal vez compuso Aguirre y los coleccionó aparte, versos en latín, y acaso en italiano, como casi todos los poetas compañeros -366- suyos en el destierro. En cuanto a lo de las obras juveniles, no sabemos si lo son todas; tan sólo tres, a lo que parece, son de fecha colegible por el motivo que las inspiró: unas liras en un certamen de la Pichinchense, una elegía a la muerte de Felipe V y otra por el terremoto que afligió a Lima en 1747: tenía, pues, el poeta veinte y dos años a la época de estas dos composiciones, que Gutiérrez no hace sino mentar, como no hace sino glosar la primera, dando de muestra pocas estrofas, extraordinarias de audacia lírica, que harían deplorar particularmente la falta de las demás.

«No es poco caprichoso destino -dice Gutiérrez en 1865, hablando de la suerte de ese manuscrito- venir a ver la luz pública a los ciento veinte años, cuando menos, después de escrito, y en una de las ciudades americanas más apartadas de aquella en donde nació el autor y en donde éste ensayó el talento poético que ha rescatado su nombre del olvido». Rescate por desgracia insuficiente, redención de corta virtud. Deseando nosotros sacarle a nueva luz y por entero, en reparación, más que del silencio, del vano ruido jocoso que acompaña a su nombre en triste supervivencia, nos propusimos hacer lo posible por conseguir una copia, o siquiera alguna noticia, del manuscrito que sirvió a Gutiérrez.

-367-

V.- El hallazgo

Sabiendo que los papeles y la biblioteca del escritor argentino fueron adquiridos por el Gobierno de su país y depositados en la biblioteca del Congreso Nacional, Ventura García Calderón tuvo la amabilidad de escribir por mí a un amigo suyo, el más apropiado a la búsqueda. Recibió en respuesta una carta en la que se le decía lo inútil de la rebusca. «No hallé -le escribe el señor J. Noe- los versos que Gutiérrez dice tuvo en sus manos, y sí solamente los manuscritos de su monografía. En el catálogo especial de la colección Gutiérrez no hay otra indicación orientadora.

¡Vaya usted a saber de quién era ese cuaderno de versos!».

No le dimos entonces por perdido irremediablemente. Mientras tanto nos apresuramos en devolver a los lectores ecuatorianos siquiera las poesías que Gutiérrez tuvo a bien insertar en su parvo estudio.

Al revelarlas, prefirió Gutiérrez entrecortarlas o parafrasearlas: era su derecho; pero con ello nos había privado de estrofas y de poesías enteras, acaso no menos bellas sólo por no haber sido más de su gusto.

* * *

Preciso era no desmayar en la busca del resto. Y con la esperanza de hallarlo, anticipé por lo menos a -368- mis compatriotas ese mi primer descubrimiento de un gran poeta nuestro en el ignorado librito de Gutiérrez.

Éste para nosotros tan preciado libro, hallábase en el inmenso «Fonds Angrand» de la Biblioteca Nacional de París. Di con él por casualidad, buscando otra cosa. Fue, para mí, revelación y asombro lo contenido en esas breves páginas de Gutiérrez sobre nuestro padre Juan Bautista

Aguirre.

Así fue como, en 1917, envié de París a la revista de la Sociedad Jurídico-Literaria, este mismo ensayo que ahora, apenas ampliado en lo tocante al posterior hallazgo, reproduzco aquí. Lo que me anunciaba desde entonces mi presagio, fue por fin logrado. Ese mi primer estudio parcial, entre los pocos lectores de nuestra revista, para mí de grata recordación a lo lejos, no suscitó eco, ni fue acotado por nadie, ni despertó, que yo sepa, la curiosidad de buscar en Guayaquil lo que pudiera allí encontrarse. (Publicar algo en la pequeña revista aquella, equivalía a quedar apenas un poco menos que inédito; esta vez fue, para el poeta resucitado, como un entierro de sus cenizas, sin flores ni coronas). Pero siquiera así, reapareció en letras de molde la revelación de la estupenda «Carta a Lisardo» y de unas cuantas estrofas raras. Ahora va aquí todo lo que he podido hallar.

En febrero de 1937 -a los veinte años de publicado mi estudio sobre el padre Aguirre, basado en las composiciones que traía a luz el ensayo de Gutiérrez- pude, por fin, pasar por Buenos Aires en busca de los originales de que se sirvió el erudito argentino. El archivo de Gutiérrez había sido, en efecto, depositado en la biblioteca del Congreso Nacional argentino. Estaba a cargo del señor Felipe Lavalle. Muy amablemente, este fino caballero se sirvió ayudarme en la búsqueda. Los papeles de Gutiérrez no estaban aún ordenados ni clasificados. Costó trabajo dar con los que buscábamos. Mas la suerte nos fue propicia y recuperamos el pequeño tesoro que parecía perdido.

-369-

Una cuidadosa copia me fue luego remitida a Lima, y el mismo señor Lavalle absolvió dudas mías sobre algunas diferencias entre la copia y el texto de lo anteriormente reproducido por Gutiérrez, quien, por ejemplo, había puesto en su mencionado libro «cama» en vez de «catre», que era el vocablo de su propia copia manuscrita tomada directamente del original.

Sírvame esta ocasión para agradecer públicamente al señor Lavalle por sus cartas y su diligencia.

Del cuaderno autógrafo, que Gutiérrez dice haber tenido en sus manos, tomándolo de manos de un «joven José M. Avilés», según se infiere de un

vago apunte incidental puesto en uno de sus borradores, Gutiérrez dejó sin copiar, como lo anota al final de su copia, un Poema heroico a San Ignacio de Loyola, en silva (aquél que, a su vez, Aguirre no quiso terminar «por falta de gana y tiempo», según propia anotación del poeta en el original que vio Gutiérrez; y del cual Espejo, casi un siglo antes, no se dignó publicar sino aquel fragmento).

Omitió también la copia de unas «Octavas a la muerte de Felipe V, de varios epigramas latinos con la traducción española, de varias composiciones amorosas y de otras sátiras de mera circunstancia».

Lo conservado inédito y lo publicado por Gutiérrez, digno fue de aparecer conjuntamente por entero en nuestra colección de «Clásicos Ecuatorianos» -volumen III-, edición la más completa hasta entonces de las poesías de Aguirre. Confrontada en el archivo de Gutiérrez, ahora ya catalogado, la copia que hice sacar en 1937, a mi paso por Buenos Aires, con la propia primitiva copia de Gutiérrez, proveniente de Guayaquil, los autógrafos, perdidos o no, de Aguirre; quedaron así rescatados en letra de molde.

¿Qué paradero habrán tenido los autógrafos de Aguirre? El antologista argentino se contentó con la -370- copia textual de los mismos, mas no del todo completa, como él mismo lo dice.

Habent sua fata libelli, escribió don Juan María Gutiérrez a propósito de estos papeles. El destino ha querido favorecerme a su turno en mi porfiada búsqueda. La emprendí gustoso en tributo a la tierra natal del poeta y, consiguientemente, al mayor lustre de su mal querida Quito, cuyos antiguos claustros, no tan escasos de luces fueron en la colonia, ya que en su obscuridad prendió tan fogosa esta inteligencia que aún arde.

Ornato y decoro de la «Colección de Clásicos Ecuatorianos», cuyo venerable desfile preside como más antiguo el admirable fray Gaspar de Villarroel, son estas poesías de Aguirre. Inéditas las más, constituyeron, para esta edición oficial, una primicia de inagotable virtud.

(Si mi primer estudio, de hace veinte y cinco años, en la modesta revista quiteña, pasó casi inadvertido, su reproducción hecha por mí, ligeramente ampliada pero textual, en la muy difundida y valiosa Revista de las Indias (1941), de Bogotá, movió ya la curiosidad de un más vasto círculo de lectores, en todo el continente).

Ahora, el mundo de habla hispánica, en su integridad, bien puede ufanarse de esta reaparición de un desconocido que por sí solo se alza a restaurar su gloria de gran poeta -decía yo en el prólogo al dicho volumen III de nuestra colección- (Quito, 1943).

-371-

VI.- Addenda

Dicho prólogo incorporaba sin modificación mi primer ensayo sobre Aguirre, enviado desde París en el año de 1917, a raíz de lo que fue, para mí y para mis compatriotas, la primera revelación: el libro de Juan María Gutiérrez Estudios biográficos y críticos, por cuanto contenía uno acerca de Aguirre, y sobre todo, porque traía insertas algunas poesías inéditas, y estrofas o mención de otras piezas no conocidas por nosotros. La «Carta a Lisardo», venía allí publicada por primera vez.

Entusiasmado yo con esta imprevisible «Carta», me lancé a comentarla y exaltarla. Despaché inmediatamente a Quito la buena nueva. Publicola nuestra Sociedad Jurídico Literaria en su modesta revista.

El libro de Gutiérrez, publicado en Buenos Aires el año 1865, «edición tirada a corto número de ejemplares», según indicación del propio autor, en la portada, era y es, completamente desconocido entre nosotros.

Encontrele en la Bibliothèque Nationale de París. (Fonds Angrand).

La intrepidez juvenil de mi comentario reivindicatorio, sorprendió como una revelación algo insólita.

Y es del caso repetir aquí lo que acabo de expresar.

Con cuánta satisfacción lo ratifico ahora en esta «Biblioteca Ecuatoriana Mínima», a los cuarenta años de haberse extendido en vasto círculo de letrados, -372- aquellas tempranas anticipaciones mías, que resultaron de buen augurio. De 1917 a hoy, son muchos los que ya admiran al antes desprestigiado poeta.

Tras veinte años de reiterados empeños, me fue por fin dable la suerte de poder ir personalmente a buscar en su refugio cuasi ignorado las otras poesías inéditas de Aguirre, las no citadas pero aludidas, o incompletas, en Gutiérrez, y lo más que allí hubiese.

Las dos cartas siguientes, a y de don Felipe Lavalle, director de la Biblioteca del Congreso de Buenos Aires, fijan la fecha del hallazgo y de la copia que el muy amable funcionario argentino se dignó de enviarme a Lima:

Lima, mayo 24, 1937.

Señor doctor don Felipe Lavalle,
Buenos Aires.

Muy señor mío y distinguido amigo:

Me es grato cumplir con el deber de agradecerle por el envío de la copia de las composiciones del padre Juan Bautista Aguirre que reposaban en el Archivo de Juan María Gutiérrez. Buena parte de ellas fueron ya utilizadas por el mismo ilustre polígrafo americanista, en su estudio sobre ese interesante fraile. Algunas hay todavía inéditas.

Abusando de la bondad con que me autoriza a consultarle sobre cualquier duda que pudieran sugerirme esas hojas, no revisadas por usted para ganar tiempo en su envío, me permito preguntarle si es por error de una de las dos copistas que usted ha empleado, por lo que vienen duplicadas algunas composiciones: «A un Zoilo», «A una Rosa», (dos sonetos); y «Descripción -373- del mar de Venus»; en una copia faltan 51 versos que trae la otra: ¿trae ésta todos?

En el soneto «A una Rosa», una dice: «En catre de esmeralda», y la otra: «En cuna de esmeraldas». Tal vez sea catre, porque mas lejos dice el poeta: «en el catre florido de su seno».

Y pregunto esto de la duplicación, porque Gutiérrez advierte que en el libro original y autógrafo había algunas duplicadas y otras truncas.

¿Cree usted, señor Lavalle, que «el libro autógrafo» de que sacó Gutiérrez copia, no está en el Archivo de Gutiérrez? En Guayaquil no se le ha hallado.

De mi estudio, publicado hace años, sobre este fraile, no me acuerdo

bien: lo traeré de Quito y se lo mandaré como primicia del tercer capítulo, que es el que se me quedó por escribir y que ahora saldrá gracias a la amabilidad de usted que me ha procurado el material que me faltaba.

Le anticipo ahora solamente mi agradecimiento; y tengo el agrado le enviarle un ejemplar de mi Montalvo, que usted se digna recordar, y uno de mi Rodó.

Con sentimientos de alta estima, me repito de usted obsecuente amigo y servidor.

Gonzalo Zaldumbide

Buenos Aires, junio 21, 1937.

Señor don Gonzalo Zaldumbide,

Legación del Ecuador - Lima.

Mi distinguido señor y amigo:

Tengo el agrado de acusar recibo de su atenta carta del 24 de mayo último, lamentando muy sinceramente -374- los errores que se han deslizado en las copias que le remití de las composiciones del padre don Juan Bautista Aguirre.

Para mayor claridad, contesto por separado, y en el orden en que las formula, a sus distintas preguntas:

1.- Por error, se han copiado dos veces las composiciones «A un Zoilo» y «Descripción del mar de Venus», que en la recopilación de Gutiérrez no están repetidas.

2.- Esta última composición cuenta en total ciento once versos, y termina: «¡Oh cuánto os ciega vuestro amor, oh cuánto!».

3.- En el soneto «A una Rosa», el manuscrito dice «catre». Se ha corregido con lápiz y en la entrelínea, sin tachar la palabra catre se ha puesto «cuna».- En la transcripción que hace el doctor Gutiérrez en la página 256 de su obra Estudios biográficos y críticos, también dice «cuna».- Yo me inclino a creer que debe mantenerse la palabra catre a pesar del respeto que me merece el doctor Gutiérrez.

4.- Para poder contestar de una manera categórica a su última pregunta, acabo de revisar la totalidad de legajos y manuscritos del Archivo del doctor Gutiérrez. No existe el «libro autógrafo» a que usted se refiere.

Ahora bien, al hacerme yo cargo de la Dirección de la Biblioteca, en el año 1931, faltaba el legajo 33, de los manuscritos del doctor Gutiérrez, que contenía exclusivamente poesía americana y fue retirado en setiembre de 1909 por don Juan de la Cruz Puig, subsecretario entonces del Ministerio de Hacienda, y que estaba preparando su Antología de poetas argentinos, que publicó en 1910, con motivo de nuestro centenario.- Ese legajo no fue nunca devuelto a la Biblioteca y al gestionar yo su devolución en 1931, me -375- encontré con que el señor Puig había fallecido y sus herederos nada sabían de tal documento.- Nada autoriza a afirmar que los autógrafos del padre Aguirre se encontraban en ese legajo, pero tampoco puede negarse que lo estuvieran, pues no se ficharon, en su oportunidad,

las piezas que contenía.

He recibido sus libros Rodó y Montalvo; estoy particularmente reconocido de su atención. Terminé recién la lectura del último, obra de singulares méritos como expresión literaria y como reconstrucción biográfica. Admira la finura de su percepción para contar lo inmaterial, calidad que le permite trazar el retrato del prócer con rasgos tan definidos que al mismo tiempo que dibujan su figura la revisten de su contenido espiritual.

Yo le felicito muy cordialmente y me anticipo un nuevo placer con la lectura de su Rodó.

Aprovecho esta oportunidad para reiterarle la expresión de mi más alta estima.

Felipe Lavalle

La copia a que se refieren estas cartas, fue, además, la primera que se sacara de la tomada por Gutiérrez, del original.

* * *

Hallábame, pues, desde 1937 en posesión de todas las poesías encontrables de Aguirre.

Para publicarlas en forma condigna, hube de esperar largamente una ocasión apropiada a tal primicia. Asomé por fin esta oportunidad al cabo de cinco años, cuando cuajó definitivamente la decisión de publicar en Quito una colección de nuestros clásicos, es -376- decir escritores antiguos, con la respectiva selección de sus mejores páginas.

El primero de esta serie, tenía que ser fray Gaspar de Villarroel (siglo XVII). Al padre Aguirre (siglo XVIII) le tocaba el turno en el volumen III. Compúselos ambos con toda mi dilección, ya antigua, por ambos. Y así fue como llegó el esperado tiempo de dar a luz, por primera vez, la preciada copia de las poesías de Aguirre.

De Bogotá, donde me hallaba en servicio diplomático, envié a Quito mi doble colaboración, que había de imprimirse a cuidado del «Instituto Cultural Ecuatoriano», recién fundado con ese nombre durante la presidencia del doctor Carlos Arroyo del Río.

A principios de 1943, salieron pues a circulación, primero el Villarroel, luego el Aguirre. Y pronto se agotaron los dos volúmenes.

* * *

En el curso de ese año, había sido impreso en Buenos Aires (octubre de 1943) un trabajo del señor Emilio Carilla, profesor argentino, bajo el título de Un olvidado poeta colonial.

¡Feliz aparición en dos centros distantes y distintos, Quito y Buenos Aires, de una obra silenciada durante más de cien años!

Estas dos apariciones, así fuera meramente casual su contemporaneidad, provenían de la misma fuente: la copia de Gutiérrez.

Una y otra edición reproducían, igualmente completas, lo consignado en la copia primigenia. Traían -377- pues lo en ella inédito, más lo ya publicado por Gutiérrez en su Ensayo, y lo antes conocido. Variaban solamente por lo fundamental: la apreciación de calidad en esas poesías. Pero esa doble y casi simultánea aparición constituía un hecho digno de

nota en nuestra olvidadiza América.

El estudio del profesor Carilla venía en pulcro folleto in-octavo menor. Contiene: 4 páginas de introducción, 2 de biografía, 10 de clasificación de las poesías de Aguirre bajo los rubros de Gongorismo y de Calderonismo, 2 de indicaciones de otras influencias, y 1 de resumen. Total 19 páginas, más 4 de prolijas notas bibliográficas. Seguido el todo, en apéndice, de lo que más importaba a su objeto: las poesías completas de Aguirre, que alcanzan ahí a 41 páginas, repartidas en sonetos, poemas, poesías diversas y versos satíricos.

Es, como se ve, la obra de un docto.

«Incluyo aquí -dice el doctor Carilla-, todas las composiciones que copió Juan María Gutiérrez del manuscrito del Ecuador» y añade: «Varias se imprimen por primera vez».

Esto de «primera vez» era sin duda exacto para Buenos Aires. No lo era para Quito, donde aparecieron antes.

El doctor Carilla las da como revelación de primera mano. Menciona, sin embargo, y muy comedidamente, que, «en 1918 publicó Gonzalo Zaldumbide una apreciación sobre la obra de Aguirre, basado en las poesías contenidas en los Estudios biográficos y críticos de Gutiérrez». No menciona que Zaldumbide fue sin duda alguna el primero en dar con el paradero de la copia tomada por Gutiérrez en Guayaquil.

Si el profesor Carilla, domiciliado en Buenos Aires, acudió, como es lógico suponerlo, a la Biblioteca del Congreso Nacional Argentino -a sacar, a su vez, copia de la copia de Gutiérrez, para la publicación de -378- su trabajo Un poeta olvidado-, debió de haber hallado rastro de mi paso por el Archivo de Gutiérrez, y anotación de la orden dada por su Director de que se sacase para uso y conocimiento del solicitante la copia que de ahí me fue remitida en 1937.

Alguien había habido pues, que parecía no haber olvidado a su «olvidado poeta».

Tal vez el señor Carilla no conoció sino de referencia el estudio mío, que él cita como publicado en 1918: ¡era de tan escasa circulación, de tan difícil acceso aquella revista quiteña! Pero fácilmente pudo estar a su alcance la reproducción que hice del mismo en la Revista de Indias, de Bogotá, magnífica revista que se repartía profusamente en toda la América. Lo reproduje precisamente en 1941 como preanuncio de la ya segura publicación en Quito de nuestros «Clásicos Ecuatorianos».

El primer volumen de esta colección traía en la portada, el anuncio de la próxima publicación del tercero, el Aguirre, que efectivamente entró en circulación ese mismo año. «Imprenta del Ministerio de Gobierno, Quito, 1943. Ediciones de la Comisión de Propaganda Cultural».

En él aparecieron todas las poesías de la copia que obtuve a mi paso por Buenos Aires y que me fue enviada seis años antes que sacase la suya el señor Carilla.

Cuestioncilla intrascendente, esta de fechas.

El opúsculo del señor Carilla, había sido impreso en ese mismo año. («Este trabajo se terminó de imprimir el 28 de octubre de 1943 en la Imprenta de la Universidad», dice la fe editorial de Bajel S. A., Buenos Aires).

Pero hay algo más.

¿A qué alude en este caso la advertencia que el señor Carilla hace en su

opúsculo? Dice así: «Cualquier -379- estudio que se propusiera rehabilitar a Juan Bautista Aguirre tiene que apoyarse indudablemente en lo que Gutiérrez ha recogido y comentado. Así ha sucedido con el estudio del crítico ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, conocido entre nosotros por el trabajo acerca de José Enrique Rodó. Quiero decir con esto que los méritos en el conocimiento de Aguirre corresponden exclusivamente al crítico argentino, aunque Isaac J. Barrera diga -realzando la labor de Zaldumbide- que la obra de Gutiérrez era "de escasa circulación en América y completamente desconocida en el Ecuador"». Y a renglón seguido el señor Carilla añade: «Aun reconociendo su rareza, los Estudios sirven de ayuda a modernos historiadores de la literatura americana, como lo demuestran Alfredo Coester y Bernardo Moses. Zaldumbide ha hecho conocer este ingenio colonial a sus compatriotas, pero es necesario conservar a Juan María Gutiérrez el fruto de sus afanes. Estas páginas tienen tal misión».

¿Qué otra cosa habían hecho mis publicaciones anteriores a la suya? Si la del señor Carilla no tenía otro objeto que éste, habría estado de más su celo. Ya habría sido llenado, por este su servidor, desde 1917, tal deseo, muy obvio.

Todas mis publicaciones al respecto fueron siempre de explícito homenaje al favor que Gutiérrez nos hizo a todos. Y si el señor Carilla no las vio todas, bien pudo comprobarlo hasta por el título conservado a mi ensayo en el libro Cuatro grandes clásicos americanos con que la propia Academia Argentina de Letras me honró al editar en Buenos Aires mi estudio sobre Aguirre junto con otros tres, todos ya antiguos, incorporándolos a su «Serie de Estudios Académicos». Desde antes la ilustre Academia Argentina me había honrado con hacerme miembro correspondiente de ella; de modo que, si bien me halagaba el ser conocido por el señor Carilla como autor de un Rodó, según lo expresa en su opúsculo, más me habría halagado que conociese, desde que se publicó en 1918 y en 1941 y a principios del 43, mi estudio titulado -380- precisamente «El mejor poeta de nuestro siglo XVIII hallado en el archivo de Juan María Gutiérrez».

Y viene luego lo único importante:

Cuando dice que «en 1918 publicó Gonzalo Zaldumbide una apreciación sobre la obra de Aguirre», no dice qué clase de apreciación era aquélla, si igual a la que de Aguirre venían haciendo todos hasta entonces, o si lo redimía ya del error en que, por ignorancia involuntaria del resto, se lo tenía sumido en el triste papel de jocoso.

Pero si algún mérito había en esa apreciación, era, no sólo el de pagar el tributo debido a Gutiérrez, sino el de alzar a mayores el estro del poeta, someramente estudiado por él en 1865.

Y aquí está, acaso, aunque tácita, la disidencia con el docto profesor de literatura, señor Carilla, que dictamina su convicción en estos términos: «De lo dicho se desprende que no fue el padre Aguirre un gran poeta, ni fundó con su obra un estilo nuevo. Fue, sí, un buen poeta, nada despreciable si se le compara con los pocos que brillan en el siglo XVIII americano y que tuvieron más nombre».

Dice también: «Difícil es encontrar en su obra el acento personal bajo el peso de tantos nombres abrumadores» (los que enumera de entre los que cree ejercieron influencia en Aguirre).

Concede sin embargo, que «no se le puede negar, junto a la capacidad de

asimilación y a la habilidad con que imita los más variados estilos, gusto refinado y espíritu sensible y con frecuencia aciertos expresivos». En su página de Resumen, el señor Carilla recalca: «después de ver cómo reúnen en el padre Aguirre tantas corrientes, la rehabilitación no puede pretender para él ni grandes títulos ni elogios desmesurados; puede, sí, aspirar a que su obra se conozca y estime».

-381-

Mil perdones por haberme excedido... Me respalda una opinión muy más autorizada que la del señor profesor Carilla, la de nuestro sabio humanista padre Aurelio Espinosa Pólit: en nota bibliográfica puesta al final del volumen III de nuestra colección de «Clásicos Ecuatorianos», decía así: «Ha logrado el señor Gonzalo Zaldumbide la dicha y honra más grande a que puede aspirar un crítico: ha descubierto en el cielo de nuestra Colonia el astro de genuina magnitud y brillantez, por el que, el Ecuador, cobra desde hoy derecho para figurar honrosamente en la literatura colonial americana. Con esta edición primera, aunque toda vía fragmentaria de las poesías del jesuita dauleño, queda asentado que, entre los muchos versificadores de la antigua Presidencia de Quito, surgió por lo menos un poeta, un gran poeta: Aguirre».

* * *

Trabajo de erudito el del profesor Carilla; muestra que, en su formación mental de scholar, puede más el profesor que el catador. Prueba suficientemente que él sabe de su materia mucho más de lo que apunta en su opúsculo un tanto apresurado. Pero, y precisamente, su parvo estudio deja en el tintero mucho de su notorio saber de maestro. Parece haberse dado alguna prisa.

¿A qué tanta prisa? ¿Temía acaso perder la ansiada prioridad si se le adelantaba la publicación en Quito de todo lo que él iba a dar como inédito en las poesías del padre Aguirre? Doy por hecho que él ignorase hallarse por lo menos ya en camino a Buenos Aires el III tomo de la Colección Ecuatoriana. ¿No le llegó antes ni el primer tomo que anunciaba ya la salida próxima del Aguirre?

Mas ¿qué vale la prioridad en obra que no era de creación personal, de él ni mía, sino divulgación de -382- una recóndita copia, sacada ya en copia por otro, y de la misma fuente?

La prioridad que sí reclamo es la de aquella «apreciación» reivindicatoria, cuyo tenor me atrevo a mantener vigente a pesar de la amonestación del señor Carilla. Pareciome, sigue pareciéndome Aguirre «gran poeta».

Y no por patriotismo, que sería mal entenderlo. ¡Hay tantas glorias patrias consagradas que reputo falsas, o falseadas, o endeables! Es que hallé en Aguirre el quid divinum, así aparezca estragado por vicios de época o de gusto. Hay un son que no engaña, y que perdura. Lo que quizá haga falta es saber oírlo, o lograr percibirlo.

No hacen falta razones escolares, o doctorales.

El denso aunque rápido trabajo del profesor Carilla le da tal vez la razón, pero le ha privado del júbilo incoercible de sentir aquella poesía. Meritorio es su trabajo, y tal vez lo tenga ya desarrollado en otros suyos, dignos de estima por ser suyos; no los conozco aún; serían bienvenidos.

Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos
anteriores al siglo XIX⁶⁹
por Juan María Gutiérrez

(Edición tirada a un corto número de ejemplares, Tomo I, Buenos Aires,
1865)

Las escasas noticias que podemos comunicar acerca de la persona de este poeta ecuatoriano, las hemos deducido leyendo sus composiciones, que existían manuscritas, no hace muchos años, en poder de una persona curiosa vecindada en Guayaquil. El manuscrito, que tiene toda la apariencia de un autógrafo, por las variantes y correcciones que en él se notan y que no pueden provenir sino del autor mismo, forma un volumen in 4.º de 140 folios completos, con este título: Versos castellanos, obras juveniles, misceláneas. Hay en esta colección copias duplicadas de unos mismos versos, y composiciones a medio hacer, como por ejemplo un Poema heroico a San Ignacio de Loyola, en silva, que no quiso concluir el autor, según consta de una nota marginal, por «no tener gana ni tiempo». Ambas razones son poderosas y muy en armonía con el carácter franco y despreocupado que el P. Aguirre descubre en sus escritos ligeros.

No sabemos si se habla o no de este poeta en un Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana, que solo conocemos por el título, publicado en Quito por el Dr. D. Pablo Herrera, en el año 1860.

El autor de la Geografía del Ecuador, Dr. D. Manuel Villavicencio en una breve reseña que hace de los escritores antiguos y modernos de aquel país, califica de festivo al poeta que es objeto de la presente noticia.

El P. Juan Bautista Aguirre, nació en la ciudad de Guayaquil, cuna de Dávila, de Rocafuerte, de Olmedo y de otros hombres célebres por sus talentos y producciones literarias. Destinado desde niño a la carrera de las letras, envióle su familia a Quito, cuya universidad y colegios -388- se hallaban bajo la dirección exclusiva de la Compañía de Jesús. Durante los estudios que allí hizo tuvo por Rector al R. P. Pedro Tobar, según se infiere de una nota al pie de una de sus composiciones poéticas. Al término de sus tareas de estudiante, trocó la beca por el hábito, y sentó plaza para toda su vida en la activa milicia de San Ignacio. Parece que en ella desempeñó el empleo de maestro de filosofía, mostrándose en sus lecciones partidario de doctrinas en armonía con el siglo dieciocho en que vivía, en cuanto le era permitido como miembro de un cuerpo que no se señala como innovador en materia de principios filosóficos.

Una sola fecha nos suministra el libro manuscrito del P. Aguirre. Hallamos en él una elegía a la muerte de Felipe V, y otra motivada por el temblor de tierra que por entonces consternó a los habitantes de la Capital del

Perú (año 1746). Veinte años más tarde, en 1767, el poeta ecuatoriano descendía las aguas del Guayas con muchos otros de sus compañeros, en cumplimiento de las órdenes que expulsaban, de todos los dominios de España, a los miembros de la Compañía de Jesús. El P. Aguirre, se asiló en Roma, como tantos otros jesuitas americanos, y allí buscó su subsistencia dando lecciones de las ciencias que le eran familiares. Aun hay quien crea que fue maestro del personaje conocido entre los Pontífices con el título de Pío VI, quien, reconocido a la memoria del profesor guayaquileño, dispensó gracias y recompensas a un sacerdote de la familia Aguirre que residía en Guayaquil y existió hasta por los años de 1826.

La inclinación a versificar debió ser poderosa y temprana en el P. Aguirre; y como se deduce del título mismo in extenso de su colección manuscrita, tan dóciles le fueron los endecasílabos castellanos, como los exámetros latinos. Es esta inclinación muy propia de la juventud, especialmente en aquella que se educa empapándose en las letras antiguas y en las humanidades. Pero en el P. -389- Aguirre pudo influir también el estímulo del ejemplo en su propia casa, pues debían llegarle a la mano con frecuencia, tentándole a la gloria por el camino del parnaso, las Flores Poéticas impresas en Madrid en 1767, cultivadas y reunidas por el maestro Jacinto de Evia. Su entonación es digna del libro por excelencia, de la Biblia, en cuyas páginas, bebe de preferencia, sus pensamientos e imágenes, ya cante «La Caída de Luzbel», ya se eche a soñar por las regiones del Apocalipsis, pintando a la reina de los ángeles, en un canto místico simbólico a la «Concepción de Nuestra Señora», con el ardiente pincel del inspirado de Patmos.

Es lástima que estas dos composiciones, valientemente delineadas, rayen con frecuencia en una especie de majestad enfática que las desluce. A veces la robustez de la dicción no anda a la par con la dignidad del pensamiento, y el verso desmaya en ocasiones en que debiera sonar tanto más lleno cuanto es más encumbrado el asunto, o más audaz la imagen. Disgusta también en estas composiciones el encontrar asociadas las figuras del antiguo testamento con los mitos del paganismo; confundidos en uno el infierno católico y el Báratro, Luzbel y Faetón. Pero estos defectos más son del tiempo en que escribía Aguirre que de su juicio propio: cedía al torrente de las usanzas de su época, y mientras en su conciencia y en su corazón no daba cabida sino al amor a un Dios único, acariciaba en su imaginación a todos los de la antigüedad, presentados con aspectos tan halagüeños por los poetas antiguos.

El título de la composición «La rebelión y caída de Luzbel y de sus secuaces» deja esperar un largo poema; pero el autor ha limitado tan vasto asunto a las dimensiones de un cuadro reducido, cuyas figuras, aparecen rápidamente para dar una lección de escarmiento a aquellos que, por orgullo, se condenan a aposentar durante toda la vida el infierno en sus corazones. Luzbel coronado -390- de estrellas, vestido de resplandores, perfecto en todo, esclarecido entre los querubines sus iguales, enorgullecióse al contemplarse en tanta altura, colmado de tantas perfecciones y dejose arrebatar de la ingratitud y la envidia. En las primeras estrofas, se promete ahogar al sol dentro de su misma cuna, trastornar el orden del universo, convertir los astros en pavesas, y continúa en las siguientes con la valentía de versificación que va a

verse...

Falsear haré con ira fulminante
Del alto cielo, en un vaivén ruidoso,
La azul muralla, y subiré triunfante
A ser señor del reino luminoso:
Si son estorbo a mi ímpetu arrogante
Aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
Haré que sientan mi furor violento
El mar, la tierra, el aire, el firmamento.

Igual a Dios seré, pues se dilata
Mi poder tanto, y sellaré mi huella
Donde el ártico polo en hielos ata
Al Aquilón, perezas de su estrella.
Dijo y al punto en iras se desata
de celestes Barzones tropa bella,
Que marchando con brava bizarría
Luz, por guerrero polvo, daba al día.

[...]

Con rabia extraña, con coraje horrendo
De Lucifer los lúgubres pendones,
Seguían, de sombras su escuadrón vistiendo,
prófugos de la luz, ciegos dragones;
Con tal soberbia, confusión y estruendo
Marchaban estos hórridos campeones,
Que del antro al cenit el polo helado
Tembló confuso, palpité turbado.

[...]

-391-

Del testamento sobre el monte ardiente
Luzbel estaba respirando saña,
Dos hogueras por ojos, y por frente
Negra noche, que en sierpes enmaraña:
Altivo aturde al mundo fieramente,
Este bastardo horror de la montaña,
Pues trueno el silbo, el eco terremoto,
Confunde al orbe en hórrido alboroto.

El divino Miguel spiritoso,
Que fiel se opone al ángel atrevido,
Las rubias hebras apremió garboso
Al yelmo de oro en soles guarnecido;
Y al encuentro primero pavoroso,
Al caos le arroja, donde el fermentido,
De espirante tizón eterna llama,
Blasfemo trueno y corajudo brama.

No tan furioso nubes despedaza
el sulfúreo turbión, no tan violenta
Con ráfagas de luz montes arrasa
Del huracán la rápida tormenta,
Como arrojado de la eterna casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
Que, en humo envuelto y en furor eterno,
de espíritus de luz ondeó un infierno.

[...]

¿Viste nocturna llama presurosa
Encendida ilusión, que en propio vuelo
Rasgo de luz, exhalación hermosa
con brillante destello argenta al cielo;
Y que al correr la esfera luminosa,
Desliz lucido, con fogoso anhelo,
Tan presto acaba luces y carrera
Que no mira lo que es sino lo que era?

Así Luzbel, planeta rutilante,
Que a la madre de amor dio lucimiento,
-392-
Lucero hermoso entre ángeles brillante,
Del sol envidia, de beldad portento;
Fanal celeste que intentó arrogante
Establecer al aquilón su asiento,
Fue en el estado de su luz primera,
llama que pasa, exhalación ligera.

Esta composición de la cual hemos suprimido algunas octavas, no es inferior en nada a alguna de las que reimprimen aun los españoles,

pertenecientes a sus poetas antiguos. El autor de la «Caída de Luzbel», no puede temer el paralelo con el Maestro José de Valdivieso, ni con D. Alfonso de Acevedo, recientemente rejuvenecidos por el distinguido literato D. Cayetano Rossel, en el tomo segundo de los Poemas épicos publicado en la colección de autores españoles del tipógrafo Rivadeneira. Ni por el asunto, ni por el lenguaje, ni por la nobleza de las ideas, ni siquiera por la fantasía (aparte la extensión) superan en nada «La Muerte del Patriarca San José» y «La Creación del Mundo», a la «Rebelión de Luzbel» del poeta sudamericano.

El capítulo XII del Apocalipsis le inspira un canto, en octavas también como el anterior, a «la Concepción de María». La madre coronada de estrellas, amenazada por el Dragón de siete fauces, a quien debelan los batallones de espíritus angélicos, es la tela sobre la cual la valiente imaginación de nuestro poeta ha bordado un cuadro cuajado de piedras preciosas que reflejan luz hasta ofuscar la vista. Pero en esta producción, a causa, probablemente, de lo levantado del asunto, ha incurrido el autor en los vicios de la ponderación, y de la oscuridad metafórica de la escuela que predominaba en sus días. El espíritu de «las Soledades» se ha apoderado de la ardiente imaginación del hijo del Ecuador, sin poderse desasir de él, y sin -393- que acierten a velarle las reminiscencias de mejores modelos. Vémosle solicitado, por decirlo así, por dos fuerzas: la una le lleva a la corriente del culteranismo, la otra tiende a retenerlo en la esfera racional y templada que le ofrecen los modelos de la antigüedad, representados dignamente, en el estilo y en las formas, por el creador de la Jerusalem libertada. En esta lucha no hay sino una victoria a medias, una especie de transacción en que se mezclan las calidades de ambas escuelas, como puede notarse por la siguiente invocación que nos parece digna de ser conocida:

¡Oh musa, oh tú, que en la canora fuente
Por desdenes frondosos del Parnaso,
En giros de zafir das a tu frente
Cercos de estrellas, si al coturno lazo:
Tú que calzas la luna, y al rugiente
Dragón oprimes al primero paso,
Inspírame, será mi dulce canto
Del Erebo terror, del cielo encanto!

Ahora vamos a ver como reúne el P. Aguirre en una misma composición, las galas poéticas y las lecciones de ética; la razón y el sentimiento; la originalidad de su propia inspiración y la seductora influencia de las formas de Calderón de la Barca. Los versos que vamos a leer trascienden en su idea fundamental a moral escolástica, aguda, ingeniosa, sutilísima. Pero envuelta en la amenidad de las flores de una rica y seria poesía, imprime con su ritmo una lección sana para el ánimo, que conforta y levanta. Así es como el arte ennoblece nuestro ser y le aconseja

encantándole.

Carta a Lisardo persuadiéndole que todo lo nacido muere dos veces para acertar a morir una.

¡Ay, Lisardo querido!
Si feliz muerte conseguir esperas,
Es justo que advertido,
-394-
Pues naciste una vez, dos veces mueras.
Así las plantas, brutos y aves lo hacen,
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre catres de armiño
Tarde y mañana la azucena yace,
Si una vez al cariño
Del aura suave su verdor renace:
¡Ay flor marchita! ¡ay azucena triste!
Dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida a la mañana
Antes que el sol su bello nácar rompa,
Muere la rosa, vana
Estrella de carmín, fragante pompa,
Y a la noche otra vez: ¡dos veces muerta!
¡Oh, incierta vida en tanta muerte cierta!

En poca agua muriendo
Nace el arroyo, y ya soberbio río
Corre al mar con estruendo,
En el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal triste, arroyo sin fortuna!
Muerto dos veces, porque vivas una.

En sepulcro suave,
Que el nido forma con vistoso halago,
Nace difunta el ave
Que del plomo es después fatal estrago:
Vive una vez y muere dos. ¡Oh suerte!
Para una vida duplicada muerte!

Pálida y sin colores
La fruta, de temor, difunta nace,
Temiendo los rigores
Del Noto que después vil la deshace:

¡Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
Una vez naces y dos veces mueres.

-395-

Muerto nace el valiente
Oso que vientos calza y sombras viste,
A quien despierta ardiente
La madre, y otra vez no se resiste
A morir; y entre muertes dos naciendo,
Vive una vez y dos se ve muriendo.

Muerto en el monte el pino,
Sulca el Ponto con alas, bajel o ave,
Y la vela de lino
Con que vuela el batel altivo y grave
Es vela de morir: dos veces yace
Quien monte alado muere y pino nace.

Así el pino, montaña
Con alas, que del mar al cielo sube;
El río que el mar baña;
El ave que es con plumas vital nube;
La que marchita nace flor del campo,
Púrpura vegetal, florido ampo:

Todo clama ¡oh Lisardo!
Que quien nace una vez dos veces muera;
Y así joven gallardo,
En río, en flor, en ave, considera,
Que, dudando quizá de su fortuna,
Mueren dos veces porque acierten una.

Y pues tan importante
Es acertar en la última partida,
Pues penden de este instante
Perpetua muerte o sempiterna vida,
Ahora, o Lizardo; que el peligro adviertes,
Muere dos veces porque alguna aciertes.

El P. Aguirre cantó también de amores profanos, como muchos otros

sacerdotes, que no por esto han desmerecido en el concepto de honestos y religiosos. Es verdad -396- que tuvo la precaución de advertir en una nota, que si escribía versos eróticos, era por pura diversión y ejercicio, y que debían considerarse (añade con gracia) como requiebros inocentes de D. Quijote a la impalpable Dulcinea. No hay tampoco que fiar en los títulos de esas composiciones, porque quien llevado por ellos creyera encontrar pábulo a la pasión, podría muy bien sacar por única cosecha una amonestación o un desengaño. Tal acontece con unas hermosas y bien redondeadas octavas que tienen por objeto describir al «mar de Venus». Sus aguas no bañan las márgenes de aquella isla que los versos de Camoens pintan con tanta voluptuosidad, y que la Diosa hija de las espumas, dispuso y pobló con seductoras ninfas para solaz de los esforzados lusitanos que peregrinaban por un océano «nunca de antes navegalo». El mar de la Venus del jesuita ecuatoriano, es un lago de martirio en donde reman, atados a cadenas de espinosas flores, los esclavos de aquella deidad y de su traviesísimo hijo, diestro en ardidés como en el manejo del arco.

¡Oh cuántos necios el mentido halago
De este mar enamora sin sosiego!
¡Y, mariposas de su mismo estrago,
La muerte beben en un dulce fuego!
¡Oh cuántas naves, de este obscuro lago
Despojos fueron al impulso ciego,
Revelando su ruina a las orillas,
Sangrientos trozos de deshechas quillas!

[...]

En esta, pues, galera de Cupido
Se miran muchos del amor forzados,
Que en dulce llanto y apacible ruido
Gimen al remo, de una flecha atados;
Y del numen rapaz, terror de Gnido,
Siendo azote su cuerda, amenazados,
Con eco alterno, con clamor profundo,
Juran a Venus por deidad del mundo.

[...]

-397-

A estos cautivos cada ninfa ingrata,
Circe hechicera, brinda dulcemente
En manos de cristal prisión de plata,
Y en labios de carmín ponzoña ardiente;

Cadena de oro con que amor los ata
Es el pelo, desdén de ofir luciente,
Que en las costas de amor de estas sirenas
Son causa hermosa de un Argel de penas.

Difícil era que un hijo de Guayaquil no cantara por sí, o como apoderado de algún amigo sensible, la hermosura de los ojos de sus celebradas compatriotas. Pero, la composición que consagra a este objeto, no participa del fuego de aquellas pupilas abiertas al resplandor del día de los trópicos. El ingenio del poeta se aviva y se aguza ante ellas; pero su corazón no se resiente de las impresiones que ha recibido su cabeza, la cual conserva entera libertad para jugar, alegre y desembarazada, con los ojos de la mujer como con dos niños inocentes. Admira, comprende la gracia y el poder de esas estrellas, de esos ángeles, de esos espíritus réprobos, que son y no son como el fuego, como el agua, como la muerte, según sus propias expresiones; pero no se deja cautivar, ni seducir, ni atraer siquiera por el imán irresistible de la mirada de «los ojos hermosos». Para el poeta el alma no se asoma a ellos; ni son el reflejo de la sinceridad de los afectos escondidos; ni espejos fieles sobre cuya tersura se retrata el carácter. Aguirre no descubre en ese rasgo animado de la fisonomía femenina, más que el órgano de la vista, y el lazo en que caen, al poder de la astucia y la gracia, las aficiones puramente sensuales. El moralista, no se muestra con esto, ni filósofo ni poeta, ni tan generoso de espíritu como Luis de León, quien conformándose con el parecer de «los sabios», ha dicho «que son los ojos en donde más se descubre la belleza o torpeza del ánimo interior, y por donde, entre las personas, más se comunica y enciende la afición».

-398-

Sin embargo la composición a que aludimos es un fruto notable, desprendido en sazón del frondoso talento de quien la ha escrito, y una página que no palidece colocada al lado de otras muchas, análogas a ella, en que la escuela conceptuosa del Parnaso español, reflejo del italiano, ha derramado a torrentes chispas de ingenio, que si no incendian, brillan al menos agradablemente,

A unos ojos hermosos

Ojos cuyas niñas bellas
Esmaltan mil arreboles,
Muchos sois para ser soles

Pocos para ser estrellas.

No sois sol aunque abrasáis
Al que por veros se encumbra,
Que el sol todo el mundo alumbra
Y vosotros le cegáis.

No estrellas, aunque serena
Luz mostráis en tanta copia,
Que en vosotros hay luz propia
Y en las estrellas, ajena.

No sois lunas a mi ver,
Que belleza tan sin par,
Ni es posible en sí menguar,
Ni de otras luces crecer.

No sois ricos donde estáis,
Ni pobres donde yo os canto;
Pobres no, pues podéis tanto,
Ricos no, pues que robáis.

No sois muerte, rigurosos,
Ni vida cuando alegráis;
-399-
Vida no, pues que matáis,
Muerte no, que sois hermosos.

No sois fuego aunque os adula
La bella luz que gozáis,
Pues con rayos no abrasáis
A la nieve que os circula.

No sois agua, ojos traidores
Que me robáis el sosiego,
Pues nunca apagáis mi fuego
Y me causáis siempre ardores.

No sois cielos ojos raros,
Ni infierno de desconsuelos,
Pues sois negros para cielos,
Y para infierno sois claros.

Y aunque ángeles parecéis,
No merecéis tales nombres,
Que ellos guardan a los hombres,
Y vosotros los perdéis.

No sois dioses aunque os deben
Adoración mil dichosos,
Pues en nada sois piadosos,
Ni justos ruegos os mueven.

Y en haceros de modo
Naturaleza echó el resto,
Que no siendo nada de eso
Parece que lo sois todo.

Del mismo género que los anteriores son los versos que copiamos a continuación. Vamos a ver en ellos cómo se le presentaba a nuestro poeta la mujer en todo el conjunto de sus atractivos. Allí retrataba solo los ojos, aquí -400- bosqueja un cuadro de cuerpo entero; pero siempre con la misma levedad de tintas y sin pasar de las formas externas, agraciadas con el barniz del talento.

A una dama imaginaria

Esos tus hermosos ojos
Son en ti, divina ingrata,
Arpones cuando los flechas,
Puñales cuando los clavas.

Esa tu boca traviesa
Brinda, entre coral y nácar,
Un veneno que da vida
Y una dulzura que mata.

En ella las gracias viven;
Novedad privilegiada,
Que haya en tu boca hermosura
Sin que haya en ella desgracia.

Primores y agrados hay
En tu talle y en tu cara,
Todo tu cuerpo es aliento,
Y todo tu aliento es alma.

El licencioso cabello
Airosamente declara
Que hay en lo negro hermosura,
Y en lo desairado hay gala.

Arco de amor son tus cejas,
De cuyas flechas tiranas,
Ni quien se defiende es cuerdo,
Ni dichoso quien se escapa.

-401-

¡Qué desdeñosa te burlas!
Y ¡qué traidora te ufanas,
A tantas fatigas firme,
Y a tantas finezas falsa!

¡Qué mal imitas al cielo,
Pródigo contigo en gracias,
Pues no sabes hacer una
Cuando sabes tener tantas!

Al P. Aguirre le ha cabido igual suerte que a muchos otros escritores de ingenio vivo y de talento robusto. La fama de su nombre, que se conserva tradicionalmente en el Ecuador, no está fundada en sus obras serias, en sus composiciones morales, generalmente escritas con entonación y maestría, sino en algunas composiciones ligeras y epigramáticas, de esas que más fácilmente se guardan en la memoria y halagan al paladar del mayor número. Para el pueblo de Guayaquil, el P. Aguirre es el poeta decidor, mordaz, chistoso por excelencia, y se recitan de él uno que otro juguete, uno que otro epigrama, sin sospechar que quien los produjo era un espíritu

serio, y suficiente para honrar por sí solo la literatura de todo el Reino colonial de Quito.

Esta manera poco equitativa de estimar su mérito, no es un cargo contra su posteridad únicamente: ya sus contemporáneos caían en el mismo extravío a juzgar por la indignación con que dirigiéndose «a un Zoilo», prorrumpe en un apóstrofe cuya arrogancia puede servir para medir el tamaño del agravio que en su concepto se le infería, negándosele la capacidad de subir a las gradas más altas del templo de las Musas:

¿No sabes que ha sonado
Mi dulce voz en uno y otro polo,
Y que he sido envidiado
-402-
De los cisnes tal vez, tal vez de Apolo?
No sabes, Zoilo, que produce, en suma,
sublimes partos mi fecunda pluma?

Y efectivamente, si no nos equivocamos, el jesuita ecuatoriano, precursor de Olmedo, ha rayado a veces en lo sublime y ha acertado a producir en un estilo digno de los más arduos asuntos a que podía contraerse en su tiempo y en el seno de la sociedad en que vivía. En un certamen abierto en la Academia fundada en Quito con el nombre de Pichinchense, y al cual concurrió con unas Liras, mostró el P. Aguirre cuán atrevidas eran sus concepciones, pues pudiendo limitarse al trillado asunto propuesto, que era, el nacimiento del niño Jesús, él se presentó ante sus jueces cantando el arrepentimiento de la naturaleza humana, al sentirse caída por el delito de nuestro primer padre. El poeta personifica a esa entidad multiforme y sellada en cada uno de sus infinitos miembros con el sello de la sabiduría de donde emana, y la coloca, ruborosa y deshecha en llanto, a la sombra del árbol de la muerte. Su mal es infinito y sin embargo acrece cada día; su único alivio es el llanto, la única esperanza la resignación a las voluntades de la Providencia...

Yo fui aquella dichosa,
Formada a esfuerzos de un milagro, aquella
Criatura venturosa,
Copia de Dios y copia la más bella;
Yo fui ¡ay, dolor! aquella peregrina
Centella hermosa de la luz divina.

Yo fui la que al esmero
Del más sublime numen delineada,
En mi instante primero
De mil prodigios me miré formada.

Mas ¡ay! que si esto fui, todo ha pasado
Y sólo de mi ser sombra ha quedado.

-403-

 Mi antigua llamarada
Tan breve se apagó, con tal presteza,
Que convertida en nada,
Antes que llama se miró pavesa;
Pues sólo ardió mi luz aquel instante
Que a dar ser a mi nada fue bastante.

[...]

 Lloraré eternamente
La antigua dicha de que fui halagada,
Aun más que el mal presente;
Pues porque fui feliz soy desdichada.
Dijo y rendida al grave sentimiento,
En el dolor se destempló el acento.

Las perlas del libro manuscrito, cuya copia tenemos a la vista, son en nuestro concepto, los sonetos «A una Tórtola» y «A una Rosa». Esta flor es la imagen común de la fragilidad de la belleza humana; y el contraste entre el atractivo de su perfume y la repulsión de sus espinas, ha dado motivo para escribir mil moralejas poéticas, que «han vivido como las rosas -el espacio de una mañana». La afamada silva de Rioja termina con un concepto vacío, helado y sutil como neblina de una madrugada de invierno:

 Tan cerca, tan unida
 Está al morir tu vida,
 Que dudo si en sus lágrimas la aurora
 Mustia tu nacimiento o muerte llora.

Si uno que otro resabio de la enfermedad de su tiempo se nota en los sonetos indicados, hay en ellos, en cambio, novedad en la observación, como que el autor contempla el objeto que le inspira bajo la influencia de un -404- sol de fuego desconocido en las latitudes que habitan los poetas europeos. Los catorce pies se mueven armoniosos para llegar a un

fin moral, es cierto. Pero los consejos del ecuatoriano no se derivan de la vida pasajera de la hija mimada de Flora, sino de la imprudencia con que el esplendor de esa misma vida se compromete. Él muestra el ejemplo de la rosa de la sabana, y dice que la mujer no debe aspirar anhelante a ostentar sus hechizos, a agotar en un día la fuente de donde mana su hermosura, si quiere que permanezca y sea durable. Así comprendemos la moral que se encierra en los tercetos de las dos composiciones que copiamos a continuación, escritas en presencia de las rosas que sedientas de una luz que comunica esplendores, se abren enteras a sus rayos y son devoradas en un relámpago.

I

En cuna de esmeraldas nace altiva
La bella rosa, vanidad de Flora,
Y cuanto en perlas le bebió a la aurora
Cobra en rubís del sol la luz activa;

De nacarado incendio es llama viva
Que al prado ilustra en fe de que la adora;
La luz la enciende, el sol sus hojas dora
Con bello nácar de que al fin la priva.

Rosas, escarmentad: no presurosas
Anheléis a este ardor; que si autoriza,
Aniquila también el sol ¡oh rosas!

Naced y lucid lentas; no en la prisa
Os consumáis, floridas mariposas,
Que es anhelar a arder, buscar ceniza.

-405-

II

De púrpura vestida ha madrugado
Con presunción de sol la rosa bella,
Siendo sólo una luz, purpúrea huella
del matutino pie de astro nevado.

Más y más se enrojece con cuidado
De brillar más que la encendió su estrella
Y esto la eclipsa, sin ser ya centella
La que golfo de luz inundó al prado.

¿No te bastaba ¡oh rosa! tu hermosura?
Pague eclipsada, pues, tu gentileza
El mendigarle al sol la llama pura;

Y escarmiente la humana en tu belleza,
Que si el nativo resplandor se apura,
La que luz deslumbró para en pavesa.

III

¿Por qué, tórtola, en cítara doliente
Haces que el aire gima con tu canto?
Si alivios buscas en ajeno llanto,
Mi dolor te lo ofrece; aquí detente.

Al verte sola de tu amante ausente
Publicas triste en ayes tu quebranto;
Yo también ¡ay dolor! suspiro tanto
Por no poder gozar mi bien presente.

Pero cese ya ¡oh tórtola! el gemido,
Que aunque es inmenso tu infeliz desvelo,
Mayor sin duda mi tormento ha sido,

-406-

Pues tú perdiste un terrenal consuelo
En tu consorte, pero yo he perdido
En mi adorado bien la luz del cielo.

Este soneto es de mano de maestro: puede rivalizar con los mejores de Lope

y de Góngora, y acércase más que los de Garcilaso mismo al estilo y al sentimiento de Petrarca; a tal punto, que el último terceto, por el período y por la idea, pudiera considerarse como una traducción feliz de esos llantos de catorce lágrimas métricas que corrieron, con tanta abundancia como armonía, sobre la tumba de Laura. Este soneto nos da a conocer las fuentes en que estudiaba el P. Aguirre el arte de versificar en castellano. Y por cierto que las escogía con discernimiento, puesto que su maestro fue nada menos que el divino Herrera, en los comentarios que éste escribió con prodigiosa erudición, sobre las obras completas de Garcilaso. Compárense las condiciones que, según éste, exige «la más hermosa de las composiciones y la que requiere más artificio y gracia», y se verá que todas las ha satisfecho el P. Aguirre en éste y en los anteriores sonetos. Piensa Herrera que el soneto ocupa en los tiempos modernos el lugar de los epigramas y odas griegas y latinas, y que hasta cierto punto se acerca a las antiguas elegías, siendo capaz de todo argumento y de abrazar en sí «todas aquellas partes de la poesía». «El soneto -añade- requiere más que ninguna otra combinación de versos, pureza y esmero en la lengua, templanza y decoro: en él es grande culpa cualquier error pequeño, y no se permite licencia alguna ni cosa que ofenda los oídos; y la brevedad suya no sufre que sea ociosa o vana una palabra sola. Por esta razón su verdadero sujeto y materia debe ser principalmente alguna sentencia ingeniosa, aguda o grave, descripta de suerte que parezca propia y como nacida, en aquel lugar... Por esto afirmo ser difícilísimo el estilo del soneto».

-407-

En el molde de estas ideas están vaciados los tres sonetos que acaban de leerse: un pensamiento que comienza a desarrollarse desde el primer verso, camina enriqueciéndose con bellos accesorios, y a manera de una cadena artísticamente labrada que muestra adherida a su último eslabón la joya que más la da precio, aparece aquel pensamiento claro, inesperado, incisivo, impresionando el espíritu de su novedad y agudeza, en los tres versos finales. El mismo Herrera y en el mismo lugar, critica la costumbre monótona de «acabar la rima», es decir, de cerrar el sentido y la duración de la frase con cada endecasílabo, haciendo así que el estilo sea humilde y demasiado simple. Con lo cual aconseja se «procure desatar los versos para apartarlos de la vulgaridad». Hasta en este precepto le sigue el P. Aguirre, con sumo acierto de ejecución, como se nota en el terceto último del soneto a la tórtola, en el cual suena con tanta armonía y hasta sentimiento, aquella frase que comprende un endecasílabo entero y las cinco sílabas del siguiente:

Pues tú perdiste un terrenal consuelo
En tu consorte; pero yo he perdido
En mi adorado bien la luz del cielo.

El ingenio de nuestro poeta es de una índole que interesa: hay en él un

fondo moral sin estoicismo, un desdén sin enojo por todo lo que es vano, un espiritualismo no afeado por la vulgaridad de la mística, que le da una fisonomía respetable y simpática al mismo tiempo. Su ingenio ejerce un sacerdocio que inclina al bien, castigando los vicios sin irritación, sin voces de amenaza, y presentando los consejos y la doctrina entre flores llenas de atractivo. No siempre se mantiene a la altura de pensamiento y de estilo en que le hemos visto rayar hasta aquí. Ese ingenio es el de un hombre impresionable y de talento, amigo del trato de sus semejantes. Mezclado -408- con los intereses honestos de la sociedad, se siente, como es natural, movido por el viento mutable de las cosas del mundo, y tentado a reírse de las vanidades y defectos ridículos del orgullo humano. Así le vemos, so pretexto de cantar la inconstancia del mar, soberbio y amenazador como un monstruo, en un momento dado, y manso adulator, poco después, de las playas y de los peñascos que lame, mostrar cuán frágiles son las fábricas del orgulloso y cuán voltaria la fortuna en la rueda social en que pesamos los hombres nuestra existencia de fuego de artificio. Son muy discretas e ingeniosas las décimas que ha consagrado a este asunto el P. Aguirre: estaba de buen humor cuando brotaron de su pluma; pero poseído más que nunca de un profundo desdén hacia los poderosos que se ostentan altaneros, para arrastrarse en seguida, vencidos por obstáculos que a veces la más deleznable arena les opone. Pero hagamos conocimiento cuanto antes con esas espinelas escritas en el corazón del Continente nuevo y en la latitud de cero grados. Todo vive y refleja luz en aquellos climas:

A la inconstancia del mar

(Habla un náufrago)

Ayer en rocas de nieve
Dragón de plata te vi,
Tan soberbio que temí
Ser sorbo a su onda leve;
Y hoy tan humilde se mueve
Tu resaca que dudé,
A ese peñasco que ve
De tu soberbia la mengua,
Si lo llamas como lengua
Si lo adoras como pie.

Bien tus engaños expresas,
Mar, que dividido en cascós,
Ayer bravo herías peñascos,
Y hoy humilde arenas besas:
A qué mudables empresas
Te expones, monstruo arrogante,
Hoy callado, ayer bramante,
Advirtiendo así al prudente
Que jamás hubo creciente
Que no parase en menguante.

¿Para qué fue amenazar
Con tantas furias ayer,
Si tu soberbio crecer
Ha sido para menguar?
Bien te pudiste acordar,
Cuando sierpe embravecida
Amenazabas mi vida,
De este cobarde reposo:
Pero ¿cuándo el poderoso
Se acuerda de su caída?

Si no es que tu engaño intenta
Dar mentirosa esperanza,
Disimulando bonanza
Para crecer en tormenta,
Piadoso se representa
Tu golfo a aquel que lo mira,
Hasta verlo de tu ira
Un despojo lastimoso;
Que siempre es del ambicioso
Propio centro la mentira.

Ea, pues, golfo inconstante,
Altivo mar impaciente
O volverte a tu creciente
O quedarte en tu menguante.
Cierre el paso al caminante

-410-

Tu cólera enardecida,
Mas no lo harás, que advertida
En tu condición variable,
Imagen de lo mutable
De las cosas de esta vida.

Y nace esta conjetura

De la experiencia mayor,
Pues ayer vi tu furor,
Y hoy admiro tu blandura:
Aquella y esta pintura
Tan diversas en ornato,
Te hacen con diverso trato
Aunque no son en ti unas,
Un teatro de fortunas
Y de Fortuna un retrato.

Qué me canso en persuadir,
¡Oh monstruo de vanidad!
Que en firme estabilidad
Mudes tu instable vivir;
Si aunque me puedes oír
El bien a que te provoco,
Está tu discurso poco
Sujeto a varia fortuna,
Pues quien anda con la luna
No puede ser sino loco.

No es dado sacar toda entera a la luz una composición de nuestro autor con la cual quedaría corrido, en chiste y en vigor, el peruano Caviedes. Es una invectiva contra un médico de quien se burla de la manera más cruel, y a quien condena, al menos dentro del territorio ecuatoriano, a una celebridad equivalente a un Sambenito constante y a una vergüenza eterna:

-411-

Doctor Vidales, Doctor
Esqueleto o badulaque,
Doctor chisguete en latín,
Doctor guadaña en romance.

Escúchame por tu vida
Que va la segunda parte,
Y hay para cebar tu ciencia
Harta materia en mis males.

A consultártelos vengo,
Mas si verdad he de hablarte,
Por ser ellos muy de atrás
Los juzgo por incurables.

Los epigramas de que podemos dar muestra no están a la altura de las esperanzas que el P. Aguirre hace concebir en este género, en vista de las anteriores cuartetas y de la fama de festivo y satírico que conserva entre sus compatriotas. Los dos que van a continuación son dirigidos a un criticastro en quien la peor condición que moteja es la de respetar poco lo verbal.

A Zoilo

I

Zoilo, ayer tarde por chiste
Un quidam te dijo ¡tonto!,
Y tú por vengarte pronto
¡Adulador! le dijiste.

Y a la verdad que lo era
El que tonto te llamó,
-412-
Pues tú no eres tonto, no,
Sino la misma tontera.

II

Tus mentideras estiras
Con progresos tan felices,
Que en dos palabras que dices
Dices Zoilo mil mentiras.

Por eso admirados todos
Juzgan con razón por poca,

Que hablas sólo por la boca,
Y que mientes por los codos.

Entre las composiciones del P. Aguirre, sólo hallamos una que pueda llamarse descriptiva y es la que consagra a «diseñar» la ciudad de su nacimiento. En presencia de grandes montañas sobre cuyos picos se levantan columnas de humo y de fuego; hollando un suelo sacudido y trastornado mil veces por los terremotos, surcado por valles amenos y por corrientes de agua que alimentan una vegetación espléndida; nuestro poeta no se tiente a tomar el pincel para copiar paisajes tan hermosos y conmovedores. Sólo para su Guayaquil hay una excepción; bien es verdad que este vergel de la costa del Pacífico lo merece por sus atractivos naturales y por la amenidad del trato de sus habitantes. Situada en el fondo de un golfo, bañada alternativamente por las mareas del océano y por las aguas de un río que viene desde las tierras interiores formando redes de canales, parece una sirena que ha huido de su elemento para guarecerse a la sombra de los mangles y de los tamarindos, y vivir constantemente coronada de pasionarias de exquisito y desconocido perfume.

-413-

Un hijo de aquella antigua y galana ciudad debe amarla mucho, y llorarla amargamente, si, como en el caso del P. Aguirre, piensa en ella desde un lugar apartado.

Breve diseño de la ciudad de Guayaquil

(Fragmento)

Guayaquil, ciudad hermosa,
De la América guirnalda,
De tierra bella esmeralda,
Y del mar perla preciosa,
Cuya costa poderosa,
Abriga tesoro tanto,
Que con suavísimo encanto
Entre nácares divisa
Conjelado en gracia y risa,

Cuanto el alba vierte en llanto.

Ciudad que es por su esplendor,
Entre las que dora Febo,
La mejor del mundo nuevo,
Y aun del orbe la mejor;
Abunda en todo primor,
En toda riqueza abunda;
Pero es mucho más fecunda
En ingenios, de manera
Que siendo en todo primera,
Es en esto sin segunda.

Tribútanle con desvelo
Entre singulares modos,
La tierra sus frutos todos,
Sus influencias el cielo;
Hasta el río que con anhelo
-414-
Soberbiamente levanta
Su cristalina garganta
Para tragarse esa perla,
Deteniendo su ira al verla
La besa humilde la planta.

Los elementos de intento
La miran con tal agrado,
Que parece se ha formado
De todos un elemento;
Ni en ráfagas brama el viento,
Ni son fuego sus calores,
Ni en agua y tierra hay rigores,
Y así llega a dominar,
En tierra, fuego, aire y mar,
Peces, aves, luces, flores.

Los rayos que al sol regazan
Allí sus ardores frustran,
Pues son luces que la ilustran
Y no incendios que la abrasan;
Las lluvias nunca propasan
De un rocío que de prisa
Al terreno fertiliza,
Y que equivale en su tanto
De la aurora al tierno llanto,
Del alba a la bella risa.

Templados de esta manera
Calor y fresco entre sí,
Hacen que florezca allí
Una eterna primavera,
Por lo cual si la alta esfera
Fuera capaz de desvelos,
Sin duda tuviera celos
De ver que en blasón fecundo,
Abriga en su seno el mundo
Ese trozo de los cielos.

-415-

Tanta hermosura hay en ella
Que dudo, al ver su primor,
Si acaso es del cielo flor,
Si acaso es del mundo estrella;
Es, en fin, ciudad tan bella,
Que parece en tal hechizo,
Que la omnipotencia quiso
Dar una señal patente
De que está en el Occidente
El terrenal paraíso.

Esta ciudad primorosa,
Manantial de gente amable,
Cortés, discreta y afable
Advertida e ingeniosa,
Es mi patria venturosa,
Pero la siempre importuna
Crueldad de mi fortuna,
Rompiendo a mi dicha el lazo,
Me arrebató del regazo
De esta mi adorada cuna.

Nos cabe la suerte de haber presentado al público americano, las obras desconocidas del P. Aguirre. Podemos decir con propiedad del libro manuscrito que las contenía: habent sua fata liberalli, puesto que no es poco caprichoso el destino que le cabe, viniendo a ver la luz pública, a los ciento veinte (120) años (cuando menos) después de escrito, y en una de las ciudades americanas más apartadas de aquella en donde nació el autor y en donde éste ensayó el talento poético que ha rescatado su nombre

del olvido⁷⁰.

Notas y apuntes
puestos por Juan María Gutiérrez a la cabeza de su copia

Aguirre (Juan Bautista)⁷¹

El Dr. Dn. J. J. Olmedo en carta que dirige desde Lima con fecha 2 de Agosto de 1846, me dice lo siguiente sobre este poeta: «Otro poeta quizá más célebre que éstos (Pedro Peralta y el P. Delso, limeños) era un Padre Aguirre guayaquileño, de la compañía de Jesús. Se recitan y conservan en la memoria de algunos aficionados muchos versos de este Padre que se distinguió después mucho en Roma. Su memoria duraba allí con mucho aprecio aun en tiempo de Pio VI, que parece fue su discípulo: este papa, sabiendo que la familia del Maestro existía en Guayaquil, y que en ella había un eclesiástico, le mandó oficiosamente un título o condecoración con la que yo le conocí ahora veinte años».- Era asuetero en 1746 siendo rector de su Colegio el P. Pedro de Tobar.

tengo poesías de este americano, copiadas de un libro que creo autógrafo: libro que conseguí en Guayaquil del joven Dn. D. J. M.^a Avilés.

Pio 6.º de 1775 a 1800 - 25 años de Pontificado supresión de los jesuitas
P. Clem. XIV. 1773.

El Padre Juan Bautista Aguirre de la Compañía de Jesús, fue natural de Guayaquil y se educó en los colegios de su orden, en aquella parte de América denominada hoy República del Ecuador⁷². Debió pasar a Europa -420- mucho antes del año 1767, época de la supresión de la compañía; y tal vez, la muerte le ahorró la amargura de someterse al cumplimiento de la famosa bula de Clemente XIV.

Fue Roma el teatro donde el P. Aguirre brilló con sus talentos y virtudes, como muchos otros jesuitas americanos. Pio VI, que llevó la Tiara desde el año 1775 hasta el de 1799, ya fuese en premio de una fama merecida, o por gratitud de discípulo, como creen algunos, distingue⁷³ una condecoración y una pensión a un sacerdote de la familia de Aguirre, personaje que vivía aún en Guayaquil por los años de 1826⁷⁴.

Las poesías que publicamos a continuación están tomadas de un manuscrito con todas las apariencias de autógrafo, compuesto de 140 páginas en octavo y cuyo encabezamiento dice así: «Versos castellanos, obras juveniles, miscelaneas».

Si estos versos son ensayos de la primera edad, debió el P. Aguirre haber llegado a ser un notable escritor en verso, si continuó al adelantar de los años inspirándose en los libros de los profetas canta la «Caída de Luzbel y de sus secuaces»; y con los atributos misteriosos del

Apocalipsis⁷⁵, acierta a describir con esplendor a la reina de los ángeles, en un «Canto épico a la concepción de Nuestra Señora». En ambas composiciones dio tanto vuelo a su fantasía el autor que cayó inevitablemente en las ponderaciones oscuras y sutiles del gongorismo, lunares -421- que afean casi a todas producciones americanas durante el siglo XVII.

Grave y sentencioso en sus composiciones morales, como se ve en la «Carta a Lisardo», y en el «Llanto de la naturaleza humana»; y tierno⁷⁶ en el soneto a «una tórtola». Cuando la envidia de los críticos hiera la susceptibilidad de poeta, sabe aguzar epigramas que lanza unas veces con valentía e indignación.

No sabes que ha sonado [...]

Pues si esto has conocido [...]

Versos del P. Juan B. Aguirre, Guayaquileño

Creo que el cuaderno de donde los he copiado, es escrito por el autor mismo, pues hay en él corrección, sino dudara que sólo puede hacerlas en una composición métrica el que la compone. Pertenece a Dn.

de Guayaquil: está forrado en pergamino, tiene como 140 pgs. y le faltan algunas: otras están rotas y por consiguiente incompletas algunas composiciones. Se conoce también que al juntar estas hojas para encuadernarlas se han tenido otros papeles del autor, porque hay copias duplicadas y otros contienen parte únicamente de la composición, como sucede con la que escribió con motivo del temblor de Lima con este título: «A la destrucción de la Ciudad de los reyes, Lima, cabeza del Perú, sucedida en el mismo año (1746) y al -422- mismo tpo. que llegó a la Am. la noticia de la muerte del Rey D. Felipe V.

He dejado sin copiar un poema heroico a P. Ignacio de Loyola, «de Silva que no acabé por no tener gana ni tpo, para ello», como lo expresa en una nota.

-Octavas a la mte. de Felipe V -varios epigramas latinos con su traducción española. Varias composiciones amorosas y otras satíricas de mera circunstancia.

Establecimiento del texto definitivo de las poesías de Aguirre por el padre Aurelio Espinosa Pólit

Preámbulo

I

Señor don Gonzalo Zaldumbide

Presente.

Mi querido Don Gonzalo:

Al recibir de Ud. el encargo de establecer el texto de las poesías del P. Juan Bautista Aguirre, que por segunda vez va a imprimirse en Quito, con la ambición de convertirse, al menos para las composiciones hasta ahora descubiertas, en texto definitivo, ne varietur, cumplo con la grata obligación de poner en su conocimiento las particularidades del texto que le entrego.

La necesidad de una minuciosa revisión procede del hecho singular de las múltiples divergencias entre las dos ediciones de nuestro poeta, totalmente independientes la una de la otra, pero que salieron a luz simultáneamente en 1943, la suya de Quito y la del Sr. Emilio Carilla de Buenos Aires; la primera con el título de Poesías y Obras oratorias, y la segunda con el de Un olvidado poeta colonial.

Olvidado efectivamente había permanecido por más de un siglo, desde que el argentino Don Juan María Gutiérrez había dado con el cuaderno original que guardaba en Guayaquil Don José María Avilés, y del que Gutiérrez sacó la copia que con el tiempo ha ido a parar a su archivo en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

De esta copia de Gutiérrez se sacaron las segundas copias que le sirvieron a Ud. para su edición. Por desgracia -426- no pudo Ud. confrontar estas segundas copias con la del archivo argentino, y esto explica que entre las dos ediciones cuidadosamente cotejadas se registre la suma considerable (exorbitante para el caso) de 124 variantes.

Éstas se deben indudablemente a defectos de lectura. Versos que faltan en la copia remitida a Ud. han podido ser descifrados por el Sr. Carilla. No me consta si él utilizó también alguna copia o directamente el manuscrito del archivo Gutiérrez, pero es el caso que en su edición aparecen errores que Ud. supo evitar.

Así, por ejemplo, en la última octava de la «Descripción del mar de Venus», la edición bonaerense transcribe:

Madre del numen fascetrado (x) (?) y ciego

y corrobora en nota: «Así se lee en la Colección». Con toda razón pone un interrogante al adjetivo «fascetrado», que ni existe ni significa nada.

Pero a quien leyó «fascetrado» hubieran bastado nociones elementales de paleografía para saber que a fines del siglo XVIII escribían como nuestra x la r, en la que posteriormente la eliminación del rasgo inferior derecho dio lugar a la r de tipo de imprenta. La r, pues, leída como x e

interpretada como se ha dado la lectura imposible: fascetrado. Ciertamente es que faretrado no aparece en los diccionarios españoles. Pero se debe saber que la poesía gongorina está llena de latinismos, y el latinismo «faretrado» fue seguramente en Aguirre obvia reminiscencia o de Virgilio o de Ovidio, ya sea de la famosa descripción de Camila en el Libro XI de la Eneida, verso 649:

Unum exserta latus pugnae pharetrata Camilla,

o del primer verso de la pieza 5.^a del Libro II de los Amores:

Nullus amor tanti est; abeas, pharetrate Cupido!

-427-

La sospecha de que las variantes procedían de defectos de lectura se me convirtió en evidencia al advertir que en la transcripción marginal de las citas latinas de la Sagrada Escritura puestas por el P. Aguirre al poema «A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces», la edición de Buenos Aires contiene, para 9 citas 19 erratas, algunas de ellas inverosímiles, como Contienda en vez de Conscendam, pretis en vez de proelium, pergnavit en vez de pugnavit, enojo en vez de ejus, strellaris en vez de stellarum. Evidentemente quien así leyó no sabía latín y no pudo descifrar las grafías confusas, y menos adivinar las abreviaturas.

Este hecho hace pensar que la letra del manuscrito debe en muchos casos ser adivinada, lo que se puede hacer conociendo bien la lengua, pero se hace imposible al ignorar el idioma. Por otra parte el adivinar siempre tiene sus riesgos; y así al transcribir los versos castellanos, los errores de lectura se reparten equitativamente entre las dos ediciones la de Ud. y la del Sr. Carilla.

Razón, por ejemplo, tiene ésta en leer bostezos y no porteros en la primera octava de la «Descripción del mar de Venus». Razón asimismo en leer en el poema «A la rebelión de Luzbel»

plumas de fuego y resplandor vestido

y no

llama de fuego de esplendor vestido.

En cambio, mejor lectura es la de la edición de Ud. que en el «Llanto de la naturaleza humana» tiene: mi imposible dolor, en lugar de mi insufrible dolor de la otra; o en el «Rasgo épico de la Concepción de Nuestra Señora», donde lee su edición:

del cerúleo zafir rizaba espumas,

y la otra:

del cerúleo zafir viraba espumas.

-428-

Como en estos casos citados, se puede advertir en muchos otros que la variante se encuentra precisamente en palabras en que fácilmente caben diversas maneras de interpretar rasgos dudosos.

Otras variantes son cambios sin importancia de conjunciones u otras formas gramaticales, como Pues si el tiempo... y Mas si el tiempo; lo que el alba... y cuanto el alba. Otros son ligeros retoques al verso, como en el primer soneto moral:

sino una sombra que entre confusiones
imprime en tu memoria tu pecado

del texto de Gutiérrez, transcrito por Carilla, y modificado en

sino una sombra envuelta en confusiones
que imprime en tu memoria tu pecado

en el texto suyo, transcrito del «Nuevo Luciano de Quito» de Espejo.

Una prudente selección entre las alternativas de las 124 variantes de las ediciones de Quito y Buenos Aires, dará, según espero, a la presente un texto más depurado y más digno del gran poeta.

Última advertencia. En la edición quiteña se juzgó conveniente en cinco ocasiones completar un verso que faltaba y cuya falta hería el oído por desbaratar el ritmo y la armonía de la estrofa. (Esto se hizo naturalmente diversificando con tipo cursivo el verso complementario). De estos cinco casos, cuatro se han solucionado por haberse descifrado el verso original del P. Aguirre, y sólo queda al final de la «Descripción del mar de Venus» un verso suplido por el P. Miguel Sánchez Astudillo. En la «Canción

heroica» las estancias son unas de 18, y otras de 19 versos; la 1.^a sólo tiene 10 y queda a la mitad una -429- laguna de 8 ó 9 versos, que, por no poderse conjeturar lo que contenían, ha parecido mejor dejar en blanco. Como se propone esta edición dar el texto completo de las poesías de Aguirre conocidas hasta hoy, incluye, además de las 17 piezas pertenecientes al acervo salvado por Don Juan María Gutiérrez, el fragmento del «Monserrate» debido al «Luciano» de Espejo, los dos fragmentos minúsculos conservados por el Sr. Santur Urrutia, y las décimas sobre Guayaquil y Quito.

Esta última composición pide consideración especial. Por mucho tiempo fue casi la única por la que se conocía a Aguirre, y apareció en letras de molde por vez primera en el artículo de Don Pedro Fermín Cevallos, publicado en El Iris de 5 de Noviembre de 1861 con el título:

«Ecuadorianos ilustres. El Padre Juan Bautista Aguirre». Reproduce 24 décimas, 10 sobre Guayaquil y 14 sobre Quito. El hecho de que interponga puntos suspensivos, una vez en las de Guayaquil, y cuatro en las de Quito, da a entender que tuvo un texto más completo y que no lo quiso reproducir entero.

La segunda publicación conocida es la de un artículo anónimo de la revista Álbum literario, histórico, científico y religioso de Guayaquil (Entrega XX, 1.º de Junio de 1864), que reproduce completas las 11 décimas de Guayaquil (con la curiosa variante de empezar: Dichoso Mendiola... en lugar de Dichoso paisano). Añade (lo que ninguna otra) la décima de transición entre los dos grupos; pero nada copia de las de Quito.

Por tercera publicación se puede tener la de Don Juan María Gutiérrez en el capítulo que dedica a Aguirre en sus Estudios biográficos publicados en Buenos Aires el año siguiente de 1865. Cita únicamente 8 décimas de las de Guayaquil.

Nada añaden a lo anteriormente publicado ni Don Juan León Mera en su Ojeada crítica de 1868, ni -430- don Vicente Emilio Molestina en su Colección de Antigüedades Literarias, 1868, ni Manuel Gallegos Naranjo en su Parnaso ecuatoriano de 1879, ni la Academia de la Lengua en su Antología Ecuatoriana. Poetas de 1892.

Al hacerse en 1943 las dos ediciones de las poesías de Aguirre, la de Buenos Aires reprodujo 25 décimas, todo lo que hasta entonces se conocía; y la de Quito sólo estampó 21.

Llegado el momento de dar un texto completo de lo que se ha salvado de nuestro primer poeta colonial, incluyendo aun lo que hasta ahora se había suprimido, y sólo puede excusarse con el desenfado y despreocupación por el decoro comunes en aquel tiempo, debe ya reproducirse entera la célebre Carta Joco-seria. Tanto más cuanto que los improperios de Aguirre contra Quito deben tomarse por lo que son y como los califica él mismo, al decir de sus décimas que en buena cuenta son una descripción antojadiza, disparate más o menos...

Para esta publicación íntegra he tenido la fortuna de hallar entre los papeles del Dr. César Borja Lavayen, que ahora forman parte del archivo ecuatoriano del Instituto Superior de Humanidades Clásicas de Cotacollao, una copia manuscrita en que figuran 34 décimas: 11 de Guayaquil, la de transición y 22 de Quito. Le faltan, sin embargo, 2 de las publicadas por El Iris. Completando con estas dos el manuscrito del doctor César Borja,

tenemos para esta edición definitiva 36 décimas, 10 de ellas des conocidas hasta ahora. Como composición popular, transmitida por copias manuscritas, pululan en ella las variantes, entre las que ha sido preciso escoger sin más fuente de discriminación que el criterio estético.

Esta edición contiene, en forma integral, todas las poesías halladas hasta hoy del padre Aguirre. Únicamente el Romance del doctor Vidales, va, también esta vez; reducido a los doce primeros versos ya conocidos, por -431- cuanto las veinte y dos cuartetas restantes, podrían parecer demasiado crudas de expresión, para la época actual, si bien no han dejado de ser muy divertidas en su propio exceso burlesco. Y queda una última añadidura. En una nota de don Juan María Gutiérrez en que describe el manuscrito de Aguirre que halló en Guayaquil leemos: «He dejado sin copiar un poema heroico a San Ignacio de Loyola..., Octavas a la muerte de Felipe V, varios epigramas latinos con su traducción española, varias composiciones amorosas y otras satíricas de mera circunstancia». A estos juguetes «de mera circunstancia» pertenece una décima de rimas forzadas que ha conservado el autor anónimo del artículo «Glorias del Guayas. El padre Juan Bautista Aguirre», publicado en Álbum Literario, histórico, científico y religioso. (Entrega XX, 1.º de junio de 1864).

En cuanto a las obras en prosa del Padre Aguirre, la única que conocidamente corrió en letras de molde durante la colonia fue su Oración fúnebre del ilustrísimo señor Juan Nieto Polo del Águila, que es, no el primero, sino el segundo folleto publicado en la capital después de la traslación de la imprenta de Ambato a Quito, 1759. El primero son las Tesis de toda la Filosofía defendidas en la Universidad de San Gregorio por el estudiante José María Linati, S. I., bajo la presidencia de su profesor, nuestro P. Aguirre, de quien seguramente es el texto de la tesis. (Con esto corrijo el error que se me había escapado en mi «Nota Bibliográfica» de la edición de 1943).

Pero existe impresa otra pieza oratoria de Aguirre. Consultando la gran obra en cinco tomos del P. José Eugenio de Uriarte, S. I.: Catálogo razonado de Obras Anónimas y Seudónimas de Autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia Española (Madrid, 1904-1916), en el T. III, pp. 72-73, art. 3810, hallé atribuida, con duda, al P. Juan Bautista de Aguirre la Carta Pastoral del Ilmo. Sr. D. Juan Nieto Polo del -432- Águila acerca del terremoto de Latacunga de 1757. Que esta «Carta Pastoral» haya sido redactada por el P. Aguirre, «parece debe colegirse -dice el P. Uriarte- de un papelito del P. Pedro Berroeta (existente en el Archivo de la Residencia de Madrid), en que pone la lista de varios libros que traía consigo de Italia, tanto impresos como manuscritos, y entre los impresos registra la presente "Carta Pastoral del Sr. Polo (por Aguirre)", dando a entender que fue él quien la escribió». Con este dato traté de hallar dicho impreso en Quito. Di con él en la Biblioteca del Sr. D. Jacinto Jijón y Caamaño, quien benévolamente puso el ejemplar a mi disposición -ejemplar quizás único que se conserve-. En él encontré al punto la confirmación explícita de la afirmación del P. Berroeta, pues al pie de la portada del ejemplar del Sr. Jijón se lee, de tinta y letra del siglo XVIII, la inscripción siguiente: «Su Author el P. Juan Bauta. de Aguirre». Revisado luego acuciosamente página por página el folleto, comprobé que, con las solas excepciones de las páginas 3, 8 y 12,

todas las demás llevaban correcciones manuscritas, de la misma mano, correcciones, no de meras erratas tipográficas, sino varias de ellas de sentido. Para acabar de dar luz en el asunto, al final, en la página blanca de guarda, se lee, de letra también antigua pero claramente posterior, en tres líneas el dato siguiente: «Este libro me lo regaló mi tía D^a. Francisca Mendiola, en Daule, el año de 1834».

Ahora bien, D^{ña}. Francisca de Mendiola Fernández Caballero era la sexta hija del Capitán Dn. Gerónimo de Mendiola y Obregón, cuñado del P. Aguirre, casado con D^{ña}. María Ventura Fernández Caballero y Carbo, hermana de madre del P. Aguirre⁷⁷. Por consiguiente -433- el ejemplar de la Biblioteca del Sr. Jijón perteneció a una sobrina del poeta y orador dauleño.

Con esto todo queda esclarecido satisfactoriamente. El Padre mandaría aquel ejemplar de la Pastoral a su hermanastra, D^{ña}. María Ventura, avisándole, con confianza de hermano, que la Carta del Obispo había sido redactada por él. A corroborar esta conclusión nos llevan una serie de pequeños datos convergentes: la amistad del gran Obispo de Quito con el P. Aguirre, que hace perfectamente verosímil que le pidiera la redacción de una Carta Pastoral que había de escribirse apresuradamente; el título mismo del escrito, que no dice: Carta Pastoral del Ilmo. Sr....., sino: Carta Pastoral que hizo leer el Ilmo. Sr. D. D. Juan Nieto Polo del Águila...; las oportunas correcciones manuscritas, afán típico de todo autor en defensa del propio texto; por fin, el estilo de la Pastoral, en el que la crítica interna obviamente reconoce la pluma del P. Aguirre, que, aunque refrenada por la medida que corresponde a un documento oficial, es claramente la misma que campea en la Oración fúnebre del insigne Prelado. ¿No traiciona, en efecto, la mano del fino poeta este solo rasgo con que pinta la sagrada Eucaristía?: «Allí está reducida a un breve círculo de nieve, para ser el blanco de nuestra fe, aquella inmensa Majestad, para quien es corto el ámbito de los cielos...».

La conveniencia de todos estos indicios con la afirmación escueta del P. Pedro Berroeta, contemporáneo de Aguirre, justifican con certeza moral la atribución a este último de la Carta Pastoral, única conocida, del Ilmo. Sr. D. Juan Nieto Polo.

Esta certeza moral se convierte en evidencia al comprobar que el nombre del P. Aguirre escrito en la portada del ejemplar de la Biblioteca de Don Jacinto Jijón y Caamaño, es firma autógrafa. Efectivamente, en el Libro de Oro de la Universidad de San Gregorio, hoy en poder de la Universidad Central, en los folios 447 a 454 v. (del -434- 18 de noviembre de 1759 al 20 de junio de 1764) se hallan 26 firmas del P. Aguirre, y en los folios 497 a 503 v. (del 17 de abril de 1759 a 25 de junio de 1762) otras 79. Ahora bien los rasgos característicos y diferenciales de la firma estampada en la Carta Pastoral se hallan todos sin excepción repartidos en las 105 firmas del Libro de Oro: la forma de la B y de la A en Bauta, y en Aguirre, el acento circunflejo ornamental de la abreviatura en Bauta, la forma enteramente peculiar de la g de Aguirre, y la r típica de la época, en forma de x.

Por fin, va a continuación una reseña bibliográfica del P. Aguirre, lo más completa que es actualmente posible.

Obras impresas

1. 1757 Carta pastoral / Que hizo leer el Ilustrissimo Señor / D. D. Juan Nieto / Polo del Aguila / Obispo dignissimo de esta Diocesi, en / su Iglesia Cathedral de Quito el día 13, de Marzo de / este presente año de 1757, con ocasión del / terremoto, y desolación de Latacunga: / y dirige á todo el Clero, y Pueblo de su Obispado, ex- / hortando los á una Communion general para aplacar la Divina Justicia / (18 páginas) Sin fecha ni lugar.
2. 1759 Divino Religionis Propugnaculo / POLARI FIDELIUM SYDERI, / Gentium Delicio, / PALESTINO GERMANI, / Dalmatum Aurorae, / Piceni Glorae, / Totius Orbis Christiani Praesidio, / & Ornamento, / SANCTISSIMAE, AUGUSTISSIMAE, / LAURETANAE VIRGINI, / & /

DOMUL, /

Se, suasque universae Philosophiae Theses / Venerabundus / D. O. C. / IOSEPH MARIA LINATI / SOCIET. -435- JESU. / Quaestio vespere propugnanda. / Non dari Physicam Praemotionem Thomisticam, / rationibus mere philosophicis probamus, & / defendimus, theologica argumenta Theologis / relinquentes. / In Coll. Max. Quitensi Soc. Jesu Die / An. Domini 1759. / (En la p. 31) PRAESIDE / R. P. JOANNE BAPTISTA / DE AGUIRRE, Soc. Jesu. / IN FLORENTISSIMA / DIVI

GREGORII

/ UNIVERSITATE / Publico Philosophiae Professare. / O. A. M. D. G./

3. 1760 Oración / funebre / predicada / en las solemnes exequias / Que al cabo de Año se hicieron á la feliz Memoria / del Ilmo. Señor Doctor / D. Juan Nieto / Polo del Aguila, / obispo / de la ciudad de Quito / En su Iglesia Cathedral el día 17, de Marzo, de 1760. / Por el R. P. Juan Bautista de Aguirre, / De la Compañía de Jesús, Cathedratico que fue de Filosofia, / y actualmente de Theologia en la Real Universidad de S. Gregorio Magno de Quito. / Dalo a Luz / El Sr. Dr. Don Juan Gregorio Freire, Secreta- / rio que fue en los dos Obispados de Sta. Martha, y Quito del / Ilustr. Principe difunto, y Canonigo de la Sta. Iglesia Ca- / thedral de esta Ciudad. / Con las Licencias necesarias. Impreso en Quito, / Año de 1760. (VIII sin paginación + 30 páginas). Preceden a la Oración fúnebre las Aprobaciones «del Dr. Don Miguel Garzia Castrillon, Prebendado de esta Santa Iglesia Cathedral» y «del M. R. P. Mro. Fr. Juan Luzero, del Orden de N. G. P. S. Agustin». (Reproducido el exordio en Antología de Prosistas Ecuatorianos, 1895, T. I, pp. 289-294).

-436-

4. 1860 Fragmento del Poema sobre las acciones y vida de San Ignacio. Descripción de Monserrate. Pablo Herrera, Ensayo sobre la Historia de la Literatura Ecuatoriana, Quito, 1860, p. 99. (Este fragmento se publicó entero por vez primera en la edición de los Escritos de Espejo hecha por el Ilmo. Sr. González Suárez, 1912, T. I, pp. 299-300).
5. 1861 Décimas a Guayaquil y Quito. Pedro Fermín Cevallos. «Ecuatorianos ilustres: El P. Juan Bautista Aguirre». El Iris, Noviembre 5 de 1861, Entrega 8.^a, pp. 122-125.
6. 1865 Juan María Gutiérrez. Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al Siglo XIX. Tomo I Buenos Aires, 1865. (Publicados primero en la Revista del Río de la Plata).

Las composiciones de Aguirre están reproducidas en América Poética I. Buenos Aires, 1866.

7. 1895 Fragmentos traducidos al castellano de la Disputa III de la FÍSICA y de la Disputa II de la ONTOLOGÍA o METAFÍSICA. Pablo Herrera. Antología de Prosistas Ecuatorianos, 1895, T. I, pp. 282-289.

8. 1943 Juan Bautista de Aguirre, S. I. Poesías y Obras Oratorias. Estudio preliminar del Sr. D. Gonzalo Zaldumbide. Quito 1943. Ediciones del Instituto Cultural Ecuatoriano. (pp. LXII + 128).

9. 1943 Emilio Carilla. Un olvidado poeta colonial. Buenos Aires, 1943. Imprenta de la Universidad. (p. 94).

-437-

Obras inéditas que se conservan:

10. 1757 *Physica / ad Aristotelis mentem / Auctore / P. Ioanne Baptista / de / Aguirre / Societatis Jesu / Audiente Philippo Maria / Raimer Ejusdem Societatis. / Quito / MDCCVII. (337 páginas). Pertenece al Archivo del Instituto Superior de Humanidades Clásicas de Cotacollao.*

(Todos los datos que siguen se consignan, sin comprobación directa, de la obra Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua Asistencia de España, desde sus orígenes hasta el año de 1773 por los Padres José Eug. de Uriarte y Mariano Lecina de la misma Compañía. Madrid, 1925. Parte I, Tomo I, pp. 58-59).

11. *Pars Tertia in Metaphysicam. En 4.º, 108 hs. (En Quito).*

12. *Logica minor, sive Summulae. En 4.º, 225 hs. (ibid.)*

13. 1756-1758 Otro ejemplar de la misma obra triple: *Cursus Philosophicus. Pars I in Logicam. Pars II in Physicam. Pars III in Metaphysicam. Auctore R. P. Joanne Bapta. De Aguirre S. J. meritissimo in hac Gregoriana Quitensi Vniversitate Philosophiae Professore. Inchoavit Quito, die 20 Oct. ann. Dni 1756.- die 19 Oct. ann. 1757.- die 19 Oct. anni 1758. (3 Tomos en 4.º, de hs. 150 + 2 de prels, e ind; 175 + 5 de prels. e ind.; 109 + 3 de prels. e ind.). (Madrid, Biblioteca de la Historia).*

-438-

14. 1761 *Tractatus Theologicus-Canonicus de Contractibus, Auctore R. P. Joanne Baptista de Aguirre. 1761. En 4.º, 168 hs. (Quito. Biblioteca Nacional).*

Obras inéditas de que hay noticia:

15. *De Theologicis rebus Tractatus complures. (En especial Tractatus De Iustitia et Iure).*

16. *Contra puros Deistas Tractatus Theologicus-Philosophicus.*

17. *Tratado de polémica teológica.*

18. *Resolutionum publicarum casuum moralium Tibure...*

19. *Colección de sermones varios, panegíricos y morales.*

20. *Colección de poesías latinas, españolas e italianas.*

21. *De Cultu Sanctissimi Cordis Jesu Diatribae tres: I. Critica, in qua Cultus Sacratissimi cordis et Dissertationis Commonitoriae Camilli Blasii breve specimen exhibetur; II. Theologica, de adoratione Sacratissimo Cordi debita deque festo eidem cordi ab*

Ecclesia Catholica concessio; III. Apologetica, in qua cuncta
sophismata et technae quas adversum Sacratissimi Cordis cultum
ejusque antiquitatem et originem congessit Blasius, explicantur et
funditus evertuntur.

-439-

¿Queda alguna esperanza de recobrar algún día estos tesoros? ¿de hallar sobre todo los manuscritos completos de las poesías de Aguirre? Hay el dato de que el joven Santur Urrutia, que nos ha conservado dos fragmentos de procedencia desconocida, habla de haber tenido en las manos, y al parecer en Quito, el manuscrito de las poesías inéditas de Aguirre (o copia de él) el año de 1845. Es un testimonio más, independiente del de Gutiérrez y del de Molestina, que confirma la existencia de dicho precioso original. No hay, pues, que desesperar de hallarlo entero en nuestra patria. Quiera Dios se recobre algún día, y tengamos la satisfacción y el orgullo de ver al P. Juan Bautista Aguirre encumbrado al puesto de honor que le corresponde entre los hombres de ciencia y de arte de nuestro período colonial.

Suyo afectuosamente

Aurelio Espinosa Pólit, S. I.

NOTA: En un artículo anónimo de la revista guayaquileña Álbum literario, histórico, científico y religioso (Entrega XX, 1.º de junio de 1864), se lee: «Algunos estudiantes alegres, conociendo y admirando el genio del Padre Aguirre, se propusieron declararle guerra abierta, presentándole cuestiones las más difíciles sobre que debía improvisar, enigmas oscuros que debía resolver inmediatamente y zahiriéndolo con epigramas, los más picantes, por tener el placer de verlo alguna vez vacilar. Pero salían fallidas sus esperanzas y convinieron un día en escribir en la puerta de su celda varias palabras, en columna, del mismo modo que se verán en bastardilla, con lo que creyeron saldrían vencedores, suponiendo que el ingenioso guayaquileño o se vería indeciso o formaría alguna cosa ridícula. Mas apenas vio el -440- Padre esas palabras, comprendiendo que venían de sus antagonistas, completó al instante los renglones, resultando la graciosa décima siguiente:

Muchacho, cierra la caja
Mientras me voy a la torre,
Ten cuidado no se borre
El dibujo de la faja.
Todos los colores maja,
Enciende todas las luces,
Y si el hombre de capuces
Viniere, dale el sombrero;
Te dejo pluma y tintero,
Entretente en hacer cruces.

Sorprendidos quedaron, no sólo los jóvenes rivales del Jesuita, sino todos

los que leyeron este chiste improvisado, y aquéllos se declararon vencidos».

* * *

Variantes entre la edición de Quito y la de Buenos Aires
(fuera de diferencias de puntuación)

Las palabras en bastardilla han sido preferidas en este nuevo texto.

A una rosa. Soneto I

Q:

Naced y vivid lentas; no en la prisa

BA:

Naced y lucid lentas; no en la prisa

A una rosa. Soneto II

Q:

Más y más se enrojece con cuidado
de brillar más que la encendió su estrella,

-441-

BA:

Más y más la enrojece con cuidado
el brillar más, que la encendió su estrella;

Soneto moral I

Q:

sino una sombra, envuelta en confusiones,
que imprime en tu memoria tu pecado.

BA:

sino una sombra que entre confusiones

imprime en tu memoria tu pecado.

Q:

Mas si el tiempo dejó para tu daño

BA:

Pues si el tiempo dejó para tu daño

(El texto de Q está tomado del Nuevo Luciano de Espejo
[pp. 41-42] quien atribuye este soneto al P. Tomás Larrain)

Carta a Lisardo

Q:

muerto dos veces, porque vivas una.

BA:

muerto dos veces porque vives una!

Q:

sulca el ponto con alas, bajel o ave,

BA:

sulcó el ponto con alas, bajel o ave,

En BA falta la estrofa:

De la ballena altiva...

Q:

púrpura vegetal o florido ampo,

BA:

púrpura vegetal, florido ampo;

Canción heroica

Q:

dejando presuroso su clausura,

BA:

dejando, presuroso de clausura,

Q:

a ser Narciso de las otras flores

BA:

de ser Narciso de las otras flores

-442-

Q:

con música saluda su corriente

BA:

con música saluda a su corriente

Q:

de mi fortuna semejanza viva!

BA:

de mis fortunas semejanza viva!

Llanto de la Naturaleza humana

Q:

naturaleza humana congojada,

BA:

naturaleza humana acongojada,

Q:

y sólo de mi ser sombra ha quedado.

BA:

y en mí, de mí, la sombra no ha quedado.

Q:

que a dar ser a mi nada fue bastante.

BA:

que a dar ser a mis humos fue bastante.

Q:

mi imposible dolor, y lloren tanto,

BA:

mi insufrible dolor, y lloren tanto,

A la inconstancia del mar

Q:

Ayer en rocas de nieve

BA:

Ayer en roscas de nieve

Q:

ser sorbo a sus ondas leve;

BA:

ser torvo a sus ondas leves;

Q:

si le adoras como pie.

BA:

o lo adoras como pie.

Q:

tu cólera enardecida

BA:

tu cólera encanecida

Q:

en tu condición variable

BA:

es tu condición variable

Q:

Qué me canso en persuadir

BA:

Que me canso en persuadir

Q:

mudes tu instable vivir;

BA:

mude tu instable vivir;

-443-

Q:

si aunque me puedes oír

BA:

si aunque no puedes oír

Q:

sujeto a variar fortuna

BA:

sujeto a varia fortuna

Descripción del Mar de Venus

Q:

con porteros de nácar al oriente

BA:

con bostezos de nácar al oriente

BA:

(por errata) y fogosa bajel [...]

Q:

ondas de luz en piélagos de estrellas

BA:

ondas de luz en piélagos de estrellas

Q:

(por errata) encrespado

Q:

ondas eleva que formó Cupido

BA:

ondas eleva que formó Cupido

Q:

en llama hierve el golfo y convertido

BA:

en llamas hierve el golfo y convertido

Q:

de halagüeñas sirenas siempre ha sido,

BA:

de halagüeñas sirenas tiempo ha sido,

BA:

(por errata) harpón

BA:

(por errata) impuro

Q:

de este mar enamoran sin sosiego,

BA:

de este mar enamora sin sosiego!

Q:

que si riza las ondas o el mar bruma,

BA:

que si vira las ondas o el mar bruma

Q:

Venus, divina Venus a quien llega

BA:

Venus divina, Venus a quien llega

Q:

(por errata) harpón

Q:

o es la carroza de la blanca aurora

(verso suplido por el P. José L. Velasco)

BA:

o es constelado el llanto de la aurora

Q:

anega al mundo en piélagos de harpones.

BA:

anega al mundo en piélagos de arpones

-444-

Q:

que en dulce llanto y apacible ruido

BA:

que en dulce llanto ya apacible ruido

Q:

un néctar liban de dulzuras lleno

BA:

un néctar liban de dulzura lleno

Q:

en el cual Venus a su edad destina

BA:

en el cual Venus a su sed destina

Q:

es el pelo, desdén de Ofir luciente,

BA:

es el pelo, de Ofir desdén luciente,

BA:

(por incomprensión) madre del numen fascetrado (x) (?) y
ciego!

(así se lee en la Colección)

Q:

os cuesta esa ilusión de cierto llanto!

(verso suplido por el P. José L. Velasco)

BA:

[...]

(falta un verso)

A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces

Q:

llama de fuego de esplendor vestido,

BA:

plumas de fuego y resplandor vestido,

Q:

haré que sienta mi furor violento

BA:

haré que sientan mi furor violento

Q:

Dijo y al punto en ira se desata

BA:

Dijo, y al punto en iras se desata

Q:

grita con ecos agrios, resonantes

BA:

grita con esos agrios resonantes

Q:

turba de airones vivos, tremolantes:

BA:

turba de airones visos tremolantes:

Q:

con tal soberbia, confusión y estruendo

BA:

con tal soberbia, profusión y estruendo

Q:

con serpientes de fuego al mundo altera;

BA:

con serpientes de fuego el mundo altera;

-445-

Q:

y el universo entero se estremece.

(verso suplido por el P. José L. Velasco)

BA:

el polo cruje, el mundo se estremece.

Q:

este bastardo horror de la montaña,

BA:

entre bastardo horror de la montaña,

Q:

(por errata) silvo

Q:

al yelmo de oro en soles guarnecido;

BA:

al yelmo de oro soles guarnecido,

Q:

que, en humo envuelto y en furor eterno,

BA:

que en humo envuelto y en coraje eterno,

Q:

(por errata) ambas orbes

Q:

que no mira lo que es sino lo que era?

BA:

que no miras lo que es sino lo que era?

Q:

y el averno fue tumba a su remonte:

(palabra suplida por el P. Velasco)

BA:

y el Báratro fue tumba a su remonte.

Q:

este aterrado embrión del Aqueronte,

(palabra suplida por el P. Velasco)

BA:

este atezado embrión del Flegetonte

Rasgo épico a la Concepción de Nuestra Señora

Q:

cercos de estrellas y al coturno lazo;

BA:

cercos de estrellas, si al coturno lazo;

Q:

perla en su nácar se cuajo rizado;

BA:

perla en su nácar se cuajó vivado:

Q:

¡qué hermosa brilla!, de su ardor desmaya

BA:

qué hermosas brillan, de su ardor desmaya

Q:

hizo pelease a orillas de la muerte,

BA:

hizo sulcase a orillas de la muerte

Q:

risueña aurora y cielo en la alegría:

BA:

risueña aurora, y cielo es la alegría,

-446-

Q:

al sol, la luna, el cielo y a la aurora.

BA:

al sol, la luna, al cielo y a la aurora.

Q:

y que un Dragón, en una borborada,

BA:

y que un Dragón, en una borbozada,

Q:

que, tortuoso, en su frente concitado

BA:

que tortuoso en su frente horror crispado

Q:

ondeantes furias, encrespadas llamas;

BA:

ondeando furias y encrespando llamas,

Q:

No así se flecha el tósigo viviente

BA:

No así de flecha el tósigo viviente

Q:

ceñido a un punto cuando va más lleno,

BA:

ceñido a un punto cuando era más lleno

Q:

Bucentoro de pluma el aire hiende

BA:

Bucentoro de pluma al aire hiende

Q:

presa que mira desde el alto asiento,

BA:

para que mire desde el alto asiento;

Q:

Este ardor, esta priesa y estas alas

BA:

Este ardor, esta presa y estas alas

Q:

que reñido de heridas tan bizarras,

BA:

que rendido de heridas tan bizarras

Q:

La culpa no la halló, ni yo la encuentro

BA:

La culpa no se halló ni yo la encuentro

BA:

(por errata) penetrada

Q:

le dió en su sangre el nácar de la vida.

BA:

le dió en su sangre el nácar de su vida.

Q:

hilo a hilo, de aljófares el cielo,

BA:

hilo a hilo aljófares el cielo,

Q:

haciendo vanidad el imposible

BA:

haciendo caridad el imposible

Q:

que por centellas le sirviesen flores,

BA:

que sus centellas le sirviesen flores

-447-

Q:

del cerúleo zafir rizaba espumas;

BA:

del cerúleo zafir viraba espumas.

Q:

Amón

BA:

Amón

Q:

y el escollo inclinado al movimiento,
abrió la frente y recobró su asiento.

BA:

y el escollo, inclinando al movimiento,
alzó la frente y recobró su asiento.

Q:

cual escollo de Arnón precipitado

BA:

cual escollo de Amón precipitado

Q:

ciérrase el mar, encállase el bajío.

BA:

ciérrase el mar, encálase el vacío.

A un Zoilo

Q:

mas sabe que es, aunque tu poesía ladre,

BA:

mas sabe que es (aunque tu furia ladre)

Q:

¿No sabes, Zoilo, que produce en suma

BA:

En fin ¿no sabes que produce en suma

Q:

que al parto pones a tu ingenio corto,

BA:

que el parto pones a tu ingenio corto,

Q:

por ser sin tiempo pares en aborto,

BA:

por ser sin tiempo pares un aborto,

Q:

contra mí tu mentira, que entre tanto

BA:

contra mí tus mentiras, que entre tanto

A una dama imaginaria

Q:

(por errata) harpones

Q:

brinda entre coral y nácar,

BA:

que brinda entre rojo y nácar,

Q:

pues no sabes hacer una

BA:

que no sabes hacer una

-448-

A unos ojos hermosos

Q:

ni es posible en sí menguar

BA:

no es posible en sí menguar

BA:

(por errata) rigosos

BA:

omite la cuarteta: No sois diablos [...]

Q:

Y en haceros de este modo

BA:

Mas en haceros de modo

Afectos de un amante perseguido

Q:

pues busco en otra fiereza

BA:

pues busco en vuestra fiereza

BA:

(por errata) el que me mire más dichoso

Q:

hoy dichoso yo!

BA:

más dichoso yo.

Q:

que condenas al amante

(verso suplido por el P. Aurelio Espinosa)

BA:

que muera mi amor infante

Q:

del dios de amor!

BA:

del dios del amor

Q:

uno que firmemente ama

BA:

uno que primeramente ama

Epigramas. A Zoilo

Q:

A Zoilo

BA:

A un Zoilo

Q:

un quidam te dijo tonto,

BA:

un cierto te dijo: ¡tonto!

A un médico

Q:

por ser ellos muy de atrás

BA:

por ser ellos muy de otras

-449-

Q:

los considero incurables

BA-C:

los juzgo por incurables.

Breve diseño de las ciudades de Guayaquil y Quito

Q:

carta poco seria

BA:

carta joco-seria

Q:

sirva de ajeno contento;

BA:

sirve de ajeno contento;

Q:

congelado en gracia y risa

BA:

congelado con bella risa

Q:

lo que el alba vierte en llanto;

BA:

cuanto el alba vierte en llanto.

Q:

y hoy del mundo la mejor,

BA:

y aun del mundo la mejor,

Q:

es en esto sin segunda.

BA:

es en todo sin segunda.

Q:

deponiendo su ira al verla

BA:

deteniendo su ira al verla

Q:

la besa humilde la planta.

BA:

le besa humilde la planta.

Q:

le miran con tal agrado,

BA:

la miran con tal agrado,

Q:

ni son fuegos sus calores,

BA:

ni el fuego enciende calores,

Q:

peces, aves, frutos, flores.

BA:

peces, aves, luces, flores.

Q:

allí sus ardores frustran,

BA:

aquí sus ardores frustran,

BA:

(por errata) cae, sino en tentación

BA:

(por errata) a bondo

BA:

(por errata) deveras

-450-

Q:

y que equivale en su tanto

BA:

y que equivale en sí, tanto

Q:

hacen que florezca allí

BA:

hacen que florezca aquí

Q:

tuviera sin duda celos

BA:

sin duda tuviera celos

Q:

ese trozo de los cielos.

BA:

este trozo de los cielos

Q:

advertida e ingeniosa

BA:

divertida e ingeniosa,

Q:

es mi patria venturosa;

BA:

fue mi patria venturosa;

Q:

de esa mi adorada cuna.

BA:

de esta mi adorada cuna.

Selecciones

Versos castellanos, obras juveniles, miscelánea

A una tórtola

que lloraba la ausencia de su amante

¿Por qué, tórtola, en cítara doliente
haces que el aire gima con tu canto?
Si alivios buscas en ajeno llanto,
mi dolor te lo ofrece; aquí detente.

Al verte sola, de tu amante ausente, 5
publicas triste en ayes tu quebranto;

yo también ¡ay dolor! suspiro tanto
por no poder gozar mi bien presente.

Pero cese ya, oh tórtola, el gemido,
que aunque es inmenso tu infeliz desvelo, 10
mayor sin duda mi tormento ha sido:

pues tú perdiste un terrenal consuelo
en tu consorte, pero yo he perdido
en mi adorado bien la luz del cielo.

-[456]- -457-

A una rosa

Sonetos

I

En catre de esmeraldas nace altiva
la bella rosa, vanidad de Flora,
y cuanto en perlas le bebió a la aurora
cobra en rubís del sol la luz activa.

De nacarado incendio es llama viva, 5
que al prado ilustra en fe de que la adora;
la luz la enciende, el sol sus hojas dora
con bello nácar de que al fin la priva.

Rosas, escarmentad: no presurosas
anheléis a este ardor; que si autoriza, 10
aniquila también el sol ¡oh rosas!

Naced y lucid lentas; no en la prisa
os consumáis, floridas mariposas,

que es anhelar arder, buscar ceniza.

-458-

II

De púrpura vestida ha madrugado 15
con presunción de sol la rosa bella,
siendo sólo una luz, purpúrea huella
del matutino pie de astro nevado.

Más y más se enrojece con cuidado
de brillar más que la encendió su estrella; 20
y esto la eclipsa, sin ser ya centella
la que golfo de luz inundó al prado.

¿No te bastaba, oh rosa, tu hermosura?
Pague eclipsada, pues, tu gentileza
el mendigarle al sol la llama pura; 25

y escarmiente la humana en tu belleza,
que si el nativo resplandor se apura,
la que luz deslumbró para en pavesa.

-459-

Soneto moral

No tienes ya del tiempo malogrado
en el prolijo afán de tus pasiones,
sino una sombra, envuelta en confusiones,
que imprime en tu memoria tu pecado.

Pasó el deleite, el tiempo arrebatado 5
aun su imagen borró; las desazones
de tu inquieta conciencia son pensiones
que has de pagar perpetuas al cuidado.

Mas si el tiempo dejó para tu daño
su huella errante, y sombras al olvido 10
del que fue gusto y hoy te sobresalta,

para el futuro estudia el desengaño
en la imagen del tiempo que has vivido,
que ella dirá lo poco que te falta.

-[460]- -461-

Soneto moral

¡Basta ya, pecador! No tu malicia
ejercite más tiempo mi paciencia:
harto lugar te da a la penitencia
mi bondad despreciada por propicia.

Hoy mi amor con ternura te acaricia, 5
hoy disimula y sufre tu insolencia;
mas podrá ser que en breve esta clemencia
se convierta en rigores de justicia.

Ea, no tardes más en el pecado;
y si al ver del castigo la tardanza 10
hoy mi misma paciencia te ha obstinado,

adviertan tu descuido y confianza
que, mientras más retiro el brazo airado,
voy doblando el impulso a la venganza.

-[462]- -463-

Carta a Lisardo

persuadiéndole que todo lo nacido muere dos veces, para acertar a morir una

Liras

¡Ay, Lisardo querido!
si feliz muerte conseguir esperas,
es justo que advertido,
pues naciste una vez, dos veces mueras.
Así las plantas, brutos y aves lo hacen: 5
dos veces mueren y una sola nacen.

Entre catres de armiño
tarde y mañana la azucena yace,
si una vez al cariño
del aura suave su verdor renace: 10
¡Ay flor marchita! ¡ay azucena triste!
dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida a la mañana,
antes que el sol su bello nácar rompa,
muere la rosa, vana 15
estrella de carmín, fragante pompa;
y a la noche otra vez: ¡dos veces muerta!
¡oh incierta vida en tanta muerte cierta!

En poca agua muriendo
nace el arroyo, y ya soberbio río 20
corre al mar con estruendo,
-464-
en el cual pierde vida, nombre y brío:
¡Oh cristal triste, arroyo sin fortuna!
muerto dos veces porque vivas una.

En sepulcro süave, 25
que el nido forma con vistoso halago,
nace difunta el ave,
que del plomo es después fatal estrago:
Vive una vez y muere dos: ¡Oh suerte!
para una vida duplicada muerte. 30

Pálida y sin colores
la fruta, de temor, difunta nace,
temiendo los rigores
del noto que después vil la deshace.
¡Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres! 35
una vez naces y dos veces mueres.

Muerto nace el valiente
oso que vientos calza y sombras viste,
a quien despierta ardiente
la madre, y otra vez no se resiste 40
a morir; y entre muertes dos naciendo,
vive una vez y dos se ve muriendo.

Muerto en el monte el pino
sulca el ponto con alas, bajel o ave,
y la vela de lino 45
con que vuela el batel altivo y grave
es vela de morir: dos veces yace
quien monte alado muere y pino nace.

De la ballena altiva
salió Jonás y del sepulcro sale 50
Lázaro, imagen viva
que al desengaño humano vela y vale;
cuando en su imagen muerta y viva viere
que quien nace una vez dos veces muere.

-465-

Así el pino, montaña 55
con alas, que del mar al cielo sube;
el río que el mar baña;
el ave que es con plumas vital nube;
la que marchita nace flor del campo
púrpura vegetal, florido ampo, 60

todo clama ¡oh Lisardo!
que quien nace una vez dos veces muera;
y así, joven gallardo,
en río, en flor, en ave, considera,
que, dudando quizá de su fortuna, 65
mueren dos veces por que acierten una.

Y pues tan importante
es acertar en la última partida,
pues penden de este instante
perpetua muerte o sempiterna vida, 70
ahora ¡oh Lisardo! que el peligro adviertes,
muere dos veces porque alguna aciertes.

-[466]- -467-

Canción heroica

en que con algunas semejanzas expresa el autor sus infortunios

Nace el clavel en púrpura teñido
dejando presuroso su clausura,
a ser Narciso de las otras flores
o Adonis de su sangre producido;
y dividida en hojas su hermosura, 5
ufano se deleita en sus primores
.....
.....
.....
..... 10
.....
.....
.....
.....
toda aquella belleza 15
que pródiga le dio Naturaleza.
¡Oh flor desvanecida,
verdadero retrato de mi vida!

El ruiseñor que amante al aire gira,
iris de plumas o vergel viviente, 20
mira un arroyo, y luego que lo asesta,
trinando endechas, animada lira,
con música saluda su corriente
en que canoro el gusto manifiesta;
baja a gustarla con ligero vuelo, 25
rozando aljófara y rizando hielo,

y con pico de grana
gustoso liba de la espuma cana.
May ¡ay! suerte enemiga,
que el ruiseñor se aprisionó en la liga 30
-468-
que en su margen, por uso,
el cazador para prenderle puso;
y luego lo encarcela
donde no tiene libertad ni vuela.
¡Oh avecilla cautiva, 35
de mi fortuna semejanza viva!

Por tras cortinas de jazmín y grana,
hermoso globo de zafir luciente,
se asoma el sol en brazos de la aurora,
y arrebolada en luces la mañana, 40
con brillante candor viste el oriente
y con destellos nacarados dora
cuanto el orbe atesora;
la tierra como a padre lo recibe,
los pájaros se alegran, la flor vive, 45
el hombre se recrea,
y todo con sus rayos lo hermosea.
Mas ¡ay! que noche oscura
es de tanto monarca sepultura,
y ve su luz ocaso, 50
con que llora la tierra su fracaso:
el pájaro enmudece,
la flor se encoge y todo se entristece.
¡Oh sol, oh luz, oh día,
símbolo propio de la dicha mía! 55

Ronda a la luz la amante mariposa,
y en giros de oro, en óvalos de plata,
galantear a la llama solícita:
ya la festeja en torno presurosa,
ya se retira de la luz ingrata, 60
ya se le acerca, ya se precipita,
porque su amor la incita
a adorar aquel globo de luz breve,
donde su muerte en poca llama bebe,
cuando a besarla llega 65
-469-
de su hermosura enamorada y ciega.
Mas ¡ay! infeliz suerte,
que en cenizas su gala se convierte,
hallando su inocencia
mucho castigo a poca inadvertencia, 70

sin que en la pira unida
Fénix renazca para nueva vida.
¡Oh costosos intentos,
imagen de mis locos pensamientos!

Yo clavel bello un tiempo me miraba 75
desdén hermoso de plebeyas flores;
mas de la envidia el huracán airado
marchito me ha dejado.
Yo en métricos primores
fui ruiseñor que libre gorjeaba; 80
pero ahora en grillos de oro
de Venus bella prisionero lloro.
Yo fui sol; mas mis rayos
con las tinieblas que el rencor exhala,
eclipsados los miro entre desmayos. 85
Fui mariposa, en fin; pero mi gala
se convirtió en pavesa
a los incendios de una cruel belleza.
Y así por varios modos
sufro de todos los tormentos todos, 90
siendo a mi vida imagen lastimosa
la flor, el ave, el sol, la mariposa.

-[470]- -471-

Llanto de la naturaleza humana

después de su caída por Adán

(Liras premiadas en primer lugar en un certamen cuyo asunto era el nacimiento del Niño Jesús)

De su infelice suerte
naturaleza humana congojada,
del árbol de la muerte
al yerto tronco estaba recostada;
y si el curso del llanto suspendiera, 5

aun más helados tronco pareciera.

¿Hasta cuándo, hasta cuándo
(clamaba triste) el mal que me atormenta
su fuerza irá aumentando,
que, aunque infinita, por mi mal se aumenta? 10
¿hasta cuándo querrá mi mal supremo
mostrar que admite más y más lo extremo?

Mas si suele en el llanto
hallar tal vez consuelo un afligido,
arroje mi quebranto 15
ayes del alma con mortal gemido,
canten mis ojos, y sus melodías
tan tristes suenen que parezcan mías.

Pero ¡ay! ¡ay! que son tales
las crueles penas que en el alma siento, 20
que a publicar mis males

-472-

de mis ojos no basta el instrumento;
y así, por dar el lleno a mis enojos,
en vez de llanto lloraré los ojos.

Yo fui aquella dichosa 25
formada a esfuerzos de un milagro, aquella
criatura venturosa,
copia de Dios y copia la más bella;
yo fui ¡ay dolor! aquella peregrina
centella hermosa de la luz divina. 30

Yo fui la que al esmero
del más sublime numen delineada,
en mi instante primero
de mil prodigios me miré formada;
mas ¡ay! que si esto fui, todo ha pasado, 35
y en mí, de mí, la sombra no ha quedado.

Mi antigua llamarada
tan breve se apagó, con tal presteza,
que, convertida en nada,
antes que llama se miró pavesa; 40
pues sólo ardió mi luz aquel instante
que a dar ser a mi nada fue bastante.

Esta mi pena ha sido,
y esta pena importuna de tal suerte
con el alma se ha unido, 45
que aun no la puede separar la muerte,
pues cuanto a mitigarla se apercibe
en ella muere, y ella en todo vive.

Y así en tales enojos
apelo sólo por remedio al llanto. 50
Lloren tristes los ojos
mi imposible dolor, y lloren tanto,
que al ver absorto mi dolor profundo,
valle del llanto se apellide el mundo.

-473-

Lloraré eternamente 55
la antigua dicha de que fui halagada,
aun más que el mal presente;
pues, porque fui feliz soy desdichada.
Dijo, y rendida al grave sentimiento,
en el dolor se destempló el acento. 60

-[474]- -475-

A la inconstancia del mar

Uno que había padecido naufragio habla en estas décimas

Ayer en rocas de nieve
dragón de plata te vi,
tan soberbio que temí
ser sorbo a sus ondas leve;
y hoy tan humilde se mueve 5
tu resaca, que dudé,
a ese peñasco que ve
de tu soberbia la mengua,
si lo lames como lengua,
si lo adoras como pie. 10

Bien tus engaños expresas,
mar, que dividido en cascós,
ayer bravo herías peñascós,
y hoy humilde arenas besas:
a qué mudables empresas 15
te expones, monstruo arrogante,
hoy callado, ayer bramante,
advirtiéndolo así al prudente
que jamás hubo creciente
que no parase en menguante. 20

¿Para qué fue amenazar
con tantas furias ayer,
-476-
si tu soberbio crecer
ha sido para menguar?
Bien te pudiste acordar, 25
cuando sierpe embravecida
amenazabas mi vida,
de este cobarde reposo:
pero ¿cuándo el poderoso
se acuerda de su caída? 30

Si no es que tu engaño intenta
dar mentirosa esperanza,
disimulando bonanza
para crecer en tormenta,
piadoso se representa 35
tu golfo a aquel que lo mira,
hasta verlo de tu ira
un despojo lastimoso;
que siempre es del ambicioso
propio centro la mentira. 40

Ea, pues, golfo inconstante,
altivo mar impaciente,
o volverte a tu creciente,
a quedarte en tu menguante.
Cierre el paso al caminante 45
tu cólera enardecida;
mas no lo harás, que, advertida,
es tu condición variable
imagen de lo mudable
de las cosas de esta vida. 50

Y nace esta conjetura
de la experiencia mayor,
pues ayer vi tu furor,
y hoy admiro tu blandura:
aquella y esta pintura 55
-477-
tan diversas en ornato,
te hacen con diverso trato,
aunque no son en ti unas,
un teatro de fortunas
y de Fortuna un retrato. 60

Qué me canso en persuadir,
¡oh monstruo de variedad!
que en firme estabilidad
mudes tu instable vivir;
si aunque me puedes oír 65
el bien a que te provooco,
está tu discurso poco
sujeto a variar fortuna,
pues quien anda con la luna
no puede ser sino loco. 70

-[478]- -479-

Descripción del mar de Venus

(Ficción Poética y Moral)

De Memnón en el reino floreciente,
donde entre rosas, llama brilladora,
con bostezos de nácar al oriente
se asoma el sol en brazos de la aurora,
cuando, risueño, la estación luciente 5
del celeste zafir purpúreo dora,
y, fogoso bajel, trasmonta bellas
ondas de luz en piélagos de estrellas,

el Mar de Venus yace, que encendido,

encrespando los rizos de su frente, 10
ondas eleva que formó Cupido
de adusto aljófaro, de cristal ardiente.
En llamas hierve el golfo, y convertido
en torpe hoguera su voraz torrente,
risueñas brillan con incendio ciego 15
espumas rojas en un mar de fuego.

Abrasado en el golfo es un cometa
cada brillante pez, y con iguales
rayos que emulan al mayor planeta
los escollos se cambian en fanales: 20
nada de Venus el ardor respeta,
escollos, peces, ondas ni cristales;
y, luceros del mar, arden serenas
de Cupido en el fuego aun las arenas.

-480-

Este, pues, golfo habitación profunda 25
de halagüeñas sirenas siempre ha sido,
arqueros del amor, en quienes funda
su imperio Venus, su poder Cupido;
que dulces vibran con acción fecunda
de apacible veneno arpón teñido, 30
y a los esfuerzos de su acero impuros
arrojan sangre aun los peñascos duros.

¡Oh a cuántos necios el mentido halago
de este mar enamora sin sosiego,
y, mariposas de su mismo estrago, 35
la muerte beben en un dulce fuego!
¡Oh cuántas naves, de este obscuro lago
despojo fueron al impulso ciego,
revelando su ruina a las orillas
sangrientos trozos de deshechas quillas! 40

Aquí la madre del Amor navega,
que si riza las ondas o el mar bruma,
con lo halagüeño de su vista anega
en luz el aire y en ardor la espuma:
Venus, divina Venus a quien llega 45
de las tres Gracias la belleza suma
confusa al verla, matizando ufano
arpón dorado su nevada mano.

Su nave es una concha brilladora
que de nácar y púrpura formada, 50
o es, constelado, el llanto de la aurora
o es la risa del cielo congelada:
su proa argenta, si su popa dora
de luz y aljófar copia enamorada;
y si gira las ondas, es en ella 55
Venus la perla de esta concha bella.

Aquí Cupido, de este mar pirata,
del arco ebúrneo fatigando el seno,
-481-
en suaves dardos de bruñida plata
dispara dulce su mortal veneno; 60
y tanto el ciego flechador maltrata
del convexo marfil la cuerda o freno,
que, siendo el blanco humanos corazones,
anega al mundo en piélagos de arpones.

En esta, pues, galera de Cupido 65
se miran muchos del amor forzados,
que en dulce llanto y apacible ruido
gimen al remo, de una flecha atados,
y del numen rapaz, terror de Gnido,
siendo azote su cuerda, amenazados, 70
con eco alterno, con clamor profundo,
juran a Venus por deidad del mundo.

Enamorados de sus graves penas,
de un dardo y otro al golpe repetido,
forman del nácar que latió en sus venas 75
víctima a Venus de carmín vertido;
y de las bellas de su amor sirenas
al fatal silbo dulcemente oído,
sulcan gustosos con trabajo sumo
golfos de fuego en remolinos de humo. 80

En copas de oro que el amor propina,
un néctar liban de dulzuras lleno,
en el cual Venus a su sed destina
veneno dulce, pero cruel veneno;
y el dios vendado, que áspid se reclina 85
en el catre florido de su seno,
en suave llama su ponzoña miente
para entrañarles hasta el alma el diente.

A estos cautivos cada ninfa ingrata,
Circe hechicera, brinda dulcemente 90
en manos de cristal prisión de plata,
y en labios de carmín ponzoña ardiente;
-482-

cadena de oro con que amor los ata
es el pelo, desdén de ofir luciente,
que en las costas de amor estas sirenas 95
son causa hermosa de un Argel de penas.

En el purpúreo rosicler sediento
que risueño en sus labios liba grana,
tiñe sus dardos de carmín sangriento
el lince, nieto de la espuma cana. 100
Y de amor los cautivos, al violento
fugoso impulso de la flecha insana,
ríen y lloran, porque están de modo
que nada sienten y lo sienten todo.

¡Oh infelices forzados de la impura 105
madre del numen faretrado y ciego!
¿este tormento lo juzgáis dulzura?
¿refrigerio fingís que es este fuego?
¿por acierto tenéis esta locura?
¿esta inquietud amáis como sosiego? 110
¡Oh, cuánto os ciega vuestro amor! ¡oh, cuánto
la copa un día colmaréis con llanto!

-483-

A la rebelión y caída de Luzbel y sus secuaces

Viose Luzbel de estrellas coronado,
plumas de fuego y resplandor vestido,
de los astros al ápice encumbrado,
entre querubas adalid lucido,
de Dios portento, a esmeros fabricado, 5
perfecto en todo, en todo esclarecido;
y soberbio de verse en tanta alteza,
dijo lleno de rabia y de fiereza:

¿En lóbrego no puedo, ardiente, horrendo
desorden, espantoso a la fortuna, 10
el universo todo confundiendo,
ahogar al sol en su dorada cuna?
¿En pavesas cambiar, si lo pretendo,
no me es posible el globo de la luna?
¿Qué espera, pues, mi enojo sin segundo, 15
que no hundo al cielo sepultando al mundo?

Falsear haré con ira fulminante
del alto cielo, en un vaivén ruidoso,
azul muralla, y subiré triunfante
a ser señor del reino luminoso; 20
si son estorbo a mi ímpetu arrogante
aire, mar, tierra o firmamento hermoso,
haré que sientan mi furor violento
el mar, la tierra, el aire, el firmamento⁷⁸.
-484-

Igual a Dios seré, pues se dilata 25
mi poder tanto, y sellaré mi huella
donde el ártico polo en hielos ata
al Aquilón, perezas de su estrella.
Dijo, y al punto en iras se desata
de celestes garzones tropa bella, 30
que marchando con brava bizarría
luz, por guerrero polvo, daba al día⁷⁹.

¡Al arma! ¡al arma! ya el clarín sonoro
grita con ecos agrios, resonantes;
y al aire vieras del metal canoro 35
blandir los astros picas de diamantes;
serpeaba undosa sobre yelmos de oro
turba de airones vivos, tremolantes;
nunca vio el aire, en pavoroso anhelo,
poblado de astros, tan turbado el cielo⁸⁰. 40

Con rabia extraña, con coraje horrendo
de Lucifer los lúgubres pendones,
seguían, de sombras su escuadrón vistiendo,
prófugos de la luz, ciegos dragones;
con tal soberbia, confusión y estruendo 45
marchaban estos hórridos campeones,
que del antro al cenit el polo helado
tembló confuso, palpité turbado.

No de otra suerte cuando intenta el noto

teñir feroz el vulto de la esfera: 50
el aire entonces duramente roto
con serpientes de fuego al mundo altera;
pálido el sol al fúnebre alboroto
ceniza peina en vez de cabellera:
todo es horror, el cielo se anochece, 55
el polo cruje, el mundo se estremece81.

-485-

Del testamento sobre el monte ardiente
Luzbel estaba respirando saña,
dos hogueras por ojos, y por frente
negra noche que en sierpes enmaraña; 60
altivo aturde al mundo fieramente,
este bastardo horror de la montaña,
pues, trueno el silbo, el eco terremoto,
confunde al orbe en hórrido alboroto82.

El divino Miguel spiritoso, 65
que fiel se opone al ángel atrevido,
las rubias hebras apremió garboso
al yelmo de oro en soles guarnecido;
y al encuentro primero pavoroso,
al caos le arroja, donde el fementido, 70
de expirante tizón eterna llama,
blasfemo truena, corajudo brama83.

No tan furioso nubes despedaza
el sulfúreo turbión, no tan violenta
con ráfagas de luz montes arrasa 75
del huracán la rápida tormenta,
como arrojado de la etérea casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
que, en humo envuelto y en coraje eterno,
de espíritus de luz ondeó un infierno84. 80

Al caer Luzbel con su escuadrón tremendo,
un polo y otro, el vulto demudado,
palpitaron violentos, confundiendo,
el giro de ambos orbes prolongado;
turbose luego al estallido horrendo 85
del cielo y tierra el orden barajado,
y que bajaban pareció al profundo
la esfera en polvo, en átomos el mundo.

-486-

¿Viste nocturna llama presurosa
encendida ilusión, que en pronto vuelo, 90
rasgo de luz, exhalación hermosa,
con brillante destello argenta el cielo?
¿y que al correr la esfera luminosa,
desliz lucido, con fogoso anhelo,
tan presto acaba luces y carrera 95
que no miras lo que es sino lo que era?

Así Luzbel, planeta rutilante,
que a la madre de amor dio lucimiento,
lucero hermoso entre ángeles brillante,
del sol envidia, de beldad portento, 100
fanal celeste que intentó arrogante
establecer al aquilón su asiento,
fue en el estado de su luz primera
llama que pasa, exhalación ligera⁸⁵.

Estudiad, oh mortales, escarmiento 105
en esa imagen necia de Faetonte,
que quiso remontarse al firmamento,
y el bátrac fue tumba a su remonte:
así pagó su loco atrevimiento
este atezado embrión del Flegetonte, 110
y así padece, aún más que en el abismo,
horrible infierno dentro de sí mismo.

Rasgo épico a la Concepción de Nuestra Señora

Sobre el Capítulo XII del Apocalipsis

Grande asunto limita a poco labio
afecto mucho, y del castalio coro
invoco al numen que, canoro y sabio,
cadencias pulse en desacuerdos de oro;

de la sonora cuerda al dulce agravio 5
rasgue Hipocrene su elocuente poro,
inspirando a mi lira el sol divino,
néctar de luz, ardor del Febo trino.

¡Oh musa, o tú que en la canora fuente
por desdenes frondosos del Parnaso, 10
en giros de zafir das a tu frente
cerco de estrellas, si al coturno lazo;
tú que calzas la luna y al rugiente
Dragón oprimes al primero paso,
inspírame, será mi dulce canto 15
del Erebo terror, del cielo encanto!

Todo un mar acomete mi desvelo,
en cuyas ondas de cristal nevado
el sol, que al sol da paso por el cielo,
perla en su nácar se cuajó rizado; 20
-488-

mar todo gracia, donde nunca el hielo
fatal o el nimbo opaco del pecado,
con el torpe arrebol del ceño oscuro,
desaliñó la tez al cristal puro.

Mar que de perlas cresco y de corales 25
neto esplendor, ni en la vecina
playa sintió las huellas de heredados males,
que al margen de su ser los tuvo a raya;
al reflejo de luces orientales
que hermosas brillan, de su ardor desmaya 30
la culpa, viendo sus orillas llenas
de aljófares de gracia por arenas.

Mar que a la nave que salió del fuerte
arsenal del empíreo, por su seno
hizo sulcase a orillas de la muerte, 35
por darle vida al mísero terreno;
mar tan dichoso que su cauce advierte
de astros nadantes y de soles lleno,
siendo en la espuma de sus ondas bellas
conchas los signos, peces las estrellas. 40

Este mar cuya orilla se encanece
de gracias por espumas, es María,
hermosísimo sol cuando amanece

en su purpúreo rosicler el día,
luna sin manchas que no mengua y crece, 45
risueña aurora y cielo en la alegría:
pues esta diosa en su beldad mejora
al sol, la luna, al cielo y a la aurora.

Viola San Juan de todo el sol vestida,
en el zafir celeste iluminada, 50
la planta, de la luna guarneçada,
la corona, de estrellas matizada,
-489-
dando aliento a la luz, al aire vida
y que un Dragón, en una borborada,
vomitó de betún negro torrente 55
para eclipsar el nácar de su frente86.

Era el Dragón un monte organizado
de ásperas conchas, verdinegras tramas,
que, tortuoso, en su frente horror crispado
furores peina desgredando escamas; 60
cervices siete tremolaba airado
ondeando furias y encrespando llamas;
y el mundo escucha con mortal desmayo
su silbo trueno, si su vista rayo.

Aquí conchas y escamas retorciendo 65
todo se implica en giros comprimido,
allí se extiende en nube convirtiendo
el sinuoso volumen retorcido;
aquí brama, allí truena, y al horrendo
eco palpita el aire estremecido, 70
allí vibra en cada ojo un cruel cometa,
que eclipsa el carro del mayor planeta

Ya entre golfos de estrellas navegando,
monstruo escamado, gira sin sosiego,
ya los astros embiste centelleando, 75
fuego sus ojos, sus narices fuego,
ya las garras afila, ya silbando
su informe cresta la tremola, y luego
un golfo escupe de veneno adusto,
terror del orbe, de la esfera susto. 80

No así se flecha el tósigo viviente,
venenoso relámpago del prado,

ni la fiera estrellada, horror rugiente,
ni de los monstruos el terror lunado;

-490-

como toro, el Dragón, tigre y serpiente, 85
de puntas, garras y veneno armado,
voló, embistió y acometió a María,
para manchar en su pureza al día.

Previno Dios la mancha, y oportuna
contra el torrente que el Dragón desata, 90
de su corvo esplendor formó la luna
a su cándido pie puente de plata;
por debajo corrió, sin que ninguna
logre ofensa el Dragón de las que trata,
ceñido a un punto cuando va más lleno, 95
el torrente escamado de veneno.

Oh tú, garra divina, imagen pura,
de belleza inmortal pompa gallarda,
fanal terso de Jove en que asegura
con velo de cristal que su luz arda, 100
pisa en arco triunfal la frente dura
del Dragón que a tu luna se acobarda;
que, si sombra poner en ti pretende,
corvo alfange, la luna te defiende.

Bucentoro de pluma el aire hiende 105
águila real, y al generoso aliento,
noble corsario, mal se le defiende
presa que mira desde el alto asiento,
ni la sierpe que al sol veneno enciende,
la piel manchada de colores ciento, 110
pues del ribazo en giros desasida,
la despoja en el aire de la vida.

Este ardor, esta priesa y estas alas
vistió la que del sol rayos ostenta,
armas al duelo, si a la pompa galas, 115
contra el insulto que el Dragón intenta;
por arco y dardos, por acero y balas
gracia esgrime con gracia tan violenta,
que rendido de heridas tan bizarras,
batió su cola y le postró sus garras. 120

Viose de conchas el viviente muro
abatido y trinchado a su despecho,
y virtiendo de sangre un golfo impuro,
barre la cresta lo que inunda el pecho,
trueno en bramidos, y rasgando el duro 125
monte de escamas, se caló deshecho,
por huir de Dios, del cielo y de sí mismo,
a los negros anfractos del abismo.

No cebó de su pico la pureza
en la menor de su despojo escama, 130
ni por blasón la piel quitó a la presa;
de laurel tremoló, sí, verde rama,
garzota de esmeralda en su cabeza
y clarín en el pico de su fama,
viendo la culpa en su postrer desmayo 135
prevenido el laurel antes del rayo.

Paloma que anidó la primer nave,
de copos de cristal diluvio breve,
fue de aquesta victoria imperial ave,
bosquejo de marfil sombra de nieve; 140
que con vuelo ligero al leño grave
convirtiose sin mancha su pie leve,
pues para no tocar la tierra esquiva
verdes alas batió de hojas de oliva⁸⁷.

La culpa no se halló, ni yo la encuentro 145
con el discurso que cobarde para
por no poder calarse más adentro
al trono inaccesible que lo ampara;
si del divino mar al alto centro
por escollos de luces penetrara, 150
viera a esta perla, que con Cristo unida,
le dio en su sangre el nácar de la vida.

Esto es corto bosquejo, breve historia
de la que oculta Dios a los sentidos,
-492-
mapa donde diseña a la memoria 155
sus profundos arcanos escondidos;
de este misterio la sublime gloria
en dibujos declara repetidos,
sirviendo sus campañas de procesos,
formas los casos, bultos los sucesos. 160

Blanco vellón, intérprete del duelo,
hebra a hebra chupó cuanto le llueve,
hilo a hilo, de aljófares el cielo,
ancho seno a la lluvia el copo breve;
mas cuando el agua contamina al suelo, 165
rayos al sol el vellocino bebe,
porque viesen las aguas que al beberlas
se lavan culpas y se anegan perlas⁸⁸.

Esfera de esmeralda incombustible,
brillé la zarza fresca en sus ardores, 170
haciendo vanidad el imposible
de sujetar voraces sus rigores;
aun dentro de la culpa fue posible
que por centellas le sirviesen flores,
siendo en lo verde, fresco y lo brillante, 175
de esmeralda, de nieve y de diamante⁸⁹.

Ave de pino, en lúbrico elemento
de cendales batió cándidas plumas
la primer nave, que sulcando el viento
del cerúleo zafir rizaba espumas; 180
náufrago el cielo y tierra al turbulento
húmedo impulso de flexibles sumas,
el arca sola en la tormenta insana
burlaba el riesgo, gallardeando ufana⁹⁰.

El pueblo del Señor en el Mar Rojo 185
halló senda al escape del tirano,
cuando ya le juzgó débil despojo
al fiero golpe de su insana mano;
-493-
el dividido mar con crespo enojo
en montes de cristal miraba ufano, 190
mas presto vio llover sobre sus reales
lluvias de montes, montes de cristales⁹¹.

La montaña de Arnón que en gruta fría
contra el pueblo de Israel una celada
sangrienta de enemigos escondía, 195
de oculto impulso se miró arruinada;
el pueblo libre, la traición yacía
en ribazos deshechos sepultada,
y el escollo inclinado al movimiento,
alzó la frente y recobró su asiento. 200

Cual otro Faraón miré al pecado
que Cristo en rojo mar de sangre anega;
cual escollo de Arnón precipitado,
ruinas del pueblo que traidor le entrega;
el mar abierto, el risco desgajado 205
libertan a María cuando llega,
pero al llegar nosotros, con desvío
ciérrase el mar, encállase el bajío.

Rosa del cielo el sol, y sol del prado
en nacarado ardor la rosa bella, 210
son de esta Virgen símbolo agraciado,
sin manchas él y sin espinas ella;
en zarza, en maxes, en vellón dorado,
en ave, en arca, en monte y en estrella
bosquejó diestro sus divinos dones 215
con luces Dios, mi pluma con borrones.

-[494]- -495-

Monserrate

Poema heroico sobre las acciones y vida de San Ignacio

Fragmento

Este de rocas promontorio adusto
freno es al aire y a los cielos susto,
más que de Giges los ribazos fieros,
organizado horror de los luceros,
cuya excelsa cimera
taladrando la esfera,
nevado escollo en su cerviz incauta,
del celeste Argonauta
teme encallar fogoso el Bucentoro,
que luces sulca en tempestades de oro.

Al erigir su cuello hacia los astros,
cubierto erial de nieves y alabastros,
a Apolo en sus reflejos
de marfil congelado ofrece espejos,
reinando con sosiego
monstruos de nieve en la región del fuego.

Comunero de Jove airado truena,
y de su cima la nevada almena
crinitos fuegos vibra a la esmeralda
del verde simulacro de su falda;
siendo el frontis inmenso,
por lo continuo y denso
-496-
del fulgor ominoso que le inunda,
de ignitas sierpes Libia más fecunda;
aunque el vellón de nieve
que a la escarpada cumbre el valle debe
otra al hielo desata
sierpe espumosa de rizada plata,
que la ira y ardor ciego
la mitiga en carámbanos el fuego;
y al arroyo cansado
en verde catre da su grama el prado,
cuando apenas nacido,
ya lo ve encanecido
con las espumas que sediento bebe
por duros riscos resbalando nieve
[...]

-497-

A un Zoilo

que viendo unas poesías del autor, dijo que eran ajenas

Liras

Miraste mis poesías,
y tu envidia mortal de ardores llena
dijo que no eran mías,
sino parto feliz de pluma ajena:
así lo dijo, pero no me admira 5
que la envidia dé cuerpo a la mentira.

Con ocultos esfuerzos
a algunos simples persuadir previenes
que han tenido mis versos
catorce padres como tú los tienes; 10
más sabe que es, aunque tu furia ladre,
más honrada mi musa que tu madre.

¿Acaso no has sabido
de mi instrumento la dulzura? ¿acaso
ignoras que yo he sido 15
de los aires dulcísimo embarazo,
adornando mis sienes oficiosa
de bella Dafne la esquivez frondosa?

-498-

¿Ignoras, dime, ignoras
que al eco de mi lira se suspenden 20
las aves, que canoras
el ceño verde del Parnaso atienden,
y que escuchan mi hechizo peregrino
tejiendo el aire en éxtasis divino?

¿No sabes que ha sonado 25
mi dulce voz en uno y otro polo,
y que he sido envidiado
de los cisnes tal vez, tal vez de Apolo?
¿No sabes, Zoilo, que produce en suma
sublimes partos mi fecunda pluma? 30

Pues si esto has conocido,
si tú no ignoras mi divina musa,
¿cómo, cómo, atrevido,
así tu lengua contra mí se aguza?
Pero es tu envidia tan villana y ciega, 35
que aunque ve la verdad, la verdad niega.

Tú, sí, que cuando escribes,
en vez de pluma, mueves bien las uñas,
y así, Zoilo, concibes
que hurtan los otros cuando tú rasguñas, 40
porque todo ladrón con viles modos
se persuade que son ladrones todos.

Tú, sí, que algunas veces
que al parto pones a tu ingenio corto,
al cabo de seis meses, 45
por ser sin tiempo, pares en aborto,
aborto que, en su traza y fealdad rara,
es propia imagen de tu ingenio y cara.

Tú, sí, que sólo aciertas
a formar unas coplas desiguales, 50
pesadas, patituertas,
-499-
y más toscas, en fin, que tus modales,
sin que puedan pulirlas a porrazos
ni ochenta escoplos con ochenta mazos.

Tú, sí, que persuadido 55
de que el que miente es poeta verdadero,
por ser poeta aplaudido
has dado en ser grandísimo embustero,
y según tú lo juzgas y lo sientes,
siempre haces versos porque siempre mientes. 60

Y así, Zoilo, derrama
contra mí tu mentira, que entre tanto
el eco de mi fama
irá creciendo al grito de mi canto;
miente cuanto quisieres, pues no viene 65
a quitar el honor quien no lo tiene.

Di que sólo prevengo
engañar con mis versos a algún bobo,
pues aquellos que tengo
me los soplan tal vez, tal vez los robo; 70
pero advierta tu envidia que, si aprieta,
a su costa verá si soy poeta.

A una dama imaginaria

Lector mío, los versos amorosos que se siguen, advierte que no se hicieron a otro fin que a mi diversión y ejercicio: si tú puedes, aplícalos a lo divino, y si no, juzga que son requiebros de Don Quijote a Dulcinea

Romance

Qué linda cara que tienes,
válgate Dios por muchacha,
que si te miro, me rindes
y si me miras, me matas.

Esos tus hermosos ojos 5
son en ti, divina ingrata,
arpones cuando los flechas,
puñales cuando los clavas.

Esa tu boca traviesa
brinda, entre coral y nácar, 10
un veneno que da vida
y una dulzura que mata.

En ella las gracias viven:
novedad privilegiada,
que haya en tu boca hermosura 15
sin que haya en ella desgracia.

Primores y agrados hay
en tu talle y en tu cara;
todo tu cuerpo es aliento,
y todo tu aliento es alma. 20

El licencioso cabello
airosamente declara
que hay en lo negro hermosura,
y en lo desairado hay gala.

Arco de amor son tus cejas, 25
de cuyas flechas tiranas,
ni quien se defiende es cuerdo,
ni dichoso quien se escapa.

¡Qué desdeñosa te burlas!
y ¡qué traidora te ufanas, 30
a tantas fatigas firme
y a tantas finezas falsa!

¡Qué mal imitas al cielo
pródigo contigo en gracias,
pues no sabes hacer una 35
cuando sabes tener tantas!

-503-

Fragmento

(De un romance)

Bellísima dueño mío
por quien dulcemente muero,
suspende, suspende el golpe
con que me hieres el pecho.
¿Por qué, mi bien, me atormentas?
¿acaso es porque te quiero?
Pues si tú obligas a amarte,
¿qué culpa tengo en hacerlo?

-[504]- -505-

A unos ojos hermosos

Ojos cuyas niñas bellas
esmaltan mil arboles,
muchos sois para ser soles,
pocos para ser estrellas.

No sois sol, aunque abrasáis 5
al que por veras se encumbra,
que el sol todo el mundo alumbra
y vosotros le cegáis

No estrellas, aunque serena
luz mostráis en tanta copia, 10
que en vosotros hay luz propia
y en las estrellas, ajena.

No sois lunas a mi ver,
que belleza tan sin par
ni es posible en sí menguar, 15
ni de otras luces crecer.

No sois ricos donde estáis,
ni pobres donde yo os canto;
pobres no, pues podéis tanto,
ricos no, pues que robáis. 20

No sois muerte, rigurosos,
ni vida cuando alegráis;
vida no, pues que matáis,
muerte no, que sois hermosos.

-506-

No sois fuego, aunque os adula 25
la bella luz que gozáis,
pues con rayos no abrasáis
a la nieve que os circula.

No sois agua, ojos traidores,
que me robáis el sosiego, 30

pues nunca apagáis mi fuego
y me causáis siempre ardores.

No sois cielos, ojos raros,
ni infierno de desconsuelos,
pues sois negros para cielos 35
y para infierno sois claros.

Y aunque ángeles parecéis,
no merecéis tales nombres,
que ellos guardan a los hombres
y vosotros los perdéis. 40

No sois diablos, aunque andáis
dando pena a los que os vieron,
que ellos del cielo cayeron,
vosotros en él estáis.

No sois dioses, aunque os deben 45
adoración mil dichosos,
pues en nada sois piadosos
ni justos ruegos os mueven.

Y en haceros de este modo
naturaleza echó el resto, 50
que, no siendo nada de esto,
parece que lo sois todo.

-507-

Afectos de un amante perseguido

Minuet

Socorro, cielos,
dioses, favor,
que ya en la tierra

no hay compasión,
pues todos son homicidas 5
de dos inocentes vidas,
que se enlazaron
en una las dos.

Cuatro elementos
piadosos hoy os solicita, 10
mi triste voz,
para contaros mis penas,
de humano favor ajenas,
trágica historia
de envidiado amor. 15

Fieras del bosque
de quien huyó
comercio humano,
dadme atención,
pues busco en vuestra fiereza 20
la humana naturaleza
que entre los hombres
la envidia borró.

-508-

Apenas mi hado
feliz me unió 25
con quien, al verla,
nació mi amor,
cuando con fiero despecho
quieren robarme del pecho
al dueño hermoso 30
de mi adoración.

Vi atentamente
su bello sol,
y quedé ciego
del resplandor: 35
¿qué mucho, pues, que entre horrores
en un abismo de errores
tropiece y caiga,
pues tan ciego estoy?

La hermosa, causa, 40
de mi dolor,
al fin mis quejas

piadosa oyó,
que es propio de las deidades
el responder con piedades 45
a los clamores
de una triste voz.

Esto la envidia
(¡oh qué rigor!)
esto la envidia 50
me concitó,
como si culpa en mí ha sido
que se haya compadecido
de mis pesares
la que los causó. 55

-509-

¡Oh humanos pechos
a quien trocó en fieros monstruos
la sinrazón,
sabed, sabed, engañados
que no os hace desdichados 60
el que me mire
hoy dichoso yo!

Ésta es mi culpa,
éste el rigor
de la sentencia 65
que el mundo dio:
que muera mi amor infante,
porque le miras gigante
al primer día
que al mundo salió. 70

Mas de ello apelo,
dioses, a vos:
juzgad mi causa
que es cruel dolor
que perezca un inocente 75
por la voz de una ímpia gente:
sea voz del pueblo
y no voz de Dios.

¡Ah del alcázar
del dios de amor! 80
donde los cultos

ocultos son:
uno que firmemente ama
a tus puertas pide y clama
le abran el templo, 85
y hará su oración.

-[510]- -511-

Fragmento

[...]

Nácar su labio, rosicler su frente,
matizando de púrpura el ambiente,
la aurora desceñía
las densas gasas de la noche fría.

[...]

-[512]- -513-

Epigramas

A Zoilo

I

Zoilo, ayer tarde por chiste
un quidam te dijo ¡tonto!,
y tú, por vengarte pronto,
¡Adulador! le dijiste.

Y a la verdad que lo era 5
el que tonto te llamó,
pues tú no eres tonto, no,
sino la misma tontera.

II

Tus mentideras estiras
con progresos tan felices, 10
que, en dos palabras que dices,
dices Zoilo mil mentiras.

Por eso admirados todos
juzgan con razón no poca,
que hablas sólo por la boca, 15
y que mientes por los codos.

-[514]- -515-

A un médico

(Fragmento)

Un sujeto hizo versos contra otro que se jactaba de médico, siendo un ignorante, y pidió al autor, que sobre el mismo asunto y contra el mismo médico soñado hiciese las siguientes cuartetas:

Doctor Vidales, doctor
esqueleto o badulaque;
doctor chisguete en latín,
doctor guadaña en romance;

Escúchame por tu vida
que va la segunda parte;
y hay para cebar tu ciencia
harta materia en mis males.

A consultártelos vengo,
mas si verdad he de hablarte,
por ser ellos muy de atrás
los juzgo por incurables.

[...]

-[516]- -517-

Breve diseño de las ciudades de Guayaquil y Quito

(Carta joco-seria escrita por el autor a su cuñado don Jerónimo Mendiola, describiendo a Guayaquil y Quito)

Dichoso paisano, en quien
con diversísimos modos
se miran los dones todos,
todas las prendas se ven,
perdona si en parabién 5
de tu carta no te da
algo mi amor, porque ya
cuanto yo darte podía,
que era la voluntad mía,
tú te la tienes allá. 10

Mostrárteme agradecido
hoy mi empeño viene a ser,
y para poderlo hacer
de estos versos me he valido;
recíbelos advertido, 15
de que si aun el don mayor
sólo recibe valor
del amor de quien lo da,
inmenso mi don será,

pues es inmenso mi amor. 20

-518-

Contarte un pesar intento
por ver si puedo lograr
el que mi propio pesar
sirva de ajeno contento;
escúchame, pues, atento, 25
que ya mi triste gemido
empieza a dar condolido
dos efectos a mi canto,
pues lo que en mi voz es llanto
será música en tu oído. 30

Guayaquil, ciudad hermosa,
de la América guirnalda,
de tierra bella esmeralda
y del mar perla preciosa,
cuya costa poderosa 35
abriga tesoro tanto,
que con suavísimo encanto
entre nácares divisa
congelado en gracia y risa
cuanto el alba vierte en llanto; 40

Ciudad que es por su esplendor,
entre las que dora Febo,
la mejor del mundo nuevo
y aun del orbe la mejor;
abunda en todo primor, 45
en toda riqueza abunda,
pues es mucho más fecunda
en ingenios, de manera
que, siendo en todo primera,
es en esto sin segunda. 50

Tribútanle con desvelo
entre singulares modos
la tierra sus frutos todos,
sus influencias el cielo;
-519-
hasta el mar que con anhelo 55
soberbiamente levanta
su cristalina garganta
para tragarse esta perla,
deponiendo su ira al verla

le besa humilde la planta. 60

Los elementos de intento
la miran con tal agrado,
que parece se ha formado
de todos un elemento;
ni en ráfagas brama el viento, 65
ni son fuego sus calores,
ni en agua y tierra hay rigores,
y así llega a dominar
en tierra, aire, fuego y mar,
peces, aves, luces, flores. 70

Los rayos que al sol regazan
allí sus ardores frustran,
pues son luces que la ilustran
y no incendios que la abrasan;
las lluvias nunca propasan 75
de un rocío que de prisa
al terreno fertiliza,
y que equivale en su tanto
de la aurora al tierno llanto,
del alba a la bella risa. 80

Templados de esta manera
calor y fresco entre sí,
hacen que florezca allí
una eterna primavera;
por lo cual si la alta esfera 85
fuera capaz de desvelos,
tuviera sin duda celos
de ver que en blasón fecundo
abriga en su seno el mundo
ese trozo de los cielos. 90

-520-

Tanta hermosura hay en ella
que dudo, al ver su primor,
si acaso es del cielo flor,
si acaso es del mundo estrella;
es, en fin, ciudad tan bella 95
que parece en tal hechizo,
que la omnipotencia quiso
dar una señal patente
de que está en el Occidente
el terrenal paraíso. 100

Esta ciudad primorosa,
manantial de gente amable,
cortés, discreta y afable,
advertida e ingeniosa
es mi patria venturosa; 105
pero la siempre importuna
crueldad de mi fortuna,
rompiendo a mi dicha el lazo,
me arrebató del regazo
de esa mi adorada cuna. 110

Buscando un lugar maldito
a que echarme su rigor,
y no encontrando otro peor,
me vino a botar a Quito;
a Quito otra vez repito 115
que entre toscos, nada menos,
varios diversos terrenos,
siguiendo, hermano, su norma,
es un lugar de esta forma,
disparate más o menos. 120

Es su situación tan mala,
que por una y otra cuesta
la una mitad se recuesta,
la otra mitad se resbala;
ella se sube y se cala 125
-521-
por cerros, por quebradones,
por guaicos y por rincones,
y en andar así escondida
bien nos muestra que es guarida
de un enjambre de ladrones. 130

Tan empinado es el talle
del sitio sobre que estriba,
que se hace muy cuesta arriba
el andar por cualquier calle;
no hay hombre que no se halle 135
la vista en tierra clavada,
porque es cosa averiguada
que el que anda sin atención
cae, si no en tentación,
en una cosa privada. 140

Hacen a Quito muy hondo
una y otra rajadura,
y teniendo tanta hondura,
es ciudad de ningún fondo.
Aquí hay desdichas abondo, 145
aquí el hambre y sed se aúnan
y a todos nos importunan;
aquí, en fin, ¡raros enojos!
los que comen son los piojos,
los demás todos ayunan. 150

Son estos piojos taimados
animales infelices,
grandes como mis narices,
gordos como mis pecados;
cuando veo que estirados 155
van muy graves en cuadrilla,
me asusto que es maravilla
desde que un piojillo arisco,
sólo con darme un pellizco,
me sumió la rabadilla. 160

-522-

Las sillas de mano aquí
se miran como a porfía,
y te aseguro a fe mía
que tan malas no las vi;
luego que las descubrí 165
por unos lados y otros,
viendo los asientos rotos
y quebradas las tablillas,
dije: Bien pueden ser sillas,
mas yo las tengo por potros, 170

En estas sillas se encierra,
llevando cualquier serrana,
mucho pelo y poca lana,
como oveja de la tierra.
Aquí, pues, en civil guerra 175
con femeniles enojos
son de los piojos despojos,
y con dentelladas bellas,
los piojos las muerden a ellas,
y ellas muerden a los piojos. 180

Estas quiteñas como oso
están llenas de cabello,
y aunque tienen tanto vello,
mas nada tienen hermoso;
así vivo con reposo 185
sin alguna tentación,
siquiera por distracción
me venga, pues si las hablo,
juzgando que son el diablo,
hago actos de contrición. 190

Lo peor es la comida
(Dios ponga tiento en mi boca):
ella es puerca y ella es poca,
mal guisada y bien vendida;
aquí toda ella es podrida, 195
-523-
y ¡vive Dios! que me aburro,
cuando imagino y discurro
que una quiteña taimada
me envió dentro una empanada
un gallo, un ratón y un burro. 200

Hay tal o cual procesión,
mas con rito tan impío,
que te juro, hermano mío,
que es cosa de inquisición:
van cien Cristos en montón 205
corriendo como unas balas,
treinta quiteños sin galas,
más de ochenta Dolorosas,
San Juan, Judas y otras cosas,
casi todas ellas malas. 210

Con calva, gallo, y sin manto,
un San Pedro se adelanta,
y, por más que el gallo canta,
no quiere llorar el Santo;
pero le provoca a llanto 215
de sus llaves la reyerta,
pues cuenta por cosa cierta,
estando el Santo con sueño,
que se las hurtó un quiteño
para falsear una puerta. 220

Va también tal cual rapaz

vestido de ángel andante,
con su cara por delante
y máscara por detrás;
con tan donoso disfraz 225
echan unas trazas raras,
dándonos señales claras
que, en el quiteño vaivén,
aun los ángeles también
son figuras de dos caras. 230

-524-

De penitentes con guantes
salen los nobles por no
dar limosna, y temo yo
que han de salir de danzantes.
Estos quiteños bergantes 235
¿cómo harán tal indecencia?,
pues hallo yo en mi conciencia
que es muy grave hipocresía
vestir la cicatería
con traje de penitencia. 240

Después se ven unos viejos
beatos, brujos y quebrados,
y algunos frailes cargados
con sus barbas y agarejos;
luego se sigue a lo lejos 245
una recua de Cofrades,
después las Comunidades,
y otras bestias con pendones,
porque aquí las procesiones
todas son bestialidades. 250

Mil pobres despilfarrados
se miran a cada instante,
mas ninguno es vergonzante,
que son bien desvergonzados;
ciegos, mudos, corcobados 255
y enanos hay en verdad
tantos en esta ciudad,
que yo afirmo sin rebozo
que es este Quito piojoso
el Valle de Josafat. 260

Hermano, en aqueste Quito
muchos mueren de apostemas,

de bubas, llagas y flemas,
mas nadie muere de ahíto;
y hay serrano tan maldito 265

-525-

que al rezar la letanía
pide a la Virgen María,
con grandísimo fervor,
que le conceda el favor
de morir de apoplejía. 270

A cualquiera forastero,
con extraña cortesía,
sea de noche, sea de día,
le quitan luego el sombrero;
y si él no trata ligero 275
de tomar otra derrota,
le quitan también sin nota
estos corteses ladrones
la camisa y los calzones,
hasta dejarlo en pelota. 280

Andan como las cigarras
gritando por estas sierras
que son leones en las guerras,
y lo son sólo en las garras;
para hurtar estos panarras 285
con sutileza y con tiento
son todos un pensamiento,
de suerte que yo he juzgado
que en las uñas vinculado
tienen el entendimiento. 290

El que es noble gamonal
algún obraje procura,
y de esta suerte asegura
tener en jerga el caudal.
Los quiteños, por su mal, 295
entablaron desdichados
estos obrajes malvados,
pues con esperanzas vanas
van al obraje por lanas
y se vuelven trasquilados. 300

-526-

Todos estos obrajeros,
por interés del vellón,

compran ovejas y son
ellos gentiles carneros.
Tienen bueyes y potreros 305
del caudal para ventaja,
pero, aunque ellos se hacen raja,
nunca salen de pobreza,
pues vinculan su riqueza
en cuernos, lanas y paja. 310

A todos con gran certeza
de frailes les acredito,
pues todos en este Quito
hacen voto de pobreza;
pero el fausto, la grandeza 315
y la gala es incesante,
pues aquí, como es constante,
se estudia con grande aprieto
la comedia de Moreto
nombrada, «Trampa adelante». 320

Cualquier chisme o patarata
lo cuentan por novedad,
y para no hablar verdad
tienen gracia gratis data:
todo hombre en lo que relata 325
miente o a mentir aspira;
mas esto ya no me admira,
porque digo siempre: ¡Alerta!
sólo la mentira es cierta
y lo demás es mentira. 330

Mienten con grande desvelo,
miente el niño, miente el hombre,
y, para que más te asombre,
aun sabe mentir el cielo;
pues vestido de azul velo 335

-527-

nos promete mil bonanzas,
y muy luego, sin tardanzas,
junta unas nubes rateras,
y nos moja muy de veras
el buen cielo con sus chanzas. 340

Llueve y más llueve, y a veces
el aguacero es eterno,
porque aquí dura el invierno

solamente trece meses;
y así mienten los franceses 345
que andan a Quito situando
bajo de la línea, cuando
es cierto que está este suelo
bajo las ingles del cielo,
es decir, siempre meando. 350

Este es el Quito famoso
y yo te digo, jocundo,
que es el sobaco del mundo
viéndolo tan asqueroso.
¡Feliz tú! que de dichoso 355
puedes llevarte la palma,
pues gozas en dulce calma
de ese suelo soberano,
y con esto, adiós, hermano.
Tu afecto, Juan de buen alma. 360

Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos, siglos XVII y XVIII : Antonio de Bastidas [y] Juan Bautista Aguirre - Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos, siglos XVII y XVIII : Antonio de Bastidas [y] Juan Bautista Aguirre

Prosa

Carta pastoral

que hizo leer el Ilustrísimo Señor Doctor Don Juan Nieto Polo del Águila, Obispo dignísimo de esta Diócesis, en su Iglesia Catedral de Quito el día 13 de marzo de este presente año de 1757, con ocasión del terremoto y desolación de Latacunga, y dirige a todo el clero y pueblo de su obispado, exhortándolos a una Comunión general para aplacar la divina justicia

(Su autor el P. Juan Bautista de Aguirre)

-[532]- -533-

Los portentosos, repetidos y casi universales terremotos, que en estos últimos años se han experimentado, me inspiran un vivísimo temor de que quizá se acerca ya aquel terrible tiempo, en que «habrá terremotos grandes por diversos lugares» (Luc. 21, 11) y padeciendo la tierra al fin de sus días los últimos parasismos, se esforzará con violentísimas convulsiones a arrojar de su seno a los mortales, cansada de sufrir por tantos siglos el insoportable peso de nuestras culpas. Y lo cierto es que, si reflexionamos seriamente sobre las tristes calamidades que por todas partes empieza a llover sobre nosotros el brazo omnipotente: sangrientos aparatos de guerra de todo el orbe cristiano, funestas divisiones entre potentados y monarcas, conmociones violentísimas en todo el globo terráqueo, irrupciones espantosas del mar en la Europa, la África y nuestra América, tempestades furiosas originadas al choque de desencadenados vientos, hambres, pestes, miserias, y casi un universal desconcierto de todo lo criado; conoceremos sin duda que esta tristísima serie de miserias es puntualísimamente la misma que nos describe Cristo en su Evangelio, como prenuncios del universal Juicio y deliquios de la naturaleza vecina ya a su fin. Esto mismo parece que nos gritan el lamentable estrago de costumbres, que con menosprecio de la sangre de Dios Hombre reina hoy en la mayor parte del Cristianismo, el libertinaje fatal de discurrir en puntos de religión, que desde las Provincias del Norte se ha difundido a muchos reinos de la Europa, queriendo introducir con sacrílego arrojamiento un impío escepticismo aun en el corazón de la Iglesia, la indiferencia (por no decir irreverencia), con que las Potestades seculares tratan en muchas partes a la Esposa querida del Cordero, el desahogo irreverente, con que varias personas eclesiásticas manejan los más sagrados misterios de nuestra religión, atreviéndose -534- quizá a introducirse en el Sancta Sanctorum, y a tocar el Arca viva de Dios un escandaloso, «un ángel de Satanás que abofetea» (II Cor. 12, 7), al Unigénito del Eterno Padre. Esta casi universal corrupción de costumbres, vuelvo a decir, junto con la extraordinaria y continua inquietud de la tierra, como que desasosegada tiembla al presentir su fin, me obliga a exclamar con San León Papa (y quizá con más urgentes fundamentos que este Santo Pontífice): «El día anunciado, aunque todavía oculto, está indudablemente vecino» (Serm. de ieiun.).

Pero aunque salgan vanos mis temores, aunque no sea cierto que está ya inminente la última catástrofe de todo lo criado, a lo menos es indubitable que a todos nosotros nos está conminando la Justicia divina con un total y próximo exterminio. Esto nos claman los temblores, según David, que como intérprete de Dios nos declara el lenguaje del cielo: «Hiciste oír tu sentencia desde el cielo; la tierra tembló» (Ps. 75, 9). Esto nos gritan nuestros casi arruinados edificios, que desde los violentos terremotos de ahora dos años están por la boca de sus aberturas y quiebras amenazando ruina, e intimando horror a todos sus habitantes de esta grande capital. Esto mismo nos vuelve a repetir este novísimo y espantoso temblor, que el día martes de Carnestolendas, después de haber conmovido y lastimado una grande parte de la Provincia, después de haber

oprimido y sepultado centenares de hombres con sus ruinas, después de haber desolado enteramente el asiento de Latacunga, y siete pueblos comarcanos, pasó a causar una violenta concusión no menor en nuestros edificios, que en nuestros corazones, y para decir en cumplimiento de mi oficio pastoral todo lo que concibo, protesto sinceramente que al reflexionar sobre el día y circunstancias de este último terremoto, me parece que Dios nos ha intimado por medio suyo aquella funestísima sentencia, que en otro tiempo notificó por medio de Jonás a la ciudad de Nínive: «Todavía cuarenta días y Nínive será destruida» (Ion. 3, 4). ¡Oh Provincia y ciudad de Quito (me parece que oigo exclamar a la bondad divina), oh Nínive segunda, -535- no menos en lo relajado que en lo opulento, más de dos años ha que el peso de mi indignación tiene medio agobiados vuestros edificios, y en acción de desplomarse para oprimir a sus habitantes! Todo este tiempo he procurado traerlos a una verdadera penitencia por el camino del temor, mostrándoos la tierra poco segura debajo de vuestros pies, y la muerte casi cierta sobre vuestras cabezas. Mi ira omnipotente no ha cesado de tronar sobre vosotros, haciéndoos conocer con la experiencia de los estragos propios, y con el ejemplar de las ajenas ruinas, que es cosa muy terrible tener por enemigo al Todopoderoso. Mi misericordia os ha dado continuas voces por medio de celosos predicadores y evangélicos misioneros. Pero vuestra contumacia, superior a todos estos esfuerzos de mi piedad, se ha mantenido rebelde en mis ofensas. Ea, pues, ¡oh provincia de Quito! supuesto que las amenazas no aprovechan, tiempo es ya de que, después de tantos truenos, despida mi indignación el rayo; solos cuarenta días os concede de plazo mi misericordia, y éstos serán los de esta cuaresma, que ya empieza, éste es el único espacio de salud, y el tiempo aceptable que os otorgo, para que por medio de una sincera penitencia evitéis la total y funestísima desolación que os amenaza. Allí os pongo a la vista la imagen de lo que os ha de suceder, en la infeliz Latacunga, reducida al menor impulso de mi furor a un montón de ruinas y de lástimas. Sus edificios todos arruinados, sus casas convertidas de habitación de vivos a sepulcro de muertos, el aire infestado con la putrefacción de los cadáveres, la tierra toda tajada y dividida, como que abriera bocas para quejarse de sus habitantes, que con la multitud y gravedad de sus pecados precipitaron sobre sí el peso de mi justicia. Si este ejemplar horrible no os reduce, si la memoria de mi acerbísima muerte, que en estos cuarenta días se refresca, no os conmueve, si el recuerdo de mi sangre vertida, de mi amor despreciado, de mi cuerpo herido, despedazado y muerto no os convierte, sabed que, pasada la cuaresma, será cierta vuestra desolación: Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur.

-536-

Toda esta enfática conminación concibo yo que nos intima el terremoto de este martes de Carnestolendas; y me confirmo mucho más en este juicio, al ver que el mismo Dios por medio de sus escrituras parece que nos lo interpreta en esta misma significación. Apenas habrá eclesiástico alguno, que rezando la tarde del temblor los Maitines, no oyese sensiblemente la interpretación de que David le daba en el salmo cincuenta y nueve. Oído todos y ved si en tales circunstancias pudo ser casualidad o misterio: «¡Oh Dios!, tú nos has rechazado y destruido. Tú has conmovido la tierra,

y la has conturbado. Tú has mostrado a tu pueblo la dureza de tu indignación. Tú nos has significado claramente que está muy irritada tu Justicia. Pero todo esto, ¿para qué? Para que aquellos que te temen, azorados con la amenaza, puedan evitar los tiros de tu furor por medio de la penitencia». *Deus repulisti nos, et destruxisti nos. Commovisti terram, et conturbasti eam. Ostendisti populo tuo dura; dediste metuentibus te significationem, ut fugiant a facie arcus* (Ps. 59, 3-6). Estas palabras de la Escritura que la misma tarde, como dije, y casi a la misma hora de la ruina, nos puso Dios delante de los ojos, están explicando claramente todo lo que significa este último aviso de su misericordia.

Ni hay que lisonjearnos, pretendiendo suavizar este fundado temor con la duda de que toda esta rara combinación de circunstancias pudo ser efecto de un acaso. No ignoro que vivimos en un siglo infeliz fecundo de almas impías, que pretenden con Epicuro quitar a la Providencia divina el gobierno de este mundo y ponerlo en manos de la contingencia. No ignoro que abundan nuestros tiempos de ingenios relajados, que preguntan con el blasfemo Nicanor: «Si es que hay un poderoso en el cielo» (II Mach. 15, 3). Y se esfuerzan en desterrar de los corazones humanos el temor a la Justicia divina, atribuyendo todas las calamidades de hambres, pestes, terremotos y ruinas a causas naturales. Pero «cuando truena el cielo, callen las ranas» (S. Agustín, serm. 109 de temp.). Sepulsen estos ignorantes materialistas en un vergonzoso silencio sus impíos aforismos, y oigan al Espíritu Santo, -537- que con enérgica majestad está tronando lo contrario en sus Escrituras: «Todas las cosas te sirven» (Ps. 118, 91). Sepan que todas las causas segundas están perfectamente sujetas no sólo en el ser, sino también en el obrar a la primera causa, quien tal vez las altera, las irrita y arma de actividad y saña para castigar por medio de ellas la insensatez de sus enemigos, *armabit creaturam ad ultionem inimicorum* (Sap. 5, 18). Sepan que el desconcierto y revolución de los elementos, que ellos juzgan efecto natural de causas sublunares, no es otra cosa que una religiosa conjuración de todo lo insensible, que se abanderiza y azora contra los pecadores para vengar en ellos las ofensas de su Señor: *Pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos* (Ibid. 5, 21). Sepan que el fuego que está encerrado en las entrañas de los volcanes y cavidades subterráneas, el granizo, que tempestuosamente se despeña de las nubes para talar las sementeras y los campos, la nieve que instantáneamente disuelta se precipita desde la cumbre de los montes en rápidas avenidas, el hielo, las tempestades y todas las demás criaturas en sus operaciones, y efectos ejecutan obedientes la soberana disposición de su Criador: «El fuego, granizo, nieve y hielo, el aliento de las tempestades, que cumplen su mandato» (Ps. 148, 8). ¿Qué quiere significar David (pregunta San Agustín aquí) con decirnos que estas criaturas insensibles son ministros ejecutivos de los decretos del Altísimo? Nos advierte (responde el mismo Santo) que todos los acaecimientos de esta vida, aunque repugnantes y contrarios a nuestra voluntad, son conformes y arreglados a la voluntad de Dios: *Quare hic addit: quæ faciunt verbum eius? Quia quidquid contra nostram voluntatem hic accidit, noverit id non accidere nisi de voluntate Dei* (In Psalm. CXLVIII). Pero contrayendo la materia al asunto presente de los terremotos, puedo asegurar que casi cuantas veces se hace en la Escritura mención de este espantoso fenómeno,

es como de efecto peculiar y característico de la indignación divina. La tierra se conmovió y tembló; los fundamentos de los montes se asustaron y estremecieron, porque Dios está indignado con ellos, dijo David: *Commota est et contremuit terra; -538- fundamenta montium conturbata sunt et commota sunt, quoniam iratus est eis* (Ps. 17, 8). Y el Profeta Nahúm repite que los montes se sacudieron, los collados se desolaron, la tierra se estremeció a la presencia airada de su Dios. *Montes commoti sunt ab eo; et colles desolati sunt, et contremuit terra a facie eius* (Nah. 1, 5).

Esto mismo contesta en muchas partes la sagrada Escritura.

Supuesto, pues, como indubitable, que los temblores no son otra cosa que una reverente palpitación de la tierra asustada a la presencia de su Dios airado, y su puesto también, como probable, que este presente terremoto tenga aquella funesta significación que arriba expuse; me veo obligado en cumplimiento de mi oficio, y a impulso del tiernísimo afecto, con que amo en Cristo a toda esta grey, que su Majestad me ha encomendado, a exclamar con el Bautista: «Haced penitencia» (Mat. 3, 2). ¡Oh Provincia, oh ciudad de Quito! ¡oh grey amada! nuestros pecados tienen altamente irritada la divina justicia; su furor truena sobre nuestras cabezas, la tierra se estremece debajo de nuestros pies; las muertes, las desolaciones, las ruinas giran presurosas por todos nuestros contornos, la mayor parte de esta grande Provincia está ocultamente cruzada de venas sulfúricas y minas subterráneas, que se encenderán y reventarán furiosas a la menor centella de la ira omnipotente. Supuesto, pues, que por todos lados «los terrores del Señor pelean contra nosotros» (Iob. 6, 4), no nos queda otro recurso que apelar por medio de una sincera penitencia del tribunal de su Justicia al de su Misericordia: *Poenitentiam agite. Aprovechemos este tiempo aceptable, estos cuarenta días de propiciación. No queramos a costa de una funestísima experiencia ver verificado en nosotros aquel terrible vaticinio: Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur. ¡Oh Nínive católica! (vuelvo a exclamar en lo íntimo de mi corazón) ¡oh rebaño costosísimo, comprado con la preciosa sangre del Dios Hombre! ved que éstos quizá serán los últimos silbos que os da el Mayoral divino por boca de este vuestro indigno Pastor. Tiempo es todavía de que todo el golpe de su Justicia se quede en solo amago, si con las lágrimas de nuestro arrepentimiento -539- apagamos las llamas de su indignación. Una reformation universal de costumbres, una humillación pronta y sincera, un corazón sólidamente contrito, serán interlocutores que entre las asperezas de su Justicia le acordarán a nuestro Dios las dulzuras de su Misericordia: Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis* (Habac. 3, 2). Para conseguir este fin, debemos todos, todos sin excepción alguna, hacer un severo y reflexivo examen sobre la conducta de nuestro modo de vida, sobre la exacción o negligencia en el cumplimiento de nuestras obligaciones, sobre los daños privados o públicos escándalos que hemos ocasionado, sobre las extorsiones, injusticias y otros pecados de esta clase, que suelen ser los que más irritan la divina paciencia; y procurar prontamente lavar con lágrimas penitentes las manchas, que reconociéremos en nuestras almas, y satisfacer con resolución generosa «entre la ceniza y el cilicio» (Luc. 10, 13) a nuestro irritado Dios. Pero, porque ningunas ofensas le son igualmente sensibles a su Majestad que las que recibe de sus sacerdotes y ministros, debemos ser nosotros los primeros en la

penitencia, ya que quizá hemos sido causa principal del castigo: «Oíd esto los sacerdotes y escuchad la sentencia» (Os. 5, 1). Y aun me atrevo a decir resueltamente con el doctor Máximo San Jerónimo que algunos sacerdotes impíos y escandalosos han sido el impelente más violento para estas desolaciones y ruinas: *Causa sunt ruinæ populi sacerdotes mali* (In Registr.). ¿Qué significa el que en los temblores de ahora dos años, fuesen los hermosísimos templos de esta grande capital los que más estrago y daño padecieron, sino que «de donde sale el pecado, de allí mismo viene la sentencia»? (S. Hieron. in Ezech.). ¿Qué misterio tiene el que en el presente terremoto hayan sido casi todas las iglesias de Latacunga y su comarca el primero y principal objeto de la indignación divina, sino que «tanto se aíra Dios con las culpas de los sacerdotes, que no perdona ni a los lugares ni a los vasos sagrados»? (Prop. de Prom. et Prad., P. II, c. 24). No tenéis, oh sacerdotes, ministros del Altísimo, no tenéis que inquirir el origen de estos espantosos -540- castigos, que está lloviendo el cielo airado sobre nosotros: «nuestros pecados respondieron por nosotros». Dios nos ha escogido para familiares de su casa, pacificadores de su justicia, dispensadores de su sangre, celadores de su Ley, e intercesores por todo el género humano. Cuando un sacerdote se llega al tremendo sacrificio de la Misa, va como un embajador de la Iglesia ante la augustísima Trinidad a tratar los negocios de mayor importancia que pueden ofrecerse en cielo y tierra. Allí con unas palabras fecundas de milagros convierte una pequeña substancia de pan en la carne de Dios vivo. Allí al sonido de una voz omnipotente atrae al Encarnado Verbo desde el seno del Eterno Padre, y teniéndole en sus manos, con asistencia y asombro de las jerarquías celestes, le ofrece y sacrifica para la salud del mundo. Allí tiene por delante en el Cáliz todo un mar de misericordias formado de la sangre del Cordero, para que por medio suyo se deriven a toda la Iglesia arroyos de gracias y beneficios. ¡Qué audacia, pues, será tan portentosa, que haya sacerdotes que, con horror de los ángeles que les asisten, se lleguen a ofrecer a la augustísima Trinidad «un pan manchado» (Mich. 1)!, que se atrevan, como dice San Pablo, *russum crucifigentes* (Hebr. 6, 6), a crucificar segunda vez al Unigénito del Eterno Padre en su misma presencia; que arrojen en un pecho, cueva de dragones e inmundicias, al más hermoso entre los hijos de los hombres y única delicia de los ángeles; que con unos movimientos afectados y ridículos, con unas acciones apresuradas e inmodestas, con unas ceremonias imperfectas y atropelladas, hagan en una ligerísima misa gravísimas ofensas a su Dios, arrojándose con su precipitación irreverente a inquietar, como se explica Tertuliano, el honor de la Divinidad: *Honorem inquietant divinitatis!* (De culto femin. 15; Apol. 36). No extrañéis, pues, vuelvo a decir, sacerdotes, ministros del Altísimo, no extrañéis que altamente irritada la indignación divina con tan enormes sacrilegios les mande a los ángeles ministros de su cólera, que trastornen y arruinen las ciudades, diciendo: «Empezad por mi santuario» (Ezech. 9, 6). No extrañéis que vuestras oraciones, como graznidos de cuervos, en vez de atraer a los pueblos serenidad y sosiego, -541- sólo les preñen nublados de miserias y tempestades de trabajos: «Cuervos que con el sollozo de sus graznidos anuncian vientos y lluvias» (S. Bern. L. XV, c. 35). El segundo desorden, semejante al primero, es la irreverencia de los

católicos en los templos. Ya por desdicha nuestra hemos llegado a un tiempo en que la vanidad, la murmuración, los escándalos se han trasladado de las plazas a las iglesias, de los teatros a los santuarios, de las salas a los altares, sin que basten a refrenarlos ni lo sagrado del lugar, ni el celo de los sacerdotes, ni lo sacrosanto de los sacrificios, ni la tremenda presencia de la divinidad, que cortejada de celestiales espíritus asiste en los templos como en su propia casa. ¡Ah, cuánto temo (exclamaré con los Padres del Concilio Meldense), cuánto temo que la desolación de esta Provincia sea efecto de esta especie de ateísmo que se ha introducido entre los fieles: «Mucho hay que temer que tan manifiesta destrucción de la religión venga a causar la desolación de este reino»! (Baronio. T. X, ann. 850). Son las iglesias santas lugares de oración, casas de refugio y habitación de Dios. Cuantos objetos se nos presentan en ellas nos están inspirando una religiosa ternura y reverente temor. Allí está reducida a un breve círculo de nieve, para ser el blanco de nuestra fe, aquella inmensa Majestad, para quien es corto el ámbito de los cielos. Allí está ardiendo de amor para con los hombres aquel hermosísimo Señor, que hace eternamente dichosos a los Serafines sólo con dejarse amar de ellos. Allí reside de asiento el Unigénito del Eterno Padre, para que tengamos siempre con nosotros un continuo abogado, que en la causa de nuestra salvación «pide por nosotros con gemidos inenarrables» (Rom. 8, 26), hablando por las bocas de sus llagas, y perorando con las voces de su sangre ante el consistorio supremo de la Trinidad Santísima. Allí en las píxides y sagrarios tenemos siempre prevenida la mesa con el pan de los ángeles para nuestro sustento. En los confesionarios tenemos abierto el tribunal de la misericordia para la remisión de los pecados. En las pilas bautismales -542- se nos representa aquel Jordán sagrado, en donde, purificadas nuestras almas de la culpa recibieron el carácter del cristianismo y la adopción de hijas de Dios. Todo finalmente está clamando: «No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo» (Genes. 28, 17). Pero la insensibilidad de los fieles ha convertido ya en teatro de desprecios el lugar de las adoraciones, y en domicilio de culpas el propiciatorio del Señor. ¡Cuántos cristianos (traspasado de dolor lo digo), cuántos cristianos se miran en los templos, irreverentes, indevotos, impíos con tales risadas, movimientos y gestos, que parece que «meneando las cabezas» (Marc. 15, 29) están mofando segunda vez a Jesucristo como los Fariseos! ¡Cuántas mujeres profanas, escandalosas y con unos ropajes más cortos que su vergüenza, entran continuamente a la casa de Dios tan cargadas de adornos, joyas, sedas y encajes, que parece que llevan sobre sí una andante mercadería, «para negociar en lujuria»! (De cultu femin.), como se explica Tertuliano. ¿Qué tienen, pues, que extrañar los fieles, que irritado Jesucristo con tan enormes desacatos forme segunda vez «uno como látigo de cordeles» (Ioan. 2, 15), y llueva sobre nosotros azotes y castigos? Por sólo haber levantado los ojos los Betsamitas para ver con irreverencia el Arca del Señor, los castigó tan severamente su Majestad, que a más de cincuenta mil de ellos les quitó prontamente la vida. Y los cristianos, que no sólo miran con irreverencia, sino que tratan con desprecio al Arca viva del Señor, ¿no temerán que los ángeles, que asisten al Sacramento, encendidos en furor sagrado estremezcan las columnas del templo, y con el celo de Sansón desplomen todo el edificio sobre los que

están dentro de él como unos Filisteos? Témanle, y adviertan que ya Cristo les ha intimado la sentencia por boca de San Pablo: «Si alguno profanare el templo de Dios, lo acabará el Señor» (I Cor. 3, 17).

El tercer desorden que suele castigar severamente el cielo, por ser el más común y menos perseguido acá en la tierra, es el de los concubinatos y públicos escándalos en puntos de lascivia. Las desolaciones de aquella ciudad tan querida de Dios, Jerusalén, las atribuye el Profeta -543- Jeremías a la licenciosa multitud de fornicarios que había en ella. «Mas tú has fornicado con muchos amadores» (Ierem. 3, 1); y si la copia de lágrimas nos permite libre el uso de los ojos para volverlos por toda esta atribulada Provincia, veremos tan extendido este maldito fuego, que no será difícil persuadirnos a que en sus impuras centellas se han encendido los volcanes que nos arruinan. Pero lo que más vivamente me penetra de dolor el alma, no es ver tan universalmente propagado este vicio, sino el descaro con que se difunde, los títulos con que se apellida y los coloridos con que se protege. Cristianos hay, todos de carne, a quienes, según David «les brota, como de la propia gordura, la iniquidad» (Ps. 72, 7), que no se horrorizan de decir que sólo es una fragilidad de la naturaleza, un hervor de la sangre, un ímpetu de la juventud, y que, si Dios hubiera de destruir las ciudades por esta causa, ya todo el mundo estuviera sepultado en sus ruinas. Confieso que al considerar que estas y otras impías proposiciones se profieren con gusto, y se oyen sin escándalo entre algunos católicos, quedo íntimamente penetrado de un vivo sentimiento, y, poseído de un ardiente celo de la honra de mi Dios, quisiera convertirme de indigno Pastor de su rebaño, en digno León del carro de su gloria. ¡Ah, ovejas descarriadas!, yo os aseguro que en toda la sagrada Escritura no hallaréis pecado contra cuya malicia haga su Majestad tan acres y vehementes invectivas; no encontraréis culpa que la haya provocado a tan terribles y espantosos castigos. ¿Por qué destruyó Dios todo el género humano, y arrojó al infierno a más de medio mundo en tiempo del universal diluvio? -Por el pecado de la incontinencia. ¿Y será éste una fragilidad humana? ¿Por qué llovió fuego y rayos sobre las cinco ciudades de Pentápolis, haciendo que el infierno bajase desde el cielo para consumir a aquellos infelices? -Por el pecado de la carne. ¿Y será ésta una disculpable flaqueza? ¿Por qué destruyó a todos los habitantes de Siquem? ¿Por qué quitó la vida de veinte y cinco mil personas de la tribu de Benjamín? ¿Por qué mandó matar a otros veinte y cuatro mil del pueblo de Israel? -Por el pecado de la impureza. ¿Y será éste un disimulable -544- desliz de la juventud? ¿Por qué, finalmente, por qué le dijo al Patriarca Noé que sentía un íntimo dolor en su corazón, y un vivísimo arrepentimiento de haber criado a los hombres? -Por el pecado de la lascivia. ¿Y se juzgará todavía que éste es un delito tan fácilmente condonable? Un pecado (al decirlo, tiemblo todo de horror y me estremezco), un pecado cuya malicia, traspasando de dolor el corazón divino, le obliga a arrepentirse de habernos creado: «Herido por dentro de dolor el corazón, destruiré -dijo- al hombre a quien di el ser, porque me pesa de haberle creado» (Gen. 6, 7); un pecado, que, según explica Job, es el mayor o máxima de las iniquidades, iniquitas maxima (Iob. 31, 1); un pecado, que en sentir de Santo Tomás, es el que nos arroja más lejos de Dios y más cerca del infierno: per concupiscentiam maxime recedit a Deo

(I^a. II^a., p. 37, art. 5); un pecado, finalmente, por el cual, a excepción de los párvulos, los más de los hombres se condenan, como lo afirma San Remigio: «Entre los adultos, por el vicio de la carne, pocos son los que se salvan» (Apud Vanal. Quadrag. Predic. di Lascivia); un pecado, digo, de esta deformidad, de este carácter, ¿irritará poco a la Justicia divina? ¿No será causa bastante, para que Dios arruine esta Provincia la que fue motivo sobrada para que su Majestad destruyese todo el mundo? Delebo hominem...? Ocasión será ésta de expresar de algún modo el profundo dolor que me ocasionan los trajes de algunas mujeres tan escandalosas y inmodestas, que aun los gentiles e idólatras se taparan de rubor los ojos; y también los bailes y fandangos impúdicos, cuya obscena armonía causa una horrible disonancia en los oídos divinos. Pero la cortedad del tiempo me obliga a pasar a otros asuntos.

El cuarto y último desorden es el de los odios, divisiones, y enemistades, principalmente entre personas de distinción, carácter y dignidad. Es evidente que, así como la paz, la caridad y la mansedumbre de corazón son un rocío celestial, que fertiliza las ciudades y hace florecer los pueblos: «Mi mansedumbre fue causa de que me engrandeciera» (II Reg. 22, 36); así también las discordias, los rencores, las divisiones mutuas, son la más -545- cierta ruina y desolación de los reinos. Verdad es ésta infalible, que tiene en apoyo suyo toda la autoridad del Dios Hombre: «Todo reino dividido dentro de sí mismo será desolado, y caerá una casa sobre otra» (Luc. 11, 17). Hagamos ahora una seria reflexión sobre este oráculo del Evangelio y sobre las ruinas que ha experimentado esta infeliz Provincia, y fácilmente reconoceremos que de la oposición de los ánimos han aprendido discordia los elementos, y de la ruina de la caridad cristiana se ha seguido como efecto necesario la desolación de los edificios. Rencorosos hay entre nosotros, que por de fuera son hombres, y furias infernales por dentro: «Quien lleva odio dentro de su corazón, es un demonio» (S. Aug. Serm. ad frat. in erem.). Rencorosos, que abrigan en sus corazones un volcán de obscurísimo fuego, y en su boca una aljaba de saetas para consumir y despedazar a todas horas a sus enemigos: «Sus dientes son armas y saetas; sus lenguas, espada aguda» (Ps. 56, 5). Pero tengan por cierto que, al mismo tiempo que ellos están entre turbulentas ideas maquinando la destrucción de sus prójimos, les está la indignación divina disponiendo por medio de los elementos una total desolación: «Caerá en el cepo que cavó. Volverase contra su cabeza el dolor (que quiso inferir a otro), y sobre su frente caerá su propia iniquidad» (Ps. 7, 16-17). No hay que cansarnos con rogativas, con procesiones públicas, con clamores al cielo; si queremos mitigar la cólera omnipotente de nuestro Dios airado; «perdonad, y seréis perdonados» (Luc. 6, 37). Arruinemos los odios en nuestros corazones, y quedarán libres de las ruinas nuestros edificios. Esto es lo que nos pide el Hombre Dios crucificado, con tantas bocas cuantas llagas tiene, con tantos gritos cuantas gotas de sangre derrama por nosotros: «Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos» (Mat. 5, 44). Esto es la última lección, que nos dejó como un testamento, estando ya para expirar en la cruz: «Inclinó la cabeza a sus enemigos, no al título» (Drog.): volviose a sus enemigos, y con una dulcísima inclinación de su divino rostro se despidió de ellos, dejando hacia atrás como olvidados los títulos de su grandeza. Pero si acaso hay entre nosotros

corazones -546- tan rebeldes, que se quieren mantener firmes en sus enemistades, aun a vista de un Dios crucificado y muerto, tengamos por infalible nuestra total destrucción. A nuestras lágrimas y clamores responderá su divina Majestad con desprecio lo que al otro siervo del Evangelio: «¿No era, pues, preciso que también te compadecieras de tu compañero?» (Mat. 18, 33). No espere piedad de mí, quien no la supo tener con sus hermanos. Yo padecí afrentas, porque vosotros fuerais honrados; yo me dejé coronar de espinas, porque vosotros os coronaseis de gloria; yo subí al patíbulo de la cruz, porque vosotros subierais al trono de la inmortalidad; yo lavé con mi sangre vuestras culpas, y os compré con mi muerte una eternidad de vida. Pecasteis, y yo os he disimulado; me ofendisteis, y yo os he perdonado; violasteis mis preceptos, y yo no me he cansado de sufrirlos; aumentáronse vuestros delitos, y se han aumentado al mismo paso mis misericordias. Ésta ha sido mi piedad para con vosotros; y ¿cuál ha sido la vuestra para con mis redimidos? Yo tan tierno, ¿y vosotros tan duros? Yo tanto amor, ¿y vosotros tanta aspereza? Yo tan blando aun con mis enemigos, ¿y vosotros tan rencorosos aun con vuestros hermanos? Ya, pues, no hay que esperar misericordia: «No perdonaré, porque no ha perdonado».

Éstos son los principales desórdenes, que piden un pronto remedio en esta atribulada Provincia, para que por medio de su extirpación podamos mantener en pie nuestras ciudades. ¡Hermanos míos! (vuelvo a exclamar de lo íntimo de mi corazón), ¡rebaño escogido de Jesús! Dios nos ha mostrado el azote, para que atemorizados de su Justicia nos valgamos de su sangre y busquemos seguridad y refugio entre sus llagas. No despreciemos sus avisos, porque es cosa terrible irritar la paciencia de un Dios Omnipotente: *Horrendum est Deum irritare* (In Amos. c. 2), decía todo asustado Clemente Alejandrino. Procuremos por medio de una humilde y llorosa confesión disponernos a una comunión general, a la cual exhorto a todos; para que, siendo universal la adoración y el obsequio, lo sea también la expiación y la misericordia. En cada lugar será el día de la comunión, el que -547- señalase el Ordinario; en esta Capital será el día del gran Patriarca San José, Padre del Redentor de los hombres y Esposo de la Emperatriz de los Ángeles. «Id a José». Los ruegos de este poderosísimo Patriarca suenan en los oídos de Jesús como preceptos, pues parece que su Majestad divina conserva allá en el cielo aquella especie de sumisión reverente, con que le miraba acá en la tierra. Valgámonos, pues, de su patrocinio y mientras llegue el tiempo, de que se publique una misión, que he dispuesto para después de Pascua, clamemos por medio suyo a la divina misericordia. «Perdona, Señor, perdona a tu pueblo, para que, después de castigado con justos azotes, respire en tu misericordia». «Todo a mayor gloria y honra de Dios y de la Virgen, madre de Dios, concebida sin mancha».

Oración fúnebre

predicada en las solemnes exequias que al cabo de año se hicieron a la feliz memoria del Ilmo. Señor Doctor D. Juan Nieto Polo del Águila, Obispo de la ciudad de Quito en su Iglesia Catedral el día 17 de Marzo de 1760

por el R. P. Juan Bautista de Aguirre de la Compañía de Jesús, Catedrático que fue de Filosofía y actualmente de Teología en la Real Universidad de S. Gregorio Magno de Quito

Dalo a luz el Sr. Dr. Don Juan Gregorio Freire, secretario que fue en los dos Obispados de Sta. Marta y Quito del Ilustr. difunto y Canónigo de la Sta. Iglesia Catedral de esta Ciudad

-[552]- -553-

«Señor, tú sabes que miro con horror esta insignia de gloria que llevo en la cabeza» (Esth. c. 14, v. 16)

¿Qué asombro es el que os posee, humanísimos oyentes? Mejor diré, ¿qué asombro es el que os desposee tanto de vosotros mismos, que, divorciando la razón del alma, os deja con vida y sin sentido? Transformados en vivos simulacros del espanto, nada me habláis, y os digo mucho: porque ese vuestro enfático silencio se está explicando en una especie de idioma, que lo entienden los ojos y hace eco acá en el alma. Siccine? (grita en mudas cláusulas vuestra confusión). «¿Así, así separa la amarga muerte?» (Reg. 5, 32). ¿Es posible que el mejor sol de nuestra América, el segundo Elías de nuestros tiempos, el celador de la divina Ley, la gloria de las ínfulas, el honor del santuario, el Ilustrísimo y venerable Señor Doctor Don JUAN NIETO POLO del ÁGUILA se ha convertido finalmente en pavesas, en polvo, en humo, en nada? ¿Es posible que la muerte abatió la cerviz y despedazó las plumas de aquella mística Águila, que condujo por una gran parte de este nuevo mundo el carro de la gloria de Dios? ¿de aquella Águila, cuya cabeza pudo serlo de un oráculo, cuyas plumas pudieron servir de columnas en el templo de la sabiduría, cuyo pico de oro lo quisiera la fama para formar de él su más canoro y más fecundo clarín? Siccine, siccine? ¿Así, así se introduce la polilla de la muerte aun entre las púrpuras sagradas, con que se adorna la Esposa del Cordero? ¿Así apagan sus sombras, aun a las mayores lumbreras que brillan en el Sancta Sanctorum? ¿Así derriba su hoz a los cedros más sublimes que coronan la frente del sagrado Líbano? «Alza el grito, oh pino, porque cayó el cedro» (Zach. 11, 6). ¡Oh, cuánta luz comunican al alma las -554- sombras de ese féretro! ¿Esto habían sido la pompa y grandeza de este mundo? ¿luz

efímera, que sólo resplandece aquel momento que basta para causarle humos al que ilustra? Siccine? ¿Esto habían sido las riquezas? ¿tierra o polvo brillante, que marchita todo su resplandor luego que llega a mezclarse con las cenizas del sepulcro? Siccine? ¿Esto habían sido los adornos y galas? ¿banderas de la vanidad, que sostenidas de una débil vara, las precipita a tierra el soplo de la muerte? Siccine? ¿Esto habían sido las dignidades y tronos? ¿máquinas fundadas sobre el aire, que un aliento las fabrica en la vida y un desaliento las arruina en la muerte? Siccine? siccine? Sí, sí, esto habían sido las cosas de este mundo; mas quizá nada de esto serían, porque ya nada son: «Han sido reducidas a la nada» (Job 16, 8). Los mantos y las púrpuras son relámpagos de luz, que luego se consumen; los báculos y cetros son írides de oro, que luego se deshacen; las mitras y coronas son estrellas errantes, que luego desaparecen; toda la majestad y grandeza es flor efímera, que al menor soplo de la Parca se marchita, al menor cierzo se deshoja, al menor impulso se despedaza. Siccine separat amara mors? ¿No son éstas, discretísimo auditorio, las verdades que os están sugiriendo esas venerables cenizas? ¿No son éstas las luces que está encendiendo en vuestra reflexión ese ilustrísimo polvo? Sí, sí. Dabo autem operam et frequenter habere vos post obitum meum, ut horum memoriam faciatis (II Ptr. 1, 15), decía el Apóstol San Pedro a los primeros fieles: «Yo procuraré, aun después de muerto, que tengáis siempre presentes estas importantes verdades», post obitum meum, ut horum memoriam faciatis. Y esto mismo es lo que practica hoy con nosotros nuestro celoso y amantísimo prelado: nos da en los ojos con sus mismas cenizas, para que veamos en ella nuestra nada; procura, aun después de muerto, traernos a la memoria aquella verdad que repetía Su Ilustrísima tantas veces cuando vivo: «Todo es vanidad y aflicción de espíritu» (Eccl. 1, 14) la grandeza y pompa de este mundo son un engaño colorido, todo espigas en el fondo, todo flores en perspectiva. ¡Oh, si todos, señores, oh, si todos -555- hubierais sido testigos de la fuerza y alma que infundía a estos desengaños su enérgica viveza!

Ello era cosa admirable, ver a nuestro Ilustre Prelado en lo mejor de su edad, navegando en el mar de este siglo, como en un golfo de leche, todos los vientos favorables a popa, todas las ondas en bonanza, todas las estrellas con aspecto risueño; mas él tan superior a su grandeza y a sí mismo, que temía como borrasca la serenidad y como escollos del sosiego las insignias de su fortuna. ¡Con qué esfuerzos no procuró sacudir de sus hombros la alta dignidad de Esposo tuyo, oh insigne Catedral de Quito! ¡qué súplicas no dirigió ya a Madrid, ya al Vaticano, sobre arrojar de su mano el cayado de oro con que os pastoreaba, oh nobilísima grey, suspirando siempre por cambiar el resplandor excelso de la mitra por la humilde obscuridad de un bonete!

Domine, tu scis (oíd los votos con que solicitaba las piedades de su Dios, cuando más altamente engolfado en el mar de sus dichas) Domine, tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod est super caput meum, Oh Dios, a quien únicamente se le debe todo honor, toda gloria, bien sabes, gran Señor, con cuánto ardor deseo mirar debajo de mis pies esta gloriosa insignia que traigo sobre mi cabeza. Bien sabes y sé yo que los diamantes de esta mitra no ilustran como luces, sino bruman como piedras; que su círculo de oro parece laurel en la frente, y es dogal en el alma; parece

iris por de fuera y es tempestad hacia adentro: «¿Qué es el poderío de la cumbre sino tempestad en la mente?» (Greg. Pastor. c. 9). ¡Y ojalá supieran todos esto mismo! Utinam saperent! (Deuter. 32, 29). ¡Ojalá conocieran que las insignias más gloriosas de la grandeza humana son, sicut foenum tectorum (Ps. 128, 5), aristas de heno, arraigadas en el viento sobre paja y humo, que sin dar fruto alguno se marchitan; son ramos de palma pintados en la frente de los grandes, que sólo arrojan hacia el corazón espinas por raíces: Ante frontes picturae palmarum (Ezech. 40, 16). ¿Qué otra cosa fueron que sombras y pintura la fortuna de César, la felicidad de Polícrates, los -556- triunfos y gloria de Alejandro? ¿Qué fueron los ejércitos de Jerjes, las flotas de Salomón, los tesoros de Creso, los palacios de Ciro, los edificios de Démades, los aplausos de Tito, las galas de Átalo, los jardines de Alcínoo? «Todo aquello no fueron palmas, sino pinturas de palmas» (Greg. hom. 17, in Ezch.). Todo ello fue sombra o pintura de grandeza que desvanecida con el soplo de la muerte, quedó en nada. Pues todo es nada, ¡oh, si pudiera arrojar de mis sienes tan brillante nada que las oprime y que suele deslumbrar con su mentido esplendor de fantasía! Tu scis, quod abominer signum gloriae meae quod est super caput meum.

¿Habéis oído, señores, las verdades de que estaba íntimamente penetrada la grande alma de nuestro Ilustre Prelado, cuando vivo? ¿No son éstas mismas las que os está ahora prácticamente persuadiendo, cuando muerto? Sí, ellas son: Dabo operam post obitum meum, ut horum memoriam faciatis. Nada somos, os gritan esas cenizas venerables. Y yo, haciéndome intérprete de sus cláusulas, os persuadiera también en este rato, que las dignidades y grandezas de este mundo, son un resplandeciente engaño, una ilustrísima nada, si estuviera tan persuadido a esta verdad, como nuestro ilustrísimo difunto. Pero yo discurro algo diversamente. Convengo en que la grandeza de esta vida es nada para quien la aprecia mucho, convengo en que es vanidad para quien con vanidad la pretende; pero al mismo tiempo afirmo que es verdadera grandeza para quien, como nuestro Ilustrísimo, la rehúsa, la desdeña, la pisa. Con dos pasajes de la Escritura aclararé mi pensamiento.

Refiere el Evangelista San Marcos que los dos Apóstoles Santiago y San Juan, animados o de la confianza que les inspiraba el amor de su Maestro, o de las persuasiones que les sugería el ambicioso deseo de engrandecerse, pidieron a nuestro Redentor que les diese las dos primeras y más gloriosas sillas de su Reino: «Concedéndonos que nos sentemos en tu gloria, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda» (Mc. 10, 37). Poco tiempo después, hallándose Su Majestad con todos sus apóstoles en el -557- Cenáculo, y animando con promesas llenas de dulzura su confianza, les decía: Amados hijos y discípulos míos, ¿qué cortedad es la vuestra? Hasta ahora no habéis pedido cosa alguna: pedid y estad ciertos de que a vuestros ruegos está vinculada la asección de cuanto deseaseis: Usque modo non petistis quidquam; petite et accipietis (Io. 16, 14). Repara San Agustín, y habréis reparado todos, en la aparente antilogía de estos dos textos. ¿Cómo asegura la Verdad eterna que no habían pedido sus discípulos cosa alguna, siendo cierto que San Juan y Santiago le habían pedido, y pedido mucho? Da nobis. Los dos primeros tronos, las dos mayores dignidades del cristianismo a que aspiraban los pretendores ¿no son cosa? El pedir esto

¿es pedir nada? Sí, responde Cristo Nuestro Señor, sí: non petistis quidquam; porque las grandezas humanas nada son. Esto parece, señores, que es confirmar los dictámenes que os está sugiriendo el desengaño, y que tantas veces inculcaba nuestro ilustre difunto. Omnia vanitas. Pero pasemos adelante.

Habló Dios a Moisés en la zarza, y le mandó que pasase a la corte de Menfis con el carácter de enviado extraordinario a Faraón, y guía del pueblo de Israel: «Ven y te mandaré a Faraón, para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel» (Ex. 3, 10). Rehusó Moisés humilde el empleo, y persistió repetidas veces en eximirse de él, representando su inhabilidad e insuficiencia. «¿Quién soy yo para ir? Soy de labios incircuncisos. Ruégote, Señor, manda a quien has de mandar» (Ex. 3, 11; 4, 30; 4, 13). Ningún efecto tuvieron sus propuestas; intimole Dios que obedeciese; confirmole la investidura de enviado, y le añadió que lo elevaba a ser dios de Faraón: Ecce constitui te deum Pharaonis (Ex. 7, 1). ¡Rara desigualdad entre las dignidades a que aspiraran los apóstoles y la que rehusó Moisés! ¿Por qué, señores, por qué los dos primeros tronos del Reino de Cristo han de ser nada para San Juan y Santiago - non petistis quidquam-, y el empleo de embajador a un rey gitano y de pastor de una nación cautiva ha de ser una como divinidad para Moisés -constitui te deum Pharaonis-? Mas ¿por qué había de ser? Los dos apóstoles aspiraron, pretendieron, -558- pidieron para sí aquellas dignidades -da nobis, da nobis-; por esto para ellos fueron nada -non petistis quidquam-; Moisés por el contrario desdeñó esta otra, aun cuando Dios se la ofrecía: quis ego sum ut vadam?; por esto fue para él una sólida, sublime y casi divina grandeza -ecce constitui te deum-. No hay que dudar, señores, esta es la naturaleza de las dignidades de este mundo: al que ambicioso las enamora, y las coloca sobre su cabeza, lo abaten; al que generoso las desprecia y las pone debajo de sus pies, lo elevan.

Empezad ya, oh nobilísimo rebaño, a medir por esta regla la grandeza de vuestro ilustre Pastor difunto. Apartad la vista de esas gloriosas cenizas que os llenan de lágrimas los ojos, y reflexionad sobre la celsitud de aquella alma verdaderamente heroica, muy superior siempre a las grandezas de esta vida, de aquella dichosísima alma, que ya, si no me engaña mi esperanza, «mira bajo sus pies, nuevo huésped del cielo, las nubes vagorosas y los lucientes astros del mundo».

Ya a lo menos, para suavizar de algún modo el dolor que os ha ocasionado la irreparable pérdida de tan grande príncipe, dirigiré mi oración a evidenciaros que él fue un Prelado máximo por lo mucho que hizo, pero que fue mayor porque lo hizo todo, pretendiendo ser nada. Empezamos pidiendo gracia a aquella bellísima Virgen que, desde un principio, estuvo llena de ella.- Ave María.

Aquella respiración venenosa: «seréis como dioses» (Gen. 3, 5), con que inficionó la serpiente el corazón del primer hombre, ha sido un aire pestilencial, «espíritu de vértigo» (Is. 19, 14), que mareando a todo el género humano, les trae en continuo trastorno las cabezas. Girad con la consideración todo el mundo y avisadme, señores, si se halla en él algún Olimpo tan elevado que con frente serena mire siempre hacia abajo las ráfagas de la ambición, «bajo los pies las nubes». Avisadme si se halla algún Elías que no quiera cambiar su manto de pieles con la púrpura de

Acab, algún Moisés que no aspire a trocar la servidumbre de Israel por la dignidad de príncipe -559- de Egipto, algún Samuel que repugne dejar la escoba de la mano para tomar en ella el pastoral de Helí, algún tizón humoso de Isaías que no desee colocarse en los brillantes candeleros del Apocalipsis. Avisadme, mas ¿dónde lo hallaréis, si el aire de la ambición es, según San Bernardo, un torbellino impetuoso «que hace dar vueltas a todos», que sin respetar circunstancias ni tiempo, sexos ni edades, condiciones ni estados, acomete triunfante, no menos a las cumbres del Líbano que a las llanuras de Sennaar, no menos a los teatros que a las basílicas, a las chozas que a los pináculos, a los telonios que a los altares - omnes torquens-. Caen (¿quién no lo sabe?) caen precipitados al impulso de sus ráfagas los palacios de Babilonia, pero también se estremece el templo de Jerusalén; se arruinan los torreones excelsos de la Asiria, pero también tiemblan los collados de la Tierra Santa; se despedazan los sauces del Egipto, pero también se humillan las victoriosas palmas de Cades; fracasa náufrago el soberbio galeón de Tiro, pero también padece tormenta la misteriosa barca de Tiberíades -«La navecilla era sacudida, por serle contrario el viento» (Matth. 14, 21)-. Revolved, señores, revolved las historias ya sacras, ya profanas, ¿qué veréis? Veréis a este huracán furioso haciendo con igual ímpetu estremecer en las frentes de los grandes así mitras como coronas; arrancando de las manos de los príncipes así báculos como bastones; arrebatando el aire como despojos de sus violencias, no sólo bengalas y moriones, sino también ínfulas y tiaras -omnes torquens-. Veréis que acá, bajo los estandartes de César, de Alejandro, de Aníbal abanderiza medio mundo y suscita nublados horriblos de guerras. Veréis que allá, a las órdenes de Mohemet, de un Barbarroja, de un Wernon, puebla de leños los mares y de volcanes las aguas. Veréis que en otra parte conmueve océanos turbulentos de sangre, ya por medio de un Oco, rey de Persia, que tiñó la púrpura de su imperio con la sangre de ochenta hermanos suyos, a quienes hizo degollar en solo un día; ya por medio de una Atalía madre de Ocozías; que por asegurar la corona de Judá en su cabeza, derribó de los hombros todas las de sus nietos; ya por medio de -560- un Adonibezec, monarca cananeo, que hizo cortar las manos a setenta reyes prisioneros, para con estas reales palmas coronar de triunfos su grandeza; ya por medio de un Selín Primero que los despedazados cadáveres de su padre, hermanos y sobrinos hizo escalones para ascender a la cumbre del trono; ya por medio de cincuenta emperadores romanos violentamente muertos, que... pero basta. No os detengáis más en considerar los estragos que ha causado este aire tempestuoso en Babilonia, pasad a ver también los que ha ocasionado en la Ciudad santa de Sión. ¡Oh, qué tragedias! ¡oh, qué escándalos! ¿Quién intentó primero dividir la túnica inconsútil del Dios Hombre, dando principio a treinta cismas que han estremecido a la Iglesia? La ambición de un Novaciano que aspirando a empuñar el timón de la Nave Apostólica, fracasó con todos sus secuaces en el escollo de la herejía. ¿Quién separó a Bizancio de Roma, a la Iglesia griega de la latina? La ambición de Juan Jerosolimitano, que negó la obediencia a las llaves de San Pedro, porque le cerraron la puerta al título de Patriarca Ecuménico a que aspiraba. ¿Quién con tan grave escándalo y división del rebaño de Cristo sostuvo al antipapa Pedro de León? La ambición de Gerardo, Obispo de Angulema, que, por no haber

conseguido del Vice-Dios Inocencio II una ilustre ocupación que pretendía, quiso rasgar el velo del Santuario y colocar sobre el monte del Testamento la imagen del anticristo. Una púrpura cardenalicia negada a Marcos de Efeso fue la llama que encendió segunda vez, quizá para nunca apagarse, el cisma de los griegos. Unas mitras quitadas, un empleo lustroso negado a un Valentino, a un Marción, a un Montano, a un Arrio, a un Macedonio, a un Lutero, fueron las piedras de escándalo en que tropezaron estos heresiarcas y en que se despedazó la fe de medio mundo. ¡Oh ambición! ¡oh contagio poco menos común, y nada menos terrible, que el original entre los hombres! -Omnes, omnes torquens- ¡oh aire contagioso, que parece aura vital de los mortales, pues apenas tienen respiración que no sea anhelo, ni anhelo que no se enderece hacia la cumb re! «Iré sublimándome a las alturas del mundo, subiré por el éter» (Séneca, *Hércules furens*).

-561-

Mas ¡quién creyera, señores, que este infatigable empeño de casi todo el género humano en crecer, en subir, en elevarse, había de ser para abandonarse después a una total inacción y descuido, en arribando a las alturas! Os parecerá paradoja; pero sabed que ello es así. Éste es el carácter de la ambición: fatigarse por ascender a algún empleo sublime, y en llegando a la cumbre, olvidarse de las obligaciones del oficio, y ponerse muy de asiento a recibir el aire de la adulación y aplauso, que sopla siempre lisonjero los puestos eminentes. Oíd a Luzbel, jefe y patrono de todos los ambiciosos. «Subiré, decía, sobre las nubes, me elevaré más allá del empíreo, y exaltaré mi trono hasta colocarlo sobre los astros todos del Altísimo». *Ascendam super altitudinem nubium; in caelum conscendam; super astra Dei exaltabo solium meum* (Isai. 14, 13). Y ¿para qué tanto subir? ¿Para qué aspirar a tanta altura? *Sedebo in monte testamenti* (Ibid.). Para sentarse en el monte del Testamento y quedarse allí hecho lunar vergonzoso de su frente. Oíd también a los dos hijos de Zebedeo que llegaron a pedir a Cristo Nuestro Señor los dos primeros tronos de su Reino: *Da nobis, da nobis*. Y ¿a qué fin pretenden tan altas dignidades? Para estarse sentados, responden ellos mismos: «Danos que nos asentemos» (Mac. 10, 37). De modo, que así como es común a todos los hombres la ambición, así el ocio y descuido de las propias obligaciones es común a todos los ambiciosos. ¿Dónde pues, hallaremos un espíritu heroico, cuyo carácter sea enteramente contrario: un espíritu, digo, agitado siempre del celo de la gloria de Dios y de la santificación de las almas y que mire al mismo tiempo con desdén y aun con ceño toda dignidad, elevación y grandeza? ¿Dónde lo hallaremos? «¿Quién es éste y lo alabaremos?» (Eccli. 31, 9). ¡Oh, cuán fácil os fuera, señores, satisfacer a estas mis dudas si viviera nuestro ilustre difunto! Su Ilustrísima fue, sin duda, el héroe grande de la gracia, en quien brillaban, como el sol en el firmamento, estos dos rarísimos atributos: siempre afanado en promover la gloria de su Dios a lo más alto, y siempre cuidadoso de deprimir sus propios intereses y persona a lo más bajo. Ninguno de nosotros duda que -562- éste fue el carácter de nuestro difunto Príncipe; y esto mismo que ninguno duda, es lo que yo he de exponer en este rato. Atendedme. Hallábase Su Ilustrísima Obispo de Santa Marta, cuya catedral por la escasez de sus rentas, cortedad de su grey y aspereza de sus países, puede, con razón, reputarse por el ángulo menos lustroso de la Iglesia

americana, cuando nuestro invicto monarca Don Fernando VI, que Dios guarde, le mandó pasase a gobernar esta nobilísima y opulenta catedral de Quito. ¿Cómo os parece que recibiría este soberano precepto el Ilustrísimo Polo? ¿Se alegraría, como suelen alegrarse muchos, de ser enviado a cantar las alabanzas de Dios en una Iglesia magnífica y en medio de un pueblo ilustre, numeroso y grave: Confitebor tibi in ecclesia magna; in populo gravi laudabo te? (Ps. 34, 21). Nada menos: rehusó repetidas veces, como Moisés, la dignidad a que, sin pretensión alguna de su parte, lo elevaba la Providencia. «¿Quién soy yo para ir? Manda al que has de mandar» (Ex. 4, 13). Escribió al instante a la Majestad Católica de nuestro gran monarca, renunciando agradecido y humilde la lustrosa y elevada ocupación a que le destinaba; pero nuestra dicha fue que en el mismo Madrid interceptó los pliegos una piadosa mano, que deseaba no se privase a Quito de tan noble cabeza. Repitió segunda vez la renuncia, y estas cartas fueron también descaminadas por los corsarios ingleses, quienes no hubieran obrado esta ocasión como piratas, si finalmente no las remitieran a la corte, entre otras preciosas piezas que rescató de sus manos el dinero. Con tanto ceño miraba nuestro ilustre difunto sus ventajas con tantas veras procuraba huir su propia elevación y grandeza. -Mitte quem missurus es. Tu scis quod abominer signum gloriae meae, quod, est super caput meum.

Mas, al mismo tiempo ¿cuáles eran sus ocupaciones en Santa Marta, en Ocaña y demás lugares de su diócesis? ¡Oh! ¡quién pudiera ceñir a pocos instantes de narración inmensas y gloriosísimas Ilíadas de trabajos! ¡quién pudiera referir los medios de dulzura que practicó -563- su caridad y los rayos de indignación que fulminó su celo a fin de promover en todas partes la gloria de Dios; de desterrar los vicios, de pacificar las conciencias, de santificar las almas, de refrenar a los transgresores de la Ley, de mantener en su mayor lustre la jerarquía de los levitas, de adelantar siempre más y más el respeto y veneración al santuario! ¡Quién pudiera! Mas ¿quién podrá? Si su ingenioso fervor y animosidad cristiana se avanzaron aun más allá de lo que pueden alcanzar nuestras noticias. Sin que lo intimidasen o la barbarie de las gentes, o la fragosidad de los caminos, o la furia de los elementos, giraba continuamente por montes, por despoblados, por ciudades, arruinando en todas partes los vicios y erigiendo altares a la religión y a la justicia. ¿Hubo por ventura en toda su diócesis bosque alguno, aun de los más espesos; más incultos, que no penetrase su celo, para arrancar de él las espinas de la ignorancia y plantar la semilla del Evangelio? ¿Hubo arenas, hubo campos, aun de los más abrasados, más estériles, que no pisase para regarlos con su sudor y fecundarlos con su sangre? ¿Hubo países de idólatras, hubo monstruos, aun de aquellos que se enfurecían con la luz, que no visitase para alumbrarlos con los rayos de su predicación y doctrina? ¡Ah, cuántas veces peligró su importante vida en navegaciones por mares borrascosos, en viajes por senderos intransitables, en el encuentro con bárbaros infieles, en la diversidad y aspereza de lugares, de estaciones y de climas! ¡Ah, cuántas veces coronaron sus apostólicos pies la frente de altísimas montañas desde donde caía precipitada aun la vista envuelta aún en mucho horror y susto! ¡Ah cuántas veces entre el desreglado movimiento de las aguas, el furioso choque de los aires y el confuso desorden de los elementos, se vio casi

náufrago su Ilustrísima, y casi verificando la fábula de que el sol encuentra en el mar su ocaso o tumba!

Salió de Ocaña y visitando todos los lugares situados al sureste, penetró la bárbara provincia de los Guagiros y en los confines del Maracaibo, cuyos habitantes sólo mantienen de hombres la figura: «Selva de fieras bramadoras» (S. León Serm. de SS. Apost.). ¡Qué medios no manejó -564- aquí su ingeniosa caridad en orden a convertir en ovejas de Cristo a estos lobos que se enfurecían sangrientos contra su rebaño! Ideó establecer entre ellos misioneros y pastores, que con el cayado y con el silbo los redujeron al aprisco de la Iglesia; comunicó este su proyecto a la corte, cuya respuesta, aunque favorable, se hizo inútil con la ausencia de su Ilustrísima. Dirigió después su rumbo hacia el este santificando con su presencia las erizadas regiones del Valle y Pueblo Nuevo, hasta acercarse a la asperísima Sierra Nevada, cuyas faldas, senos y ribazos habita la bárbara nación de los Chimilas. Estos idólatras, aunque incultos en el idioma, monstruosos en las costumbres, fieros en el genio, impíos en las leyes, ciegos en los dictámenes, en la religión y en los ritos, no quedaron exentos de su activísimo celo: «No hay quien se oculte a su calor» (Ps. 18, 7). Envíoles un heraldo o mensajero que les previniese los ánimos con embajada de paz, y les convidase con su propia dicha; mas ellos irritándose contra la luz que les amanecía, pusieron en prisiones al enviado y armándose de ferocidad, de dardos, de flechas y de veneno, salieron a quitar la vida al que sólo suspiraba por librarlos de una eterna e infelicísima muerte. Con tal astucia y silencio dispusieron estos infieles su marcha, que en lo más áspero e inaccesible de la cordillera, cuyas eminencias dominaban, lograron tener indefenso, descuidado y a tiro de flecha al ilustre Príncipe, a quien con la punta de sus dardos hubieran, ciertamente, burilado la corona de mártir, a no impedirlos la acción uno de aquellos ocultísimos secretos de la Providencia que sólo se permiten a nuestra adoración, sin que tenga parte alguna en ellos el conocimiento. ¿Adónde más, señores, adónde más podía elevarse la caridad de este celosísimo Pastor, que a abandonar en manos de una sangrienta muerte su vida, por darla a sus ovejas? ¿Refieren acaso las historias ejemplos más heroicos de un Ambrosio, de un Crisóstomo, de un Cipriano? ¡Ah! parece que no: «Nadie tiene mayor amor que éste: dar la vida por sus amigos» (Io. 3, 15). Torciendo finalmente su derrota hacia el norte, por San Sebastián de la Sierra, se encaminó a su residencia de Ocaña, después de -565- haber girado más de doscientas leguas por senderos tajados, por peñas escarpadas, por altísimas cimas, por precipicios, por arenales, por bosques; entre fieles y bárbaros, entre ovejas y lobos, entre hombres y entre fieras; levantando en todas partes el estandarte de la Cruz y erigiendo trofeos a la religión y a la piedad. Así florecía, así obraba milagros el celo del Ilustrísimo Polo en aquel rincón del mundo y de la Iglesia, en aquel ángulo del Tabernáculo, al mismo tiempo que miraba con desprecio las mayores dignidades, y que no aspiraba a otro premio de sus heroicas fatigas, que la complacencia de su Dios. «Yo no busco mi gloria, sino que honro a mi Padre» (Io. 8, 15). Digno ciertamente por esto de anteponerse a otros milagrosos Prelados y de ser colocado, como la vara de Aarón en lo más adorable del Santuario.

Concurrieron a un mismo tiempo en el mundo la vara de Aarón y la vara de

Moisés. Esta segunda se hizo sumamente famosa por la multitud y rareza de sus prodigios. No hubo ángulo en el Egipto, ni parte alguna en los elementos que no fuese testigo y teatro de sus maravillas. Tocaba una piedra y la liquidaba en aguas; hería el aire y lo inundaba de tinieblas; ya hacía llover ranas, ya moscos, ya maná, ya codornices; si se llegaba a los ríos los transformaba en sangre; si azotaba las soberbias espumas del Eritreo, dividía el mar en dos murallas de cristal, enjugando su seno las aguas y sembrando de perlas, «campo que germina en lo profundo» para dar paso franco y florido al fugitivo pueblo de Israel: milagro tal que aun las mismas ondas se encrespaban y corrían apresuradas a ponerse en lo más alto, para ser testigos de tan raro portento. Mas después de tantas maravillas, pregunto, señores, ¿en qué paró la vara de Moisés? ¿qué se hizo? ¿en dónde está? No sabemos de ella otra cosa, sino que se perdió y quedó sepultada en el olvido. Y la vara de Aarón ¿qué suerte tuvo? Fue colocada por orden del mismo Dios en el Arca del Testamento y puesta en lo íntimo del Santuario: «Trae la vara de Aarón al Tabernáculo del testimonio, para que se guarde allí» (Núm. 19, 10). ¡Qué diversidad tan notable en la fortuna o éxito de estas dos varas! ¿No ejecutó prodigios -566- más raros y más ruidosos la de Moisés, que la de Aarón? Sí. ¿Por qué, pues, aquélla se arroja al desprecio, y ésta se coloca en las aras; aquélla se entrega al olvido, y ésta se expone a la veneración? San Agustín insinúa la solución de esta dificultad en las siguientes palabras: «Creció la vara de Aarón sin haber echado raíz en plantío, sin haber cobrado vigor con la savia, sin haber sido fecundada en la almáciga» (Aug. Serm. in. Dom. Nativ.). La vara de Moisés obraba milagros cuando la traían en palmas y la elevaban. Si el legislador sagrado echaba mano de ella, si la levantaba, «Llevando la vara en la mano» (Exod. 4, 20), entonces desbarataba los escuadrones de los Amalecitas, llenaba de confusión a los enemigos de Israel, sumergía en el Mar Rojo a Faraón con su ejército y poblaba al orbe de maravillas. Mas si Moisés, la abatía, la humillaba, la arrojaba a tierra, al instante se enfurecía, se envenenaba, se convertía de milagrosa vara en portentosa sierpe, que elevando su soberbio cuello, preñado de tósigo y de rabia, infundía horror y susto al mismo legislador: «Tiróla y se convirtió en culebra, de modo que huyó Moisés» (Exod. 4, 3). No así la vara de Aarón. Sin esperar a que echasen mano de ella, a que la elevasen a lugar más ilustre, a teatro más famoso, non radicata plantatione, non animata succo, contenta sólo con la complacencia de su Dios, coram Domino, coram Domino «Ante el Señor» (Núm. 17, 17) en un rincón del altar, en un ángulo del Tabernáculo floreció, fructificó, ejecutó prodigios: «Halló que había germinado la vara de Aarón. Engrosándose las yemas habían brotado flores, que, entreabiertas las hojas, tomaron forma de almendras» (Núm. 17, 8). Éste, es, señores, un milagro máximo, que debe preferirse a todos los milagros de la vara de Moisés. Esta es una heroicidad digna de exponerse a nuestra veneración y de colocarse en urna de oro dentro del Sancta Sanctorum: «Donde estaban la vara de oro con el maná y la vara de Aarón que había florecido» (Hebr. 9, 4).

¡Oh ilustre difunto, Príncipe y Pastor nuestro! ¡oh espíritu magnánimo, excelso, venerable, que obraste tantos y tan raros prodigios en un desván del mundo, en un -567- ángulo de la Iglesia, sin deseo y aun con

repugnancia a elevaciones y premios, contento sólo con el agrado de tu Dios! Coram Domino, coram Domino. Siempre vivirá tu memoria en nuestra veneración, como un fenómeno raro de generosidad y desinterés, superior incomparablemente a todas aquellas almas, a quienes lo máximo de su ambición hace grandes; que si ejecutan milagros en las basílicas, en los tribunales, en los palacios, en las asambleas, en los negociados, en las embajadas, es por solo el fin de que los legisladores supremos portent virgam in manu, los traigan en palmas y echen mano de ellos, elevándonos a empleos más lustrosos, a dignidades más excelsas. Mas quizá esos mismos, si se vieran sin esperanza de premio, abatidos, abandonados sobre el polvo, transformarían toda la actividad de su celo en activísima ponzoña -versa est in colubrum.

Vino finalmente nuestro ilustre difunto, obligado de un soberano precepto, a ser cabeza de uno de los mayores y más venerables cuerpos de nación, que abraza en su gremio la Iglesia americana; y apenas llegó a esta ciudad, se nos presentó a la vista aquel portentoso enigma de Ezequiel, que conducía a todas partes el carro de la gloria de Dios. «Miré, y he aquí que venía del aquilón» (Ezeq. 14). De hacia el Septentrión dirigió su vuelo a nosotros (vino Su Ilustrísima de Sta. Marta, que dista de Quito, más de doce grados hacia el Norte), dejándonos ver con rostro de hombre, fortaleza de león, constancia de buey, generosidad de águila y realidades de milagro. «Uno solo tenía cuatro rostros: rostro de varón, rostro de león, rostro de buey y rostro de águila» (1, 6, 10). Y si todo el ser o esencia de los hombres consiste únicamente en el temor y amor de su Dios, según aquel infalible teorema de los cielos: «Teme a Dios y cumple sus mandamientos, que en eso está todo el hombre» (Ecl. 12, 13), ¿quién al reflexionar sobre la caridad, celo y virtudes del Ilustrísimo Polo, no reconocía en él un hombre, muy hombre a lo divino? Facies hominis. ¡Con qué prudencia, con qué humanidad, con qué dulzura determinó luego, al tiempo mismo de su llegada, echar por tierra las estatuas -568- de la ambición, de la soberbia y demás vicios, que tenían altares en los pechos de algunos ciudadanos, y erigir en cada corazón un animado templo a la virtud! Para esto quiso preceder a todos en el ejemplo, recogiendo con su venerable Deán y Cabildo y toda la numerosísima clerecía de esta grande ciudad a hacer los Ejercicios espirituales de mi santísimo Patriarca S. Ignacio, cuyas meditaciones son aquella hoguera divina en que ardiéndose el corazón humano, reduce a cenizas sus pasiones, y avivando las llamas con el soplo de sus mismas plumas, consigue renacer fénix de la virtud. Aquí era, señores, aquí era en donde, arrojando hacia afuera este grande hombre el inmenso volcán que abrigaba en su pecho, respiraba llamas, hablaba llamas, brotaba por todas partes, llamas de amor divino. «Desde sus lomos hacia arriba y hacia abajo, (había) una figura de fuego esplendoroso en derredor» (Ezeq. 1, 27). Aquí era en donde conocíamos algo de aquel incendio celestial en que se abrasaba aquella animada Troya; pues aun el aire se ardía dentro del pecho y salía envuelta en llamas la respiración: «Fuego que lo rodeaba y esplendor en torno suyo» (Ibid.). Acabados los Ejercicios, ordenó que por quince días consecutivos hiciesen misiones los RR. PP. Jesuitas en la Iglesia de la Compañía de Jesús y en todas las parroquias de los barrios, para que así pudiese el desengaño, por medio de estos evangélicos clarines, dar muchos y sonoros estampidos

contra el pecado, los vicios y el infierno. El fruto que consiguió este milagroso hombre, promotor infatigable de la gloria de su Dios, con tan eficaces y oportunas disposiciones, bien lo sabéis vos, oh noble y felicísima ciudad de Quito; bien lo mostraron tantas confesiones generales, en que innumerables almas se arrojaban a los pies de un sacerdote a derramar sus culpas por las heridas que les había abierto con sus arpones el desengaño, o con sus flechas el amor divino; bien lo declararon tantas procesiones de sangre en que se dejaron ver por esta ciudad muchas estatuas vivas de la penitencia, que con el estruendo de cadenas, disciplinas y grillos despertaban nuestro escarmiento y hacían un triste -569- y pavoroso eco aun en las peñas; bien lo publicaron tantas lágrimas de arrepentimiento, derramadas por estas calles, de cuyas corrientes se formaba un mar amargo que elevándose hasta el cielo, hacía con el ruido de sus ondas una dulcísima música a los ángeles, y sobre cuyas esperanzas volaba mansamente el Espíritu Divino, como al principio del mundo sobre el abismo de las aguas; bien lo gritaron... Mas ¿dónde voy? ¿cómo pretendo bosquejar con sombras el nuevo y hermosísimo semblante que tomó la religión en estas partes con la venida de nuestro ilustre Príncipe? ¿cómo podré expresar la santificación de costumbres, que entonces introdujo, y después siempre promovió, con misiones continuas, con exhortaciones secretas, con prudentísimos consejos, con cartas pastorales, escritas más con la sangre que la exprimía del corazón su ternura, que con tinta? Las prostituciones públicas impedidas, las enemistades antiguas acabadas, los escándalos desterrados, los altares provistos, las iglesias enriquecidas, el evangelio promulgado, los sacramentos fructuosa y frecuentemente recibidos, la justificación de los Levitas promovida, la mendiguez remediada; los pobres socorridos, los pequeños desagraviados, los infelices atendidos, los licenciosos, prevaricadores y refractarios refrenados, la inocencia, el mérito y la inmunidad eclesiástica defendidas, ¿no fueron efecto de la prudencia, dulzura, y caridad de esta humanísima pía del carro de la gloria de Dios? Sí, sí: «Rostro de varón... Salió la Gloria del Señor...».

Volved a ver, si aún dudáis algo, señores, volved a ver a aquel enigmático hombre de Ezequiel: atendedle a las manos: «Manos de hombre debajo de las alas» (Ezeq. 1, 8) ¡Oh qué manos tan caritativas, tan piadosas, tan humanas! Y por eso manos de hombre -manus hominis-. Pero ¡oh, qué manos tan recatadas, tan escondidas, tan secretas! -Sub pennis, sub pennis-. ¿No son éstas las manos del Ilustrísimo Polo? Puede ser que alguno de vosotros lo dude, porque sus manos, aunque piadosísimas, fueron en igual grado recatadas: de modo que siguiendo el consejo evangélico, lo que su diestra hacía, lo ignoraba -570- la izquierda: «Cuando haces limosna no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha» (Matth. 6, 3). Pero, si vosotros lo dudaseis, lo publicarían tantas familias nobles que en su discretísima caridad tenían ocultamente vinculado el total y continuo alivio a sus miserias; tantas tiernas doncellas oportunamente remediadas; tantas inocentes vírgenes, que se libraron de las corrupciones del siglo, aseguradas por su piedad en un claustro; tantos caballeros, no menos ilustres que necesitados, a quienes con ocultos y abundantes socorros libertó de aquella durísima esclavitud en que constituyen a un noble la pobreza y las deudas. ¿No es verdad esto, ciudad amada, provincia ilustre

de Quito? ¿no es verdad? Hablad vosotras, esposas del Cordero, hablad familias necesitadas, hablad caballeros socorridos, hablad comunidades religiosas, hablad monasterios de Quito, Cuenca, Loja, Riobamba, Villa y Pasto. Hablen vuestras casas y celdas, hablen vuestros templos y altares, ¿no es verdad? -Sí, sí, responden todos con la voz del agradecimiento. Esto mismo claman los confesores de toda la Provincia, los misioneros que lo acompañaban, los confidentes de quienes se valía para distribuir por medio suyo, mil pesos cada mes en secretas y piadosísimas limosnas. Esto testifican sus acreedores; pues excediendo la misericordia de nuestro liberalísimo Príncipe a sus cuantiosas rentas, se vio precisado a pedir a otros lo que había de dar a Dios en sus templos y pobres. Esto, esto depone con irrefragable testimonio la suma pobreza en que lo halló su muerte; pues, aun para que ardiesen algunas antorchas en su féretro, fue necesario que las encendiese con sus llamas el amor y agradecimiento ajeno: Manus hominis sub pennis, sub pennis. No ignoro yo, ni alguno ignora que, para ejemplo y edificación de sus ovejas, distribuía Su Ilustrísima gruesas cantidades en públicas limosnas, ya a multitud de mendigos en las calles, ya a centenares de pobres en su palacio, ya a muchos monasterios y casas de ejercicios; pero ¡oh, cuánto, oh cuánto mayores eran las sumas que expendía ocultamente su piedad en secretísimas obras de misericordia, consiguiendo de este modo su caridad ingeniosa arrancar del corazón de los prójimos las espinas de la necesidad, sin ensangrentarles el -571- rostro con el rubor de la vergüenza! No como aquellos que, según se explica el Evangelio, del mismo dinero que reparten en públicas limosnas, forman un clarín de plata con que vocean por todas partes la ajena desdicha y la propia liberalidad: «Cuando haces limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas» (Matth. 6, 2).

Mas ¿quién creyera, señores, que este hombre tan piadoso, tan caritativo, tan humano, facies hominis, era el Ilustrísimo Sr. Dr. Don Juan Nieto Polo del Águila, aquel león que estremecía con su bramido esta Provincia, y que promovía la gloria del Altísimo con una fortaleza superior a todos los esfuerzos de la obstinación e iniquidad? Pues sabed que es el mismo: Quatuor facies uni. Ni jamás hubiera podido ser digno conductor del carro de la gloria divina, si al mismo tiempo que era hombre en la misericordia, no fuera león en la fortaleza. Facies hominis et facies leonis. Dios había de ser glorificado, las leyes observadas, los vicios perseguidos; y nadie lo haría cejar un punto en tan heroica empresa, aunque se conjurara el mundo, bramaran los licenciosos y se pusieran en arma las potestades del abismo. Expuesto a todo trance, a todo riesgo, «por la infamia y la buena fama» (II Cor. 6, 8), promovía siempre con intrepidez generosa los intereses del Altísimo y la indemnidad de las leyes, agradase o desagradase, oyera aclamaciones o injurias, conciliárase veneraciones o incurriera en menosprecios. Parecía tener (todos me sois testigos, señores), parecía tener en este asunto corazón de piedra, de pórfido, de bronce, de diamante. Ni los mayores empeños, ni las más autorizadas súplicas, ni las más tiernas lágrimas, ni los más eficaces ruegos eran bastantes a ladear hacia una condescendencia menos justa a su invencible constancia. El odio de los malos, la murmuración de los protervos, el peligro de ser infamado como inflexible, revoltoso, turbulento,

perturbador de la común tranquilidad y paz, eran saetas que despedazaban sus puntas, sin penetrar jamás aquel magnánimo corazón, poseído enteramente del amor a la rectitud y a la justicia -Facies leonis, facies leonis-. -572- Con coraje apostólico, ¡ah, cuántas veces echó mano de los anatemas divinos para reducir a cenizas los públicos escándalos! Ya fulminaba censuras contra el maldito y pestilente desorden de los bailes obscenos, donde cada movimiento del cuerpo es un temblor de la conciencia y una ruina del alma; ya despedía gravísimos autos concretados con formidables sentencias de destierro a unos, de cárceles a otros, de suspensiones a éstos, de reclusiones a aquéllos, porque haciendo inútiles los medios suaves que les había manejado su piedad, iban pasando de escandalosos a rebeldes. Y esto igualmente a las cumbres que a los valles, a los pináculos que a los tugurios, a los de Israel que a los de Egipto. ¿No era éste el espíritu del mansísimo Moisés, quien por librar a sus hermanos de muerte quería ser borrado del libro de la vida? Pero cuando su ingrato pueblo se mezclaba en comercio prohibido con las mujeres de las naciones incircuncisas, cuando en el fuego del Santuario consagrado a la divinidad quemaba inciensos a falsas y forasteras deidades, entonces, transformado de cordero en león, empuñaba la espada, echaba mano de los rayos que le forjaba un irritado celo y hacía tan formidable estrago en los rebeldes, que aun sola su memoria causa espanto al universo. ¿No era éste el espíritu de un San Pablo, abrasado en amor de sus prójimos? «La caridad nos urge. Me hice todo a todos» (II Cor. 5, 14; I Cor. 9, 22). Pero cuando se interesaba la gloria de su Dios, intimaba guerra a las sinagogas de los Hebreos y a los areópagos de los Gentiles, confundía la prudencia de los atenienses y la política de los romanos, desafiaba a la muerte y a la vida, a los cielos y al abismo, a lo presente y a lo futuro; castigaba con prodigios la perfidia de sus acusadores, apelaba al César, solicitaba amigos, procuraba patronos, hacía milagros, barajaba el orden de la naturaleza, fulminaba anatemas contra los infieles y protervos a su Amor crucificado. «Si alguien no ama a nuestro Señor Jesucristo, que sea anatema» (I Cor. 16, 2). ¿No era éste el espíritu de un San León, de un San Ambrosio, de un San Juan Crisóstomo, de...? mas ¡ah! que no es muy crecido el número de los espíritus heroicos que se pueden alegar aquí por ejemplares. Yo sé que el mundo celebra una gran copia de almas -573- fuertes, resueltas, integérrimas, partidarias declaradas de la religión y la justicia; mas la rectitud y fortaleza de muchas de ellas, ¿cómo es? ¿con quiénes se practica? Responderé con dos sucesos que refiere la Escritura.

Promulgó Darío un decreto mandando que ninguno, so pena de ser entregado a los leones, adorase ni pidiese cosa alguna a otro dios, ni a otro hombre que a él, que se soñaba Dios-hombre. Publicó Asuero otro decreto imponiendo pena de muerte a cualquiera que, sin ser llamado por él, tuviese animosidad de introducirse al real gavinero y presentársele a la vista. Ambos decretos eran de monarcas persas, ambos irrevocables, ambos de tan inviolable eficacia, que aun al mismo rey no le era libre dispensar a su voluntad en la pena. «Es ley de los Medas y Persas que ningún decreto sancionado por el rey pueda ser mudado» (Dan. 6, 15). Contravino al primer decreto el inocente Daniel, y al instante, en fuerza de aquel «No puede, no puede ser atropellada» (Ibid. 6, 13), fue arrojado en medio de los

leones. ¡Oh, qué integridad! ¡oh, qué justicia! Contravino al segundo la hermosísima Ester; y tan lejos estuvo el monarca persa de aplicarle la pena establecida por la ley, que antes la tomó en sus brazos, la consoló con dulcísimas palabras, y le aseguró que aquella ley se había instituido para todos, pero no para ella: Non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est (Esth. 15, 18). ¡Oh, qué desigualdad! ¡oh, qué condescendencia! ¿No eran ambas leyes igualmente severas, igualmente universales? ¿no las quebrantaron igualmente el santo Profeta y la hermosísima hebrea? ¿Por qué, pues, se practica tanta severidad con el uno y tanta indulgencia con la otra? La razón, señores, yo no la hallo, porque no puede hallarse para sinrazones. Sólo sé que ésta suele ser la conducta de muchos espíritus tenidos por fuertes e imparciales. Aplican con toda resolución las penas, las repulsas, el non licet a los Danieles; pero reservan al mismo tiempo las interpretaciones, las condescendencias, el non pro te, para las Esteres. ¡Oh ilustrísimo difunto, Príncipe y Pastor nuestro, cuán lejos vivió vuestra discretísima rectitud de esta vergonzosa discreción de personas! ¡cuán presente tenía vuestra integérrima -574- imparcialidad aquel precepto del Deuteronomio: «No habrá diferencia ninguna de unos a otros, ni tendréis con nadie acepción de persona» (Deut. 1, 17). Todos habían de glorificar a Dios; todos habían de sujetarse a las leyes; todos habían de oír los bramidos del león, cuando se interesaba la gloria del Crucificado -Facies leonis-. Esta gloria fue el solo norte hacia donde siempre batía las plumas su corazón amante; ella fue aquel espíritu de vida, spiritus vitae (Ezeq. 1, 20), que abrigado en su pecho le arrebatava ya suave, ya impetuosamente el alma a determinaciones o dulces de hombre, o terribles de león, según la necesidad, las circunstancias y el asunto: «Adonde los impulsaba el espíritu, allá se encaminaban» (Ezeq. 1, 12). Así lo testificó con asombro nuestro y edificación del mundo el mismo Ilustrísimo Príncipe a la hora de su muerte, delante de aquel sacramentado Dios, que poco después había de ser juez y entonces era su huésped y testigo.

Y a la verdad, señores, ¿cómo pudiera haber perseverado todo el tiempo de su gobierno con tan invencible constancia en el arduo asunto de adelantar siempre los intereses de su Dios, aun sobre las abatidas cervices de la relajación y rebeldía, si no le esforzara interiormente aquel divino Espíritu que a los conductores de su carro, si los hace leones en la fortaleza, los hace al mismo tiempo bueyes en la constancia? Quatuor facies uni... Facies leonis... Facies bovis. Éste es el carácter de las pías de la divina gloria, no desistir jamás en su empresa: «Iban y no volvían cuando caminaban» (Ibid. 1, 17). Y éste fue uno de los más brillantes atributos del Ilustrísimo Polo. Apenas pisó, el año de 49, los espesos bosques de Barbacoas, a la entrada de su diócesis, cuando bramó tan alto contra la impiedad y los vicios, que aterrados aun con solo el eco que hizo en esta Capital su rugido, repetían poseídos de un vivísimo terror los licenciosos: «Ruge el león, ¿quién no temerá?» (Amos 3, 1). Y después, todos los diez años de su gobierno, se mantuvo tan constantemente terrible contra los contumaces transgresores de la Ley, que me atrevo a asegurar que hay todavía en la provincia no pocos que al oír nombrar al Ilustrísimo Polo, se sienten súbitamente sorprendidos de un susto tan vehemente, que les desquicia y trastorna el corazón dentro del pecho,

hasta que acude la memoria a disipar el temor con la recordación de su muerte.

-575-

No sólo en la fortaleza con que celó la indemnidad de las leyes, sino también en todas las demás virtudes, que gloriosamente lo adornaron, perseveró siempre constante, siempre infatigable, siempre sin ninguna decadencia el mismo -Facies bovis-. ¿Quién no admira el sufrimiento y constancia con que giró, no una o dos, sino repetidas veces las ásperas y acaso intransitables regiones de su vastísima diócesis? Desde Tumaco a Túmbez, desde Barbacoas a Loja, desde Manta a los Baños, no dejó bosque aunque infestado de víboras, montaña aunque tajada de despeños, cumbre aunque hendida en precipicios, serranía aunque cubierta de nieves, valle aunque abrasado en ardores, río o brazo de mar aunque infame por sus borrascas y naufragios, que no penetrase su infatigable celo arrancando de todas partes perniciosos abusos, extirpando vicios, plantando virtudes y atrayendo al rebaño y obediencia del Mayoral supremo muchos centenares de ovejas que apenas conocían a su dueño divino por el nombre -Facies bovis-. Desencadenáranse en buena hora furiosos los elementos, desgajáranse en inundaciones las nubes, confundiérase con tempestades el aire, enredáranse en torbellinos los vientos, hundiérase en precipicios la tierra, inficionárase contagiado el ambiente, ¿qué importaba todo? *Ibant et non revertebantur*. Nada era bastante a detenerlo: despreciador generoso de los peligros, de la muerte y de sí mismo, continuaba intrépido su derrota, introduciendo a todas partes la gloria del Altísimo: *Egressa est gloria Domini*. En todos los lugares a que llegaba, había de principiar su visita con una fervorosa misión, para que a los gritos apostólicos despertasen del letargo de sus vicios los pecadores y abrieran los ojos a la luz de las verdades eternas. En todos los lugares se había de hacer una fervorosa procesión de penitencia para lavar con la sangre y lágrimas del arrepentimiento las manchas de las pasadas culpas. En todos los lugares había de recogerse el venerable gremio de los Levitas a hacer los Ejercicios espirituales del grande Ignacio, -576- para que, internados en el santuario de sus conciencias, escudriñasen con candelas a la Jerusalén del Señor y arrojasen los ídolos profanos en los altares consagrados al Dios vivo -*Ibant et non revertebantur*-. En todas partes y lugares había de solidar en la fe a centenares y aun a millares de almas por medio del sacramento de la Confirmación. En todas partes había de procurar erigir casas de Ejercicios, para que tuviesen las almas su Oreb sagrado, en donde, retiradas de la tumultuante confusión del siglo, escuchasen a solas las voces de su Dios; en todas, había de establecer prudentísimos decretos para la santificación de las conciencias; en todas, había de dar audiencia a los desvalidos, desagraviar a los injuriados, socorrer a los mendigos, reconciliar a los discordes, reprimir a los licenciosos, favorecer al mérito y dejar monumentos perennes de su celo, caridad y prudencia. Así empezó el año de 49 su gobierno, así prosiguió sin decadencia alguna, y así encontró la muerte, al tiempo mismo que emprendía otro nuevo y trabajoso viaje para visitar sus ovejas -Facies bovis. *Ibant et non revertebantur*.

Mas en medio, señores, de tanta heroicidad, de tan gloriosos trabajos, de tan apostólicas fatigas, ¿a qué premio aspiraba el Ilustrísimo Polo? ¡Ah,

que ya llegamos a la más admirable prerrogativa de ese prodigioso Príncipe! «Yo no busco mi gloria, sino que honro a mi Padre» (Io. 8, 49). Sólo aspiraba a glorificar a su Dios. Tiraba el carro de la divina gloria con piedad y conmiseración de hombre; tiraba con coraje y fortaleza de león; tirábalo con constancia y sufrimiento de buey; pero al mismo tiempo (¡portento verdaderamente raro!) lo tiraba con desinterés y generosidad de águila. Desasido de la tierra y sus grandezas, elevado sobre el mundo y sus esperanzas, superior a todas las humanas dignidades, miraba siempre al cielo, al cielo encaminaba sus fatigas, al cielo dirigía sus pretensiones. «El rostro de águila a lo alto, a lo alto» (Ezeq. 1, 10). Su celo y entereza llenaban de edificación y pasmo aun a la envidia, y sus trabajos y méritos, avanzándose a lo sumo, le prometían más lustrosos empleos; pero su humildad generosa sólo aspiraba -577- a renunciarlo todo y a pasar a ser nada. Ésa fue la recompensa de sus fatigas que pidió repetidas veces a nuestro gran Monarca, haciendo tres consecutivas renunciaciones de la mitra de Quito, que ya esperaba gustoso sacudir de su frente. «Señor, tú sabes que miro con horror esta insignia de gloria que llevo en la cabeza» (Esth. 14, 16). A este mismo fin había dirigido sus súplicas al Vaticano, pidiendo licencia al Vicario de Cristo, para cambiar la cumbre por el valle, el Palacio de Príncipe por un aposento de religioso, la dignidad de Pastor por el empleo de misionero, la mitra de Obispo por el bonete de jesuita. A esto sólo aspiraba, esto sólo pretendía, y ¡oh con cuán santa paciencia esperaba la resulta de sus súplicas y la asecución de sus deseos! «¡Qué estrechura padezco hasta que se me cumpla!» (Luc. 12, 50). Apenas acertaba a discurrir sobre otro asunto con sus más confidentes. Testigos me son ellos, y testigo soy yo también de todo cuanto digo. Ya se imaginaba humilde hijo de Ignacio, vestido de una pobre sotana, atravesando las calles de esta populosa ciudad, o con una escoba en la mano para barrer los hospitales, o con una cesta de pan en el hombro para socorrer a los encarcelados. ¡Oh, cómo le bañaban estos discursos de regocijo el alma, y de sensible alegría su venerable rostro! ¡Oh, con cuánta dulzura se volvía a los circunstantes y les preguntaba risueño si le acompañarían gustosos en tan heroicos ministerios! Quomodo coarctor, usquedum perficiatur!

Éstas eran las pretensiones, que fomentaba entre las mayores alturas nuestro milagroso Príncipe, éste era el único premio de sus apostólicas tareas a que anhelaba esta misteriosa pía del carro de la gloria de Dios: águila en el desinterés, águila en la realidad, y águila (no sin misterio) aun en el nombre. Y esto puntualmente es lo que arrebató tras sí toda mi admiración: ¡Hallarse mal con las elevaciones, y suspirar por el abatimiento! ¡Aborrecer el resplandor de las más augustas dignidades, y galantear las sombras de una humilde fortuna! ¡Fatigarse en merecerlo todo, sólo con el fin de ser nada! Éste es un portento, que se singulariza con el carácter de peregrino, aun entre las mayores heroicidades del corazón -578- humano. Bien sé yo que entre doscientos y cuarenta y nueve sucesores de San Pedro hubo un San Gregario Magno, un Nicolao Primero, un Clemente Tercero y un Celestino Quinto que admiraron al mundo con semejantes ejemplos de magnanimidad; bien sé que practicaron esto mismo un Ambrosio, un Basilio, un Nacianceno, un Crisóstomo; pero también sé que por esto los veneramos como a prodigios de generosidad y héroes del

Cristianismo. Admiren otros en buena hora al Ilustrísimo Polo tirando el carro de la gloria divina, como hombre, como león, o como buey, que yo siempre admiraré sobre todo, el que lo tirase como águila. En las otras prerrogativas fue superior a muchos, pero en ésta fue superior a sí mismo. -Facies aquilae desuper.

Ni extrañéis, señores, el que yo diga, que nuestra mística águila, en tirar con desinterés generoso el carro de la divina gloria, fue superior a sí misma; porque, aunque ello parezca repugnante, según la Lógica de los hombres, es teorema recibido en la academia de los ángeles: «Sentarése solitario y callará, porque se ha levantado sobre sí mismo» (Thren. 1, 28). Reflexionad nuevamente sobre el misterio de Ezequiel, y acabamos con esta reflexión. Dice el Profeta que conducían el carro de la gloria de Dios un admirable enigma que figuraba en sí cuatro animales, o cuatro animales que componían entre sí aquel admirable enigma: «Una semejanza de cuatro animales... Cuatro rostros para el uno» (Ezeq. 1, 2). El primero era el hombre, el segundo el león, el tercero el buey, y el cuarto el águila; y añade que el águila estaba superior a todos cuatro -facies aquilae desuper ipsorum quator-. Veis aquí, discretísimos oyentes, canonizada por el Profeta la verdad de mi proposición. Si los animales con el águila eran cuatro, o si el águila era uno de los cuatro animales, ¿cómo podía estar ella superior a todos cuatro -Desuper ipsorum quator-? Mas, ¿cómo había de ser, sino estando superior a sí misma? Así son, señores, así son las águilas del carro de la divina gloria, superiores a otros, y a sí mismas, porque promueven los intereses de su Dios con el fervor que todos, y con el desinterés que ninguno -facies aquilae desuper-. Así son compuestas -579- de singularidades y prodigios, que muchos, porque no los entienden, los censuran -quaecunque ignorant, blasphemant- (Iud. 10). ¡Ah, señores, censores! ¡quién os pudiera persuadir que las lechuzas, cuando más, tienen permiso de la noche, para chupar el óleo de las lámparas, pero no para morder la luz de las antorchas! ¡Quién os pudiera persuadir! Mas ya no hay tiempo de hacer invectivas contra el humo, sino de fijar nuestra vista en las pavesas. Volved, amantísimos oyentes, volved los ojos a ese féretro y escucharéis con la vista muchas lecciones de vida, que os está sugiriendo la muerte. Allí veréis, que todos, todos somos una perspectiva organizada, una apariencia de bulto, que a pocos momentos de duración desaparece: «Porque como en una figura pasó el hombre» (Ps. 38, 1). Allí veréis que nuestro cuerpo no es más que un poco de tierra discursiva, lodo racional, polvo viviente; y que nuestra alma es sólo un soplo de la boca de Dios, pero soplo, que empezó a ser aliento y acabó suspiro. Allí veréis que los teatros más magníficos de pompa y gloria se transforman en un instante en lúgubres panteones de esqueletos; que la risa se convierte en llanto; los adornos, en luto; el aplauso, en horror; y los más festivos epinicios, en tristes epicedios. Allí veréis, que las dignidades humanas son una luz de naturaleza tan rara, que, colocada sobre nuestras cabezas, deslumbra con sus humos, y, abatida debajo de nuestros pies, ilustra con sus rayos. ¡Ah, quiera el cielo, señores, que estas provechosas lecciones, que con voz igualmente persuasiva que muda, nos está dictando ese ilustrísimo polvo, hagan tan profundo eco en nuestras almas, que jamás dejemos de percibir su sonido! ¡Quiera el cielo que aprendamos de nuestro difunto Príncipe a

encontrar nuestra mayor exaltación por la senda de las humillaciones; que aprendamos la ardua ciencia de ser mucho con sólo el estudio de ser nada; que aprendamos a comprar con el precio o desprecio de las glorias mundanas la eterna gloria! Dios lo tenga en ella. «Descanse en paz». «Todo bajo la corrección de la Santa Madre Iglesia».

Apéndice

Filosofía

[Física]. Proemio

Vencidas las asperezas de la Lógica, hemos llegado por fin, con la ayuda de Dios, a los amenísimos campos de la Física o Ciencias Naturales: aquí no brotan cardos, no amagan espinas; no nacen abrojos, antes una lucida mies, engalanada de flores, abundante en frutos y llena de innumerables maravillas, se ofrece ahora a nuestras miradas y se abre a nuestras investigaciones:

¡Oh felices aquellos que cuidaron
de investigar aquesto, los primeros!

Aquí, no tanto para ejercicio del entendimiento, cuanto para deleite de nuestra curiosidad, ya en el vestíbulo y como otras tantas visiones, os recibirán el caos de Anaxágoras, el infinito de Xenófanes, los torbellinos de Epicuro, la armonía de Pitágoras, lo grande y pequeño de Platón, lo sólido y vacuo de Demócrito, el frío y calor de Parménides, el agua de Tales, el fuego de Heráclito, la tierra de Hesíodo, el aire de Eurípides, las entelequias de Aristóteles y los elementos de Empédocles. Después, cuando con investigación más profunda, hayáis penetrado en los senos recónditos de la naturaleza, ¡qué de prodigios (¡oh dioses!), qué de milagros no arrebatarán nuestros ojos, nuestro espíritu y nuestra mente! De un lado la naturaleza del hombre compuesta de dos partes, una terrena y otra celeste; de otro, los instintos de los brutos formados de elementos en parte todavía desconocidos; aquí las prodigiosas metamorfosis de cuerpos que se sobreponen unos a otros, o que se compenetran para formar uno solo; allí los maravillosos meteoros -584- -verdaderos portentos de la tierra y del cielo- producidos por la reunión de elementos diversos; aquí los eclipses del sol y la luna que entenebrecen, no tanto los cielos, cuanto los espíritus de los hombres; allí los cometas présagos según se cree; aquí las órbitas luminosas de los planetas; allí los inmensos círculos que recorren los astros; aquí los principios de los meteoros;

allí el origen de la luz, aquí los ímpetus de las tempestades, allí la vehemencia de los vientos, aquí el granizo, aquí las lluvias, aquí, en fin, los truenos que conmueven las mentes humanas; todo esto se pondrá bajo la escrutadora mirada de nuestra observación. ¡Qué placer tan inmenso y qué deleite tan puro será, amadísimos jóvenes, detenerse en la contemplación de cosas tan grandes, tan maravillosas y tan variadas! Ea, pues, extraigamos los recónditos fenómenos de todo el orbe, que la naturaleza celosa, nos oculta en sus profundos senos. Grande ayuda nos prestará Aristóteles a quien tendremos como guía en todo nuestro camino, a no ser cuando, o por descuido o por error, él mismo se apartare de la verdad.

Este filósofo, doctísimo en las ciencias naturales, escribió cerca de sesenta acertadísimos libros sobre física; de éstas unos llamó Acroamáticos y otros Exotéricos. Acroamáticos o auscultatorios denominó aquellos que contenían una doctrina tan arcana y expresada en términos tan oscuros que no estaban al alcance sino sólo de los discípulos que de sus propios labios habían oído las lecciones. Exotéricos o extraños llamó aquellos que trataban de materias más sencillas y de exposición tan clara que aun los extraños e ignorantes las entendiesen sin dificultad.

A este filósofo de primer orden, benemérito de las ciencias y de las letras nos atendremos de muy buen grado, en nuestras escaramuzas científicas. Y no nos deben intimidar algunos charlatanes, llenos más de imprudencia que de conocimientos, quienes con unas pocas palabras -torbellinos, raeduras, cilindros, paralajes y algunas otras altisonantes arrebañadas a hurtadillas- de -585- los diccionarios de Pasendi o de Cartesio, imaginando que tocan ya con su frente los astros, atruenan contra la ciencia, y al Maestro, como a hombre maldito, lo dan al Aqueronte y a las Furias. Pero demasiado encumbrada se halla la doctrina peripatética como para que la puedan alcanzar las impugnaciones de los maldicientes o derrocarla del altísimo asiento donde pacíficamente reina. Porque a la verdad,

nubes y truenos con su planta huella.

Una cosa que me queda por pedir, jóvenes distinguidísimos, que cuando hayáis abarcado con vuestro espíritu y recorrido con vuestra mente, el cielo, la tierra, los mares y la máquina del mundo, tan hermosa a la vista, tan grande en su mole, tan admirable en su artificio, formada de tantos orbes luminosos, agitada con tan misteriosos movimientos, ceñida de lazos tan estrechos, sujeta a leyes eternas e inmutables, améis de todo corazón al Hacedor sapientísimo al par que poderoso, le honréis y le rindáis gracias continuas «por haber dado clara noticia de su nombre a todas las inteligencias con la creación y maravilloso orden de tantas y tan grandes cosas»; pues por su mandato se mueven los orbes celestes en su perenne rotación, recorren su órbita los astros, extiéndese el aire, agítanse los vientos, mantiénesse equilibrada la tierra y con deleznable valla enfrénanse los entumecidos oleajes del océano.

Disputa III
De la forma sustancial

Cuestión II

Si la forma sustancial de las plantas y de los insectos dimana de la putrefacción

En la generación de las plantas y de los insectos no se engendra la materia, porque ésta es ingenerable, sino que se engendra solamente la forma. De aquí es que la cuestión sobre si las plantas y algunos animales (que suelen llamarse imperfectos, insectos, éntomas, o espontáneamente nacidos), provienen de la putrefacción, se reduce a inquirir si su forma sustancial viva es o no engendrada por la putrefacción.

Comunísima es la sentencia de los Aristotélicos que, siguiendo al mismo Aristóteles (Lib. I de la Historia de los animales, capítulo 5.º), enseña que algunas plantas nacen al acaso y que algunos animales, como las pulgas, piojos, moscas, gusanos, ratones y otros, provienen de la putrefacción. Están de acuerdo estos autores en que la podredumbre es la materia en la cual se engendran los insectos; difieren, sin embargo, en señalar la causa segunda productiva de los mismos.

Juzgan algunos que tal causa es el sol; otros, con Aristóteles, afirman que el cielo; otros, con los Tomistas, dan por causa activa y productiva de los insectos, la -587- humedad, el calor, el movimiento y otros accidentes que se encuentran en la putrefacción. Oigamos a Ovidio, que en este asunto, no parece haber sido Tomista:

Una vez que el agua y el calor se han equilibrado, se fecundan, y de estos dos elementos nacen todas las cosas; y por la oposición que existe entre el agua y el fuego, el vapor húmedo crea las cosas, pues esta fusión de elementos opuestos favorece a la generación.

Contra esta opinión proclaman a una todos los modernos con San Agustín, que no se da generación alguna equívoca o espontánea y que todas las plantas y animales, sean de la naturaleza que fueren, nacen de semillas o de huevos. A los filósofos recientes se agregan no pocos aristotélicos modernos, y entre los nuestros, los Padres Kircher, Regnault, Bautista Pagano, Esteban Manerio, José Falck, Antonio Mayr, el Cardenal Tolomeo, Lossada y otros.

PRIMERA ASERCIÓN

Afirmo primeramente: las formas de los animales o los mismos animales, aun aquellos que se llaman insectos, no son engendrados por la podredumbre sino que provienen de huevos o semillas. Se prueba esta aserción, en primer lugar, por la autoridad del gran Agustín (Lib. II De la Trinidad, cap. 8.º, N.º 13): *Omnium rerum quae corporaliter visibiliterque nascuntur, occulta quaedam semina in istis corporeis mundi huius elementis*

latent... et quamvis semen aliquando oculis videre nequeamus, ratione tamen conicere possumus. Quaecumque enim nascuntur ex occultis seminibus accipiunt progrediendi primordia: «Todas las cosas que nacen corporal y visiblemente, tienen algunos gérmenes ocultos en los elementos corpóreos de este mundo... y aunque algunas veces no podamos ver a simple vista este germen, podemos, sin embargo, con la razón conjeturar de su existencia. Porque todo cuanto nace, recibe de gérmenes -588- ocultos el principio de crecimiento». Esta es nuestra aserción expresamente sostenida por San Agustín.

Lo pruebo, en segundo lugar, por la razón. Cualquier animal es más perfecto que el cielo, el sol y la podredumbre; luego el cielo, el sol y la podredumbre no pueden físicamente producir animal alguno. Pruebo primero el antecedente, para luego probar la consecuencia. San Agustín (Lib. 1, De la religión verdadera, c. II), dice: Quaelibet substantia vivens, cuilibet non vivae substantiae naturae lege proeponitur: «Cualquier sustancia viva se sobrepone, por ley de la naturaleza, a cualquier sustancia no viva»; ahora bien, cualquier animal es sustancia viva, y el cielo, sol o podredumbre no lo son, luego...

Pruebo ya la consecuencia del primer entimema. Una causa no viva y menos perfecta no puede producir un efecto vivo y más perfecto; luego el cielo, el sol o la podredumbre no pueden físicamente producir un animal. El antecedente consta de aquellos axiomas corrientes: «Cuanto más perfecto es el acto, tanto más lo es la potencia. Nadie da lo que no tiene». Lo cual aun el poeta propuso como principio evidente por sí mismo:

Creedme, nadie puede dar lo que a él mismo le falta.

Se confirma en primer lugar, del modo siguiente. El cielo, el sol y la podredumbre son, según los contrarios, causas universales e indiferentes para producir un ratón, o una mosca, o un gusano, o una mariposa; luego debe darse alguna concausa determinante para que produzcan más bien un gusano que una mosca, una mosca de esta especie más bien que de otra, etc. Señálese, pues, este determinante.

Se confirma en segundo lugar. Si el cielo, el sol o la podredumbre pudiesen producir gusanos, ratones, mariposas, etc., podrían también producir ovejas, toros o caballos; pero, es así que no pueden esto, luego tampoco aquello. Niegan los contrarios la mayor; pero no sé que razón de disparidad puedan señalar; pues tan animal es la mariposa como el caballo; tan estupenda y admirabilísima -589- es la estructura de un gusano, como la de un toro, y más admirable todavía, cuanto más diminuta; porque absolutamente cierto es lo que decía Plinio: Rerum natura nusquam magis quam in minimis tota est. «En ninguna parte se halla la naturaleza más en su plenitud que en los seres pequeños». Ni en cosa alguna brillan más el infinito poder de Dios y su excelsa sabiduría, que en la sorprendente organización de las animales más pequeños compuestos de tantos músculos perfectísimos, de tantas fibras, venas, vasos, miembros y partes. Cuan hermosamente lo dijo el poeta:

¡Maior et in minimis cernitur esse Deus!

¡Más grande se muestra Dios en los seres más pequeños!

Si pueden, por tanto, esos prodigiosos y diminutos animales ser engendrados por la putrefacción ¿por qué no lo podrán de igual modo otros mayores? Si admitimos que las moscas, gusanos, ratones y otros seres vivos como éstos nacen de la materia putrefacta, ¿por qué no podremos «creer que de los restos opimos del diluvio nacieron las serpientes, y que de los dientes sembrados de la Hidra Cadmea brotaron armados guerreros valerosos, o que de las espumas de la mar emergió la hermosísima Venus?».

Tal vez dejando a un lado el rumbo de Aristóteles y Aristotélicos, se me responderá, con el Padre Fonseca, que la podredumbre no es la causa productiva de los insectos, sino que sólo es la disposición para ella, y que, a exigencia de tal disposición, Dios como causa única y total produce los animales dichos. Esta respuesta la refutaré en la siguiente aserción.

Oigamos entretanto el fundamento del Padre Fonseca, que es como sigue: Cuando no hay una causa segunda proporcionada, de algún efecto creado, debemos recurrir a Dios; ahora bien, en la generación de los insectos no hay causa segunda proporcionada; luego debemos recurrir a Dios. Pero la menor de este silogismo es falsa; pruébela el Padre Fonseca; pruebe que en la generación de los insectos no intervienen -590- huevos, que son ciertamente su causa proporcionada.

Nos responderá que jamás hemos visto tales huevos. Niego segunda vez la proposición. Cien y cien veces doctísimos observadores han visto esos óvulos con ayuda del microscopio. Consúltense sobre este asunto Rohault, Boyle, Malpighi, Redi, Vallisnieri, y el Padre Francisco Lana Terzi en su preciosísima obra titulada: *Magisterium naturae et artis* (Magisterio de la naturaleza y del arte).

Mas, aunque nunca hubiesen sido vistos tales óvulos ¿qué se seguiría de allí? ¿Ha visto, por ventura, alguna vez el Padre Fonseca, la materia prima, las formas sustanciales, los accidentes absolutos y otras cosas semejantes? Claro está que no, porque, según todos los peripatéticos, sólo el color puede verse. ¿Cómo, pues, admite todo eso? Responderá que, aun cuando la existencia de tales cosas no se vea con los ojos, se conoce, no obstante, por la razón. Muy bien; pero esto mismo es lo que sostenemos nosotros con el gran Agustín: *Quamvis semen oculis videre nequeamus, ratione tamen conicere possumus*. «Aunque no podamos ver el germen con los ojos, la razón, sin embargo, nos permite conjeturarlo».

Se nos preguntará: ¿qué razones son las que mueven a creer que en la podredumbre se encuentran tales huevos? Respondo que todos los fundamentos con que hasta aquí hemos probado nuestra aserción. Muévenos, además, primero, la evidencia física de los ojos, pues, como arriba dije, tales huevos han sido vistos, repetidas veces, en podredumbre. Nos mueve, en segundo lugar, la razón, en virtud de la cual de las cosas conocidas sabemos deducir los principios para las desconocidas; es así que todas las generaciones de que tenemos cabal conocimiento dimanen de huevos o de semilla; luego debe creerse que sucede lo propio en las generaciones menos conocidas. Consta la menor en la generación de los hombres, de los

animales cuadrúpedos, de las aves, etc. Nos mueve en tercer lugar este otro motivo: no todas las tierras producen las mismas plantas, ni los mismos insectos, según aquellos de Virgilio; *Non omnis fert omnia tellus*; -591- ahora bien, esto no puede explicarse sino diciendo que no se encuentran en todas las regiones las mismas semillas ni las mismas disposiciones para su nutrición; luego... En todas las comarcas, sí, se dan cielo, sol y podredumbre; si éstas son, pues, las causas de todas las plantas e insectos, ¿por qué no nacen en todas las regiones todas las plantas y todos los insectos? Nos mueve, en cuarto lugar, la experiencia; pues, si dentro de la máquina Boyliana encerramos agua o carne, extrayendo de ella el aire, ningún gusano nace de estas materias, aunque se las conserve durante años en dicha máquina.

Más terminante todavía es el experimento del sagacísimo observador Francisco Redi. Tomó cuatro vasos de cristal, en el primero de los cuales puso una serpiente muerta; en el segundo, un pez de río, en el tercero, unas anguilas pequeñas, igualmente muertas; en el cuarto, un pedazo de carne de becerro de leche, e inmediatamente cubrió aquellos vasos herméticamente. En otros cuatro vasos de cristal colocó otros tantos cadáveres y los dejó descubiertos, de modo que las moscas pudiesen posarse en ellos. Corrompiéronse todos los cadáveres, tanto de los primeros vasos como de los segundos; pero con esta diferencia que en los cadáveres encerrados en vasos cubiertos no brotó gusano alguno, y muchísimos en los colocados en vasos abiertos. Repetido muchas veces este experimento por el mismo autor, dio siempre el mismo resultado.

Así pues, digo que tal diferencia no puede explicarse racionalmente, sino diciendo que los huevos que vienen volando por el aire, tanto de insectos, como de moscas, al penetrar en los vasos descubiertos, fueron fermentados por la putrefacción de los cadáveres y de allí brotaron los gusanos. Luego la generación de los insectos proviene de huevos.

-592-

SEGUNDA ASERCIÓN

Afirmo, en segundo lugar: la forma viva de las plantas no es engendrada al acaso, o, como dicen espontáneamente, sino que más bien todas las plantas, sean cuales fueren, nacen de la panspermia (esto es, semen universal), entendido latamente, o de semilla. Esta aserción se prueba con las mismas razones con que quedó probada la anterior.

Ahora, brevemente la pruebo por la Sagrada Escritura. En el capítulo primero del Génesis se dice: *Germinet terra herbam virentem et facientem fructum iuxta genus suum, cuius semen in semetipso sit super terram, et factum est ita; et produxit terra herbam virentem et facientem semen iuxta genus suum, lignumque faciens fructum et habens unumquodque sementem, secundum speciem suam: «Produzca la tierra yerba verde que dé fruto conforme a su especie, que tenga en sí mismo la semilla sobre la tierra, e hízose así; produjo la tierra yerba verde, que diera fruto conforme a su especie, y árbol que llevase fruto y tuviese en sí la simiente cada cual según su clase».*

Luego cualquier yerba tiene su semilla propia; luego cualquier yerba nace de su propia semilla. Inútil hubiese sido dar desde el principio del mundo a todas las plantas su semilla, si cualquier planta pudiese nacer no de semilla, sino de la putrefacción o al acaso.

Pruebo la aserción en segundo lugar por la razón: Las plantas no nacen de un concurso casual de elementos, ni únicamente de accidentes, o de solo Dios; pues tiene que nacer de semilla. Se prueba por partes el antecedente. Pruebo la primera: si las partículas de elementos al concurrir al acaso pudieran producir la maravillosa estructura de una planta y su cuerpo organizado con tanto artificio, con tanto arte, podrían también producir los brutos animales, el cuerpo humano y todas las cosas visibles; ahora bien esto es absurdo y abre el camino al error de los Epicúreos; luego... Y por cierto pregunto a los contrarios: ¿por qué de una mezcla casual de letras -593- no aparece de repente la sagrada Biblia, o la Suma de Santo Tomás? ¿Por qué del concurso de metales varios no brota al acaso un reloj? Y ¿podrían, no obstante, de la fusión casual de elementos formarse las plantas siempre regulares, siempre perfectísimas, siempre admirables? De ninguna manera. «Porque todas las partes de la obra denuncian al Hacedor que las creó y con su aliento vivificador las conserva. Brilla en los campos el divino poderío y aun una sola yerbecilla aclama la presencia de Dios».

La mayor la tienen los Filósofos por axioma y, como nota nuestro doctísimo Dechales (tomo II Mathesis), todos los filósofos en las cuestiones acerca de la causa productiva de los efectos naturales evitan siempre el recurso a Dios, como subterfugio de la ignorancia. Y ciertamente que si tal recurso estuviese siempre a mano cesarían inmediatamente las cuestiones físicas y los filósofos todos descansando de sus investigaciones podrían cantar en apabilísimo solaz:

Deus nobis haec otia fecit...

Dios nos ha dado este descanso...

OBJECIONES CONTRA LA SEGUNDA ASERCIÓN

Primera: muchísimos experimentos. El primero, tomado de Teofrasto. A un ciervo le nació una hiedra verde entre los cuernos. El segundo, de los Padres Kircher y Séñeri: a un español le nació una planta de espinos entre las costillas. El tercero, del Padre Regnault: una caña de azúcar echó raíces en el vientre de un elefante. El cuarto, de un diario de los sabios de París: en las entrañas de muchos hombres se han encontrado hongos; ahora bien, todas estas plantas no provienen de semilla; luego...

Respondo que ya querría oír a los contrarios disertar cómo todas estas cosas han nacido de la putrefacción... Pero, renunciando a discutir la verdad de los experimentos, los cuales, aunque no dejan de infundirme mucha -594- duda, con todo no me atrevo a negarlos abiertamente, ya que la atestiguan sabios tan doctos y graves; yo niego la menor de la objeción.

Al primer experimento respondo que cayendo una semilla de hiedra en la cabeza del ciervo y enredada en sus lanas pudo permanecer allí, hasta que, hallando las disposiciones suficientes, pudo brotar la planta.

Al segundo experimento, es clara la respuesta de León Alat de quien han tomado la historia Kircher y Séñeri. Porque aquel español cayó en los

espinos y se hirió gravemente. Pudo por tanto alguna semilla de las espinas entrar por las heridas y dentro echar raíces. Se me dirá que es casi increíble. Respondo que también es casi increíble la historia y que si se da crédito a ella, también se lo ha de dar a la respuesta.

Del mismo modo contesto al tercero y cuarto experimentos que las semillas de la caña de azúcar y de los hongos penetrando en el estómago con el aire, el alimento o la bebida, y hallando en las entrañas las disposiciones necesarias, pudieron echar raíces y crecer.

Segunda objeción: en los techos de las casas y en las torres nacen hierbas; ahora bien, está claro que allí no hay semilla alguna; luego no todas las plantas nacen de semilla. Niego la menor. Muchas semillas son llevadas por el aire; muchas suben con los vapores y exhalaciones de la tierra...; de aquí sucede que el aire, o las lluvias, o las aves pueden depositar en las torres y en los techos semillas de plantas, como dice un renombrado poeta moderno: «Vientos, o aves, o lluvias llevaron allá la semilla».

Esta respuesta tiene en su favor la experiencia. Pregunto a los contrarios: si nacen las plantas al acaso, ¿por qué sólo en la comarca de Ambato, por ejemplo, o de Quito, brotan sobre las casas los higos americanos que vulgarmente llamamos tunas? Si no es porque, como aquella región tiene en abundancia esta planta, sus semillas son llevadas fácilmente, o por el aire, o por las aves.

-595-

Ontología o Metafísica

-[596]- -597-

Disputa II

De las potencias espirituales del alma

Las potencias espirituales del alma, a saber, memoria, entendimiento, y voluntad, son realmente diversas del alma y tiene distinción real entre sí. Consideremos ahora los actos u operaciones propias de estas potencias. Toda operación interior es conocimiento, y todo conocimiento puede ser o intuitivo, o abstractivo, o quiditativo o comprensivo: llámase intuitivo el conocimiento claro y manifiesto del objeto producido inmediatamente por la presencia del mismo. Tal es, por ejemplo, el de los bienaventurados en su visión de Dios, y el que tenemos nosotros cuando ponemos nuestra vista en el sol. Abstractivo es el que se adquiere de un objeto determinado por medio de ideas o representaciones de otros; así el conocimiento que alcanzamos de Dios por medio de las criaturas o de la revelación, el que tenemos del Sumo Pontífice, etc. Quiditativo o esencial, es el que manifiesta o representa la esencia del objeto. Comprensivo, finalmente, es

aquel que abarca y comprende con claridad perfecta todos los principios, relaciones, conexiones, contrarios y más de una cosa, al punto que, como dice San Agustín, no quede nada latente al que la contemple o quiera conocer sus fines.

Ahora bien, hablando con verdad, fuerza nos es admitir que no podemos tener conocimiento, no diré ya comprensivo, mas ni siquiera quiditativo, de las cosas naturales como lo vimos al explicar aquel texto: Ut nesciat homo omne opus quod operatus est Dominus; «de suerte -598- que ignore el hombre las obras todas del Señor»; lo cual gallardamente declaró nuestro Padre Alápide, comentando el libro de Ecclesiastés, donde dice: «No puede nuestro entendimiento percibir cosa alguna creada y natural sino mediante los sentidos; pero, como los sentidos no logran penetrar las esencias íntimas, propiedades y diferencias de las cosas, síguese que el entendimiento no puede conocer las esencias y principios de ellas». No ignoro que hay en los monasterios y en las escuelas de los filósofos muchos «definidores»; pero ignoro si habrá entre sus definiciones, una sola que haya sido tenida por buena. «Algunos de éstos -dice al angélico Doctor- presumen de su ingenio, al escudriñar, con el propio entendimiento, la naturaleza de las cosas, teniendo por verdadero únicamente lo que a ellos se les representa como tal; y tal es el ardor con que se aferran a su parecer, que no quieren, no digo ya pensar, pero ni oír nada en contra. Tan despreciadores se muestran de lo ajeno».

Cuestión I

¿En que consiste el conocimiento?

Doce opiniones aduce sobre este punto nuestro Lince (Metaph. lib. VII); pero, de solas cuatro de ellas haremos breve mención. Afirma la primera que el entendimiento, mediante una acción distinta y real, produce cierta cualidad absoluta, en la que formalmente consiste la acción de conocer. Con el eximio y agudísimo doctor, piensan también los escotistas y muchos de los nuestros. La segunda enseña que el conocimiento consiste en la acción de la cualidad absoluta, y su unión con el entendimiento; siguen esta sentencia los Padres Hurtado, Arníbal, Espínula, y otros. La tercera, que es de los Tomistas, pone la percepción intelectual en la acción productora de otra cualidad absoluta, que no es conocimiento -599- sino representación del objeto y verbo en la mente. De donde, según ellos, en la representación del objeto no hay inteligencia del mismo, sino, a lo sumo, camino y causa de ella. La cuarta finalmente, afirma que el acto intelectual, o conocimiento, consiste en cierta cualidad moral o acción, que es representación del objeto y producción de sí misma por el entendimiento, sin que se reproduzca otro término o cualidad distinta. Así lo enseñan el Cardenal de Lugo, el Padre Oviedo, Alderete, Lossada, Mayr y otros filósofos de nota, a quienes siguen muchos modernos.

Tenemos nosotros por conveniente adoptar el parecer de estos últimos, con quienes afirmamos que el conocimiento intelectual consiste en la modificación intelectual, o en la acción que es representación intelectual del objeto, formada por el entendimiento. Esto se prueba con las palabras de Santo Tomás (I Contra Gentes, capítulo 100), que dicen así: «Llámase operación inmanente aquella por la cual no se produce otra cosa que la misma acción, como ver y oír», lo cual en nuestro caso quiere decir que con la acción inmanente del entendimiento no se produce otra cualidad

distinta de ella misma: luego en ella consiste el conocimiento.
(Traducción del P. Luis Ernesto Bravo P., S. I.)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

